

JUAN LUIS LORDA

# MORAL: EL ARTE DE VIVIR.



Versión Electrónica formato PDF por Morgan Software © 2012

## INDICE

### Prólogo del Autor

#### I. PARTE. VERDAD

1. Qué es y qué no es la mora
2. La voz de la naturaleza
3. El orden de los amores
4. La debilidad humana
5. El horizonte de la libertad

#### II. PARTE. RESPETO

6. Administrador, pero no dueño
7. Al prójimo como a tí mismo
8. Transmitir la vida
9. Las raíces del hombre
10. Con todas las fuerzas del alma

#### III. PARTE: GRACIA

11. El misterio cristiano
12. El Cuerpo de Cristo
13. El Espíritu de Cristo

#### NOTA BIBLIOGRAFICA

#### INDICE DESARROLLADO

## Prólogo del autor

Cada libro tiene su historia y el lector tiene derecho a conocer algo de ella para saber qué tiene entre sus manos.

Este libro tiene su origen cuando el Profesor Luis de Moya, que dirigía un curso de moral para universitarios, sufrió un aparatoso accidente que le imposibilitó para proseguirlo. Tuve que sustituirle. Preparé, como pude, un curso breve, pero en cierta medida completo, para presentar la moral cristiana. Desde hacía tiempo tenía pensados enfoques y contenidos y era el momento de organizarlos. Quería mostrar que esta moral entronca con el sentir natural del hombre y que puede llevarlo a su plenitud. Di las clases, constesté a las preguntas y tomé nota de las críticas y sugerencias que me dirigieron los alumnos. Pensé entonces en la oportunidad de escribir con esa base una pequeña moral. Me pareció bueno el momento, pues en el mercado se ofrecen muchas éticas alternativas, que intentan sustituir a la moral cristiana con más o menos acierto.

En una ocasión, leí en una entrevista al director de cine americano George Lucas, que él procuraba hacer las películas que le hubiera gustado ver. Al escribir este libro, me he guiado por ese criterio tan razonable. A mi me gusta que los libros sean breves, intensos, ordenados y legibles; y me parece que a un libro de moral hay que pedirle que intente mostrar la sensatez y la belleza del vivir cristiano; y que anime a mejorar. Es lo que he pretendido. Lo he corregido mucho, porque creo que un libro es, en el fondo, una obra de arte; no es como un depósito que se va llenando de materiales, sino como la pintura de un paisaje, donde hay que pensar cada trazo, antes de pintarlo. Cada pincelada debe ir a su sitio, y son necesarios muchos retoques antes de dar el cuadro por terminado.

Con los límites que imponen sus cortas páginas y su planteamiento sencillo, este pequeño volumen no se limita a repetir cosas sabidas. Si tiene algún valor es porque recoge ideas que en este momento están en el aire entre quienes tienen la preocupación de ofrecer una moral positiva y responsable. La reflexión cristiana sobre estos temas, ha sido particularmente vigorosa y rica en estos últimos años, siendo coronada con la reciente encíclica del Papa Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*. En la nota bibliográfica final he indicado, a grandes rasgos, algunas fuentes.

Así que ésta es la historia y la intención del libro, y la razón de que haya querido dedicárselo con todo afecto a Luis de Moya.

J.L.L.

Índice desarrollado

## I. PARTE: VERDAD(9)

### 1. QUE ES Y QUE NO ES LA MORAL9-24

- Lo que no es la moral
- Lo que es la moral
- La moral como arte
- La moral cristiana

### 2. LA VOZ DE LA NATURALEZA25-37

- Un ser descentrado

- Bienes y deberes
- Del egoísmo al sentido del deber
- Tres tipos de deberes

### 3. EL ORDEN DE LOS AMORES39-52

- Conjugar bienes y deberes
- El juicio de la conciencia
- Para que la conciencia acierte
- El Decálogo

### 4. LA DEBILIDAD HUMANA53-68

- Experiencias de debilidad
- Los tres frentes de la debilidad
- Un esfuerzo de superación
- La huella del pecado original

### 5. EL HORIZONTE DE LA LIBERTAD69-84

- Vivir en la verdad
- La libertad situada
- Las grandes elecciones
- Heroísmo y belleza

## II. PARTE: RESPETO(85)

## 6. ADMINISTRADOR PERO NO DUEÑO85-101

- Consumir o respetar la naturaleza
- Nuestra relación con las cosas
- El amor al dinero
- La mentalidad economicista

## 7. AL PROJIMO COMO A TI MISMO103-116

- Entre iguales
- Los bienes y males del prójimo
- Con los más próximos
- Amor a Dios y amor al prójimo

## 8. TRANSMITIR LA VIDA117-131

- La verdad del sexo
- El tabú sexual
- Sexo y familia
- El amor familiar

## 9. LAS RAICES DEL HOMBRE133-146

- Un ser enraizado
- La madurez y el bien común
- El papel de la autoridad
- El principio de subsidiariedad

## 10. CON TODAS LAS FUERZAS DEL ALMA147-161

- . Porque Dios existe
- . Dios y la voz de la conciencia
- . Veneración y ofensa
- . El compromiso del amor

## III. PARTE. GRACIA163

### 11. EL MISTERIO CRISTIANO165-177

- . La Unción de Cristo
- . El pecado y la Cruz
- . El sentido del sufrimiento
- . El Misterio Pascual

### 12. EL CUERPO DE CRISTO179-191

- . Unirse a Cristo
- . La comunión con Cristo
- . Las funciones del Cuerpo
- . Catolicismo

### 13. EL ESPIRITU DE CRISTO193-206

- . La Buena Nueva
- . Padre nuestro

- Los rasgos de Cristo
- Con el amor de Dios

NOTA BIBLIOGRAFICA207-210

INDICE DESARROLLADO213-215

I. Parte: Verdad

Verdad

En los cinco capítulos de esta parte se expone qué es la moral (1) y cómo surge y se desarrolla espontáneamente el sentido moral a medida que el hombre madura; se explica lo que son bienes y deberes (2), que forman la base de las elecciones humanas; así se entiende el papel de la conciencia (3), que se ocupa de valorarlos y ordenarlos; al hablar de la debilidad humana (4), se analiza la distancia misteriosa y extraña que se da en todos los seres humanos entre lo que es y lo que debería ser y se presentan los distintos aspectos en que se manifiesta; por último, se estudia lo que es la libertad (5), y cuál es el marco en el que existe y se realiza con plenitud.

Esta parte se llama verdad porque todos los elementos que aquí se tratan sirven para conocer la verdad y para poder obrar de acuerdo con ella; es decir, para "andar en verdad" como diría Santa Teresa o "vivir en la verdad" como diría, por ejemplo, Vaclav Havel. Toda la vida moral consiste en el empeño por vivir de acuerdo con la verdad de lo que el hombre y las cosas son.



## 1. Que es y que no es la moral

### Lo que no es la moral

El título puede sorprender, pero resulta necesario explicar primero lo que no es la moral para poder explicar después lo que es la moral. Hay tantos sobreentendidos y malentendidos que no es posible dar un paso si antes no se quita de en medio lo que estorba.

Hablamos continuamente de moral: en familia, con los amigos, en el café, en la prensa, en el parlamento... A todos nos interesa, porque a todos nos afecta. Todos tenemos algo que decir. Por eso es difícil y, a la vez fácil hablar de moral. Como todos tenemos algo que decir, es fácil ponerse a hablar, pero es difícil conseguir que los demás nos escuchen y estén de acuerdo. En ningún tema se discute tanto: las opiniones se enfrentan y se superponen sin que parezca posible componerlas. Por eso, crece la sensación de que la moral es el tema más opinable de todos; el tema donde cada uno puede y debe tener su propia opinión; el tema donde ninguna opinión puede imponerse. A primera vista, el único acuerdo posible parece éste: que todo es opinable y que en este terreno no hay nada seguro.

En las ciencias y en las técnicas, que tienen que ver con cosas objetivas, sí que hay conocimientos seguros: por eso se opina poco: se conocen las cosas o no se conocen. Y el que las conoce -el que sabe- es el que dice cómo son. En el arte y en la moral parece distinto: no se trata de cosas, sino de gustos y preferencias, de intereses y puntos de vista: todo subjetivo y, en consecuencia, opinable.

Además, la moral parece cambiar según las personas, las culturas y las épocas. Esto aumenta la sensación de que es inestable y provisional. Hoy se tiene la impresión de vivir una época nueva con respecto a la moral del pasado. La moral tradicional en los países occidentales, que tenía un trasfondo cristiano, parece superada. La imagen que ha quedado de ella es bastante negativa, aunque algo vaga porque no se sabe muy bien en qué consistía realmente; y resulta extraña. Para muchos, la moral tradicional consiste en un conjunto de

normas o mandamientos fijos y estrictos, especialmente en materia sexual, que aprendían las gentes en sus familias y los mantenían más o menos reprimidos durante toda su vida, pendientes de si acabarían en el cielo o en el infierno.

Para esta mentalidad la moral cristiana se podría comparar a un juego de premios y sanciones. La vida empieza cuando entra la bolita metálica por la parte superior de la máquina y recorre su trayecto tropezando aquí y allá, ganando y perdiendo puntos. Al final se suman los puntos obtenidos y, si se ha superado un cierto límite, se obtiene el premio y si no, se pierde la partida. Lo mismo sucedería con la moral cristiana: se van sumando pecados y aciertos y al final, si se ha quedado por encima de un cierto límite, se va al cielo y , si no, al infierno.

Teniendo esta imagen como punto de referencia parece claro que hemos avanzado mucho: se han superado las restricciones excesivas y se ha difundido en la sociedad una mentalidad mucho más abierta y libre. Avanzar ha significado entonces liberarse de esas normas externas y caprichosas que parecían haber sido inventadas y difundidas por gentes de mentalidad estrecha con el ánimo de tener sujeto a todo el mundo. Como ilustra un conocido chiste, esa mentalidad sería la de aquella señora que decía que "todo lo bueno engorda o es pecado". Una mentalidad con trasfondo más o menos masoquista que encontraba gozo en prohibirlo todo, especialmente lo que tuviera que ver con el triunfo, el dinero y el placer. Esa moral parece definitivamente superada. Han caído las prohibiciones y las represiones y se ha demostrado que no pasa nada: el mundo sigue rodando tranquilamente.

Una vez que se ha logrado superar ese montón de preceptos, para la mayoría, el único principio moral que queda es la buena intención. Expresión máxima de que una persona es buena y de que obra bien es que tenga buena intención. Si se tiene buena intención, ya basta. Luego cada uno puede hacer y opinar lo que quiera, siempre que deje a su vecino hacer otro tanto.

Después, lo que cada uno quiera hacer con su vida es un tema privado. Pertenece a la esfera de su intimidad y nadie tiene derecho a

entrar allí sin permiso. Nadie puede erigirse en juez de la moral del vecino. Cada uno es libre de pensar lo que quiera, siempre que no moleste, o por lo menos, que no moleste más de lo que se le molesta a él. Nadie tendrá derecho a poner otras restricciones que las que nacen de los conflictos de derechos. Y para eso está el Estado, que se encarga de establecer el equilibrio entre los derechos de los particulares cuando entran en conflicto. Para que la convivencia sea posible, es suficiente regular un mínimo y encontrar el punto justo. Para todo lo demás, basta la buena intención.

Es cierto que hay cosas que, a primera vista, parecen estar mal para todos, independientemente de lo que opinen o de su buena o mala intención. Por ejemplo, la mayoría considerará malo matar a un niño, pegar sin motivo a un anciano, hacer sufrir a un animal o contaminar un río. Sería complicado, sin embargo, justificarlo; es decir, argumentar porqué es malo. Probablemente, sólo lograríamos llegar al acuerdo de que "parece" malo; o si preferimos un razonamiento utilitarista podríamos decir que es malo porque, si se difundiera esa manera de comportarse, la convivencia se haría insoportable. En este sentido "parece" malo que cualquiera pueda maltratar a otro simplemente por capricho o contaminar un río por porque le apetece. Seguramente la vida social sería difícil si cualquiera nos pudiera pegar en la calle simplemente porque le apetece y le parece correcto. Así no podríamos vivir. Por eso la legislación de cualquier país penaliza al que pega a otro ciudadano sin motivo.

En este caso, el principio se puede justificar con razones prácticas; pero en otros no. Resultaría difícil argumentar, por ejemplo, porqué es malo maltratar a un animal: porqué no debe uno maltratar a su perro si le apetece y no molesta a nadie. Se puede decir que "parece" malo y quizás, argumentar que es mejor que no se acostumbre a maltratar animales porque puede acabar maltratando personas. Pero este argumento no parece muy sólido. Además está abierto a una casuística interminable: "¿y si sólo lo maltrato un poco?..."

En definitiva, por este camino todo lo que podríamos decir es que la moral consiste en un conjunto mínimo de normas acordadas para hacer posible la convivencia humana: los dos últimos siglos de

investigaciones éticas no parecen ir más allá, aunque lo dicen de un modo más bonito, extenso y complejo.

### Lo que es la moral

En realidad, la moral no tiene nada que ver con todo esto. O, para ser más precisos, tiene muy poco que ver. Tiene poco que ver con las opiniones, con los sistemas de normas, con las buenas intenciones y con los equilibrios de la convivencia. Tampoco es "lo contrario"; simplemente "no es eso". Pero no nos vamos a entretener en ver por qué no es eso: nos llevaría muy lejos y serviría de poco. Basta con advertir al lector de que aquí no tratamos de eso. Así ya está preparado para lo que va a venir, y no le sorprenderá tanto que, con las mismas palabras, se esté hablando de algo diferente.

Si hubiera que dar una definición sencilla de lo que es la moral, de lo que esta palabra significaba cuando se inventó, se podría decir que moral es "el arte de vivir". Sin más.

Vale la pena explicar un poco los términos de esta breve definición. La moral es un arte como es un arte la pintura, la escritura, saber vender, tocar el piano o tallar la madera. Por arte se entiende el conjunto de conocimientos teóricos y técnicos, las experiencias y las destrezas que son necesarias para desempeñar con maestría una actividad.

Conocimientos teóricos, conocimientos técnicos, experiencias y destrezas: todos estos componentes son necesarios en cualquier arte. Para tocar el piano, por ejemplo, se requieren conocimientos teóricos de música; algunas técnicas que enseñan el modo de poner y mover los dedos, etc.; la experiencia propia sobre cuándo y cómo y en qué modo se hacen mejor las cosas; las destrezas o habilidades físicas que se han adquirido a base de ejercicio (la práctica de mover los dedos, de leer la música, etc.).

Y para llegar a ser un maestro -para tener maestría-, se requiere dominar todos los elementos teóricos y prácticos del arte: de nada

sirve, por ejemplo, "saber" como se toca el piano si nunca se han puesto las manos en uno; tampoco basta saber poner las manos y tener agilidad en los dedos si no se es capaz de leer el pentagrama.

La moral es, en este sentido, un arte; pero no el arte de "tocar el piano" o de "tallar la madera" o de "pintar al óleo", sino el arte de "vivir bien". Y ¿qué quiere decir aquí "vivir bien"? La respuesta es simple: "vivir bien" quiere decir vivir como es propio de un hombre, como le corresponde a un ser humano. Así, del mismo modo que la pintura es el arte de pintar, la moral es el arte de vivir como un ser humano.

El asunto puede resultar chocante: estamos diciendo que es necesario un arte para vivir como hombre del mismo modo que es necesario un arte para pintar. A primera vista parece que no hace falta nada especial para vivir como hombre: basta ser hombre y seguir viviendo como siempre; basta con dejarse llevar espontáneamente. Y es cierto, para "vivir", basta dejarse llevar. Pero para "vivir bien" o para "vivir como le corresponde a un ser humano" no basta. Para los animales basta, pero para los hombres no basta.

Los animales viven desde luego espontáneamente. Y no necesitan que nadie les enseñe a vivir; simplemente viven. Quizás aprenden de sus progenitores algunas estrategias para conseguir su alimento o para defenderse, pero poco más. Viven de acuerdo con sus instintos y viven bien. No necesitan ninguna preparación. No necesitan ningún arte; les basta con dejarse llevar.

Pero el hombre es un ser especial; es un ser libre. Libre quiere decir, entre otras cosas, que está mucho menos condicionado por sus instintos; pero por eso mismo necesita aprender muchas cosas que los animales saben por instinto, y otras muchas que los animales no conocen de ninguna manera y que son propias del hombre. Necesita ser "educado" para vivir como hombre. Si no es educado así vive como un animal mal preparado. Esto en el mejor de los casos, porque lo normal es que, sin educación, no pueda ni siquiera sobrevivir. El niño nace tan desprotegido por la naturaleza que no puede hacer casi nada por sí mismo. El recién nacido no es capaz siquiera de buscar el alimento que necesita: está ciego, no coordina sus movimientos, no

sabe andar.... Los primeros meses hay que hacerselo todo; después hay que enseñárselo todo.

En comparación con todas las especies animales, el patrimonio instintivo del hombre es desproporcionadamente pequeño: no sabe casi nada y no puede hacer casi nada. Si no ha sido expresamente educado, el hombre no sabe, por ejemplo, qué debe comer. Si un niño pequeño -y también un adulto- se pierde en una selva, no sabe distinguir lo que puede comer y lo que no; no sabe cómo cazar ni dónde tiene que buscar alimento en la tierra. Por sí solo ni sabe ni aprende a encontrar alimentos, ni a prepararlos, ni a defenderse, ni siquiera a andar: necesita la compañía y la enseñanza de otros seres humanos adultos para aprender estas cosas tan elementales.

Además, necesita aprender lo que es propio del hombre: necesita aprender a hablar y a escribir; a tratar a los demás y a comportarse en la convivencia; y mil cosas más. Si no se le educa, no despliega sus capacidades. Si no hay un ambiente en que se hable, no aprende a hablar; si no se le enseña a andar erguido, anda agachado; si no vive en un medio culturalmente estimulante, no despliega ninguna vida cultural: ni gusto artístico, ni sensibilidad musical, ni siquiera refinamiento gastronómico. Todo debe ser transmitido y sólo puede hacerlo un ambiente humano suficientemente rico y estimulante. Las capacidades del hombre vienen dadas con su naturaleza, pero el despliegue de esas capacidades necesita educación.

Entre las capacidades humanas, la más importante y la más característica del hombre es la libertad. Es la capacidad humana que hay que educar con mayor atención. Educar a un hombre no es sólo enseñarle a caminar, comer, hablar; ni siquiera instruirle y transmitirle conocimientos de las ciencias y de las artes. Educar a un hombre es, sobre todo, enseñarle a usar bien de la libertad; a usar de su libertad como es propio de un hombre.

El hombre no sabe por instinto cómo debe usar de su libertad. Tiene cierta inclinación natural a usarla bien como la tiene también para hablar y caminar, pero necesita educación. Tiene que aprender poco a poco lo que un hombre debe hacer y lo que debe evitar: qué es lo conveniente para un hombre y qué es lo inadecuado.

Y ahora podemos entender mejor lo que es la moral, lo que significaba esta palabra cuando se empezó a usar. Acabamos de decir que la libertad es la principal característica del ser humano. Pues bien, la moral, que es el arte de vivir como hombre, se puede definir también como el arte de usar bien de la libertad. Un arte que cada hombre necesita aprender para vivir dignamente.

Es un arte porque necesita, como todo arte, conocimientos teóricos y prácticos: conocimientos que hay que recibir de otros, y hábitos que sólo se pueden adquirir por el ejercicio personal. Es muy parecido, aunque más complicado e importante, que el arte de tocar el piano: son necesarios conocimientos y habilidades: teoría y práctica: principios y hábitos.

Primero son necesarios los conocimientos: tenemos que aprender de otros seres humanos cómo debe comportarse un hombre. Y también son necesarios los hábitos, porque no basta saber teóricamente cómo hay que comportarse; además, hace falta la costumbre de comportarse así. Como señala el viejo dicho, el hombre es un animal de costumbres. No es sólo cerebro; no es sólo un ser que piensa. Por eso, no basta pensar las cosas y querer hacerlas para hacerlas realmente: hay que "poder" hacerlas. Es muy importante detenerse a considerar esto.

Si fuéramos sólo mentes bastaría pensar una cosa y tomar una decisión para hacerla. Pero la experiencia diaria enseña que no somos así. Hay muchas cosas que nos gustaría hacer y decidimos hacer pero que no hacemos. Algo se interpone entre la decisión de nuestra mente y la ejecución. Para llevar una decisión a la práctica, necesitamos lo que ordinariamente se llama "fuerza de voluntad": una especie de puente o de correa de transmisión que ejecuta lo que decidimos. Cuando esa fuerza de voluntad falla, "decidimos" pero no "hacemos".

La experiencia enseña también que esta "fuerza de voluntad" varía de unos hombres a otros y tiene mucho que ver con las costumbres o hábitos que cada uno tiene. Se puede ilustrar bien con un ejemplo. Para levantarse puntualmente, al oír el sonido del despertador, no basta "haber decidido levantarse", además hace falta "tener la costumbre de levantarse". El mero "querer" no es bastante

ordinariamente. Es verdad que, si hay motivos excepcionales, cualquier persona se levanta puntual, aunque no tenga esa costumbre. Pero "ordinariamente" quien no tenga esa costumbre, fallará muchas veces aunque se haya propuesto lo contrario.

La persona que se pone a trabajar enseguida, tiene esa buena costumbre que le facilita el trabajo. En cambio, quien se acostumbra a retrasarse porque no le apetece empezar, tiene esa mala costumbre que le dificulta el trabajo. El que tiene la buena costumbre tiene bien "la transmisión" entre lo que decide en su mente y lo que realiza: consigue trabajar cuando decide trabajar. En cambio, a quien no tiene esa costumbre, le falla la transmisión: habitualmente no consigue trabajar aunque se lo proponga. Al cabo de los años la diferencia entre tener o no esa buena costumbre es enorme: miles y miles de horas de trabajo: la eficacia de una vida.

"El hombre es un animal de costumbres". Las costumbres hacen o deshacen a un hombre. Refuerzan la libertad o la eliminan. Quien tiene la costumbre de levantarse puntual lo puede hacer siempre que quiera: se levantará a la hora que decida. Quien no tiene esa costumbre no tiene esa libertad: aunque decida levantarse a una hora determinada, nunca estará seguro de si va a ser o no capaz.

Por eso, la formación moral consiste en adquirir los conocimientos necesarios y también las costumbres o hábitos que permiten al hombre vivir bien, dignamente, como un hombre. Proporcionan al hombre coherencia entre lo que quiere y lo que puede hacer. Le dan el conocimiento y la libertad de obrar como hombre. Por eso la moral tiene mucho que ver con conocer y practicar las buenas costumbres.

La palabra "moral" viene del latín, de la palabra mos-moris, que significa precisamente "costumbre". En su significado antiguo y siempre válido, la moral es el arte de las "buenas costumbres"; es decir, de las costumbres que son buenas para el hombre, de las costumbres que le van bien, de las costumbres que le dan madurez y perfección.

Si recapitulamos ahora las tres definiciones de moral que hemos dado hasta ahora, veremos que son coherentes. Primero hemos definido la moral como el arte de vivir bien, de vivir como le



corresponde a un ser humano. Después hemos visto que lo que caracteriza al ser humano es la libertad. Por eso, la moral se puede definir también como el arte de educar la libertad. Y, finalmente hemos visto que la educación de la libertad consiste sobre todo en adquirir buenas costumbres. Por eso se puede afirmar que la moral consiste en conocer, practicar y adquirir las buenas costumbres, las que permiten al hombre vivir como corresponde al ser humano.

### La moral como arte

La moral es ciertamente un arte. Lo que sucede en este terreno no es distinto de lo que sucede en otros. Si no hay base teórica, no es posible orientar bien la práctica. Y si no hay práctica, tampoco es posible hacer las cosas bien. Nadie es capaz de tocar bien el piano con sólo tener el deseo intenso de tocarlo. Ni se llega a pintar un buen retrato sólo por haber leído muchas biografías de Velázquez. Hace falta teoría y práctica: conocimientos teóricos y técnicos, experiencia y hábitos o destrezas.

Nadie es capaz de vivir bien con sólo desearlo. Hace falta, primero tener claro en qué consiste vivir bien, y después adquirir los hábitos necesarios para llevar a la práctica ese conocimiento. La buena intención de tocar el piano no es suficiente para llegar a ser un maestro y la buena intención de "ser bueno" o de "no hacer daño a nadie" tampoco es suficiente para ser efectivamente bueno y no hacer realmente daño a nadie.

La moral necesita mucho más que buenas intenciones genéricas. En la historia se han cometido muchas barbaridades sin mala intención o incluso creyendo que se estaba prestando un gran servicio a la humanidad. Hay que saber en qué consiste ser bueno y en qué ser malo, cómo se hace daño a alguien y cómo se le hace bien. Hacen falta conocimientos que sólo se pueden adquirir con la experiencia.

Las buenas intenciones pueden ser un primer paso del comportamiento moral, como pueden ser el primer paso para aprender a tocar el piano. Pero después hacen falta conocimientos y práctica.

También práctica. Adquirir un arte requiere mucho ejercicio práctico. Un buen pianista necesita muchas horas diarias de ejercicios. Y si quiere llegar a ser un maestro, más todavía. Con la buena intención de ser un maestro no le basta.

Y los ejercicios tienen que estar bien hechos. No es suficiente hacerlos de cualquier manera. No pasa nada si un principiante coloca mal los dedos de cuando en cuando sobre el teclado; lo importante es que mejore respecto a su situación anterior, que cada vez lo haga mejor. Pero es peligroso que se acostumbre a equivocarse: adquirirá vicios que después le costará mucho esfuerzo superar o que quizás nunca supere y le condenen a ser un pianista mediocre. Un maestro no puede permitirse ni siquiera pequeños errores. Cada equivocación es un paso atrás. Un maestro pone en juego su arte cada vez que pone las manos sobre el teclado. En cada actuación mejora o empeora.

Esta es una ley común a todas las actividades humanas. Cada acto consciente del hombre deja una huella más o menos fuerte según la intensidad del acto. Si es un error, deja una huella que puede convertirse por repetición en una mala costumbre. Si es un acierto, con la repetición puede llegar a ser un buen hábito. Los hábitos se crean y se destruyen según el hombre obre adecuadamente o no. El hombre está continuamente haciéndose y deshaciéndose en todos los terrenos. La misma ley está vigente en el campo del deporte, de todas las destrezas y habilidades físicas, de todas las artes y, por supuesto, de la moral.

Curiosamente, algunos creen que en el hombre todo es lo mismo, menos en lo que se refiere a la moral. Piensan, por ejemplo, que todo en el hombre es materia, pero luego defienden que la moral no tiene nada que ver con lo que sucede en los demás estratos del ser humano, que es un tema completamente opinable y arbitrario, apenas sujeto a las leyes naturales. Es un error. Desde luego el hombre no es sólo materia pero las leyes que gobiernan la materia, tienen relación con las que gobiernan el espíritu. Lo que sucede con el arte de tocar el piano y

con la habilidad de correr los cien metros lisos es semejante a lo que sucede en el campo de la moral.

Como en el deporte, para llegar a vivir dignamente como hombre, se requiere esfuerzo y se requiere entrenamiento. Este arte mejora cuando se ejercita bien y empeora cuando se ejercita mal. La moral - las buenas costumbres- se ponen en juego en cada decisión de la libertad. La acumulación de decisiones afortunadas o desafortunadas y la intensidad de las decisiones libres va dejando una huella de hábitos con los cuales el hombre es cada vez más maduro y libre o cada vez menos.

Hace falta, por tanto, práctica, y también hacen falta conocimientos morales: saber qué es lo conveniente y qué es lo inconveniente. En este sentido, el arte de vivir bien es tan opinable como el arte de tocar el piano.

Es evidente que no se puede tocar el piano de cualquier modo. El arte de tocar el piano está muy condicionado al menos por dos cosas: por la estructura física del piano y por la movilidad de la mano humana. Ambas cosas, que son completamente objetivas, condicionan mucho este arte: aunque dejan un margen de libertad. En ese margen, el arte es opinable, pero en el otro, no.

El obrar humano está también muy condicionado por realidades previas, que son el hombre mismo y el ámbito de personas y cosas donde desarrolla su actividad. No podemos olvidar algo tan elemental como que el hombre está condicionado -fuertemente condicionado- por su naturaleza. No nos hemos hecho a nosotros mismos: casi todo lo que somos nos lo encontramos "puesto" cuando vinimos al mundo. Mucho antes de que pudiéramos usar de nuestra libertad, ya estábamos hechos y muy condicionados por nuestro modo de ser. Sólo en cierta medida podemos modificarnos: hay un espacio para nuestra creatividad, pero limitado.

Hay una parte de nosotros que es el fruto de nuestras decisiones libres. Pero la mayor parte no: la hemos recibido y tiene sus leyes. No podemos decidir cómo va a ser nuestra digestión, ni en qué sentido tiene que circular nuestra sangre. Todo nuestro ser físico funciona de acuerdo con leyes que no hemos inventado y que apenas podemos

modificar: sólo podemos descubrirlas. Lo que sucede en el ámbito físico guarda un paralelo con lo que sucede en el ámbito espiritual, que es el ámbito del uso de la libertad.

Casi toda nuestra vida moral consiste en desarrollar libremente unas capacidades que nos hemos encontrado "puestas" cuando vinimos al mundo. Estas capacidades tienen sus leyes propias, aunque a veces no las conozcamos. Nuestra inteligencia, por ejemplo, tiene unas leyes que no hemos inventado nosotros: tiene un modo propio de intuir y de razonar; nuestra voluntad también tiene sus leyes y lo mismo sucede con las demás capacidades. No está en nuestra mano "inventar" cómo funcionan: no podemos "inventar cómo es la libertad, el amor, la amistad y la felicidad. Podemos a veces elegirlos libremente, pero no inventarlos. Podemos proponernos tener buenos amigos, pero no podemos decidir en qué consiste la amistad. Podemos desear ser felices e intentarlo de distintas maneras, pero no podemos inventar la felicidad. El que seamos felices o no dependerá de que acertemos o no a vivir de acuerdo con las leyes que tiene la felicidad humana.

Por eso la moral no depende de los gustos de cada uno. No es algo que cada uno pueda crear según le apetece. No es una cuestión de opiniones. No da lo mismo comportarse de un modo o de otro. Puede suceder que, en algún caso, no sepamos con seguridad cuál es la conducta que conviene, y entonces cabe la opinión.

En este sentido la moral es tan opinable como la medicina. También los médicos "opinan" cuando no "saben", cuando no están seguros, pero son conscientes de que sus opiniones no cambian la realidad. No es opinable, por ejemplo, el modo de hacer la digestión, ni cuáles son los alimentos que nos convienen. Sólo "opinamos" sobre estos temas cuando no "sabemos". En una conversación, entre un grupo de amigos, podemos opinar, por ejemplo, que un alimento es venenoso o que no. Pero nuestra opinión no modifica el alimento: si era venenoso, lo sigue siendo a pesar de nuestra opinión, y si no lo era, sigue sin serlo. Nuestras opiniones no modifican ni el alimento ni nuestro metabolismo. Nos tenemos que acomodar a ambas cosas, que nos imponen sus leyes.

La moral es opinable precisamente cuando y en la medida en que no sabemos claramente lo que es conveniente. Opinamos cuando no estamos seguros, pero no porque todas las opiniones sean igualmente válidas, sino porque, en ocasiones, nos falta luz para distinguir lo más acertado.

El saber moral es difícil y delicado. Por eso hay que poner un esfuerzo especial para alcanzarlo, pero vale la pena porque es un saber precioso para el hombre: mucho más importante que el de tocar el piano o pintar al óleo. Aunque es un saber difícil, hay algunos modos de orientarse sobre lo que es bueno o malo. Vamos a verlo brevemente a continuación.

La naturaleza responde bien a lo que le conviene y responde mal a lo que no le conviene. Es lógico y puede servir para detectar lo que es bueno y lo que es malo. Esto sucede en todos los campos, aunque no de la misma manera. El que come un alimento que no le conviene, lo notará; incluso lo podremos percibir externamente: veremos su mala cara, sus espasmos o quizás le veremos revolcarse por el suelo. Las equivocaciones o los aciertos en el plano físico se notan físicamente: nos sentimos mal o bien según el alimento sea apropiado o no.

El campo de la moral es un poco distinto. Los errores y los aciertos en el uso de la libertad no se pueden sentir físicamente; pero se perciben de alguna manera. Por eso decimos que uno "se siente bien" cuando obra bien y que "se siente mal" cuando obra mal. No es un criterio muy preciso, porque la actividad humana es muy compleja, pero sirve de indicio. El obrar bien deja siempre una huella de felicidad, mientras que el obrar mal, deja un rastro de insatisfacción y disgusto.

Hay otro criterio externo muy importante. Las acciones buenas son percibidas como bellas y deseables. Y cuando son muy buenas, suscitan la admiración y el deseo de imitarlas. Producen gusto en el que las contempla, de modo semejante a como produce gusto la contemplación de un paisaje. Todos perciben, por ejemplo, la belleza del gesto del que arriesga su vida por salvar la de otro, y a cualquier persona normal le gustaría ser así, aunque quizás no se sienta con fuerzas. Al contemplar la acción muy buena -heróica- surge un

impulso interior de aprobación, se intuye que ha habido algo digno de un hombre, y se siente la satisfacción de que el ser humano sea así de noble.

Las acciones malas, por el contrario, son percibidas como innobles, como inconvenientes y como "feas". Suscitan el rechazo espontáneo. No es necesario ningún razonamiento para ver que hacer sufrir a un animal o, con mayor razón, a un ser humano, es malo. Produce repugnancia instintiva: es percibido como "feo", como algo que desagrada a la vista, que sería mejor no haber visto, que sería mejor no haber hecho. Hay una estridencia estética en la acción mala: algo grita, aunque no se oiga físicamente su voz. Es la sensación de fealdad. De hecho, a los niños se les suele indicar que algo está mal diciéndoles que es "feo". Se les educa moralmente enseñándoles a sentir repugnancia hacia las acciones malas.

Claro es que se puede perder el buen gusto. La experiencia enseña que hay gentes que llegan a ver como bonito, o por lo menos deseable, lo que al sentir natural de todos parece feo y odioso. Hay quien disfruta haciendo sufrir a un pobre conejo y quien disfruta torturando a un hombre. Esto no quiere decir que sea moralmente opinable esa acción y que la opinión del sádico valga lo mismo que la de todos los demás; quiere decir tan sólo que se puede deformar el buen gusto, el sentido moral natural. Nadie dudaría en calificar de degenerado al hombre que disfruta haciendo sufrir a otros. Y el argumento más fuerte no sería el utilitarista (tal costumbre puede llegar a ser molesta para la sociedad) sino la fealdad de la acción que se percibe espontáneamente: el sentido natural de lo que es conveniente o no al hombre.

La estética de las acciones humanas es muy importante en la educación moral. En cierto modo, se podría decir que la moral no es otra cosa que la estética del espíritu; el buen gusto en lo que se refiere al comportamiento humano. Para Aristóteles educar a un hombre era enseñarle a tener buen gusto en el obrar: a amar lo bello y a odiar lo feo. Se trataba de orientar y reforzar las reacciones naturales ante las acciones nobles e innobles. Los griegos pensaban que la belleza era el mecanismo fundamental de la enseñanza moral. Por eso, querían que sus hijos admirasen y decidiesen imitar los gestos heroicos de su

tradición patria, que les transmitía la literatura y la historia. De hecho, pensaban que la finalidad tanto de la literatura como de la historia debía ser ésta: educar moralmente a los más jóvenes.

Es evidente que esto supone una idea muy alta de lo que es el hombre. Supone también creer que hay un modo de vivir digno del hombre, y que educar consiste en ayudar al niño para que ame ese modo de vivir y adquiera las costumbres que le permitan comportarse así.

A veces, nuestra civilización duda de esto. No está segura de que haya un modo de vivir moral, digno del hombre. Y por eso no sabe educar: sabe instruir; es decir, "informar" al niño sobre muchas cuestiones: sabe informarle sobre las órbitas de los planetas, la función clorofílica o la revolución francesa. Pero no sabe decirle qué es lo que debe hacer con su vida.

Sin embargo, el lenguaje de la belleza que descubrieron los griegos sigue vigente, porque el hombre no ha dejado de ser hombre. Sigue siendo verdad que hay acciones bellas y nobles y acciones feas e innobles. Las primeras nos confirman que existe la dignidad humana y las segundas también, porque si podemos decir que algo es innoble e indigno de un hombre es precisamente porque tenemos alguna idea de lo que es noble y digno.

Y esto nos lleva a una conclusión: si existe un modo de vivir digno del hombre, vale la pena hacer todo lo posible para encontrarlo. Sería una pena dejar transcurrir la vida y no haberse enterado de lo más importante, aunque no sea fácil.

### La moral cristiana

¿Cómo saber lo que es digno del hombre? ¿Cómo aprender a vivir como debe vivir un hombre? El primer paso es, desde luego, tener afición a las acciones bellas: admirar e imitar lo que es bonito. Este es el primer paso: desear una vida llena de belleza. El amor a la belleza, a la dignidad de la vida humana, da un sentido moral.

Pero es limitado. El sentido natural de lo que es bueno o malo -la estética moral- da orientaciones muy claras para las situaciones extremas, pero no cubre todo el campo del comportamiento humano. Si la situación es complicada o intervienen muchos factores puede plantear dudas. No es raro; lo mismo sucede en otros ámbitos de la experiencia humana. Algunos alimentos atraen instintivamente por su aspecto y olor, mientras que otros producen repugnancia. Pero, en muchos casos, ni el aspecto ni el olor nos sugieren nada; y en algunos casos nos engañan (basta pensar en el olor nauseabundo de la coliflor, que es, sin embargo, un excelente alimento).

Si sabemos lo que es comestible y lo que es nocivo, lo debemos a la experiencia que nos han transmitido. La cultura almacena y transmite la experiencia de los que han vivido antes que nosotros. Por ella recibimos muchos saberes y conocimientos que solos no hubiéramos adquirido. Sería terrible si cada ser humano tuviera que descubrir todo él solo: en materia alimenticia sólo podríamos equivocarnos una vez; la primera seta venenosa nos llevaría a la tumba. Afortunadamente, podemos servirnos de la experiencia que ha sido acumulada y transmitida por nuestra cultura, sobre las setas comestibles.

En el terreno moral, hay también una rica experiencia transmitida. Quienes nos han precedido han acumulado un saber sobre lo que al hombre le conviene y lo que no. Aunque con mayores dificultades que en el caso de las setas porque se trata de un terreno más sutil. La oferta de experiencias morales es menos clara que la de experiencias culinarias, porque es menos tangible. Los efectos de las acciones malas sobre el hombre, no son tan aparatosos y rápidos como los de las setas venenosas. El campo de la libertad humana es muchísimo más rico y complejo que el de la alimentación. Por eso es más difícil el saber moral que el dietético.

No puede extrañar que, a veces, se planteen dudas, o que las experiencias que transmiten culturas distintas sean también distintas. Se requiere un cierto método para "leer" la experiencia moral que transmite cada cultura. Hay que penetrar muy profundamente en una cultura para hacerse cargo del significado de una práctica moral. Se equivocaría quien trabajase simplemente en la superficie, limitándose



a comparar externamente los usos morales de una y otra cultura. No bastan los usos externos. Cada uso hay que leerlo en su contexto: tiene su lógica, que sólo se puede apreciar si se conoce muy bien el conjunto de esa cultura. Por eso la idea de "componer" una moral común o de obtener algo así como el "común denominador" de todas las morales resulta artificiosa. e imposible de realizar en la práctica

El dato relevante que emerge de las distintas experiencias morales de la humanidad, es que existe una común preocupación moral. Y que todos los pueblos han entendido que la parte más importante de la educación consiste en transmitirla; es decir, en enseñar a vivir dignamente a los más jóvenes.

No es un secreto que nuestra cultura se encuentra en una situación de cierta perplejidad: no sabe qué debe transmitir a los más jóvenes. Reciben un cúmulo enorme de información científica y técnica y un depósito bastante pobre de conocimientos morales. Nuestra cultura parece insegura a la hora de enseñar en qué consiste ser hombre, mientras puede informar ampliamente sobre la estructura íntima de la materia. Ha perdido en parte su propio patrimonio.

Quizá por esta razón está recibiendo un número cada vez mayor de ofertas morales alternativas, aunque le llegan a retazos, como en piezas sueltas que no se pueden componer porque faltan muchas. Ante la variedad de la oferta, no se sabe qué elegir. Nuestra cultura se encuentra como la señora que acude a un supermercado en el que hay demasiadas cosas. si sólo hay tres marcas la decisión es fácil, pero si se linean docenas en un mostrador...El problema es que, como sucede en el supermercado pero en mayor medida, no se puede elegir entre los sistemas de moral mirando solo el envoltorio y el precio.

Para elegir entre todos los sistemas de moral habría que tener experiencia de cada uno de ellos y controlar hasta qué punto son capaces de hacer digna la vida del hombre. Pero esto es imposible, porque cada "prueba" requiere una vida entera. Nadie puede negar el interés que tendría conocer, por ejemplo, la moral de los antiguos zulúes; pero sería necesario un proceso de aclimatación que llevaría media vida para penetrar realmente en el sentido de sus costumbres. Esto tiene el inconveniente de que apenas nos dejaría tiempo para

conocer a fondo otra moral, como, por ejemplo, la de los bantúes. Por otra parte, probablemente sería difícil dedicarse a penetrar realmente en el mundo de la moral zulú o en el de la bantú y seguir viviendo en la cultura occidental.

Tampoco es posible hacer algo así como un resumen de todas las morales: cada una tiene su genio propio y se resiste a mezclarse con otras.

Al ofrecer aquí la moral cristiana, se ofrece una moral que ya se ha probado. Es la moral con la que occidente ha surgido y de la que aún vive; y es la moral más universal de todas, porque ha llegado a todas las partes del mundo; personas de todas las culturas la han vivido y la viven. Es por eso, sin duda alguna, la moral más importante que ha existido nunca. Claro es que esto no basta para "demostrar" que sea la "verdadera moral", aunque es un buen argumento para invitar a conocerla a fondo (ninguna moral histórica ha tenido un impacto cultural tan inmenso y tan profundo).

La validez de una moral no se puede demostrar como se "demuestra" una conclusión matemática. La "seguridad" de que una moral es verdadera viene de que le va bien al hombre, de su belleza y de sus frutos tanto personales como sociales. Esto se puede comprobar en el caso de la moral cristiana.

Pero hay que añadir una advertencia: la moral cristiana es una moral peculiar: es una moral revelada. Es decir: no se presenta a sí misma como el fruto de la experiencia humana acumulada, sino como fruto de la enseñanza de Dios al hombre. Los cristianos creemos que Dios, que es el creador de todo, por distintos caminos, ha querido descubrir al hombre, el modo de vivir que le conviene.

Se puede decir que esta moral es algo así como las instrucciones del fabricante que acompañan a los productos que compramos. El fabricante, que conoce perfectamente cómo está hecho el producto que vende, instruye sobre el modo más conveniente de usarlo. Y es muy de agradecer, porque así tratamos bien los productos, duran más y se comportan mejor. Claro es que se puede utilizar un aparato sin tomarse la molestia de mirar las instrucciones. Los latinos somos poco aficionados a las instrucciones: sólo se miran las instrucciones cuando

se ha conseguido estropear el aparato. Pero este comportamiento no es muy razonable. Teniendo las instrucciones a mano, vale la pena tomarse la molestia de leerlas.

La moral cristiana se presenta a sí misma como las instrucciones del fabricante. Esas instrucciones completan y perfeccionan el conocimiento que podemos adquirir con la experiencia, estudiando directamente el producto, que, en este caso, es el hombre. Por eso, la moral cristiana acoge el contenido último de todas las morales históricas y comunica con ellas en su conocimiento de las profundidades del espíritu humano.

La objeción más grave que se suele hacer a la moral cristiana es que es de otra época. Es lo que C.S. Lewis llamaba "el prejuicio cronológico": el prejuicio de que todo lo anterior, por el sólo hecho de ser más antiguo, está superado. Pero es como si se consideraran superadas las puestas de sol sólo porque hace varios miles de millones de años que se producen.

No conviene engañarse en un tema tan delicado e importante, ni dejarse llevar por el esnobismo. En el supermercado de los sistemas de moral, hay muchas ofertas, y muchos sucedáneos pero no existe una alternativa real. El colorido de los envoltorios puede despistar, pero un poco de experiencia lo confirma enseguida: ningún producto tiene tanta calidad: ninguno ofrece tanto y con tantas garantías. Es fácil mostrar que es la moral más completa que ha existido nunca. Ha iluminado la vida de muchos millones de personas y ha dado espléndidos frutos de humanidad, heroísmo, autenticidad y belleza. Pasar de largo sin probarla sería una locura,

## 2. La voz de la naturaleza

Un ser descentrado

En el capítulo anterior hemos desarrollado la idea de que la moral es simplemente el arte de vivir como un hombre. Y hemos visto la importancia que tiene la libertad.

Lo propio del hombre es ser libre. Es la diferencia más clara con los animales. No le diferencia de los animales nada importante de su cuerpo: ni la dentadura, ni su habilidad para correr, ni su vista. En algunos aspectos está mejor dotado y en otros peor. Aventura a muchos animales en que tiene manos, un instrumento fantástico; y un agudísimo sentido del equilibrio que le permite caminar erguido. En cambio, tiene peor olfato y vista, está menos dotado para la carrera y peor defendido en cuanto a uñas y dientes que la mayor parte de los mamíferos superiores. Pero todo esto no es tan importante. Lo que verdaderamente le distingue es su libertad.

El hombre es dueño de sí; hace lo que quiere; obra después de deliberar con su inteligencia; es dueño de sus actos; no está gobernado por sus instintos. Es verdad que puede dejarse llevar por los instintos y en algún momento ser dominado por ellos, como el que, ante una situación peligrosa, se deja llevar del pánico, pero ordinariamente se gobierna con la inteligencia y decide libremente su conducta.

Los animales se comportan dominados por los instintos. Estos actúan como si fueran complejos mecanismos psicológicos. Cada animal tiene unos modos de comportamiento -en gran parte congénitos y en parte aprendidos- con los que responde a los distintos estímulos externos. No deciden su comportamiento; a cada estímulo le corresponde un tipo de respuesta según unos patrones muy complejos, pero en gran medida fijos.

Aunque el patrimonio instintivo de cualquier especie es amplísimo, se puede decir que, en líneas generales, los instintos tienden a garantizar la supervivencia del individuo y de la especie. De hecho los instintos más fuertes se mueven en esa dirección: respuesta ante el peligro (ataque, defensa o huida), alimentación y reproducción.

Los instintos gobiernan toda la conducta del animal: toda su psicología y su relación con el medio ambiente. Vale la pena fijarse en esto. Al animal sólo le interesa el medio ambiente en relación con sus necesidades. Le interesa lo que le sirve o afecta; lo demás no le

interesa; ni siquiera se da cuenta de que existe. Nunca le interesan las cosas en sí mismas, sino sólo lo que necesita de ellas. Si no fuera porque es natural, podríamos decir que los animales son profundamente egoístas: sólo viven para sí mismos.

En realidad, no puede ser de otro modo. La naturaleza es sabia y los instintos están para proteger la supervivencia. Cuando se produce una necesidad, el instinto hace que se sienta el impulso de satisfacerla. Al animal que necesita alimento, le domina el instinto de comer -el hambre-: el hambre le pone en tensión y le prepara para rastrear, cazar, etc. En cuanto siente hambre es como si se abriera en su cerrada psicología una ventana hacia el entorno: una ventana que se orienta sólo a un objetivo: la comida; lo demás es como si no existiera. Si tiene hambre, busca comida y todo lo demás ni le interesa ni puede interesarle.

Si un león hambriento ve una gacela la ve sólo bajo el título de comida. No se fija en la belleza de sus colores o en la elegancia de su carrera; para él -por lo menos en la medida en que podemos imaginarnos la psicología del león- la gacela sólo significa una cosa: comida. Y es lo único que desea de ella. No se le pueden pedir consideraciones estéticas, ni tampoco ecológicas. Un león hambriento se comería sin dudar la última gacela de cualquier especie. Según se cuenta, los perros que tiraban de los trineos de una importante expedición científica en Siberia, se lanzaron a comer la carne de un mamut que acababan de descubrir congelado: no se pararon en ninguna consideración sobre la importancia científica del hallazgo. Era carne y basta.

Si el ser humano es capaz de salir del mundo cerrado y concéntrico de los instintos es precisamente porque tiene inteligencia. Mientras la inteligencia no se desarrolla y manifiesta, el comportamiento del hombre es bastante parecido al de los animales superiores. Como los animales, los niños más pequeños viven dominados por sus instintos y se relacionan con el medio sólo para satisfacer sus necesidades. Por eso son terriblemente egoístas. Hacen las cosas para sí mismos, buscando únicamente su provecho. Pretender, por ejemplo, que un niño de meses se ponga contento de ver que otro comparte su biberón es pedir demasiado. Si se da cuenta y tiene hambre, no podrá tolerarlo.

Un niño pequeño no puede ser realmente altruista, como tampoco puede serlo un animal: vive para sí mismo. La naturaleza es así.

Pero cuando comienza a desplegarse de la inteligencia, el niño sale de ese universo cerrado y egoísta. Cambia su relación con el medio: empieza a conocerlo. No sólo conoce lo que directamente le interesa y en cuanto le interesa (comida, bebida, etc.), sino que descubre "cosas" que están "ahí", independientemente de que le convengan o no. Como ilustran las investigaciones de Piaget, muy pronto (aproximadamente a los dos años), empieza a conocer el mundo que le rodea, de una manera objetiva; es decir, conociendo las cosas como son, sin ponerlas en relación con sus necesidades. Sigue siendo terriblemente egoísta, porque lo necesita para sobrevivir, pero empieza a descubrir que el mundo es independiente de sus necesidades y gustos.

El desarrollo de la inteligencia introduce esa relación "objetiva" - no inmediatamente interesada- con las cosas. En la medida en que conoce las cosas como "cosas", es decir como seres distintos de sí mismo, descubre que las demás cosas tienen también sus leyes y necesidades. Este paso es fundamental en la vida intelectual y moral. El animal y el niño pequeño funcionan como si sólo ellos existieran en el mundo: ven el resto del mundo sólo en relación a ellos. El desarrollo de la inteligencia permite conocer las cosas como son y ponerse en la posición de las cosas. El niño llega a darse cuenta de que él es un ser entre otros seres; no es el único punto de referencia, no es el único "centro" de la realidad, hay muchos otros.

Al león sólo le interesa del mundo lo que le sirve para sobrevivir y reproducirse, pero al hombre no. La inteligencia le permite contemplar el mundo sin ánimo de comérselo. Puede conocer las cosas en cuanto cosas; es decir, conoce la verdad, aunque no le sirva para comer: puede saber dónde están las cosas, cómo son, de dónde proceden; puede apreciar su aspecto, su color, su olor, su textura, aunque no le sirva absolutamente de nada. Es capaz de conocer la verdad y de contemplar la belleza. No vive sólo para sus intintos, para satisfacer sus necesidades. Por eso, Plessner ha dicho, con una fórmula feliz, que el hombre es un ser "descentrado"; es decir, que no está centrado en sí mismo, que puede poner el centro de su atención en lo que le rodea, que puede ponerse en la situación de las cosas.

Se podría hablar de una auténtica "conversión" que, a la vez es intelectual y moral: cuando la inteligencia se abre al mundo y lo conoce tal como es, se está en disposición de superar el egoísmo instintivo. Esto determina completamente la conducta humana y por lo tanto es un aspecto fundamental para entender cuál es el modo de vivir que le corresponde al hombre; es decir, cómo es la moral.

### Bienes y deberes

Todo hombre llega a darse cuenta, en cuanto madura, de que no es el único ser sobre la tierra y de que hay otras necesidades, otras exigencias además de las suyas propias.

Según esto, podríamos decir que la conducta humana se ve afectada por dos llamadas distintas de la naturaleza: una que viene principalmente de "dentro" y otra que le llega principalmente de "fuera". Como la moral es sólo el arte de vivir bien, el arte de tener una conducta digna del hombre, interesa que nos detengamos un poco en analizar estas dos voces de la naturaleza.

A) La primera es la llamada que le hace su propio ser. El ser humano nunca deja de ser un ser necesitado. No puede dejar de tener hambre o sed; por eso no puede dejar de apetecer la comida o la bebida, y no puede dejar de buscarlas en su entorno; es decir: no puede dejar de mirar su entorno en relación a esas necesidades.

B) La segunda es la llamada que le dirigen las cosas que le rodean. En cuanto llega a conocerlas, se pone en su lugar y cae en la cuenta de que los demás seres también tienen necesidades y, en esa misma medida, derechos. Se da cuenta de que él es un ser más entre los seres; de que no puede guiarse sólo por lo que le apetece o le conviene a él; las demás cosas le imponen obligaciones.

La primera llamada es la de los "bienes", la de las cosas que necesitamos y que nos atraen. La segunda es la de los "deberes", la de las exigencias que nos imponen los seres y las realidades que nos rodean. Bienes y deberes son dos voces de la naturaleza que

condicionan el comportamiento del hombre. Vamos ahora a estudiarlas brevemente.

A) Ya hace muchos siglos Aristóteles definió como bien aquello que es deseable por el hombre, aquello a lo que se siente inclinado, aquello que le apetece. Aristóteles definía el bien como "lo que todos apetecen o desean".

Como la naturaleza es sabia, el hombre sano, como todos los animales sanos, desea espontáneamente lo que le conviene: la comida, la bebida, etc. En principio, las cosas que desea son realmente "bienes"; aunque en algún caso puede equivocarse en la interpretación de lo que es bien o en la medida en que lo quiere. Esos impulsos se refuerzan por la satisfacción que produce alcanzar los bienes (placer) o por el daño que produce el verse privado de ellos (dolor) Las sucesivas experiencias de placer y dolor dan forma y educan el comportamiento instintivo. Por eso, se puede amaestrar a los animales con un sistema de premios y castigos.

El desarrollo de la inteligencia amplía enormemente la posibilidad de descubrir "bienes", es decir, la posibilidad de descubrir cosas que convienen. El instinto busca localizadamente los bienes que garantizan la supervivencia, pero la inteligencia va mucho más allá. En seguida se aprende a desear como bienes aquellas cosas que pueden proporcionar los bienes primarios. Por ejemplo, el dinero no es comestible, pero puede proporcionar comestibles; en esa medida es un bien. Para descubrirlo hace falta un razonamiento elemental: un animal es incapaz de captar la relación entre el dinero y la comida, por eso no desea el dinero; en cambio, el niño muy pronto es capaz de entender esa relación y empieza a querer el dinero como un "bien", aunque no se lo pueda comer. No lo conoce por instinto, sino por su inteligencia.

Así se aprende a desear como bienes otras cosas que son útiles para conseguir o preservar la comodidad, la seguridad, la salud. Además, como la inteligencia permite prever el futuro, descubre que son bienes no sólo los que satisfacen las necesidades actuales, sino también los que pueden servir más adelante: en seguida se aprende que es bueno almacenar comida o dinero, aunque de momento no se tenga hambre.



Cuando el niño madura, descubre que el campo de los bienes es muchísimo más amplio que el de las necesidades primarias; y empieza a aficionarse y desear muchos otros bienes. Según la educación que reciba aprende a apreciar los bienes que tienen que ver con la realización personal: las habilidades, destrezas y conocimientos; la posición, la buena fama y el triunfo profesional; las relaciones personales de amistad y amor; los bienes estéticos; las costumbres morales -las virtudes- que hacen a un hombre honrado y honesto.

A todas estas cosas que son deseables, les llamamos bienes. Son bienes precisamente porque son deseables; y son deseados porque nos benefician de un modo u otro.

En unos casos, el deseo procede directamente de nuestro patrimonio instintivo: es el caso de los bienes primarios: comida, bebida, etc. En otros, el deseo es inducido por la inteligencia cuando descubierto la utilidad que tienen (el dinero). En otros es la consideración social la que empuja a considerarlos y amarlos (la posición, el triunfo profesional, la fama, etc.). Para los bienes estéticos, religiosos y morales, en cambio, se requiere una educación muy cuidadosa, que enseñe a apreciar su belleza. Esos bienes son deseados sólo y en la medida en que se ha descubierto su calidad.

En los bienes primarios, la valoración es automática y la hace el instinto: "sentimos" que son buenos; en los otros, la hace la inteligencia y la consideración social. Primero llegamos a "saber" que son buenos; y, a medida que nos aficionamos a esos bienes, también "sentimos" que son buenos. El niño -o el adulto- que ha llegado a aprender que el dinero es un bien, acaba también "sintiéndolo" como un bien; llega a "sentir" el atractivo del dinero y lo puede acabar sintiendo con la misma fuerza con que siente el hambre o la sed. Y lo mismo sucede con la fama, la posición, el trabajo, el deporte y todas las demás cosas a las que nos aficionamos: llega un momento en que los sentimos como bienes y nos atraen.

Llegar a apreciar como bienes los verdaderos bienes, es decir, los que verdaderamente nos convienen es la parte más importante de la educación; y no es fácil. Si a un hombre no se le ha enseñado a amar todos los bienes, su conducta puede quedar dominada por los bienes

primarios: comida, bebida, comodidad, sexo, seguridad, salud, etc.; o por otras aficiones que haya adquirido: el dinero, el juego, etc.

Los bienes primarios tienen, evidentemente, su importancia y no se pueden despreciar. Pero no es digno del hombre dedicarles la vida entera, porque es capaz de mucho más. *Primum vivere deinde philosophare*, decía el adagio clásico: "primero vivir y luego se puede filosofar". Es cierto: no podemos vivir como si no tuviéramos que comer, pero tampoco podemos vivir como si sólo tuviéramos que comer. Hay que conseguir ordenadamente todos los bienes que son propios de la plenitud humana.

Aprender cuáles son los bienes del hombre y llegar a amarlos forma parte de la moral; una parte importante, pero sólo una parte: en la moral, como hemos dicho, además de los bienes, están los deberes.

B) La voz de los deberes es la otra voz que nos dirige la naturaleza; es la voz que nos llega de las cosas que nos rodean.

La inteligencia descubre que no estamos solos en el mundo, que hay otros seres además de nosotros. Y nos permite ponernos en la situación de los otros seres y caer en la cuenta de que también tienen necesidades como nosotros. Es una comparación elemental e inevitable. El objeto que mejor conocemos en el mundo somos nosotros mismos. Es lo primero que conocemos y lo que mejor conocemos. Por eso utilizamos nuestra experiencia para entender a las demás cosas y las comprendemos desde nuestra experiencia personal. Entonces, por un razonamiento elemental, que surge en cuanto tenemos uso de razón, deducimos que lo que es bueno para nosotros debe ser bueno para las demás cosas y al contrario: que lo que es malo para nosotros, debe ser malo para los demás.

Los animales que no tienen inteligencia, sólo sienten la voz de sus instintos, pero los hombres oímos también las "voces" de los seres que nos rodean. Esto distingue nuestra conducta del comportamiento animal: es propio del hombre sentirse "obligado" por esas voces. Precisamente porque estamos dotados de inteligencia, las oímos. La inteligencia rompe el cerco de la psicología instintiva. Por la misma razón por la que llegamos a conocer cómo son las cosas, nos sentimos "obligados" a tratarlas con respeto. Descubrimos que no existen sólo

en relación a nuestras necesidades, sino que existen por sí mismas y tienen también necesidades .

A diferencia del animal, el hombre se siente obligado por las cosas que le rodean aunque esto no le sirva para nada, como no le sirve para nada la contemplación de la belleza. El mundo es así. Un hombre normal no puede comer tranquilo, mientras tiene al lado a otro hombre hambriento; sabe lo que siente y lo que necesita; su presencia allí, al lado, le condiciona y le "obliga". Quizá no le "apetezca" ayudarle, ni saque ningún provecho de hacerlo, pero se siente "obligado" a compartir su comida. Es lo propio de un ser humano, y estaría embrutecido, no tendría sentimientos humanos, el que no le sucediera esto.

También aquí hemos de tener en cuenta el papel de la inteligencia. En la medida en que ampliamos nuestra experiencia personal y la que recibimos con la educación, se amplía también inmensamente el campo de los deberes: nos volvemos más sensibles para percibir las voces que nos dirige lo que nos rodea, para ver lo que se espera de nosotros. La inteligencia educada abre también inmensamente el panorama de los deberes.

Hay obligaciones que se "sienten" espontáneamente; por ejemplo, la queja de un hombre herido o incluso el lamento de un animal, nos "obliga" a ayudarlos. Otros muchos deberes los descubrimos a medida que ganamos en experiencia. Así llegamos a percibir, por ejemplo, que los hombres que nos rodean necesitan, además de comer, una palabra de aliento una sonrisa o un rato de compañía. Nuestra experiencia razonada aumenta nuestra sensibilidad para los deberes, para caer en la cuenta de lo que se espera de nosotros..

Resumamos ahora brevemente lo que llevamos dicho: según hemos visto, la conducta humana está condicionada por estas dos voces de la naturaleza. La primera es la de "los bienes", de los bienes deseables para el hombre. La segunda es la de las cosas que nos rodean, que nos exigen un comportamiento respecto a ellas: es la llamada de "los deberes". Los bienes nos "atraen"; los deberes nos "obligan". El atractivo de los bienes se "siente" sobre todo en la sensibilidad; la obligación de los deberes, en cambio, se "percibe" sobre todo en la

inteligencia. Nos sentimos atraídos por los bienes y nos sabemos obligados por los deberes.

La conducta humana está condicionada por "bienes" y "deberes" y hay que saberlos conjugar, porque a veces se limitan unos a otros. La moral que es el arte de vivir bien, el arte de la conducta humana, es también el arte de conjugar bienes y deberes, de poner cada cosa en su sitio, de poner orden en los amores.

### Del egoísmo al sentido del deber

Hasta que no se desarrolla la inteligencia, el hombre vive dominado por sus instintos, en busca de los bienes primarios. En la medida en que la inteligencia se desarrolla, comienza el conocimiento objetivo y comienza a notarse la llamada de las cosas: empieza la vida moral.

Mientras lo característico de la edad infantil es su inevitable egoísmo, lo propio de la madurez es la aparición del sentido del deber. La conducta deja de estar guiada por los propios gustos, para dejar espacio a las exigencias que impone la realidad. Madurar supone que los deberes ocupan un lugar cada vez más importante. Es signo de inmadurez, en cambio, que se mantenga el egoísmo infantil, que la conducta siga centrada exclusivamente en la búsqueda de los propios bienes.

El egoísmo de los niños es inevitable y disculpable, pero el egoísmo de una persona físicamente madura supone un desajuste en su personalidad: ha madurado su cuerpo pero no ha madurado suficientemente su espíritu. Es como si la inteligencia no hubiera llegado a funcionar del todo bien, por lo menos en el campo de la conducta; como si se arrastrara una forma de conducta que pertenece a la edad infantil. Vivir centrado en uno mismo es vivir de un modo incoherente con la posición que le corresponde al hombre en el mundo.

Además, el egoísmo infantil comete errores. Se suele decir que los niños "tienen los ojos más grandes que la boca", porque fácilmente se dejan llevar por la glotonería: comen más de lo que les conviene y acaparan más comida de la que pueden consumir. La edad infantil es la edad de las indigestiones. El instinto, que acierta al señalarles un bien -la comida-, les engaña con respecto a la cantidad. Cuando el niño crece, y es capaz de pensar y de reunir experiencia, aprende a medir la cantidad de comida que le conviene (aunque no le sea fácil respetarla). El instinto no es infalible, sino bastante impreciso y necesita ser regulado por la razón. La inteligencia permite valorar si el bien que propone el instinto es realmente un bien (si debe ser deseado) y en qué medida.

La madurez requiere una auténtica conversión intelectual y moral. La conducta debe pasar de ser guiada por los impulsos a ser guiada por la razón. Hay que aprender a regular las tendencias instintivas, egoístas y egocéntricas -el mundo de los gustos y deseos- para dejar espacio a la realidad -el mundo de los deberes-. La madurez requiere y supone la capacidad de pensar las cosas en términos objetivos: requiere la costumbre de pensar en lo que nos rodea, especialmente, de pensar en nuestros semejantes, de pensar en los demás.

Mientras no se llega a esto, no se supera el egoísmo y la conducta queda prácticamente fuera del ámbito de la moral, que es lo mismo que decir que no es propiamente humana: en realidad, permanece con el modo de conducta propio de los animales. La pervivencia del egoísmo infantil no es fruto de una opción: en general, no es que alguien "decida" ser egoísta: el egoísmo pervive cuando no se introduce la costumbre de guiarse por el sentido del deber.

La psicología humana es de tal forma que vive absorbida por lo que considera en cada momento; no puede atender a muchas cosas a la vez. Si vive ocupada en las propias necesidades y gustos, no queda espacio para nada más. De ese modo, no se puede oír realmente la voz de las cosas, "los deberes". Y no se crea la costumbre de pensar en los demás. No es que se "decida" no pensar en los demás; es que sencillamente no se piensa y se vive como si no existieran. Todas las energías vitales están dedicadas al yo.

Aprender a oír la voz de los deberes es una tarea para toda la vida; quizá la conversión más importante de todas, la que nos constituye en un ser moral. El egoísmo no se supera sin esfuerzo y tiende a reproducirse continuamente, aunque se haya superado en otras épocas de la vida. Tenemos una inclinación permanente a vivir centrados en nuestro yo, pendientes de los propios bienes. Si no se pone esfuerzo para situarse objetivamente en el mundo, fácilmente la conducta queda dominada por los propios intereses.

Parte importante de la educación moral consiste en ayudar a superar el egoísmo infantil: enseñar a pensar en los demás; enseñar a descubrir a los demás y a tratar a cada persona y a cada cosa con el respeto que merecen; llegar a situarse objetivamente en el mundo como uno más entre los muchos seres que lo forman. "La actitud fundamental de respeto -dice von Hildebrand- es la base de todos los modos de conducta moral ante nuestro prójimo y ante nosotros mismos" (Santidad y virtud en el mundo, 1972,124). Hay que educar al niño para que la adquiera: fomentar su sensibilidad para apreciar la voz de los deberes; y enseñarle la belleza y la dignidad de una conducta que es capaz guiarse por la verdad de las cosas, superando el egoísmo: así la amaré y la asumiré como modelo.

### Tres tipos de deberes

Todas las cosas que nos rodean nos imponen deberes. La moral es, en definitiva, dar a cada cosa el trato que merece. Ahora estudiaremos los deberes que tenemos respecto a las distintas cosas que nos rodean.

Podemos situar los distintos seres que nos rodean en tres planos: Dios; los hombres, incluyendo en este punto la sociedad y su cultura; y la naturaleza en su conjunto. Cada una de estas realidades externas nos impone deberes. Vamos a procurar definirlos sirviéndonos de las fórmulas en que la moral cristiana ha sabido condensarlos. Los enunciaremos brevemente, porque dedicaremos después un capítulo a cada uno de ellos.

A) El primer ser es Dios; y es un ser muy especial; es lógico que nuestros deberes hacia El sean también muy especiales. Es lógico que si existe Dios -y los cristianos creemos que existe-, ocupe el primer lugar en nuestra vida. Esto está perfectamente expresado en el primero de los Diez Mandamientos: "Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas".

Hay que llamar la atención sobre esta fórmula tan simple y tan rotunda. Repite por tres veces la palabra "todo". Es lógico. Si Dios es Dios, el Ser Supremo, requiere una atención absoluta: si Dios existe, sólo se le puede amar coherentemente, si se le quiere con "todo" el corazón, con "todas" las fuerzas, con "toda" la mente. Es el único modo de tratar a Dios como merece.

El orden de los amores exige poner a Dios por encima de todo. A un no creyente le puede parecer una dependencia excesiva. Pero sería no entender bien la cuestión: si Dios existe -y existe- esa dependencia no puede ser excesiva, ni arbitraria, ni esclavizante. Sería excesivo depender de otro hombre o de otra realidad así, pero de Dios no. Al contrario, depender así de Dios es depender del mejor de los seres, del más perfecto, del más comprensivo, del más amable, del más digno: del único del que vale la pena y es necesario depender absolutamente.

El hombre no puede dejar de depender de algo, porque es un ser limitado, débil y mortal, pero con una sed insaciable de plenitud y de absoluto. Cuando no depende de Dios busca sucedáneos. Lo triste sería depender de algo que no sea Dios como si fuera Dios. A esto se le llama idolatría.

Es idolatría (adorar a un ídolo, a un sucedáneo de Dios) adquirir respecto de otra cosa la dependencia que sólo Dios merece. Fuera de Dios, nada debe ser amado absolutamente, porque nada hay que sea absoluto: es una idolatría amarse a sí mismo hasta quedar completamente "sometido" a los propios gustos o a la propia ambición: es una idolatría estar "sometido" al dinero, a la ambición, al sexo, a la droga, o a cualquier otra cosa. Nada sobre la tierra merece una devoción absoluta, ni ningún tirano puede pretenderla.

Sólo Dios puede ser amado con un amor total. Puede parecer que ya no quedan lugar ni fuerzas para otros amores; pero no es así. Los

cristianos creemos que el mundo ha salido de las manos de Dios. Todo lo que en él hay de bueno, Dios lo quiere. Y si Dios lo quiere, también nosotros lo hemos de querer. Así al querer las cosas en la medida en que son buenas, en la medida en que lo merecen, queremos también a Dios, que es el creador de las cosas. Y si queremos a Dios, nos vemos obligados a querer también todas las cosas, en la medida en que son buenas. Y no hay en esto contradicción ninguna. Al contrario, ése es precisamente el orden de la realidad.

Querer bien las cosas es quererlas según el orden que tienen, que es el orden querido por Dios. Si quisiéramos las cosas fuera de Dios o -lo que es peor- en lugar de Dios, las querríamos mal. El amor debe ser ordenado. El orden de los amores es el orden de la realidad. Lo mayor exige el mayor amor y detrás vienen todos los amores, ordenadamente.

B) En la escala de los seres, después de Dios, vienen nuestros semejantes. El amor que debemos a los hombres que nos rodean está espléndidamente expresado en un mandamiento, que resume el resto del Decálogo: "amarás al prójimo como a tí mismo".

Este amor es diferente del anterior, porque los hombres no somos dioses. El amor a Dios tiene que ser absoluto, porque tenemos respecto a él una dependencia absoluta. En el amor a los hombre, en cambio, se nos pone una medida, aunque es una medida muy exigente. ¿Cómo hay que amar a los demás? - Por lo menos, como nos amamos a nosotros mismos.

No se puede negar que se trata de una comparación feliz, y que encierra una sabia pedagogía. Se trata de querer para los otros lo que queremos para nosotros y de evitarles lo que nosotros evitamos. Es lógico que tengamos que amar a los demás como a nosotros mismos, porque son seres de la misma categoría que nosotros, hombres como nosotros. A Dios todo; a los hombres, lo mismo que queremos para nosotros. La moral sigue la lógica de las cosas, el orden de la realidad.

Evidentemente, no podemos amar a todos los hombres a la vez con la misma intensidad. Esto excede completamente nuestras capacidades reales. Somos muchos millones de seres humanos sobre la tierra; a la mayor parte no los conocemos y no tenemos ninguna relación con



ellos ningún contacto. Por eso se nos da un criterio de orden: ama al "prójimo"; esto es: ama al próximo, al cercano. Hay que preocuparse de lo que están más próximos por lazos de sangre, de amistad, de camaradería; también de proximidad física.

En definitiva se trata de un precepto realista para que no nos dejemos llevar por la imaginación. Amar a los demás se concreta en amar a todos los que tenemos cerca y en la medida en que los tenemos cerca. Puede ser más fácil ser simpáticos y tratar bien a las personas con las que convivimos esporádicamente. Pero esto no suele ser realmente amor. Donde se demuestra si en nuestra vida hay o no realmente amor a nuestros semejantes, es cuando amamos a las personas con las que convivimos. Es un desorden pensar que amamos a los que viven lejos de nosotros si maltratamos a los que viven cerca

Dentro de este apartado de los deberes hacia nuestros semejantes hay que incluir también todas las realidades culturales y sociales, que son fruto de la historia y de la convivencia humana: por ejemplo, personas jurídicas y morales, instituciones, tradiciones, costumbres, etc.; en general, todo el patrimonio cultural humano que existe realmente y, por eso, nos impone también deberes. Tendremos ocasión de referirnos a esto en el capítulo correspondiente.

C) Por último, en tercer lugar, después de Dios y de nuestros semejantes están las cosas: las cosas que nos rodean: todas las cosas, naturales o artificiales. Todas tienen una dignidad que debemos respetar y nos imponen deberes, aunque no sean tan graves como los que nos imponen las personas. Pero muchas veces son graves y urgentes.

La relación del hombre con el mundo también viene expresada en la tradición cristiana con una fórmula feliz. El hombre es administrador del mundo. Se le ha dado el dominio del mundo material para que lo cuide, y se sirva de él para sus necesidades. Pero no es el dueño del mundo: es simplemente su administrador. Y como a todo administrador, se le pedirá cuenta de su administración. Puede usar de las cosas y servirse de ellas, pero no puede maltratarlas ni destruirlas a su antojo.

El derecho de propiedad, que es el derecho sobre las cosas, es un derecho limitado según la tradición cristiana. Aunque las cosas sean mías no puedo hacer con ellas lo que quiero: en primer lugar, porque hay otras personas en el mundo que pueden tener necesidad -y, en esa medida, también derecho- de ellas y, después, porque las cosas mismas tienen una dignidad que estoy obligado a respetar. Por eso, destruir un bien, sólo por capricho, es inmoral, aunque sea mío. Y es inmoral destruir, sin motivo, la naturaleza y hacer sufrir a los animales y hasta en no saber apreciar la belleza del mundo material hay algo de inmoralidad.

Dedicaremos La segunda parte del libro a estudiar con más detenimiento cada uno de estos deberes. De momento basta con que advirtamos que hay tres tipos de realidades externas que nos imponen deberes: Dios, nuestros semejantes y la naturaleza en general, las cosas materiales.

### 3. El orden de los amores

#### Conjugar bienes y deberes

Hemos dicho que la conducta humana queda condicionada por bienes y deberes. Bienes son las cosas que deseamos porque nos parecen convenientes o nos atraen instintivamente; deberes son las obligaciones que nos imponen las cosas que nos rodean. Ahora trataremos de estudiar un poco qué es lo que tiene prioridad: es decir, qué tenemos que amar antes. Esto es tan importante como difícil. Saber poner orden en la conducta es una gran cosa. San Agustín define la virtud simplemente como el orden del amor (De Civitate Dei, XV, 22).

Bienes y deberes no son dos voces opuestas como puede parecer en un primer momento, sino que se combinan: atender a los deberes es un bien, y atender a los bienes es un deber. Esto ayuda a situarse. Vamos a estudiarlo brevemente. Primero veremos lo más fácil: que es un deber oír la voz de los bienes (A); Luego veremos lo contrario: que oír la voz de los deberes es un bien(B).

A) Es un deber oír la voz de los bienes; es decir procurarse los bienes que se desean. La naturaleza está muy bien hecha. En principio, cuando nos sentimos atraídos por un bien es porque nos conviene. Cuando sentimos hambre, es porque nuestro cuerpo necesita alimento; cuando sentimos sed, es porque necesita agua.

Tenemos deberes con nosotros mismos. Es lógico porque también nosotros formamos parte de la naturaleza. Si hemos de tratar a todas las cosas con respeto, es lógico que también nos tratemos a nosotros mismos con respeto y consideración. "La caridad bien entendida empieza por uno mismo" dice un conocido refrán. Quizá no es correcto decir que "empieza por uno mismo"; quizá no "empieza" necesariamente por uno mismo, pero desde luego hay una caridad con uno mismo, hay un amor propio que es legítimo y bueno y que nos lleva a obtener los bienes que son necesarios y nos convienen. Si no, no podríamos vivir.

Es una deformación pensar que todo lo que nos apetece o nos da gusto es, por eso mismo, malo o por lo menos sospechoso. La naturaleza está bien hecha y, en principio, lo que nos apetece, es realmente un bien, algo que nos conviene, y, en esa medida, también un deber. Los bienes primarios nos atraen porque los necesitamos. No es malo sentir el atractivo, lo malo sería dejarse llevar por él sin orden. También sucede esto con el impulso sexual. Este deseo o impulso señala una necesidad de la naturaleza humana que es la de perpetuarse; se trata de algo bueno en sí, aunque tiene también un orden, que más adelante veremos.

La moral cristiana es muy respetuosa con la naturaleza: se basa en el convencimiento de que es bueno lo que Dios ha creado y de que es bueno vivir de acuerdo con la verdad de las cosas que Dios ha creado. Por eso, a diferencia de los puritanismos que siempre han existido y también pueden darse como deformaciones de la moral cristiana, sabe que es buena también la voz "egoísta" de los bienes. Es verdad que puede haber errores y que se requiere educación para aprender a reconocer y amar todos los bienes, pero el fondo natural de las inclinaciones humanas es bueno y en esto se basa la moral.

En toda llamada del bien, en principio hay un deber. La comida es un bien, pero además es un deber: por eso debemos comer; y también debemos beber y debemos descansar; debemos progresar y madurar en todos los aspectos, desarrollarnos física e intelectualmente; mejorar nuestra formación y nuestra cultura; nuestra posición social y económica, etc. La inclinación que tenemos hacia los bienes nos ayuda a sobrevivir y mejorar. El atractivo del bien es, en principio, el indicio de que algo nos conviene y de que es, por lo tanto, un deber, aunque no un deber absoluto; es decir, no es un deber que esté necesariamente por encima de otros deberes.

No todo lo que nos apetece es realmente un bien; ni siempre lo que apetece más es mejor de lo que apetece menos; ni hay que buscarlo por encima de todo. Además, fácilmente nos engañamos a propósito de lo nos conviene o de la medida en que nos conviene (por ejemplo, la comida). Hay que poner orden y medida.

Para que se convierta en un deber, la llamada del bien tiene que pasar por el juicio de la inteligencia. La inteligencia tiene que valorar si esa llamada debe ser escuchada, y es la que pone orden en los bienes que deseamos: la que valora cuándo, cómo y en qué medida. El deseo es sólo un indicio: necesita la aprobación de la conciencia para que sea bueno seguirlo. Los bienes se convierten en deberes cuando pasan por la conciencia.

B) Ahora nos queda ver la proposición contraria; es decir, que seguir la voz de los deberes es un bien, algo muy bueno y muy deseable para el hombre.

Esto es evidente. Lo propio del hombre es escuchar la voz de los deberes, sentir los deberes, percibirlos. Es lo que da dignidad al ser humano y lo que le hace diferente de los animales. El hombre es tanto más digno y tanto más maduro, cuanto tiene más sentido del deber.

Para vivir moralmente, oyendo la voz de los deberes, se necesita mucha fuerza. Y parte de esa fuerza proviene de tener la convicción profunda de que ese modo de vivir es bueno y bello. La vida moral alcanza una gran altura cuando esta manera de vivir es firmemente deseada como un bien. Entonces es cuando se combinan en plenitud la voz de los deberes y la de los bienes.

El deber cobra una fuerza enorme cuando se aprende a amarlo como un bien. Es completamente distinto un estoico (o kantiano) "cumplir con el deber" que un apasionado "amor por el deber". El hombre apasionado por su familia y por sus hijos cumple sus deberes familiares con una intensidad y plenitud que ni siquiera puede imaginarse el que ha aprendido a "cumplir con sus deberes" leyendo un libro. Ninguna consideración teórica puede sustituir eficazmente la fuerza de una pasión rectamente orientada. El alcalde verdaderamente enamorado de su ciudad tiene una fuerza para buscar el bien público que no podría encontrar en ningún otro estímulo, y le hace capaz de cualquier sacrificio.

El hombre es un ser corporal, que tiene sentimientos: necesita de ellos para obrar con fuerza, con hondura y con perseverancia. Una decisión aislada no suele bastar para cumplir un deber que se hace difícil, costoso o que exige un esfuerzo prolongado. En cambio, si ese deber se ama con afición, se adquiere una fuerza extraordinaria para cumplirlo. Entonces es todo el hombre, con cuerpo y alma, el que quiere.

Una madre buena es capaz de una abnegación increíble por sus hijos. sus sentimientos le ayudan a cumplir incluso heroicamente sus obligaciones: Un profesor con vocación docente o un artesano que ama su trabajo son capaces de desarrollar una energía y un espíritu de sacrificio extraordinarios por el afecto que sienten hacia sus obligaciones. Y lo más notable es que no se sienten desgraciados cuando se sacrifican; incluso se podría decir que encuentran gusto en cumplir con su tarea y en excederse. Es que "aman" su deber con cuerpo y alma, y afectos profundos refuerzan la decisión de su voluntad. Han llegado a esa situación feliz en que el "deber" es amado como un "bien". Esto tiene mucho que ver con la plenitud humana.

Claro es que no siempre resulta posible, porque no tenemos un dominio fácil sobre nuestros sentimientos. Nuestros sentimientos tienen también una base corporal y están muy condicionados por factores incontrolables de clima, salud, alimentación, etc.: sólo nos siguen en alguna medida. Y son lentos: necesitan tiempo para aficionarse a algo y sentirlo como un bien. Hace falta educarlos, acostumbrarlos a amar nuestros deberes..

Muchas veces hay que cumplir con el deber sin sentir nada o incluso sintiendo repugnancia. La costumbre de vencerse y hacer lo que se debe, con o sin sentimientos, los educa y los hace más ágiles para seguir las determinaciones de la voluntad. Los hombres muy rectos tienen los sentimientos educados y esto les da mucha fuerza cuando toman decisiones. En su "fuerza de voluntad" intervienen fuertes sentimientos que refuerzan y dan consistencia y pasión a la decisión de la voluntad.

Cuando tomamos decisiones muy firmes, arrastramos nuestros sentimientos. Y cuando las repetimos muchas veces creamos aficiones. Cuando nos sentimos orgullosos por haber cumplido con el deber la afición crece. Y también cuando consideramos lo hermoso que es vivir así. Los sentimientos se mueven cuando se descubre en el deber su aspecto de belleza.

Los sentimientos bien educados sostienen la vida moral: le dan estabilidad y consistencia. Por eso, un aspecto fundamental de la educación moral, de la educación para ser hombre, es la educación de los sentimientos: enseñar a amar la conducta recta y sentir repugnancia por la conducta desordenada.

Y el modo de educar ese amor y esa repugnancia es mostrar la belleza de la conducta recta y la fealdad de la conducta torcida. Las cosas buenas entran por los ojos mucho antes que por la inteligencia. Así, dice Platón, el joven "alabará con entusiasmo la belleza que observe, le dará entrada en su alma, se alimentará con ella, y se formará por este medio en la virtud; mientras que en el caso contrario mirará con desprecio y con una aversión natural lo que encuentre de vicioso; y como esto sucederá desde la edad más tierna, antes de que le ilumine la luz de la razón, apenas haya ésta aparecido, invadirá su alma y se unirá a ella" (República, 402 A). C.S. Lewis ha escrito sobre esto páginas memorables en su libro *La abolición del hombre*.

El juicio de la conciencia

Un padre de familia, o cualquier persona que tenga responsabilidad sobre otras personas, aunque esté en una situación extrema, no puede satisfacer su hambre sin pensar antes en el hambre de los que tiene a su cargo. Su hambre no es lo primero, por muy real y verdadera que sea.

Sentir hambre -el deseo de comer- puede ser una llamada de atención para que cubramos esa necesidad elemental, sin la cual no podemos sobrevivir. Pero no siempre hay que atender esa voz. No es necesario comer siempre que se siente hambre. Por muchos motivos prácticos, de higiene, de salud y de trabajo, es preferible, por ejemplo, llevar un sistema ordenado de comidas y comer a horas fijas. Tampoco es bueno dejarse llevar en la comida estrictamente por los gustos, porque la dieta debe ser equilibrada y esto exige una alimentación variada, donde lógicamente habrá cosas que gusten más y otras menos. Y no conviene comer hasta saciarse; es decir, hasta que no quede hambre; siempre se ha recomendado lo contrario: es buena medida para la salud levantarse de la mesa con un poco de apetito; de otro modo frecuentemente se come más de lo necesario y se engorda. La inteligencia tiene que poner condiciones a la voz del deseo. Tiene que establecer cuándo, cómo y en qué medida; tiene que conjugar la voz de los bienes y la de los deberes.

Somos limitados: nuestras fuerzas son limitadas y nuestro tiempo también es limitado. Son muchos los bienes que debemos adquirir y muchos los deberes que hemos de atender. No podemos hacerlo todo a la vez. Hay que poner medida y orden de prioridades, tanto en las grandes dedicaciones de tiempo y energía de nuestra vida, como en el reparto diario.

Primero hace falta medida. Muchos bienes sólo son bienes cuando se quieren con medida. Necesitan medida los bienes primarios: la comodidad, la salud, la comida la bebida, etc. Y también necesitan medida otros bienes que tienden a ser absorbentes: el dinero, el prestigio, el trabajo, las aficiones. En realidad, todos los bienes excepto los más altos -el amor a Dios y a los demás-. necesitan medida. Cuando no hay medida, el exceso nos hace daño, bien porque nos dañan físicamente (comida, bebida, etc.) o porque consumen tantas energías y tiempo que no dejan para lo demás.

En segundo lugar, hace falta un orden de prioridades porque no podemos hacer todo a la vez: hay que elegir lo que tenemos que hacer en cada momento. Los bienes y los deberes se van presentando y hay que ponerlos en orden. A veces entran en conflicto: no podemos trabajar y descansar al mismo tiempo; no podemos atender a un enfermo y ver una película; no podemos visitar al mismo tiempo a todos nuestros parientes. Hay que pararse un momento y pensar cómo conjugar los distintos bienes y deberes que están en juego.

Es algo que hacemos espontáneamente. Tanteamos mentalmente las posibilidades de obrar y se nos plantean en cada caso los bienes a los que renunciamos y los deberes que no atendemos. A esta valoración que hacemos casi sin darnos cuenta se le llama "voz de la conciencia". La conciencia no es nada más que esto: la capacidad natural de advertir en cada caso y en concreto a qué deber o a qué bien hay que atender primero. La conciencia valora qué tiene prioridad y también, cuando se trata de bienes, cuál es la medida.

La conciencia actúa como un "caer en la cuenta" de lo que debemos hacer. No es la decisión de cómo queremos obrar: La decisión viene después y consiste en seguir o no el juicio de la conciencia. La conciencia no consiste en "decidir" con la voluntad, sino en "caer en la cuenta" con la inteligencia. Y no juzga qué es lo que más nos apetece hacer, sino qué es lo que debemos hacer.

Ante los datos que se ofrecen, se abre paso la convicción de que una manera determinada de obrar es la mejor porque es la que mejor responde a la situación concreta de bienes y deberes. Por eso se suele hablar de la "voz de la conciencia", como queriendo indicar que es algo que oímos, que nos viene dado; que no hacemos o inventamos nosotros, sino que nos viene de la misma situación.

Es el acto más propio e interior del hombre, donde se relacionan la inteligencia que descubre la verdad del orden y la voluntad que debe amarlo. El valor de una vida depende de esos repetidos momentos donde primero se valora lo que hay que hacer y después se decide. Es propio del hombre recto guiarse por la voz de su conciencia; es decir: querer lo que la conciencia ve.



El juicio de la conciencia se hace antes de obrar, pero se repite también cuando hemos obrado. A la vista de los resultados valoramos si hemos hecho bien las cosas o no y si hemos seguido o no la voz de nuestra conciencia.

Cuando se obra contra la conciencia se ataca la parte más delicada e íntima del hombre: ese delicado sistema que nos hace libres: algo muy íntimo se rompe dentro de nosotros. Por eso, obrar contra la conciencia deja una huella de malestar, que llamamos remordimiento. Cuando nos acostumbramos a obrar contra la conciencia, se deteriora: perdemos esa luz que nos permite ser libres. Quien no respeta su conciencia acaba no sabiendo lo que es justo y queda a merced de las fuerzas irracionales de sus instintos, de sus inclinaciones o de la presión exterior.

La conciencia es una función natural y espontánea de la inteligencia. Comienza a funcionar en cuanto empieza la inteligencia a abrirse y llega a su madurez cuando la inteligencia llega a su madurez. Cuando se empieza a conocer el mundo, se comienza a percibir los deberes y comienzan las valoraciones para determinar cómo hay que obrar. Se suele considerar que la responsabilidad comienza con el uso de razón, hacia los siete años.

La conciencia es exquisitamente personal: cada uno debe descubrir personalmente cuál es el modo correcto de obrar en cada instante. Desde fuera nos pueden ayudar, pero no transmitir una solución. En realidad, es lo mismo que sucede en todos los procesos de la inteligencia. Nadie puede comprender por otro; no tenemos modo de transmitirle, como por un cable telefónico, nuestras opiniones o nuestros conocimientos. Por eso la educación es una tarea tan difícil: quien tiene que aprender es el alumno con su propia inteligencia; el profesor sólo ayuda externamente. No es posible pensar por otro y tampoco es posible ejercitar la libertad por otro.

No se pueden imponer a otros con violencia los propios criterios, porque esto atenta contra el modo natural de ejercerse la libertad humana. No se debe obligar a nadie a que obre contra su conciencia: porque sería destruir su vida moral. Este es uno de los principios morales más básicos.

Pero esto no significa que todas las decisiones que se toman en conciencia sean correctas. Incluso con muy buena voluntad, todos podemos equivocarnos por falta de conocimientos, por falta de claridad o por no querer plantearnos bien las cosas. Desde fuera pueden darse cuenta y también pueden -y a veces deben- señárnos dónde nos equivocamos y porqué. Lo que no pueden es "obligarnos" a verlo, porque sería como si nos obligaran a entender un problema de matemáticas.

Hay que defender la libertad de las conciencias: es decir, respetar el proceso por el que cada uno llega a ver lo que debe hacer. Esto no quiere decir que todas las opiniones valgan lo mismo, ni que haya que permitir a todos que hagan lo que quieran. La intimidad de la conciencia es inviolable pero el obrar externo no: allí podemos intervenir. Podemos y debemos impedir, por ejemplo, que una persona cometa un asesinato o que se suicide, aunque a él le parezca correcto, y aunque no entienda nuestras razones.

La conciencia no depende de gustos o decisiones personales, sino que es una captación de la realidad. La conciencia pone en el obrar el orden de la inteligencia. Se trata, por tanto, de un orden que se puede razonar. Por eso, se puede explicar en abstracto lo que está bien y lo que está mal: qué acciones son ordenadas y cuáles desordenadas. Y esto es objetivo, independiente del modo como lo vea cada uno.

No respetar las obligaciones que tenemos con Dios, con el prójimo, con la sociedad o con la naturaleza es objetivamente malo. Querer con falta de medida o desordenadamente los propios bienes es objetivamente malo. Hacer un daño a los bienes del prójimo es también objetivamente malo. Preferir un bien propio a un deber grave es objetivamente malo. Esto lo podemos saber y razonar.

Y es útil saberlo porque ayuda a formar la conciencia y le da seguridad en sus juicios. Es útil saber que el asesinato, el robo, la mentira, la lujuria, los malos pensamientos, el fraude, la envidia, el soborno, la blasfemia o el insulto son acciones desordenadas y malas. Por eso cabe y es útil una enseñanza racional de lo que es bueno o malo.

Podemos juzgar las acciones en abstracto. En cambio, ordinariamente no podemos juzgarlas en concreto, porque las acciones humanas son, muchas veces, de una complejidad extrema (otras no), con aspectos que no es posible valorar desde fuera. Por eso, ordinariamente, no podemos ni debemos juzgar a los demás por sus acciones. No podemos penetrar en sus conciencias. Interesa, a veces, juzgar las acciones en lo que tienen de objetivo y externo, porque se obtiene experiencia; y desde luego podemos y debemos juzgar nuestras acciones porque con frecuencia debemos arrepentirnos de ellas. Pero en el fondo, sólo Dios puede juzgar bien.

Dios juzga desde dentro de la conciencia; los hombres sólo podemos juzgar desde fuera. La moral o la ética nos dan elementos de juicio para que aprendamos a juzgar lo que tenemos que hacer, no para que juzguemos a los demás; su función principal es orientar la conducta.

#### Para que la conciencia acierte

La valoración sobre lo que hay que hacer, es decir, el juicio de la conciencia, depende mucho de los conocimientos morales que se tengan; es decir, del conocimiento acerca de cuáles son los bienes y deberes; de la medida y el orden en que hay que querer los distintos bienes; y sobre cuál debe ser el orden de los amores.

Hay un conocimiento espontáneo de lo que es ordenado o desordenado, bueno o malo. En principio, la acción buena se nos presenta como bella y la mala como repugnante. Todos los hombres normales sienten aprobación por la persona que se sacrifica y cumple con su deber, y repugnancia ante actos como el asesinato, el robo o la mentira. Quizá no sabrían explicarlo, pero todos se dan cuenta espontáneamente de que es malo incumplir una promesa (faltar a un deber); robar (hacer daño a un bien del prójimo); emborracharse (faltar a la medida en que se quiere un bien) o ser egoísta.

Pero esta aprobación o repugnancia depende mucho de que se capte intuitivamente el orden o el desorden de la acción. Es decir,

depende de que efectivamente parezca feo el mal y bello el bien. Si las acciones están disfrazadas, el sentido moral natural puede equivocarse.

Imaginemos que un día tenemos la triste oportunidad de asistir impotentes ante un asesinato. Imaginemos que estamos encerrados e incomunicados en una habitación y contemplamos por la ventana que un asesino acuchilla a un niño indefenso. Vemos la sangre, contemplamos el sufrimiento del niño, oímos sus gritos... El horror de aquella escena no desaparecerá nunca de nuestra imaginación: no necesitaremos hacer ningún razonamiento para juzgar que aquella acción es muy mala. Entra por los ojos.

Imaginemos ahora que, en medio de una inmensa muchedumbre que grita entusiasmada y divertida, asistimos en un circo romano a un espectáculo habitual. Entre un número y otro, se ha soltado un esclavo para que pelee con un león; cuando le ha atacado el león, el esclavo no ha sabido qué hacer con el tridente y ha salido huyendo, provocando la risa del gentío. Probablemente, si fuéramos un hombre más de aquella época reiríamos como todos, mientras el león alcanzaba al esclavo y daba cuenta de él. Para aquellos hombres, se trataba de un espectáculo normal. Estaban acostumbrados a la dureza de la vida. Habían visto muchos otros esclavos morir así o de manera parecida y no les causaba ninguna impresión especial. Los esclavos eran entonces seres de otra categoría y se les castigaba con dureza en los trabajos caseros. Muy pocos se planteaban, y mucho menos en el circo, si aquello estaba bien. Todos pensarían que si aquel pobre desgraciado estaba en la arena sería por algo: quizá era un peligroso prisionero de guerra o quizá robaba en la casa donde servía o quizá se emborrachaba y maltrataba a otros esclavos...

Para que lo malo repugne y lo bueno atraiga, se requiere que se vea claramente lo que tiene de malo o de bueno. Si somos ciudadanos acostumbrados a ver morir esclavos en la arena del circo, probablemente ya no tenemos sensibilidad para percibir lo que hay en eso de inhumano. Si en lugar de ver el espectáculo del esclavo desde la grada, fuéramos sus amigos o contempláramos la desesperación de sus hijos, juzgaríamos la situación de otro modo, más próximo y humano.

Una plaga como el aborto, que consiste en algo tan antinatural y tan horrible como asesinar al propio hijo indefenso, se extiende muchas veces por la presión social y por el sencillo hecho de que muchos no han visto nunca cómo se hace. No han visto cuerpos destrozados, ni caras de horror, ni quemaduras. Basta contemplarlo una vez y tener un mínimo de sensibilidad para caer en la cuenta de que es una atrocidad. Por eso precisamente, se tiende a ocultar el horror de esta práctica, disfrazando la realidad; así el sentido moral natural no reacciona: no es lo mismo hablar, por ejemplo de "interrupción voluntaria del embarazo" que de "matar o asesinar a la criatura no nacida". En el primer caso, la realidad queda disfrazada y distante.

Para que la conciencia juzgue espontáneamente bien tiene que ponerse claramente ante los hechos. Y tiene que intuir el orden de bienes y deberes que está en juego. Porque puede suceder que tengamos un conocimiento suficiente de los hechos pero que se nos escape lo que está en juego.

La valoración social ejerce sobre cada persona un influjo que no es despreciable y que modifica muchas veces el sentido natural de lo que es bueno o malo. Los hombres somos seres sociales y nos resulta muy difícil librarnos de esa presión que suele ser inconsciente. Todos los hombres de una época son parecidos: tienden a pensar, vestir y comportarse de un modo semejante; y tienden a valorar las cosas de la misma manera: con los mismos acentos, con los mismos prejuicios. Esto prueba la enorme influencia que el ambiente ejerce sobre los individuos.

Imaginemos que una noche se presenta un sujeto en nuestra casa y nos pide que asesinemos al hijo de la portera. Si somos personas normales, nos parecerá una propuesta espantosa. Imaginemos ahora que, sentados en la mesa de nuestra oficina, recibimos una carpeta llena de expedientes para firmar. Es la misma carpeta de todos los días, con docenas y docenas de expedientes que hay que firmar, para pasarla a otros y que firmen también. Mientras firmamos rutinariamente, sin leer siquiera los expedientes todos iguales o parecidos, ni siquiera pensamos que estamos dando el visto bueno a la ejecución de algunos traidores, maleantes y enemigos -así lo creemos-

de la sociedad a la que procuramos servir como funcionarios. Estamos en guerra, los tiempos son malos, la vida es dura y hay que sobrevivir. Podemos volver a casa tranquilamente después de haber firmado el asesinato del hijo de la portera. El horror de aquel asesinato queda encubierto porque no lo vemos de cerca, porque es una práctica aceptada. La presión social nos inclina a interpretarlo como una cosa buena. Y es que la presión social puede deformar el sentido moral hasta extremos aberrantes. Ha sucedido multitud de veces en la historia; se requiere una sensibilidad moral muy grande para no caer en lo que han caído tantos antes que nosotros.

Si somos personas normales, que vivimos en una sociedad civilizada y oímos los gritos desgarradores del que están asesinando y vemos la sangre y contemplamos la saña de los asesinos, nos daremos cuenta de que aquello es muy malo. Pero si vivimos en una sociedad traumatizada por la violencia y se nos han explicado muchas veces los motivos por los que conviene eliminar a algunos sujetos y, además, no los vemos ni los oímos, quizá no nos parezca tan malo o incluso nos parezca estupendo.

Según vemos, el sentido moral natural nos indica espontáneamente lo que es bueno o malo, pero sólo cuando percibimos con claridad la razón de bien o de mal. Hay muchas circunstancias en que esto no es tan fácil. El juicio de la conciencia es muy delicado: depende mucho de la educación y de la experiencia. La conciencia necesita una educación delicada. Para juzgar bien, necesita tener principios, y necesita conocer con profundidad el sentido natural de los distintos actos humanos: es decir, qué bienes y deberes entran en juego.

### El Decálogo

El saber moral es un saber difícil. Ningún hombre puede alcanzarlo con plenitud por sí mismo, porque ninguno puede reunir toda la experiencia necesaria. Cada hombre no puede conocer por sí solo el sentido y el alcance de todas las acciones humanas. Necesita la experiencia moral de otros para formar la propia conciencia.

Ordinariamente recibimos la educación moral de la cultura en la que nos movemos.

Pero esto tiene sus problemas. El comportamiento humano es un asunto tan complejo y tan delicado que son frecuentes las perplejidades, las imprecisiones y los errores. De hecho, existen, como hemos visto, divergencias entre las formulaciones morales de las distintas culturas.

Por esa razón existe también una moral revelada. Los cristianos creemos que Dios ha querido comunicar los principios morales más importantes, para que queden al alcance de todo el que los quiera poseer: para que muchos, fácilmente y sin mezcla de error puedan alcanzar la verdad sobre los principios fundamentales que rigen la vida humana

A grandes rasgos, esa enseñanza moral está condensada en el Decálogo; es decir, en los Diez Mandamientos. Moisés los recibió del mismo Dios para que los transmitiera al pueblo judío y constituyeran su código moral y el testimonio de su alianza con Dios.

Por un error de perspectiva, puede haber quien no entienda este gesto. Quienes piensan que la moral es una cosa privada pueden interpretarlo como una intromisión inaceptable, aunque sea de Dios. Pero se trataría de un error de planteamiento. La moral no es algo privado. Se funda en la verdad de las cosas y consiste en emplear la libertad del modo que es digno de un hombre. Ser ayudado en la tarea de conocer la verdad no es una ofensa.

La enseñanza de la ley no coarta la conciencia sino que la ilustra y le permite juzgar con rapidez y seguridad. Hay que agradecer a Dios esa luz. que nos guía. Dios que es el creador de todas las cosas y el que mejor conoce el corazón humano, es el más indicado para enseñar lo que conviene al hombre. No hay que olvidar que cristiano se define como discípulo de Cristo: cristiano es el que aprende de El.

En estos famosos Diez Mandamientos se resumen los principios fundamentales que rigen la vida humana. Dios quiso expresarlos de una manera conveniente para el pueblo que tenía delante. Por eso su

formulación es muy sencilla, al alcance de todos. Sin embargo encierran de manera suficiente la sabiduría de la vida.

Los tres primeros mandamientos se refieren al trato con Dios y son:

I. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas.

II. No tomarás el Nombre de Dios en vano.

III. Santificarás las fiestas.

Interesa ya poner de manifiesto la enorme fuerza del primero y principal mandamiento, que es el eje de toda la moral. Los mandamientos no son, como se puede ver un conjunto de prohibiciones, sino que tienen como guía este objetivo moral -amar a Dios sobre todas las cosas- tan elevado y absoluto.

A continuación, vienen los otros siete en los que se detallan esquemáticamente las obligaciones que tenemos hacia los demás.'

IV. Honra a tu padre y a tu madre; que señala, en su sentido más amplio el respeto que merecen todos los que están constituidos en autoridad, y la veneración que merecen los padres.

V. No matarás; en el que se resume la prohibición de hacer cualquier daño a la persona física y moral del prójimo.

VI. No fornicarás. En el que se prohíbe un uso desordenado de la sexualidad.

VII. No robarás. En el que se pide justicia en las relaciones con los demás.

VIII. No dirás falso testimonio ni mentirás. En el que se nos pide vivir en la verdad y hablar siempre con verdad.

IX. No desearás la mujer de tu prójimo. En el que se prohíben los malos deseos y pensamientos.

X. No desearás los bienes ajenos. En el que se prohíbe la envidia.



Se trata de un código simple, preparado para que lo pudiera aprender de memoria aquel pueblo. Pero allí está todo. Toda la moral se puede compendiar en estos diez preceptos. Y aún ser resumida en dos. Según se narra en el Evangelio de San Mateo (22, 34), cuando Jesucristo fue preguntado acerca de estos Diez Mandamientos, respondió que se resumían en: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. "Amar a Dios sobre todas las cosas" es el compendio de los tres primeros mandamientos del Decálogo y "amar al prójimo como a uno mismo", el compendio de los siete siguientes.

Entre los Mandamientos, hay preceptos que están formulados positivamente y expresan lo que hay que hacer. Y otros que tienen una formulación negativa y dicen lo que se debe evitar. Los positivos ilustran acerca de los deberes elementales: cómo amar a Dios o cuidar de los padres. Los negativos, en cambio, rechazan conductas que dañan los bienes ajenos o que suponen un desorden entre los bienes propios.

Los preceptos negativos delimitan, por debajo, el campo de la moral. Pero la moral no consiste simplemente en evitar el mal; esto es sólo el umbral mínimo; la moral consiste, sobre todo en hacer el bien: y tiene unas dimensiones inagotables. Los preceptos positivos enseñan en qué consiste la perfección humana, y permiten proponersela como horizonte de vida. Estos Diez Mandamientos nos enseñan que la plenitud humana se realiza cuando llegamos amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Este es el orden de los amores del hombre.

#### 4. La debilidad humana

##### Experiencias de debilidad

"Las morales aceptadas entre los seres humanos pueden diferir - aunque en el fondo no tan ampliamente como a menudo se afirma-, pero todas ellas concuerdan en prescribir una conducta que sus fieles no alcanzan a practicar. Todos los hombres están condenados por igual y esto no por códigos de ética ajenos, sino por sus propios

códigos. Por tanto todos son conscientes de culpa" (El problema del dolor, Introducción). C.S. Lewis expresa así esta experiencia universal: todos los hombres somos pecadores, todos violamos nuestras convicciones morales; una vez y otra no hacemos el bien que sabemos deberíamos hacer y no evitamos el mal que sabemos deberíamos evitar.

Esto nos habla de uno de los misterios más desconcertantes de la psicología humana. El solo hecho de tener un código moral o un ideal de vida, no basta para vivirlo. No basta proponérselo aunque se haga con mucha convicción. Todo hombre acaba traicionando, poco o mucho, sus principios y sus ideales; nadie es completamente fiel; en todos hay una quiebra, mayor o menor, entre lo que es y lo que debería ser. "Todos sentimos nuestra vida real -dice Ortega y Gasset- como una esencial deformación, mayor o menor, de nuestra vida posible" (en Goethe desde dentro, Obras Completas, IV, 402).

Tenemos la experiencia habitual -fortísima- de nuestra libertad: pensamos, decidimos, nos movemos, vamos adonde queremos. Sin embargo, muchas veces nos proponemos algo que nos cuesta un poco y después no lo hacemos. Hay quien se propone con mucha fuerza dejar de fumar o llevar un régimen de comidas, o dedicar diariamente un tiempo a entrenarse, aprender idiomas o a cualquier otra actividad y después no lo cumple. Y esto nos pasa a todos y muchas veces. Y no se trata de que cambiemos de opinión y no queramos hacer lo que antes queríamos. Sino que, sencillamente, sin que sea fácil saber porqué, no hacemos lo que nos habíamos propuesto o lo que debíamos hacer.

No es que perdamos la libertad; es que parece que no queremos que actúe del todo, como si no la dejáramos llegar hasta el final. Porque la experiencia no es que no "podamos" hacer lo que nos habíamos propuesto, sino, más bien, un oscuro "no querer del todo", un "echarse para atrás". Es un querer que se vacía de su fuerza original; o, cuando se trata de lo que no debíamos hacer, un no querer que acaba siendo cómplice de la cesión. Pero no es una experiencia de ausencia de libertad. No es que no fuéramos libres. Son, por así decir, experiencias libres de fracasos consentidos.

En realidad, quien fuma cuando se había propuesto no fumar o no respeta el régimen de comida que había decidido guardar, sabe que se contradice libremente. Salvo casos patológicos de ausencia de voluntad, no es que no pueda cumplir lo propuesto, es que en cierto modo no lo quiere cumplir. Libremente queremos contradecirnos. Es una experiencia de disgregación, de incoherencia, de quiebra interna. Esta es la experiencia de la debilidad humana. De querer y no querer, de no querer y querer. Es como si algo estuviera roto dentro de nosotros.

Esto es la debilidad humana, que no quita la libertad, pero la desconcierta. Es la debilidad de un ser que permanece libre. Por eso, aunque todos los hombres somos débiles, unos se dejan arrastrar más y otros menos; unos reaccionan enseguida y otros no. Incluso, en la vida de una misma persona, se pueden suceder épocas de abandono, donde se cede y todo va para abajo, y épocas donde se combate el abandono y se triunfa en alguna medida, aunque nunca completamente.

La debilidad es una realidad con la que hay que contar. Probablemente, si existiera un tratamiento sencillo para evitarla, todos lo seguiríamos. Es una experiencia molesta y hasta humillante ese repetido no ser capaz. Pero no existe otro tratamiento para la debilidad que vencer en cada caso.

Como ya hemos dicho la vida consciente del hombre es de tal modo que todos los actos libres dejan huella. Cada cesión aumenta esa debilidad y cada victoria la disminuye. Cada fracaso aumenta nuestra disgregación y nuestra incoherencia. Hasta tal punto que una historia de fracasos repetidos puede llegar a privarnos prácticamente de la libertad. En algunos campos es muy patente, como sucede cuando se adquiere adicción a las drogas o al alcohol. En otros, no es tan aparatoso, pero también es real, como el que se acostumbra a vivir como un vago.

La debilidad es compañera de la vida humana. Es la carcoma de la libertad interior, que, como sucede en algunas maderas mal tratadas, acompaña a los muebles desde su origen. Nos quita fuerzas para hacer

lo que debemos y, si dejamos que crezca, nos destruye lentamente. Todo un capítulo de la moral consiste en mantenerla a raya.

### Los tres frentes de la debilidad

¿Qué es lo que hace que nuestra libertad no funcione bien? ¿Qué es lo que nos hace débiles? ¿Qué es lo que nos lleva a hacer lo que no queríamos hacer? y ¿Qué es lo que impide que hagamos lo que nos habíamos propuesto hacer? Basta mirar un poco hacia dentro de nosotros para encontrar las causas. En todos los hombres son las mismas, con pequeños matices.

Hacemos lo que no queríamos hacer, porque los bienes nos arrastran más de lo debido, nos dejamos llevar y los queremos desordenadamente: es decir, cuando, como o en una medida en que no los deberíamos querer.

Todavía es más fácil encontrar la causa interior de lo otro: por qué no hacemos lo que teníamos que hacer; porque nos resistimos ante el deber. La causa es que nos disgusta el esfuerzo. A esto se le llama sencillamente pereza.

El amor desordenado por los distintos bienes y la pereza son las causas interiores de la debilidad. Pero hay otra causa externa, y es la presión que ejerce sobre nosotros el ambiente. Esa presión condiciona nuestra libertad: nos coacciona y nos lleva a hacer lo que no queríamos hacer, o nos coarta para que no hagamos lo que queríamos hacer. La presión social tiene, en muchos casos, un efecto benéfico y educador: nos enseña a comportarnos como los demás y reprime comportamientos antisociales; pero, a veces, tiene un efecto maléfico cuando violenta nuestra conciencia y nos lleva a obrar contra ella

Veremos ahora con un poco más de detenimiento estos tres frentes de nuestra debilidad: 1) El atractivo desordenado de los bienes; 2) La pereza; 3) La presión social.

1) Lo propio de los bienes es atraer; y es bueno que sea así, porque así nos esforzamos por tener los bienes que nos mejoran. Pero sucede

que, con frecuencia, atraen más de lo debido y presionan nuestra conciencia; nos engañan sobre lo que pueden ofrecernos y crean expectativas excesivas; nos hacen estar pendientes de ellos y acaparan nuestras capacidades.

En unos casos son los instintos, que nos impulsan con una pasión desproporcionada hacia los bienes primarios, y nos hacen quererlos como o cuando no deben ser queridos, o en una medida excesiva. Bienes como la comida, la bebida, el sexo, la comodidad, la salud, pueden adquirir para nosotros en determinados momentos un atractivo casi irresistible.

En otros casos, el desorden nace de la afición que hemos adquirido hacia otros bienes, como, por ejemplo: el trabajo, el dinero, la posición, el deporte. Son bienes a los que nos hemos aficionado y que tienen mucha fuerza en nuestros sentimientos. Los amamos con pasión, y cuando están por medio, no somos capaces de juzgar con objetividad; presionan sobre nuestra conciencia y fácilmente nos arrastran.

Cada cesión al desorden produce un efecto de realimentación. Crece la afición desordenada hacia ese bien; se refuerza la costumbre de ceder y se tiene menos fuerza para ponerle medida. El engaño crece: se espera siempre con mayor avidez algo (el dinero, la droga, el sexo, la comida, el bienestar, etc.), que da cada vez menos. Al ponderar las cosas, lo que es bueno o malo, la voz de estos bienes tiende a hacerse hegemónica: ahogan las demás voces, violentan a la conciencia, tiran de la voluntad y nos hacen obrar con precipitación.

Todos los bienes, menos los más altos, pueden llegar a ser amados excesivamente, sin la medida de la razón. Se puede adquirir una pasión desordenada por el prestigio, el trabajo, la música, el deporte, el coleccionismo y cualquier otro bien. Algunos tienen una fuerza especial, como sucede, por ejemplo, con los juegos de azar, la bebida o la droga.

El que ha llegado a tener afición al vino, sabe por experiencia que no es capaz de razonar bien cuando está por medio una botella. Una vez que esa imagen ha entrado en su imaginación y se ha planteado la posibilidad de beber, toma fuerza enseguida y se apodera de él en

sucesivas oleadas, hasta que no se piensa en otra cosa. Las demás voces son obligadas a callar; la conciencia se oscurece y la voluntad se debilita y cede. Así la pasión se apodera de nosotros.

La libertad de decisión, la capacidad de tomar decisiones justas, sólo se conserva cuando se consigue mantener a raya el atractivo desproporcionado de los bienes, todas esas pasiones desordenadas. Para eso hace falta guardar estrictamente el orden debido en la toma de decisiones. Hay que conseguir que esos bienes ocupen su lugar en la escala de bienes y deberes. No hay mayor bien para el hombre -ya lo hemos dicho- que conseguir este equilibrio. Un hombre que no controla sus pasiones vive arrastrado como una marioneta en manos de sus deseos.

Como hemos visto, el mal está en no saber guardar la medida y el orden de los amores. Ni el dinero, ni el sexo, ni la comida, ni el bienestar, ni el juego, ni el deporte, ni el coleccionismo ni cualquiera de las cosas que hemos citado son malas en sí mismas: es lógico, porque nadie puede querer el mal en lo que tiene de mal. Son bienes (algunos, como es el caso de las drogas, sólo en un cierto sentido, en cuanto producen estados de euforia, etc.). Lo malo es el desorden con que se quieren: quererlos cuando, como o en una medida en que no se deben querer.

2) La otra dirección de la debilidad interna es la pereza: la tendencia a huir de los deberes; el disgusto hacia el esfuerzo que comporta el cumplimiento de las obligaciones. Son los sentimientos que protestan y se resisten al esfuerzo que les exige la inteligencia. El deber nos da, con demasiada frecuencia, pereza; y es la causa de tantas excusas, de tantos retrasos, de tantas cesiones, de tantas chapuzas.

Es un componente habitual de nuestra vida. Merma la eficacia de todos los trabajos. Siempre hay un tanto por ciento de incumplimiento en todos los compromisos humanos que hay que atribuirlo al mordisco de la pereza. Todo lo que cuesta -y casi todo cuesta- acaba saliendo peor de lo previsto.

Se deja sentir en cuanto aparece el esfuerzo. Se siente en cuanto disminuye el gusto por la novedad, en cuanto los trabajos se alargan, en cuanto se nota la resistencia de las cosas. Ataca especialmente

cuando el cumplimiento del deber es difícil, cuando va acompañado de pocas satisfacciones, cuando resulta monótono, cuando se alarga.

Cuesta esfuerzo empezar y cuesta esfuerzo acabar lo empezado. Son dos momentos especialmente importantes. Tanto que se ha llegado a decir que con empezar se ha hecho la mitad. E igualmente importante es saber acabar lo que se empieza.

Caben grados: hay hombres muy perezosos y otros menos; depende, de muchos factores de constitución física, clima y costumbres, pero, en su mayor parte, de la propia historia personal. La eficacia de la vida de un hombre tiene mucho que ver con su capacidad para vencer la pereza. Las cosas importantes cuestan y, si son muy importantes, cuestan mucho. Nada hay grande en esta vida que no cueste esfuerzo. Sólo el que es capaz de vencerse puede hacer algo que valga la pena.

Con frecuencia no se da a este defecto la debida importancia en la vida moral, porque ceder a la pereza tiene aspecto inofensivo. Parece que no hacer algo bueno es menos grave que hacer algo malo. Pero origina muchos males en la vida de las personas y de las sociedades. La pereza que lleva a huir de los propios deberes es la causa de infinidad de injusticias. Por pereza, la autoridad no interviene cuando debería intervenir o no presta el servicio que debería prestar. Por pereza, el maestro no enseña lo que debe, ni corrige lo que debería corregir. Por pereza, las administraciones de los Estados y de las comunidades se oxidan, se eternizan los procedimientos burocráticos, se hacen inoperantes las leyes, se reduce la productividad de las empresas, etc, etc.

La pereza, junto con el desorden de las pasiones, es la causa de que el mundo sea tan distinto de cómo debería ser. Y también es la causa de que cada hombre sea distinto del ideal que podría haber sido.

La pereza hace mayor daño en aquellas esferas de la actividad humana donde hay menos alicientes de beneficio personal. La ambición y el provecho personal, la búsqueda de los propios intereses, es un eficaz correctivo de la pereza, aunque no sea ni noble ni moral. La pereza se manifiesta, por eso, con mayor fuerza en aquellas actividades que deben ser desinteresadas: la ayuda a los demás, los

servicios no remunerados, etc. Por eso, se ceba de manera especial en la actividad pública, en la administración de los Estados y de las sociedades, en la burocracia que recibe su pago simplemente por ocupar un puesto. Quienes dependen de la satisfacción de sus clientes para ser remunerados tienen un estímulo para su trabajo; quienes, en cambio, los atienden simplemente porque es su obligación, necesitan mayor motivación para vencer el peso de la pereza.

La doctrina liberal piensa que esta tendencia humana sólo se corrige estimulando la búsqueda del propio beneficio. La experiencia demuestra que no le falta razón. Es decir que, efectivamente, puede ser conveniente usar el estímulo del beneficio personal para mejorar el rendimiento de cada hombre: un servicio bien pagado suele estar mejor prestado que si se paga mal. En todo hombre hay un interés legítimo en lograr los propios bienes; y si se encauza bien, sirve vencer la pereza y mejora el servicio.

Sin embargo, la moral cristiana sostiene que el verdadero correctivo de la pereza -y el único verdaderamente noble- es el espíritu de servicio: la firme decisión de orientar la propia actividad en servicio de los demás. Sin discutir el principio de que el beneficio propio es un mecanismo de la vida social que hay que tener en cuenta, piensa que una sociedad humana tiene que estar regida por criterios morales, propios de la dignidad del hombre. Organizar una sociedad teniendo como principio fundamental únicamente el provecho personal, es organizar una sociedad con la mismo principio de convivencia que rige para las ratas.

La inclinación a buscar los propios bienes es natural; pero a esa tendencia hay que añadir, mediante la educación moral, el sentido del deber. Y hay que acostumbrarse a cumplir con el deber venciendo la resistencia de la pereza. Hay que enseñar a amar -como un bien propio- ese ideal de vida.

3) Además de estos dos frentes interiores de la debilidad, hay otro frente exterior que hemos llamado "presión social": también se le puede llamar respetos humanos, miedo al ridículo. Es la presión que ahonda nuestra timidez, que hace comportarse según los gustos de los que nos ven; que hace temer lo que va a caer mal.



El ambiente humano, las opiniones, los modos de pensar, los modelos, las costumbres de nuestro entorno tienen un impacto enorme sobre nuestra conducta, probablemente mucho mayor del que imaginamos. No hablamos ahora de la influencia que hemos recibido por educación o la que conscientemente tiene en nuestra vida un modo de pensar o de actuar, cuando hemos querido incorporarlo. Hablamos de esa presión, inconsciente la mayor parte de las veces, que el medio ejerce sobre nosotros, como si se tratara de una fuerza ajena y extraña.

Es una presión muchas veces impersonal y poco definida: no es que alguien quiera imponernos deliberadamente algo; pero, de hecho, obramos como si fuéramos obligados por una fuerza coactiva. No se trata del miedo o del respeto a la ley o a la autoridad legítimas, que son coacciones externas saludables, positivas y, generalmente necesarias para la vida social; sino de la violencia impersonal que procede de leyes no escritas y autoridades no reconocidas; y que a veces nos dominan sin que lleguemos a advertirlo.

Sin apenas caer en la cuenta, todos los hombres tendemos a ser hombres de nuestro tiempo: pensamos igual, vestimos igual, nos gustan las mismas cosas; tenemos las mismas manías, los mismos ídolos y los mismos demonios. Tendemos a creer que es bueno lo que todos dicen que es bueno y malo lo que todos dicen que es malo; y tenemos un miedo instintivo a llevar la contraria, a hacer lo que está mal visto o no hacer lo que está bien visto. A veces, no hay más razones para explicar nuestro modo de pensar o nuestra conducta que la de "todos hacen lo mismo o todos piensan así". El ambiente ejerce sobre nosotros una coacción enorme.

Esta presión se experimenta tanto en los grupos grandes como en los pequeños. La sentimos como una violencia impersonal que nos coarta para mostrar nuestro verdadero ser y, quizá, nuestro desacuerdo íntimo con lo que el entorno piensa o dice. Es la coacción, por ejemplo, que nos empuja a reírnos forzosamente ante los demás, de una gracia, aun cuando lesiona realmente nuestras convicciones. Es la presión que nos hace callar y sentirnos avergonzados de nuestros principios, de nuestra religión, de nuestra raza, de nuestro origen, de nuestra profesión, de nuestra familia o de nuestro amigos.

Es la violencia que lleva a condescender amablemente al capricho de un superior, aun cuando nos damos cuenta de que es injusto o inadecuado. Es la coacción que nos hace temer sostener una opinión distinta de la mayoría, en un asunto en el que se podrían burlar de nosotros o ponernos en ridículo. Es el temor a caer mal, a ser señalado con el dedo, a ser marcado con algún sanbenito, a ser objeto de burla o de desprecio; a quedarse solo, a ser aislado.

Es una violencia irracional que condiciona nuestra libertad. Hay que descubrir sus efectos concretos en nuestra vida para luchar contra ella. No se trata de llevar la contraria al ambiente por el simple gusto de distinguirse; esto sería esnobismo. Al contrario, cuando todos se inclinan en una dirección es muy posible que haya fuertes razones para eso. Sería una estupidez ir en contra por sistema. Pero, a veces, no hay tales razones, sino que sólo son manías. En este caso, no se les debe permitir que se impongan en nuestra conciencia, porque sería dejarse llevar por motivos irracionales. Hay que proteger la libertad de la propia conciencia. No podemos permitir que lo irracional condicione nuestra libertad

En las tres manifestaciones de la debilidad hay que notar algo extraño. Hay algo de engañoso en las voces de los bienes y de los deberes, porque los deberes nos parecen más difíciles de lo que son y los bienes más atractivos de lo que merecen; y además no se acoplan bien con nuestra libertad: por un lado los bienes la presionan con exceso; por otro la sensibilidad se resiste a la decisión de la libertad que quiere cumplir con el deber. Hay una cierta disfunción interna. Sobre esa disfunción parece actuar también la presión del ambiente social que nos empuja a amar lo que todos aman; y nos paraliza cuando tendríamos que ir en contra.

### Un esfuerzo de superación

La debilidad, en sus tres manifestaciones, es compañera inseparable de la vida humana. Por eso hay que combatirla, hay que

mantenerla a raya y hay que reparar las huellas de las cesiones, pequeñas y grandes, que se acumulan en la vida.

El hombre necesita entrenarse para vencer y resistir, como necesita entrenarse el deportista para correr un maratón. El maratón es una prueba dura y larga; donde es preciso aprender a dominar el dolor y las ganas de abandonar. La vida también es, en algún sentido, larga y también es necesaria entereza de ánimo para llevarla con garbo.

Para vencer la debilidad en sus tres manifestaciones, se requiere un clima de lucha deportiva: un esfuerzo sostenido de irse superando, de mejorar las marcas, de reparar los fallos. Y para ser capaz de lo más, hay que educarse en lo menos. Precisamente porque los bienes nos atraen muchas veces con una fuerza desproporcionada, es necesario esforzarse en ponerles medida y orden. Es necesario evitar que ese atractivo falso nos engañe: se introduzca en nuestra imaginación, se multiplique y acapare nuestra psicología.

Quien quiera guardar un régimen, tendrá que evitar estar pensando todo el día en la comida y tendrá que evitar también las circunstancias que le hacen más difícil cumplir lo que se ha propuesto: sería tonto intentarlo teniendo una caja de bombones sobre la mesa. A este principio de sentido común se le llama "huir de las ocasiones". Y lo que sucede con el régimen, sucede con todo. Quien ve que se está aficionando a la bebida, necesita esforzarse en cortar con esa inclinación, negándose muchas veces y evitando las ocasiones de beber. Es muy difícil resistir acariciando una botella.

Quien tiene su afectividad comprometida, porque se ha comprometido a amar para siempre a una persona -como sucede en el matrimonio- tiene que resistir los movimientos de afecto que se le escapan hacia otras personas. Hay que saber reducirlos y también evitar las ocasiones. De un trato continuo y afectuoso puede nacer una pasión tan impetuosa que no se sepa dominar y se lleve todo por delante. Una pasión que no se ha dominado a tiempo, puede ser el origen de graves injusticias, de grandes desgracias y de muchos remordimientos; un romanticismo ingenuo puede ser la causa de una tragedia desgarradora. Pensar de otro modo es desconocer los mecanismos reales de la debilidad humana.

Cuando se es más joven -y más ingenuo- se ve con malos ojos este "huir" y el "evitar las ocasiones". Parece una postura cobarde; poco decorosa y poco romántica. Se piensa -ingenuamente- que es mejor resistir. Pero esto es porque no se tiene experiencia suficiente de lo profunda que es la brecha de la debilidad humana. Todos los recursos pueden ser pocos para vencer.

Para vivir para vivir con libertad sin ser arrastrado por pasiones irracionales, se requieren todas las fuerzas de la voluntad, y también todos los recursos de la inteligencia, incluidos los trucos. Quien no sepa engañarse un poco para hacer lo que debe, fácilmente será engañado para hacer lo que no debe o para no hacer nada.

Se logra vencer el tirón de las pasiones desordenadas si no se les deja crecer, si no se permite que invadan y se apoderen de los resortes de nuestra psicología (sobre todo de la imaginación); si se les mantiene en la raya de lo justo. Y como muchas veces superan esa barrera e invaden lo que no deberían, es necesario recuperar terreno. Las cesiones tienen que ser cuidadosamente reparadas, si se quiere mantener la libertad frente a esos impulsos.

Por eso, muchas veces conviene negar lo que los sentimientos piden aunque sea bueno. Eso nos entrena. Por ejemplo: no beber siempre y cuando y todo lo que nos apetece beber, es un eficaz entrenamiento que fortalece la voluntad y protege la libertad interna. Y lo mismo sucede en todos los ámbitos: es muy bueno negarse en la comida (comer un poco menos, dejar algo que apetece, acabar lo que no apetece, etc.); negarse en la curiosidad; negarse en la comodidad; negarse en los caprichos, en los gastos innecesarios; respetar el orden de actividad que se ha fijado previamente; hacer primero lo más importante aunque sea más molesto, etc.

No se trata de negarse en todo y siempre, sino de buscar en todo la medida justa y, a veces, pasarse un poco por menos, precisamente porque en otras ocasiones se cede más de lo debido. En el fondo, es el mismo planteamiento del que quiere estar en forma y no engordar: necesita cuidarse; habitualmente, debe comer un poco menos que lo que le apetece; y apretarse más después de que, en alguna ocasión, se ha pasado comiendo. Lo mismo sucede con la voluntad; necesita ese

cuidado para no llenarse de grasa y mantenerse en forma; es decir, libre. La costumbre de imponerse medidas justas y de apretarse para recuperar lo que se ha cedido, educa los sentimientos y protege la libertad.

Esto sirve para educar y controlar las pasiones desordenadas por los distintos bienes; las otras manifestaciones de la debilidad -la pereza y los respetos humanos- tienen un tratamiento semejante. Hay que exigirse hacer lo que no apetece; y para vencer, se requiere evitar que el enemigo adquiera fuerza, y usar con estrategia los recursos con los que se cuenta, que son siempre limitados (esto no lo creen los ingenuos).

Es muy difícil vencer la pereza y los respetos humanos si nos dejamos invadir por sus argumentos, si permitimos que vaguen por nuestra cabeza, si dejamos que debiliten y cambien nuestras decisiones. Se requiere determinación para hacer inmediatamente lo que se ha visto que hay que hacer, sin permitirse excusas, sin permitirse replanteamientos, sin perdonarse retrasos, a no ser que se hayan previsto.

En realidad, se podría resumir toda esta lucha contra la debilidad en un sólo principio: tratarse duro. No con la dureza irracional de un loco o de un masoquista, sino con la dureza racional, deliberada, estudiada, equilibrada con la que se trata un deportista profesional que quiere llegar a vencer. De la misma manera que el deportista se propone marcas progresivas, para ir ganado un centímetro después de otro, de altura o longitud, o un minuto de marca en la carrera, se trata de ponerse pequeñas metas que estén siempre un poco más allá. Privarse de esto y de lo otro, saber pasar con poco, negarse los caprichos, etc: mantenerse en forma, en tensión, entrenarse constantemente. Una lucha constante, pero serena, amable y simpática como lo es la deportiva.

De este modo se consigue la costumbre de vencerse: de vencer las pasiones desordenadas, de vencer la pereza y de vencer la presión social. Estas costumbres estables de vencerse son lo que hemos llamado virtudes: educan los sentimientos, protegen la libertad y nos

ayudan a obrar bien. Las virtudes dan eficacia y belleza a la vida y hacen al hombre bueno.

Las virtudes o costumbres que llevan a moderar el excesivo atractivo de los bienes se reúnen en la templanza. Templanza viene de temprar: que significa dar temple, textura, equilibrio, serenidad. Y efectivamente es esto lo que se produce cuando se pone orden en el mundo de los sentimientos y deseos. Dentro de la templanza, se llama sobriedad al saber medirse en la comida y la bebida; y castidad al saber controlar el deseo de placer sexual.

Pero hay más cosas que necesitan ser ordenadas, porque como hemos dicho todos los bienes, excepto los más altos, pueden llegar a atraer con una fuerza desordenada. Hay que poner medida al deseo de trabajar, a la ambición de subir, a las aficiones, a los juegos, al deporte, a la inclinación a la lectura o al estudio, a la costumbre de ver la televisión, etc. Todo necesita que le llegue la medida de la razón para ser verdaderamente humano. Ningún bien es bueno si no pasa por ahí, si no recibe de la razón su medida, su forma y su momento.

La virtud que lleva a vencer las dificultades tanto interiores -de la pereza- como exteriores -del ambiente-, se llama fortaleza. Es la capacidad de exigirse para afrontar las dificultades y soportarlas; cuando se trata de vencer la pereza se le suele llamar "fuerza de voluntad", y cuando se trata de vencer la coacción externa, el miedo al ridículo o la timidez, se le llama valentía. El poeta Max Jacob señala que "La fortaleza es la base de todas las virtudes. Es una de las virtudes más útiles. El coraje conduce a todo, a la excelencia, al logro material, a la santidad, a la inteligencia. No sólo en las grandes circunstancias se puede mostrar coraje. Hace falta coraje para levantarse, vestirse, ser limpio, perseverar en la introspección, aplicarse a un trabajo. Coraje para ser bueno, paciente, celoso, caritativo, y evitar lo que desagrada a Dios (Consejos a un estudiante, 1976, 76)

Pasarse la vida exigiéndose puede parecer incómodo o cansado, pero se trata de un estupendo y bello modo de vivir. En realidad, es el único estilo de vida coherente con la vida misma, que es siempre

lucha, esfuerzo por mantenerse. Sin lucha no hay vida y, sin esa lucha que hemos descrito, no hay libertad.

Con todo, y es el momento de aclararlo, la lucha no consiste sólo en reprimir lo malo; esto es sólo un requisito básico. La lucha fundamental de la vida moral consiste en llegar a descubrir y amar los bienes más altos. Como son tan hermosos, en la medida en que se descubren, enamoran; y ésta es la fuerza que permite extraer y aprovechar todas las energías de la libertad.

### La huella del pecado original

La debilidad humana resulta no ser una herida tan superficial como parece en un primer momento. Es una brecha que descende mucho más abajo de lo que se puede ver a simple vista: llega hasta lo más profundo; se puede decir que el hombre es un ser íntimamente dañado. Las reparaciones superficiales saltan como salta la pintura con la que se ha querido cubrir la brecha profunda de una pared. Hay una incoherencia misteriosa que brota de lo más hondo; y que hace que ningún hombre sea como debería ser.

Esa brecha se acrecienta con los fallos, y claudicaciones, y se repara con ese régimen deportivo de vida del que hemos hablado. Pero el problema no se soluciona con unas pocas recetas; la brecha no se repara con un tratamiento superficial. La incoherencia permanece por debajo y da frutos amargos en la vida humana.

Es un efecto desconcertante del desorden íntimo. Ningún hombre la querría y todos la llevamos dentro. Hay en nosotros algo que no acaba de funcionar: tenemos una excesiva facilidad para engañarnos en lo que afecta a nuestro egoísmo: los bienes primarios y nuestras aficiones tienen una resonancia excesiva en nuestro interior, nos arrastran demasiado; no acabamos nunca de erradicar esa pereza que protesta y huye del cumplimiento del deber. El desorden brota con la tozudez de una mala yerba cuya raíz no ha sido posible arrancar del todo.

La mente no consigue explicarse porqué somos tan distintos de cómo tendríamos que ser. Le parece que todo es cuestión de pensar y tomar decisiones. Pero la experiencia personal y colectiva demuestra que no. Hay algo más.

La razón nunca se impone con perfección, ni en la vida personal ni en la social, ni en la historia de los pueblos. No es sólo una cuestión de conocimientos y de educación, como han defendido los ilustrados de los últimos dos siglos. Hay más. La razón ilustrada no ha logrado hacer desaparecer de la tierra, ni siquiera de los países más avanzados, la huella del absurdo. La historia humana está salpicada de conflictos irracionales y de horrores. Y no hay que pensar sólo en la dureza de algunas civilizaciones del pasado. Nuestra época ha conocido atrocidades que no encuentran comparación en toda la historia, ni por el número de personas afectadas, ni por su intensidad. Eso a pesar de innegables progresos en diversos aspectos de la cultura, la ciencia, la técnica y la economía. ¿Por qué la civilización y la cultura no consiguen arrancar las malas raíces del desorden humano?

Algo no va. Algo está roto dentro de nosotros. Hay un quiebra interior que no acaba de repararse y que tiene efectos individuales, colectivos y culturales. Con la razón sólo podemos señalar esa extraña persistencia del absurdo..

La doctrina cristiana va más lejos. Nos habla de un misterio: del misterio de un pecado original: un vicio de origen que daña a nuestra condición humana y que recibimos junto con ella. Nuestra naturaleza, nuestro modo de ser -el de todos los hombres- está herido desde el principio.

Ese pecado de origen es un misterio: algo difícil de ser comprendido y aceptado realmente por nuestra razón; pero sin él no se puede explicar lo que sucede en el hombre; mientras con él se descubren algunas luces que ayudan a comprender lo que sucede y a ponerle remedio.

La revelación cristiana habla de pecado porque no se trata sólo de un fallo técnico, como sería si naciéramos con un hueso torcido, por ejemplo. Es una herida moral, que afecta a la relación del hombre con la verdad y el bien; una extraña y persistente inclinación hacia la



incoherencia, hacia el mal: hacia el no hacer lo que se debe y hacer lo que no se debe. Algo absurdo, porque es ilógico y, por eso, impensable, pero real y persistente.

La tradición cristiana esquematiza los efectos permanentes de ese pecado original y los distribuye en cuatro rupturas: 1) con Dios, 2) interna, 3) con los demás hombres, 4) con el conjunto de la naturaleza.

1) La ruptura con Dios se manifiesta en la dificultad para entrar en contacto con él. Por un lado oscurece al conocimiento que podemos alcanzar de Dios; por otro, provoca una extraña tendencia a huir de Dios. T.S. Eliot lo describía diciendo que el ser humano no puede soportar demasiada realidad. En cierto modo Dios nos asusta; es como si su presencia se hiciera incómoda por excesiva o porque se percibe como demasiado exigente; es un cierto recelo que nos hace preferir permanecer ocultos, en la sombra del anonimato. En la Biblia, en el relato del pecado original, se cuenta que Adán y Eva, tras el pecado, se avergonzaron y se ocultaron de Dios. Se trata de una tendencia irracional, que contradice, además, a la inclinación íntima del hombre hacia la plenitud y felicidad, que sólo puede encontrar en Dios.

2) La ruptura interior del hombre tiene múltiples manifestaciones. Se manifiesta, por ejemplo, en esa rara y torpe facilidad para engañarnos y dejarnos engañar sobre lo que debemos hacer. Se manifiesta en esa falta de acoplamiento de nuestro espíritu con nuestros sentimientos que ya hemos señalado; en la facilidad que tienen los sentimientos para desordenarse, dominar la voluntad y oscurecer la conciencia; en la debilidad de la voluntad para imponer sus decisiones y conseguir que lleguen a su destino. En nuestra conciencia experimentamos todas estas disfunciones. Allí sabemos lo que significa la incoherencia: el engañarse; el ser arrastrado; el no querer hacer lo que, al mismo tiempo, queremos hacer.

3) El pecado original se manifiesta también en la división entre los hombres. Junto a la capacidad que tenemos para entendernos, aparece perseverantemente, como una mala hierba, una enorme facilidad para los malentendidos. Y esto se acentúa con la proximidad. Las relaciones entre los que se tratan mucho se envenenan con facilidad: nos domina el espíritu de chinchorrería que hace que encontremos un

extraño (y perverso) gusto en hacer a los demás la vida imposible. encontramos dificultad para perdonar y los agravios se acumulan y se vengan. La envidia surge en cuanto alguien nos parece mejor que nosotros y, en lugar de amarlo como mejor, tendemos a atacarle como competidor. No hay relación humana por sublime que sea -de amistad o de amor familiar- que no necesite combatir con perseverancia esta perversa tendencia. En la convivencia social llega a tener unos efectos gigantescos (odios, rencores, manías, envidias, maledicencias); y opera en la historia sin cesar: nunca han faltado malentendidos, odios y guerras entre los hombres. En la Biblia, esa inclinación a malentenderse a oponerse y a separarse, está simbolizada en Babel: el lugar donde se confundieron las lenguas, donde los hombres se separaron. En toda sociedad humana aparece siempre la huella de Babel.

4) Por último, existe también una ruptura del hombre con el conjunto de la naturaleza. Esta ruptura hace que la naturaleza se le manifieste, a veces, como inhóspita, que le maltrate. Y se manifiesta también en el mismo ser del hombre, en las enfermedades, en el dolor y en la muerte. El hombre se deshace, sin conseguir conservar la salud de su cuerpo, a pesar de sus aspiraciones de plenitud y supervivencia.

Estas rupturas no son simplemente fallos. Tienen un trasfondo maligno. Y en sus manifestaciones más duras, aparece, en efecto la perversidad; no simplemente el error teórico o práctico sobre lo bueno, sino la perversión: la inversión de la pirámide de la realidad: la inversión de la verdad, el bien y la belleza. De vez en cuando, como por debajo, pero constantemente en la historia, aparece el oscurecimiento interesado de la verdad y el culto a la irracionalidad; aparece el odio y la persecución de los buenos y el culto de lo perverso: la violencia, el ensañamiento y el sadismo; aparece el desprecio de lo bello y el culto de lo sucio y de lo horrible; aparece la persecución de lo divino y la utilización invertida de sus símbolos. En los testimonios más duros de las quiebras humanas aparecen estas sombras de perversidad que no tienen explicación racional y que apuntan hacia los abismos de fuerzas infranaturales.

Los poderes del mundo son sospechosamente propensos a ser impregnados por las manifestaciones de la perversidad. No en vano en

los Evangelios se llama al Maligno, Señor del Mundo y, al mismo tiempo, Padre de la Mentira. Esto da, en algunas ocasiones, a la presión social una fuerza de mentira realmente perversa: que conduce a la difusión del mal y a la represión del bien. Lo diabólico no puede excluirse como explicación cuando se contemplan algunos pasajes de la historia y algunos comportamientos singulares. Así, por debajo de las debilidades humanas y, con una relación misteriosa, a veces hay que buscar otras instancias para explicarse este mundo.

La doctrina cristiana sostiene que por estas rupturas, sobre todo por las tres primeras, somos incapaces de hacer con nuestras propias fuerzas todo el bien que deberíamos. Esa quiebra interna es la causa de que nada sea como tendría que ser idealmente. Es la causa de que nos engañemos con tanta facilidad; es la causa de que nos arrastren con exceso los bienes y de que rehuyamos los deberes; es la causa de que no nos entendamos entre nosotros y es la causa de que nos ocultemos de Dios. Son demasiadas cosas irracionales, difíciles de comprender para los espíritus racionalistas, pero que se dan en la vida de todos los hombres, incluidos los racionalistas.

Sin una ayuda especial de Dios, no es posible ser fieles a la propia conciencia; no es posible suturar las profundas heridas del pecado. Y esa ayuda tiene un nombre especial: se llama Gracia, que significa "don gratuito de Dios". La gracia es la fuerza de Dios que actúa dentro de nosotros, que nos ayuda a introducir en nosotros (en nuestros sentimientos y en nuestra conducta) el orden de la inteligencia; y nos inclina a ser fieles a lo que Dios quiere. Es una realidad misteriosa; no se puede medir con un aparato como si se tratara de una fuerza electromagnética; pero que se puede apreciar viendo cómo transforma la vida de los hombres. La Iglesia tiene una experiencia muy rica de esas transformaciones.

La psicología humana necesita de este complemento para reparar la herida original. La gracia corrige el desorden y siembra en el espíritu el gusto por los bienes más altos y hermosos. Da una sensibilidad especial para lo grande.

La sabiduría moral sólo se adquiere en toda su profundidad con la ayuda de la gracia. Sólo con la ayuda de Dios es posible el saber

perfecto (el conocimiento moral), el querer recto (vencer el egoísmo, querer a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos) y el poder (vencer la debilidad).

En esta vida hay que contar con esa fuerza y caminar con ella. Aquí la perfección no se alcanza, sólo se intuye. Los cristianos creemos que se alcanzará al final, con la recapitulación de todas las cosas en Cristo. Mientras, hay que luchar como un deportista, hay que pedir la gracia de Dios, y buscarla donde ha querido ponerla. Dios la da como quiere, pero tiene un cauce misterioso que son los sacramentos, donde la Iglesia celebra los misterios de la vida y muerte de Cristo.

## 5. El horizonte de la libertad

### Vivir en la verdad

En el hombre hay una libertad que se ve y otra que no se ve. La más sencilla de describir es, lógicamente, la que se ve. Decimos que es libre la persona que hace lo que quiere sin que nadie le obligue o se lo impida. Es libre el que puede ir y venir, vivir donde le parezca; opinar, viajar, reunirse y distribuir su vida como se le antoje. A esto le llamamos libertad, pero es sólo una parte de la libertad: la parte que se ve. La más importante es la otra, la que no se ve.

La que no se ve es la libertad interior, la de nuestra conciencia. Sus obstáculos no están fuera sino dentro. Es libre interiormente el que se puede guiar por la luz de su conciencia, el que no tiene obstáculos interiores que se lo impidan.

Los obstáculos interiores de la libertad son la ignorancia y la debilidad. El que no sabe lo que tiene que hacer, sólo tiene la libertad de equivocarse, pero no la de acertar. Y el que es débil, se deja arrebatar la libertad por el desorden de sus sentimientos o por la coacción externa del qué dirán.

La ignorancia apaga la voz de la conciencia: la deja a oscuras: no puede decidir bien porque no sabe decidir. Una conciencia deformada

o con poca formación moral es incapaz de acertar. De una persona que haya recibido una formación moral muy primitiva, no se puede esperar grandes manifestaciones de libertad. Estará muy condicionado por lo que haya aprendido. Si no le han enseñado a valorar algunos bienes (los bienes estéticos, la amistad, la cultura, etc.), ni siquiera se dará cuenta de que existen y carecerá de libertad para alcanzarlos.

Por su parte, las distintas manifestaciones de la debilidad hacen violencia o apagan la voz de la conciencia. Quien tiene una afición desordenada al juego, no decide bien sobre lo que tiene que hacer cada día; porque la pasión le arrastra una vez y otra. El que es perezoso no se decide a plantearse sus deberes, deja pasar, se engaña y los olvida. El que se deja influir demasiado por el ambiente es incapaz de hacer algo que pueda estar mal visto: le produce horror sólo pensarlo; a veces, ni siquiera es capaz de pensarlo, tal es la presión del ambiente. Ninguno de ellos es realmente libre: no tienen la libertad de obrar bien, sólo la de obrar mal.

Para ser libre interiormente hay que vencer la ignorancia y las distintas manifestaciones de la debilidad. Hace falta que la conciencia funcione bien: que descubra la verdad y que ponga orden entre los bienes y deberes.

El que ama la verdad sabe que tiene que buscarla: como hemos visto, nacemos con unos conocimientos morales mínimos y necesitamos la experiencia de los demás. Para formar la conciencia, hay que procurarse el conocimiento de los principios morales; hay que buscar personas rectas y con experiencia, para pedirles consejo ante las dudas y perplejidades; y no considerar humillante que nos corrijan. No podemos aprenderlo todo solos: necesitamos de los demás: de nuestros amigos, de nuestros padres, de las personas que nos quieren bien, de nuestro confesor. Los demás nos ven de fuera y con más objetividad que nosotros mismos; todos tenemos una rara facilidad para engañarnos en lo propio.

Además, hay que saber sacar experiencia de los propios actos y examinar con frecuencia, incluso diariamente, lo que hemos hecho para valorarlo y corregir los errores. Hay que ser humildes para reconocer los errores teóricos y prácticos y rectificar. Esto acaba

dando una gran sabiduría. El esfuerzo por vivir honradamente da una penetración especial para conocer la trama de los actos humanos y poder también ayudar a otros.

La conciencia se pone en juego en cada decisión: o impone su verdad sobre la conducta o es despreciada por una decisión que la contradice o la hace callar. En el primer caso, somos nosotros quienes obramos; en el segundo, es algo de nosotros: nuestras aficiones, nuestra pereza, el miedo al qué dirán. En el primer caso, hay un núcleo de libertad que dirige la conducta; en el segundo es como si sólo fuéramos un manojo de tendencias que luchan por imponerse dentro de nosotros.

Si somos fieles a lo que la conciencia ve, crecen las virtudes que dominan la debilidad: se aprende a poner medida a los bienes, a cumplir con los deberes a pesar de la pereza, y a ser independientes del ambiente. Al crecer las virtudes, el espacio de la conciencia se ensancha: tiene más holgura, está menos ocupada por los sentimientos y crece la libertad interior. Hay un efecto de espiral que sube hacia la perfección del hombre, hacia la rectitud: ser fieles a la voz de la conciencia hace crecer las virtudes y, al mismo tiempo, el crecimiento de las virtudes protege el funcionamiento de la conciencia.

Pero también se produce el efecto contrario. Cuando se obra contra la conciencia, la debilidad se acentúa y la libertad se pierde. Todos tenemos esa experiencia, porque todos somos débiles y obramos mal muchas veces. Los sentimientos se maleducan y nos arrastran o nos atascan según su capricho. Obrar en contra de la conciencia produce una espiral hacia abajo, hacia la incoherencia; es como si el hombre se disolviera por dentro. Por eso es tan importante detener ese proceso degenerativo (que continuamente se inicia), arrepentirse y volver a empezar todas las veces que sea necesario. Sólo quien sabe arrepentirse protege su conciencia.

Perder la luz de la conciencia es la enfermedad más grave de todas: es la enfermedad que suprime la libertad interior: le quita su espacio natural. No es una enfermedad fisiológica, por eso no produce dolor. Pero es una enfermedad real, que destruye el núcleo mismo de la

personalidad y nos lleva a vivir en la mentira. Para evitarlo, hay que rectificar siempre que sea preciso.

A todos nos humilla la experiencia de la debilidad, confesar que obramos mal y tener que rectificar. Por eso, fácilmente justificamos las malas acciones, no sólo en concreto, sino incluso teóricamente. El que tiene la debilidad de robar, fácilmente acaba pensando que todos hacen lo mismo: "cree el ladrón que todos son de su condición" reza un viejo refrán castellano. Por su parte, Cicerón lo ha expresado con gran rotundidad: "en un corazón podrido por las pasiones hay siempre razones ocultas para encontrar falso lo verdadero; del fondo de la naturaleza desviada se elevan brumas que oscurecen la inteligencia. Nos convencemos fácilmente de lo que queremos y cuando el corazón se entrega a la seducción del placer, la razón se abandona en brazos de la falsedad que justifica (De natura deorum, I,54).

Cuando a la debilidad se une la soberbia, el engaño puede llegar a extremos patológicos. Porque la soberbia no se conforma con una modesta justificación; le molesta la verdad, le molestan quienes dicen cuál es la verdad e incluso le molestan los que viven de acuerdo con esa verdad. San Agustín lo explica esplendidamente: "Los que aman otra cosa distinta que la verdad, quisieran que lo que aman fuera la verdad. Como no quieren engañarse, pero tampoco quieren reconocer la verdad, odian la verdad a causa de aquello que aman en su lugar" (Confesiones, 10, 23). Las personas torcidas llegan a perseguir el bien donde lo descubren y lo persiguen con una violencia irracional. Es una perversión porque en lugar de amar lo bueno, como es natural, lo odian. Muchas manías e intolerancias que tienen que padecer las personas buenas tienen esta causa inconfesable.

A la costumbre de guiarse siempre por lo que la conciencia ve, se le llama rectitud. La rectitud da a la vida humana una extraordinaria calidad y una extraordinaria belleza. Hace al hombre verdaderamente dueño de sus actos y acentúa la personalidad.

Vivir de acuerdo con la conciencia es vivir en la verdad: en la verdad de lo que las cosas y el hombre son, sin engañarse. Por eso, es manifestación externa de rectitud un gran amor a la verdad. Las personas rectas sienten una aversión profunda hacia la mentira. Les

parece horrible. Es algo que quizá no pueden comprender otras personas, porque no le dan importancia. Mentir por miedo a las consecuencias de la verdad ataca directamente el núcleo más personal del hombre, que es su conciencia. No es como tener una debilidad; es como si no se tuviera conciencia.

### La libertad situada

Nuestra libertad no es una libertad absoluta. Cuando vinimos al mundo, el mundo ya llevaba hecho mucho tiempo; ya tenía sus leyes; ya estaba lleno de cosas y de personas; nosotros hemos venido a ocupar un lugar entre ellas. Por eso no tenemos una libertad absoluta, sino fuertemente condicionada por todo lo que estaba antes que nosotros: por las leyes de la naturaleza, por las cosas y por las personas de nuestro entorno. Nuestra libertad no es una libertad absoluta, sino que, como dice Zubiri, es una libertad "situada".

Como no nos da tiempo ni tenemos capacidad para construir por nuestra cuenta toda la moral antes de empezar a actuar, lo ordinario es que nos dejemos aconsejar por los que nos quieren bien y aceptemos la moral que nos transmiten. En nuestro caso, se trata de la moral cristiana.

La enseñanza moral nos transmite una serie de preceptos negativos -"no hagas..."- que señalan el umbral mínimo de la moral; y también nos transmite preceptos positivos como son el mandamiento de amar al prójimo sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Estos mandamientos positivos no son algo que se pueda cumplir de un golpe, sino que son como los grandes horizontes de la existencia humana: unos objetivos permanentes para toda la vida.

La moral no consiste por eso simplemente en respetar un conjunto de prohibiciones. Eso es sólo el umbral mínimo. Tampoco se le puede pedir que codifique todo lo que está bien y todo lo que está mal. Sería imposible y, además, para eso tenemos nuestra conciencia. La moral se limita a señalarnos el marco: lo que debemos tener siempre por



debajo y lo que tenemos siempre por encima. Dentro de ese marco, hay un inmenso espacio para nuestra creatividad.

Claro es que en ese marco hay ya muchas cosas y hay que tenerlas en cuenta. No nos movemos en un marco teórico, sino en un marco real: estamos situados en el mundo. Por usar la célebre expresión de Ortega y Gasset, en cada uno de nosotros hay que tener en cuenta "su yo y su circunstancia". Las circunstancias forman parte de nuestra fisonomía moral y sitúan nuestra libertad en el mundo.

Antes que nada, estamos limitados por nuestra propia naturaleza: somos hombres y no, por ejemplo, pájaros. No podemos volar batiendo las palmas, aunque nos gustaría mucho. Este dato -que tenemos la naturaleza humana y no otra- tiene bastante importancia a la hora de plantearnos lo que queremos hacer con nuestra libertad. Porque no podemos vivir como si no fuéramos hombres: hombres que necesitan comer y dormir; hombres que tienen tiempo y energías limitadas; hombres que enferman, envejecen y mueren. Este último pequeño detalle, por ejemplo -que nos morimos- tiende a olvidarse con frecuencia y, sin embargo, es un dato importantísimo a la hora de plantearnos qué es lo que queremos hacer y si tiene sentido lo que venimos haciendo.

Y esa naturaleza humana está concretada en nosotros con algunos acentos y con algunas carencias, que no debemos olvidar. Hay que conocer unas y otras porque forman parte de nuestra situación. Hay que tener en cuenta nuestros talentos naturales: nuestra inteligencia, nuestras inclinaciones, nuestras habilidades; pero también nuestros límites particulares: nuestras debilidades, los puntos flacos de nuestra salud y nuestros defectos físicos.

Pero, además, dentro de ese marco real de nuestra libertad resulta haber otras muchas cosas que al mismo tiempo nos condicionan y nos sitúan en el mundo. Todos los hombres estamos condicionados desde que nacemos por nuestro origen; porque hemos nacido en una ciudad y en una nación; porque vivimos en este lugar y porque trabajamos en este sitio o en este otro.

Y especialmente estamos condicionados por las personas que nos reodean: por nuestros lazos familiares y de amistad. Estamos

condicionados por nuestros padres, por nuestros hermanos, por nuestros hijos, por nuestro parientes, por nuestros amigos, por nuestros compadres, por los compañeros de trabajo, los vecinos; la portera, el peluquero, el médico, etc. etc.

No podemos construir nuestra vida al margen de estos condicionamientos tan evidentes. No hay que mirar con malos ojos todos estas limitaciones que son inevitables. En realidad, son los trazos que definen nuestro perfil como personas. Si no los tuviéramos seríamos seres amorfos, sin contornos. Hay que admitirlos como admitimos los rasgos de nuestra cara.

Sería estúpido rechazarlos o avergonzarse de ellos: son como son. Quien tiene un padre enfermo, por ejemplo, no puede diseñar su vida al margen de ese condicionamiento tan claro; quien tiene que sacar adelante a su familia, no puede tomar ninguna decisión importante sin tenerlo presente. No hay porqué gastar energías imaginando lo que haríamos si las cosas fueran de otro modo. De nada sirve, como no sea para desbocar la fantasía y acostumbrarla a vivir de quimeras, fuera de la realidad.

Es una quimera pensar en una libertad sin condiciones. No hay hombre que no las tenga; ni se puede vivir sin asumirlas. Hay hombres que tienen más y otros menos, pero todos las tienen. Las limitaciones son en cierto modo como las reglas del juego, el punto de partida; lo que hace que el juego sea emocionante. Si no hubiera ninguna, no podría haber juego.

Nuestra libertad tiene que ejercerse en ese marco. en unos casos el marco es más limitado, en otros menos; pero esos son los elementos del juego de nuestra vida. A cada uno le toca jugar lo mejor posible con sus cartas.

Es evidente que todas estas cosas que nos rodean nos imponen deberes. No hay que alarmarse. La mayor parte de las veces es un gustoso deber y es bonito vivirlo así. Sólo a las personas que entienden que ser libre es no tener nada que hacer en la vida, les agobia un poco esta situación. En realidad, es una gran suerte tener patria y ciudad y padres y hermanos y amigos y vecinos. Pero es una suerte que nos impone deberes: ordinariamente gustosos deberes.

Como vemos, muy pronto se plantea en la vida una cuestión fundamental, que después sigue planteándose constantemente: cómo vamos a afrontar la voz de los deberes. Mientras el niño es inmaduro, no se da cuenta de que existen deberes; pero cuando empieza a pensar, comienza a captarlos. Desde ese momento, tendrá que estar continuamente eligiendo.

El niño que se plantea si lo que tiene que hacer es seguir viendo la película o hacer el recado que le ha pedido su madre, ya está en el terreno de juego de la moral y no volverá a salir de él hasta que pierda sus facultades mentales o se muera.

Empieza el juego de bienes y deberes. Primero, sólo se atiende a los bienes; hasta que la conciencia aparece y señala que un deber tiene prioridad: hay que hacer el recado. La situación se repetirá de distinta manera constantemente. A la conciencia le toca decidir qué bien o qué deber hay que preferir. Si se obedece muchas veces, al final del juego tendremos un hombre en su plenitud; si se desobedece muchas veces, tendremos un pobre hombre.

No es que haya que preferir siempre los deberes. Ya hemos dicho que la voz de los bienes, cuando pasa por la conciencia se convierte muchas veces en un deber: hay que comer, hay que dormir, hay que trabajar para ganar dinero; hay que descansar, etc. En muchas ocasiones la elección de la conciencia recae en el bien.

Pero en otras no; hay que levantarse para ir a trabajar aunque nos apetezca seguir durmiendo; hay que ayudar a la madre en la cocina, aunque nos gustaría ver la televisión; hay que sacar a pasear a la mujer, aunque al marido le apetecería ver el partido de fútbol; hay que atender a lo que cuenta el marido, aunque a la mujer le gustaría terminar de leer la revista gráfica, etc.

Cuando la conciencia nos señala un deber, nos pone en un compromiso. Ordinariamente, hay que vencer la resistencia de la pereza porque los deberes no suelen apetecer, por lo menos, al principio. Hay que decidir entre el deber de fuera y el gusto de dentro. Decidir bien es la única terapia conocida para vencer el egoísmo. Mientras uno vive pendiente únicamente de sus gustos, aunque sean buenos, está centrado en sí mismo, y no hace otra cosa que amarse a sí

mismo. El egoísmo sólo disminuye cuando se atiende la voz de los deberes. La llamada del deber nos saca de nosotros mismos y nos hace centrarnos en los demás.

Aquí se pone en juego una de las orientaciones fundamentales de la vida: si escuchamos habitualmente la voz de los deberes, si somos hombres que damos mucha importancia a nuestros deberes, venceremos el egoísmo; si no, el egoísmo nos vencerá. Además, como sabemos, cada acto deja huella: de manera que muchas cesiones nos acostumbran a ser egoístas y muchas victorias nos acostumbran a ser rectos.

Esto es una cosa tan cierta que desde fuera se ve. Se aprecia inmediatamente quién es egoísta y quién es noble. El egoísta no hace otra cosa que estar pendiente de sus bienes; mientras que vemos al hombre recto sacrificar sus bienes (su comodidad, su tiempo, sus energías, su dinero, etc.) por cumplir con un deber: para atender a su madre, a su esposo, a sus hijos, a sus amigos, a las obligaciones cívicas, a los compromisos contraídos.

La proporción de egoísmo, por así decir, es el rasgo moral más característico de un hombre: cuanto menos hay, mejor. La vida de quien se busca a sí mismo es como un círculo vicioso: no deja nada fuera de sí mismo, y, por eso, está condenada especialmente al fracaso de la muerte, donde nada de lo que ha hecho sobrevivirá.

Para no ser egoísta, basta con atender a lo que nos dicta la conciencia en cada momento. Pero caben opciones de estilo. es decir, se puede "cumplir" los deberes de modos muy distintos: cabe un amor apasionado, generoso e intenso por el deber o un estóico (o kantiano) cumplimiento estricto del deber, ordinariamente bastante débil. Se puede sacar a pasear a la mujer con el entusiasmo del reo que es llevado a la guillotina, o con la ilusión de un marido que sabe amar; la mujer puede atender la conversación del marido sobre el fútbol con una impassibilidad estoica (o kantiana), o se le puede escuchar con cariño (aunque la comprensión sea imposible). No se trata sólo de decidir bien en cada situación aislada, sino de dar una orientación bella y valiosa al conjunto de la vida.

Precisamente porque somos libres, podemos excedernos, hacer más del mínimo debido; podemos poner nuestro horizonte en los máximos: aspirar a lo mejor. Una madre puede hacer la comida con ilusión, aunque sus hijos no sepan valorar el esfuerzo. Un sastre puede confeccionar un traje con cariño, aunque el cliente no lo aprecie. Un trabajador puede poner empeño en terminar bien su trabajo, aunque su jefe sea un energúmeno y no le dé importancia.

Cada hombre tiene un estilo de vida, que puede ser mediocre, guiado por los mínimos o pleno, guiado por máximos. Son opciones de estilo, que acaban creando hábitos y modos de ser, que dan forma a la libertad, que configuran una manera de situarse en el mundo.

Cada uno tiene un margen de libertad muy grande para escoger cuál es su estilo personal de cumplir sus deberes. Cuál es su estilo personal en las múltiples relaciones con los demás: padres, hijos, parientes, vecinos, amigos; cuál es su estilo en las relaciones con Dios; y cuál es su estilo en las relaciones con la naturaleza. Cada una de estas realidades nos imponen obligaciones, pero el modo de vivirlas es enteramente personal.

Además forma parte del estilo personal la elección de los bienes que buscamos: cabe vivir miserablemente aspirando a unos pocos bienes, o cabe vivir aspirando a los bienes más altos. Depende de nuestra elección el acento que ponemos en unos o en otros: en los estéticos, en los religiosos, en la cultura, en las relaciones personales, en los bienes primarios, etc.; depende de nuestras costumbres el modo y la medida de buscar y usar el dinero, el trabajo, la comida, la comodidad, las aficiones, el deporte, etc. Depende en mucha parte de nuestra libertad cuáles son los bienes a las que nos aficionamos, los bienes que nos mueven y que nos atraen; los que intervienen con fuerza en el mundo de nuestros sentimientos: nuestras pasiones.

Las opciones de estilo son un inmenso campo para ejercitar nuestra libertad y crear costumbres que den un estilo bello y noble a nuestra conducta.

## Las grandes elecciones

Cada hombre tiene unos condicionamientos y unos grados de libertad distintos; cada hombre está en una situación diferente ante la vida. Por eso no se le puede pedir lo mismo a un hombre que a otro.

Esto está perfectamente ilustrado en una famosa parábola del Señor: la de los talentos. La encontramos en el capítulo 25 del Evangelio de San Mateo. Actualmente, la palabra "talento" significa en castellano un don sobre todo de inteligencia: se dice que tiene mucho talento quien tiene gran capacidad para algún tipo de actividad. En su origen, el talento significaba sólo una medida de peso; se medía la fortuna de una persona por los talentos de oro o de plata que poseía.

En esta parábola se cuenta que un hombre rico se vio en la necesidad de viajar y repartió entre sus criados los talentos que tenía para que los administrasen. A uno le dio cinco, a otro dos y a otro uno. "luego el que había recibido cinco talentos -se lee en San Mateo- fue, negoció con ellos y ganó otros cinco. Igualmente el que había recibido dos, ganó otros dos. Pero el que había recibido uno, fue, cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su amo". Cuando regresa el amo les pide cuentas. El que había ganado cinco recibió la felicitación del amo y lo mismo el que había ganado dos. En cambio, el que tenía uno recibe un fuerte reproche: "siervo malo y vago...al menos debías haber entregado mi dinero a los banqueros para que a mi vuelta lo recibiese con intereses" y lo echa de su presencia.

La parábola tiene un significado evidente. Cada hombre recibe con su vida un conjunto de talentos de fortuna, de posición, de posibilidades, de capacidades y tiene que negociar con ellos, porque se le va a pedir cuentas del rendimiento que les ha sacado. A los hombres fácilmente "se nos suben a la cabeza" los talentos que tenemos y nos pasamos la vida presumiendo de ellos. Unos se envanecen porque son inteligentes; otros porque su familia es poderosa o rica; algunos porque tienen habilidades para el deporte, para el canto o para los negocios; unos pocos porque les parece que tienen buena presencia. Y

así nos pasamos la vida luciendo los talentos y sin pensar demasiado en que nos han sido dados para darles fruto.

Dentro del marco de la vida, que hemos descrito antes, los talentos son como concentraciones de poder, que nos permiten intervenir con mayor protagonismo; tenemos más medios y más posibilidades para hacer lo que queramos. Esto es, evidentemente una ventaja, pero también una responsabilidad de la que daremos cuenta. Se nos preguntará qué hemos hecho con esos caudales.

El mayor talento que tenemos es, sin embargo, la vida misma: ese tiempo, que no es infinito, en que se despliega nuestro ser sobre la tierra, con todos los demás talentos de naturaleza y de fortuna.

En otras épocas los hombres tenían un margen de libertad mínimo, estaban muy condicionados por su nacimiento y también por su cultura -o por su incultura-. Un siervo de la gleba no tenía que plantearse qué hacer con su vida porque ya la tenía completamente resuelta: no era libre para disponer de casi nada. Hoy, por lo menos en países desarrollados, la mayor parte de los jóvenes puede decidir en qué va a gastar su tiempo y las energías de su vida. Esto es evidentemente un talento: tener en las manos una gran parte de la vida, es un valiosísimo talento. Nunca tantos hombres han podido disponer en tanta medida de sí mismos.

En estos países, se puede elegir la profesión, el trabajo, el lugar de residencia y la dedicación del tiempo libre. Hay multitud de posibilidades para educarse y para trabajar; también hay multitud de posibilidades para asociarse y contribuir al bien común, a la lucha contra el cáncer, al fomento del deporte, a la actividad política, a la ayuda social.

Hay que decidir en qué vamos a gastar fundamentalmente el tiempo de nuestra vida y sus energías. Y hay que hacer las elecciones en su momento porque el tiempo vuela. Son instantes de gran belleza los momentos en los que se compromete el futuro. No hay que tenerles miedo: si se deja pasar, el tiempo se come la vida, Cronos devora a sus hijos, como supo pintar genial y desgarradamente Goya. Es una pena vivir como eternos adolescentes, sin acabarse de

comprometer en ningún trabajo, en ninguna dedicación. La vida de un hombre maduro debe emplearse en algo que valga la pena.

Hay que escoger. Puede ser doloroso abandonar otras posibilidades, pero la única manera de realizar algo es escoger. Y a la hora de elegir, hay que plantearse bien las cosas, pero sin pretender situaciones ideales que no se dan: hay que informarse y escoger entre las posibilidades reales que se tienen de formación y de trabajo; teniendo en cuenta las propias inclinaciones, los gustos y las capacidades, que son también talentos y que, ordinariamente tienen un papel importante en la elección. Pero no hay que pensar en una solución ideal. Ordinariamente, no hay una solución única: hay que concretar en sucesivas etapas la dedicación profesional, escogiendo primero el modo de formarse y después el trabajo.

Hay que hacer poco caso de una literatura sentimentaloides que enseña que en cada hombre hay un genio, que está llamado a un destino sublime, y que sólo si realiza ese designio fantástico será feliz. Esta ingenuidad bien asumida puede hacer de cualquiera un perpetuo insatisfecho. Son muchos los que en su fuero ínterno creen que pueden ser uno de estos genios y esperan su oportunidad histórica para ser reconocidos. A éstos esa literatura no les hace ningún bien, porque les lleva a vivir en un mundo imposible. En el mundo real, la capacidad de absorber genios es muy limitada, y hay mucha competencia. Hay que ser realistas y orientar esas ansias de plenitud hacia ideales verdaderos: la entrega a los demás, la plenitud de los amores de una familia, el amor al trabajo, el trato con Dios. Allí es donde pueden encontrar satisfacción y no en veleidades más o menos ingenuas y más o menos egoístas.

El motor último de las grandes elecciones no puede ser el egoísmo. El horizonte de la moral es, como hemos dicho, amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos; tiene que estar presente, de un modo u otro, en cada elección, y más todavía en las más importantes. Esto no significa que haya que prescindir de gustos e inclinaciones. Lo que quiere decir es que hay que ser servir a los demás y servir a Dios precisamente con nuestras inclinaciones y con nuestros gustos: con la profesión, con el trabajo y con el empleo del



tiempo libre. El mismo criterio sirve para la utilización de todos los demás talentos: posición, prestigio, dinero, influencia.

Naturalmente esos sucesivos compromisos modifican bastante el marco de nuestra libertad y son fuente de nuevas obligaciones. No nos puede asustar porque la vida sirve para gastarla en algo que valga la pena. Si sabemos entregarnos a nuestros compromisos con amor, nos harán felices. Ese es el modo ordinario de realizarse el hombre.

Hay otras elecciones especiales que modifican también mucho el marco de nuestra libertad. En realidad sólo son elecciones en algún sentido: a veces los elegidos somos nosotros. Se trata de lo que Gabriel Marcel llama "encuentros": esos momentos de nuestra vida donde tropezamos con esa persona que será parte de nuestra vida. Son esos momentos donde prende la amistad o nace el amor.

Cada encuentro es una gracia, un gran don: algo inesperado, quizá fortuito en algún sentido; pero que nos resistimos a pensar que es sólo fruto de la casualidad. Intuimos que aquel "encuentro" que va a durar siempre, de algún modo ha tenido que ser preparado desde siempre. El encuentro puede ser con la persona que será nuestra esposa o nuestro esposo, con el que ha de ser nuestro amigo, o con Dios.

A Dios también se le puede encontrar en este mundo, y puede suceder que El quiera escogernos para que le sirvamos, para ocuparnos de sus asuntos en esta tierra. Dios también se hace presente en la vida de muchas personas como un encuentro: algo preparado desde siempre y que se abre también a la eternidad.

Esos encuentros gozosos, que dan luz y orientación a nuestra vida, originan también en ella enormes cambios. Crean vínculos muy fuertes que modifican substancialmente el marco de nuestra vida. No hay que tener miedo a esos compromisos que son los que dan sentido, carácter e intensidad a nuestra vida. En esos compromisos de entrega, que tienen su fundamento en el amor, es precisamente donde se realiza el hombre; en esas grandes donaciones es donde forja su plenitud. El hombre está hecho para amar y se despliega en el amor: nada hace más grande la vida humana; y nada la hace más feliz. Sin amor -sin encuentros- no hay felicidad posible.

## Heroísmo y belleza

Imaginemos que vivimos en un país donde reina un régimen opresor y tiránico, donde los derechos de los ciudadanos son despreciados, donde reina el terror. Un día nos tropezamos con un viejo amigo al que apreciamos mucho, pero del que no teníamos noticia. En medio de la alegría del encuentro, nos relata su historia reciente: en estos años ha sido perseguido y hecho prisionero; ha sufrido mucho en la cárcel y ha sido sometido a humillantes penalidades. Sólo ha podido liberarse de ese infierno cuando se ha decidido a colaborar y ha delatado a varios compañeros.

Seguramente, nos quedaríamos helados; habríamos seguido el relato con enorme simpatía hasta llegar a ese horrible final. Quizá podemos entender su situación; comprendemos que después de haber sufrido tanto y ante el temor de más dolores y quizá de una muerte espantosa, un hombre se rompa. Y lo entendemos mejor, porque quizá no sabríamos responder de nosotros mismos en una situación semejante. Pero causa una pena inmensa que una persona a la que amamos haya hecho algo tan horrible como delatar a sus compañeros.

¡Cuánto mejor que hubiera resistido! Si hubiera aguantado, lo amaríamos todavía más: sería para nosotros un héroe: un modelo que admirar, un ejemplo que imitar; y honraríamos siempre su memoria y hablaríamos de él con inmenso respeto. En cambio, porque ha cedido, es sólo un ejemplo de la debilidad humana, que podemos apreciar y amar, pero al que tenemos que perdonarle esa bajeza.

Hay circunstancias en la vida donde la dignidad humana puede exigir grandes sacrificios. A veces, el deber nos lleva a afrontar el dolor y la muerte antes que ceder a lo que es indigno de un hombre. Esto indica con claridad que los bienes primarios -como es la vida misma- no son lo más importante en la escala de valores.

Es verdad que cada uno de nosotros carece de autoridad moral para exigir de otro un comportamiento heroico. Quizá no le podemos pedir que sacrifique sus bienes para salvar los nuestros. Especialmente, si

tenemos presente la propia debilidad, no nos sentiremos capaces de reprochar a nadie que haya cedido en circunstancias difíciles.

En cambio, la dignidad del hombre exige no ceder en esas circunstancias. Cada uno de nosotros está obligado, no porque otros se lo pidan o se lo reprochen, sino porque se lo piden las cosas mismas, se lo pide, sobre todo, su propia dignidad de hombre. No podemos exigir a nadie en nombre propio un comportamiento heroico, pero por el bien de toda la humanidad, por la dignidad del hombre sería mejor que fuera capaz de él. Y si nos tocara participar en una situación así, tendríamos que recordárnoslo o recordárselo a otros, por nuestro bien y por el de toda la humanidad. Su fracaso es el fracaso de todos. Sería una desgracia haber nacido hombres si no hubiera hombres capaces de vivir y morir con dignidad.

¿Se puede pedir a un soldado que defienda con la vida una posición estratégica? ¿Y a un bombero que arriesgue su piel por salvar a un niño? ¿Y a un capitán que abandone el último el barco que naufraga? ¿Se puede pedir a un médico que atienda a un infeccioso? ¿a un piloto de aviación que ceda su paracaídas al último pasajero? ¿a un policía que se ponga en peligro por liberar a un secuestrado? ¿Se puede pedir a una madre que se juegue la vida al dar a luz a un hijo?

En todos estos ejemplos hay por medio algún deber que se ha asumido libremente o por naturaleza y que, en un momento dado, puede exigir sacrificios supremos. Probablemente nadie lo puede exigir a título personal. Lo exigen las cosas en sí. Lo exige la dignidad del hombre. Podemos entender y disculpar la cobardía de los que no son capaces (basta conocer un poco la propia para ser generoso con los demás). Pero, por el bien de la humanidad, sería mejor que fueran - o que fuéramos- capaces. Y por el bien de la humanidad hay que desear ser capaces si nos toca una circunstancia parecida. Está en juego la dignidad del hombre, de todos los hombres, de toda la raza humana. Está en juego el ver si somos o no como las ratas, si nuestra moral es esa o no.

La historia de todas las culturas está llena de ejemplos de hombres que han sabido sacrificar lo personal ante deberes que consideraban más altos: por el bien de su patria, por el amor de sus padres, de su

cónyuge o de sus hijos, por la amistad. El hecho de que sean tan celebrados indica que tienen algo de extraordinario, que quizá, lo "normal" estadísticamente habría sido ceder. Pero porque no han cedido son el orgullo de cada cultura: muestran lo que valen sus hombres y son ejemplos perennes de calidad humana.

Todos esos gestos tienen en común que son bellos. Son hechos admirables que despiertan el deseo de imitarlos. Y son bellos precisamente porque ponen de manifiesto la dignidad del hombre. Dulce et decorum est pro patri mori: es dulce y noble morir por la patria repetían los viejos romanos, anamorados de la belleza de ese gesto. Esos gestos ejemplares han servido en todas las culturas antiguas como pautas para la educación de la juventud. Se les mostraba su belleza y se les encendía en deseos de imitar los ejemplos.

Pero no hace falta irse tan lejos. Frossard cuenta que una amiga judía de su juventud fue llevada a Auschwitz; y se le presentó la oportunidad de huir, pero no quiso. Su padre estaba con ella y era sordo; temía que, si le abandonaba, no oyera las advertencias y no pudiera evitar los golpes que allí se prodigaban. Gracias al Cielo no faltan en las peores circunstancias hombres y mujeres que son capaces de mostrar cuál es la dignidad del hombre, aún a pesar de sus miserias. "Los que estuvimos en campos de concentración -cuenta Viktor Frankl- recordamos a los hombres que iban de barracón en barracón consolando a los demás y dándoles el último trozo de pan que les quedaba. Puede que fueran pocos en número, pero ofrecían pruebas suficientes de que al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: la última de las libertades humanas" (El hombre en busca de sentido 1986, 69).

En el contexto de una sociedad de consumo, puede parecer ingenuo este modo de proceder: el sacrificar los bienes inmediatos. Pero vale la pena detenerse un momento a considerarlo: La alternativa es educar a los jóvenes para que cada uno busque su propio provecho; entendiendo este provecho de un modo rastroso, porque no puede haber mayor provecho para un hombre que ser capaz de sacrificarse por un ideal. Es despreciar al hombre suponer que necesariamente ha de optar siempre por una solución egoísta. Es despreciar al hombre

hacerle vivir con una moral donde se supone que el beneficio personal está por encima de todo. Incluso en las situaciones más duras es penoso.

El hombre es el único ser que es capaz de anteponer el sentido del deber a la llamada del instinto. Los demás seres sólo se guían por la voz de los bienes. Por eso, porque es lo propio del hombre, siempre resulta bello ver que un hombre antepone sus deberes a sus gustos. Siempre despierta simpatía y admiración el hombre que es capaz de sacrificar intereses egoístas y personales por el sentido del deber. Demuestra cuál es la dignidad del hombre y con eso nos hace mejores a todos .

La moral humana no puede ser como la de las ratas, porque no somos ratas. Es comprensible que las ratas luchen por la supervivencia, como se lo pide su instinto y que cada una busque con egoísmo lo suyo. El hombre, que no se guía por el instinto, es comprensible también -y deseable- que sea capaz de sacrificarse por lo que vale más que la vida. Precisamente, porque, a diferencia de las ratas, es capaz de advertir que hay bienes más valiosos que la vida.

Pero esto no se realiza sólo en circunstancias extraordinarias. De algún modo se presenta en la vida de todo hombre. A cada paso se nos presenta a todos el dilema de oír la voz de los deberes. A cada paso debemos optar si sacrificamos nuestros gustos -nuestras aficiones, nuestra pereza- en aras del deber o no. Lo propio de la madurez humana es ser capaz: poner antes el deber que la satisfacción de los gustos: ser capaz de aplazar las satisfacciones.

Hay una escuela prevista por la naturaleza donde cualquier hombre aprende este comportamiento heroico, sin casi advertirlo: son precisamente los compromisos del amor. El amor es una gran fuerza con la que muchos hombres y mujeres que nunca se han planteado el tema en abstracto, saben vivir día a día el heroísmo de sacrificar el egoísmo de lo propio. Muchas personalidades humanas llegan a su plenitud porque han sabido darse repetidamente ante las exigencias diarias y concretas de sus amores. El amor que se tiene a los padres, a los hijos, al esposo o a la esposa, y a los amigos, a la patria, suele el

gran educador de los hombres. El verdadero amor mata el egoísmo porque lleva siempre a darse, y ennoblece al hombre.

Cuando el amor es verdadero, el sacrificio no duele, el deber no se rehuye; el amor hace que lo que es un deber se quiera como un bien propio y que se esté dispuesto a sacrificar todos los demás bienes por éste que se siente es el mayor de todos. Donde la moral se acerca a su plenitud, siempre se confunden bien y deber.

## SEGUNDA PARTE. RESPETO

En los cinco capítulos de la segunda parte se tratan separadamente los grandes campos del comportamiento humano; es decir las diversas relaciones: con la naturaleza y los bienes materiales (6); con las personas que nos rodean (7); la moral sexual (8); la relación con la sociedad (9); y la relación con Dios (10).

Se llama «respeto» porque, como muy bien supo mostrar Dietrich von Hildebrand, la actitud fundamental de la moral es el respeto a las realidades que nos rodean. Para vivir con la dignidad que le corresponde a un ser humano debemos conocer la verdad de lo que nos rodea (parte 1 de este libro) y vivir de acuerdo con ella (parte 11), respetando lo que es la naturaleza, nuestros semejantes, la sexualidad, la sociedad y Dios.

í&""

### 6. ADMINISTRADOR, PERO NO DUEÑO

#### Consumir o respetar la naturaleza

Según la doctrina cristiana el hombre ha sido puesto por Dios al frente de la creación para que la cuide y se sirva de ella para sus necesidades. Así lo podemos leer en el primer libro de la Biblia, el Génesis, donde se narra, en un lenguaje lleno de simbolismos y figuras, la creación del mundo y del hombre. Este principio fundamenta la relación del hombre con las cosas: Debe cuidarlas y puede servirse de ellas: no solo servirse de las cosas, sino también cuidarlas. Las cosas son de Dios y, por eso, el hombre es solo administrador y dará cuenta de lo que se le ha encomendado.

En otras épocas, especialmente en la inmediatamente anterior a la nuestra, durante la revolución industrial, muchos han tratado la naturaleza como si pudieran explotarla indefinidamente, como si no se gastara, o como si no se estropeará. Esta mentalidad, que todavía abunda de hecho, aunque no tenga tantas manifestaciones externas, tiende a considerar la naturaleza como *res nullius*, es decir como «propiedad de nadie»: y se relaciona con las cosas con una avidez sin medida; como se relaciona un niño con una tarta de chocolate. Entran «a saco» en la naturaleza -la saquean-, ante cualquier oportunidad, movidos por el deseo de sacarle provecho, sin tener en cuenta el daño que causan. Esta mentalidad resulta especialmente inmoral en nuestra época por dos razones. La primera porque los medios para explotar y transformar la naturaleza son más poderosos que en ninguna otra; por eso, los daños son también mucho más graves. La segunda, porque tenemos una idea más exacta que en el pasado sobre la situación del mundo; sabemos, por ejemplo, que muchos recursos que utilizamos son limitados, que una parte es regenerable y que otra no; por eso, podemos deducir que algunos daños que se causan a la naturaleza son prácticamente irreparables. Esto origina una valoración moral en cierto modo nueva de las relaciones del hombre con la naturaleza. Ya no es posible mantener esa mentalidad depredadora, de *res nullius*.

Decir que el hombre es lo más digno de la creación no significa que las cosas carezcan de dignidad. Las cosas tienen una dignidad; menor que las personas pero la tienen. Y estamos obligados a respetarla. Como hemos visto, el respeto a la dignidad de cada cosa es el fundamento de la moral. El principio que rige las relaciones con la naturaleza es el mismo que rige en toda la moral.

Precisamente porque tenemos inteligencia, podemos percibir la dignidad de las cosas que nos rodean y, por lo tanto, percibir también la obligación de respetarlas. Nuestra relación con las cosas no puede ser la misma que tienen los animales, que solo se relacionan con el mundo buscando los medios para su supervivencia. Podemos y debemos servirnos de la naturaleza para satisfacer nuestras necesidades, pero respetándola inteligentemente, tratándola bien, como cuidamos la propia casa o el propio habitat. Es absurdo y, en esa misma medida inmoral, que destruyamos la naturaleza que Dios

nos ha confiado para cuidarla, y que es nuestro habitat natural, nuestro lugar en el universo.

¿En qué consiste respetar la naturaleza? La pregunta tiene tales dimensiones que no es fácil contestar. En primer lugar, hay que evitar destruirla. Es inmoral, por ejemplo, un uso indiscriminado de los recursos naturales que los agote; en ese sentido, como muy bien ha puesto de manifiesto Schumacher, hay mucho que estudiar y que decir sobre los recursos de la tierra que no son regenerables (por ejemplo, los combustibles fósiles, pero también los ecosistemas donde viven muchos seres que no pueden subsistir en otra parte, etc.). Es inmoral desperdiciar sin sentido los recursos naturales escasos. Es inmoral el despilfarro de los recursos cuando, con un poco de cuidado o de esfuerzo, se podría pasar con menos. Es inmoral destruir, por el solo placer de destruir, cualquier cosa de la naturaleza. Son inmorales todos los descuidos y negligencias que tienen como consecuencia daños en la naturaleza. Y sería una inmoralidad grave causar un daño grave.

Por otra parte, precisamente porque la naturaleza está a su cargo, el hombre debe tratar de paliar los efectos autodestructivos que se manifiestan en la misma naturaleza. El hombre no es el único depredador, ni el único que causa daños en la naturaleza. En la naturaleza se producen también daños que surgen espontáneamente. En la medida en que puede advertirlos y evitarlos, tiene obligación de intervenir, porque la naturaleza le ha sido encomendada para que la cuide. Así tiene que procurar salvar las especies que se extinguen (aunque sea por causas naturales); limitar en lo posible los daños de las catástrofes naturales (terremotos, incendios, erupciones volcánicas, inundaciones, plagas, etc.), el hombre está obligado a cuidar de la naturaleza, porque la naturaleza es su casa.

Pero hay una cuestión de fondo que va más allá de todas las consideraciones utilitarias. La naturaleza tiene en su conjunto una dignidad peculiar que consiste en ser reflejo de Dios mismo. La belleza de la naturaleza es un reflejo de la bondad divina. Un reflejo que es necesario respetar, proteger y conservar.



La intervención del hombre en la naturaleza deja inevitablemente una huella de desorden, y cuando interviene sin cuidado, esa huella es enorme. Es sencillamente lo que llamamos basura.

La actividad humana genera basura necesariamente. Pero cuando esa actividad es descuidada e irrespetuosa, lo produce en una medida desproporcionada y destructiva.

La basura es la naturaleza usada, que ha perdido su dignidad. En un sentido amplio, basura no es solo el material que se encierra en unos sacos y cada noche recoge el servicio de limpieza; basura es también una cantera abandonada, un movimiento de tierras sin acabar, el escombros que producen las obras de una autopista y que quedan en sus márgenes, etc. Basura es toda huella del descuido humano en la naturaleza. Toda esa fealdad provocada por el descuido es una falta de respeto, un insulto a la creación. Rompe la belleza y la armonía que la naturaleza tiene, a veces quizá para siempre.

Las obras humanas están llamadas a añadir belleza a la creación pero no a quitársela. Hay una belleza que es fruto de la inteligencia humana y que se expresa en todas las bellas artes y en todas las técnicas. Hay belleza -o puede haberla- en los paisajes urbanos y en la ordenación productiva de los campos; en las minas, en las canteras y en las autopistas. La inteligencia es capaz de generar orden y belleza.

Pero necesita sentido de la proporción, porque nuestra actividad productiva solo es capaz de generar orden, generando a la vez desorden: para construir un edificio bello se necesita remover toneladas y toneladas de materiales: no solo para hacer los cimientos, sino también para preparar cada uno de sus elementos. Para hacer un coche, por ejemplo, se necesita tratar industrialmente, en minas y fábricas, toneladas de materiales: se extrae el hierro, el carbón y otros múltiples elementos, se manipulan, se combinan; se utilizan toneladas de agua; se preparan muchos nuevos materiales sintéticos; y, en cada paso, se generan multitud de desechos industriales. Un solo coche representa una importante manipulación de la naturaleza. Y lo mismo sucede con cada uno de los objetos que usamos, también con los edificios, con las autopistas, etc. Por eso, es necesario un sentido de la proporción.

En el momento actual, el consumismo que existe en los países industrializados representa una amenaza sin precedentes para la naturaleza. Nunca se habían producido tantos bienes. Nunca se habían vendido tantas cosas. Y nunca había existido como ahora tantos problemas de excedentes. En muy pocos años, en los países más industrializados, hemos pasado de tener lo mínimo a tener demasiado. Pero lo peor es que las cosas se consumen, es decir se gastan en una proporción también nueva. Muchas veces se usan y, en cuanto se tiene la oportunidad de cambiarlas por otra mejor, se tiran. Esto multiplica el número de bienes que es necesario producir y la manipulación de la naturaleza.

El problema es de tales proporciones que desborda la capacidad de cualquier persona particular y solo se puede abordar adecuadamente mediante acuerdos internacionales que sean capaces de crear la normativa legal que la nueva situación del mundo necesita.

A nivel particular, la aportación que cada uno puede hacer es la de preferir un estilo de vida sobrio; no desear tener otras cosas superfluas o innecesarias, procurar que las que usamos duren lo más posible; preferir reparar las cosas viejas antes que cambiarlas; y disminuir todo lo posible la producción de desechos.

Es asombrosa la capacidad que tenemos los humanos de producir basura: en cualquier país industrializado, cada ciudadano genera diariamente varios kilos: esto da lugar a cifras fantásticas si se tiene presente el número de días del año, el número de años de vida, el número de ciudadanos de cada ciudad, el número de ciudades... Y es un problema completamente nuevo. En las culturas menos desarrolladas, y en las nuestras hace tan solo unos decenios, se aprovechaba todo; no se tiraba nada: ni papel, ni envoltorios, ni cajas. En una cultura, en cambio, de abundancia y de excedentes de producción, la basura acaba siendo un problema obsesivo y delata una verdad muy simple: que el consumo de la naturaleza es excesivo.

Tomar conciencia de los problemas de la ecología lleva necesariamente a la conclusión moral de que hay que huir del consumismo y preferir un estilo de vida sobrio. Lo exige la naturaleza. Antes no lo sabíamos, pero hoy lo sabemos.

### Nuestra relación con las cosas

La cuestión de la belleza nos sitúa en un plano importante para entender cuál debe ser la relación del hombre con las cosas. Hay una relación equivocada que se puede expresar bien en la imagen que hemos utilizado antes: el hombre ante las cosas como el niño ante la tarta, comiéndosela con los ojos antes que con la boca. Es la expresión de la voracidad humana, del deseo irracional de poseer; irracional porque va más allá de lo lógico y de lo conveniente, porque carece de medida, como la voracidad del niño ante la tarta.

La voracidad no respeta el ser de las cosas: se lo traga. Es exactamente la tendencia opuesta a la mentalidad contemplativa, que consiste en disfrutar de la belleza poniéndose ante las cosas, guardando una distancia, sin ánimo de comérsela o de apoderarse de ellas. Hay quien solo disfruta de un árbol, de una casa, o de un mueble, cuando son suyos y en la medida en que son suyos. Hay, en cambio, quien disfruta de un árbol, de una casa o de un mueble porque aprecia su belleza y su gracia, sin considerar si son o no de su propiedad. En el primer caso, no se aprecia realmente a las cosas sino a uno mismo como dueño de ellas; en el segundo, en cambio, se reconoce la dignidad de las cosas.

Necesitamos cosas; necesitamos utilizarlas para vivir; y necesitamos almacenarlas para garantizar el futuro; además, nos gusta rodearnos de cosas amables y cómodas para componer nuestro habitat, el lugar de nuestro descanso. Un mínimo buen gusto a nuestro alrededor, eleva nuestro espíritu y nos ayuda a vivir como hombres. Pero caben diversas relaciones con las cosas que poseemos. Hay un modo de poseer que desprecia las cosas, hay otro modo de poseer que aprecia las cosas y, finalmente, hay un modo de poseer que, en realidad, consiste en ser poseído por las cosas. Veámoslo.

1) Por el mero hecho de existir cualquier objeto tiene su dignidad y merece respeto. Hay un modo de poseer que no respeta la dignidad de las cosas. Es ese modo de poseer que no sabe distinguir, por así decir, la personalidad de las cosas, o, para ser más exactos, su individualidad. Le da lo mismo que sea un coche que otro con tal de que sea un coche; un reloj que otro, un bolígrafo que otro; y así le

sucede con todo: con las casas, con los árboles, con las carreteras, etc. Trata los objetos como si todos fueran hechos en serie. No se preocupa por las cosas, no sabe lo que les pasa, y no le importa lo más mínimo si se estropean porque las puede sustituir por otras semejantes que hacen el mismo papel. Esa mentalidad trae como consecuencia el descuido y el despilfarro; las cosas no se cuidan, no se protegen, no se reparan a tiempo; se maltratan, se estropean y pierden su dignidad y su utilidad: se convierten en basura. Hay personas que, por negligencia, viven rodeados de cosas maltratadas, sucias, estropeadas y feas. Continuamente generan basura. De forma que su marco externo viene a ser como un reflejo de su estado interior.

Y esto puede suceder a ricos y a pobres. Ciertamente, hay situaciones de miseria que se salen del marco de lo humano y donde hablar de orden, limpieza y belleza puede resultar irreal y grotesco. Pero en cuanto se superan unos mínimos muy bajos, por lo menos es posible el orden y la limpieza, y, con un poco más, incluso el buen gusto; precisamente porque el hombre es un ser inteligente.

Cuando se goza de un cierto nivel de vida, la negligencia se puede encubrir en parte con el despilfarro: se cambian pronto las cosas que se han estropeado porque no se han sabido cuidar. Incluso existe -y hoy está muy extendida- una mentalidad consumista, que cambia las cosas sin llegar a aprovecharlas ni estropearlas, simplemente por el afán de usar cosas nuevas.

Se trata de una mentalidad frívola, además de inmoral. Se deja deslumbrar por lo nuevo, sin llegar a apreciarlo realmente; viendo siempre en la perspectiva de lo último, que parece mejor que todo lo anterior. Conduce a que las sociedades consuman mucho más de lo que sería necesario, a que exploten de una manera irracional los recursos naturales, y a que multipliquen la basura. Y son, al mismo tiempo, un símbolo de insolidaridad, por el contraste insultante de ese consumismo desbordante con la escasez de otras sociedades, donde muchos hombres viven en la miseria, desprovistos hasta de los bienes más elementales.

2) ¿En qué consiste respetar las cosas? Primero en darse cuenta de su dignidad. Para respetar las cosas se requiere cierta distancia y

perspectiva: hay que poderlas contemplar: superar una mirada puramente utilitaria y descubrir que son cosas, antes que instrumentos. En esta observación, que es obvia, se encierra toda una filosofía. Es lo más contrario a la deshumanización de las cosas en serie, sin respeto ninguno.

Respetar las cosas quiere decir, antes que nada, tratarlas de acuerdo con lo que son: respetar su modo de ser; y, en el caso de los instrumentos, de las cosas creadas por el hombre para su ser-vicio (objetos, herramientas, etc.), utilizarlas para lo que sirven. Respetar las cosas es también cuidar las que se usan: procurar que estén en buen estado y con una apariencia digna: la casa, las herramientas, los coches, los muebles, la ropa, etcétera. Y cuando una cosa se estropea, repararla pronto. Así se conservan dignamente. Además, se evita el despilfarro, se aprovechan los recursos, se limita la producción de desechos, etc.

De muy antiguo viene en Europa el dicho de que tirar el pan a la basura es pecado. Quizá no sea pecado, pero puede ser un gesto de falta de sensibilidad tirarlo, sobre todo cuando es sabido que, permanentemente, hay lugares en el mundo donde se padece un hambre que mata. El pan tiene su dignidad. El hecho de que las sociedades desarrolladas sean capaces de fabricarlo en cantidades industriales, y el que sea muy barato, no se la quita: no debe ir a la basura. Y lo mismo se podría decir de tantas otras cosas.

3) Hay, por último, un modo de poseer las cosas -decíamos- que es más bien un ser poseído. Esto es la avaricia: el afán desordenado de tener por tener, sin que se sepa para qué. Cuando no se conserva la distancia, cuando desaparece el espíritu de contemplación y solo priva el de poseer, resulta que el hombre deja de ser realmente poseedor de las cosas y las cosas pasan a dominarle. Es la actitud del que no puede contemplar las cosas, sino que le vence el deseo de quedárselas; así vive arrastrado por las cosas, persiguiéndolas.

Evidentemente, hay un deseo de bienes que es ordenado, porque necesitamos bienes para vivir: nos hace falta alimento, vivienda y tantas cosas útiles o amables que pueden hacer grata la vida. Pero hay un deseo desordenado. Y este empieza cuando el afán de poseer pierde

su sentido: cuando se desean cosas que no se van a utilizar: cuando se desean más cosas de las que se pueden disfrutar, cuando se desean tantas cosas que para disfrutarlas habría que dedicarles la vida entera y aún no bastaría. Hay desorden cuando se quieren las cosas porque son bienes, pero no se llegan a disfrutar como bienes, sino que simplemente se acumulan; cuando no se saborean, sino que solo se poseen; cuando se deja llevar uno por la picadura del deseo sin llegar al gozo de la satisfacción. Hay desorden, por último, cuando la preocupación por tener y aumentar el número de cosas es tan grande, que no deja energías para ocuparse de los bienes superiores.

Para vivir bien, se requiere decisión y entrenamiento. Hay que decidirse y hay que acostumbrarse a poner límite al deseo de ganar, al capricho de comprar, al amor de poseer, al afán de aparentar, al estímulo de la envidia. Conviene proponerse un estilo de vida sobrio que contenga las fuerzas centrífugas de la voracidad.

#### El amor al dinero

Poseer puede llegar a ser una pasión avasalladora. Es una de las inclinaciones que más enloquecen. Se refuerza con el deseo de seguridad, de poder y de presumir, que proporciona el tener mucho.

La tendencia desordenada a poseer suele manifestarse en el amor al dinero. El dinero no es propiamente un bien, sino un medio convencional de cambio que permite obtener bienes reales. Por eso, el dinero da lugar a una forma de avaricia peculiar, que no se centra en bienes, sino en el medio que parece proporcionarlos todos. Aparte de que no es cierto que pueda proporcionar todos los bienes, especialmente los más importantes, su deseo da lugar con más facilidad al desorden. En este sentido, en el amor al dinero se manifiesta en su esencia más pura la avaricia: el deseo de poseer, sin contenido real, sin bienes concretos que se amen: es como amar el poseer en abstracto.

Parece obvio que el dinero es importante y que hay que esforzarse por conseguirlo; en nuestra sociedad, sin dinero no se puede vivir. Esto es verdad, evidentemente, pero hay que tener cuidado con las generalizaciones. Admitamos que no se puede vivir sin dinero, por lo menos en una sociedad civilizada. Pero a continuación hay que

preguntarse cuánto dinero es necesario para vivir y, también qué otras cosas, además de ganar dinero, importan en esta vida. Sería un círculo vicioso vivir para ganar dinero y ganar dinero solo para vivir.

El dinero, desde luego, no es lo primero. Sería absurdo dedicarle la vida, sabiendo que la vida misma es un bien limitado. El dinero es un instrumento. Hay que saber para qué se quiere; hay que saber cuánto se necesita; hay que saber lo que cuesta. Con esos datos podemos poner límites a la avaricia y dejar espacio y energías libres para dedicarse a los demás bienes importantes de esta vida: la cultura, la religión, las relaciones humanas, la amistad, etc.

Los hombres sensatos pero pegados al suelo, acaban cometiendo el tremendo error de pensar que dedicarse a ganar dinero es lo único serio que se puede hacer en la vida. Es curioso, pero a medida que maduran, toma fuerza en su espíritu esa convicción. Es como si las demás cosas de la vida, de las que se esperaba mucho en otros momentos (la amistad, el amor, los viajes, las aficiones, etc.) se fueran difuminando con el tiempo y solo el dinero se presentara como un valor sólido e inquebrantable. Muchos hombres que pueden considerarse verdaderamente sensatos y maduros porque son capaces de tomar decisiones ponderadas, de trabajar responsable y eficazmente, de organizar la vida de los demás, acaban cayendo, sin apenas darse cuenta, en esta tremenda insensatez: viven como si realmente el dinero fuera lo único importante y suponen loca y excéntrica cualquier otra visión de la vida.

Es una sensatez insensata: olvidan un dato fundamental que se ha repetido incansablemente a lo largo de la historia: los hombres nos morimos y el dinero no lo podemos llevar a la tumba; ni comprar con él nada que allí nos sirva. San Agustín nos lo recuerda: «Ni a nosotros ni a nuestros hijos nos hacen felices las riquezas terrenas, pues o las perdemos durante la vida, o después de morir, las poseerá quien no sabemos, o quizá acaben en manos de quien no queremos. Solo Dios nos hace felices, porque Él es la verdadera riqueza del alma» (De Civitate Dei, V, 18, 1).

Con dinero se pueden adquirir muchos bienes materiales, se pueden pagar muchos servicios; da garantías y seguridad de cara al

futuro; prestigio, poder y consideración social. Son muchos los bienes que proporciona; pero no todos y ni siquiera los más importantes. El dinero -como es evidente- solo proporciona los bienes que se pueden comprar: cosas y servicios. El dinero no proporciona la paz del alma, ni el saber disfrutar de la belleza, ni la fuerza de la amistad, ni el calor del amor, ni las pequeñas delicias de una vida familiar, ni el saber saborear las circunstancias sencillas y bonitas de cada día, ni el encuentro con Dios. No proporciona inteligencia ni conocimientos. No proporciona ni honra-dez, ni paz; no hace al hombre virtuoso, ni buen padre de familia, ni buen gobernante, ni buen cristiano.

No es que haya que contraponer el dinero a los bienes más importantes; no es que el dinero sea lo contrario; simplemente, son cosas distintas y no se mezclan como no se mezclan el aceite y el agua. Se puede tener amor, amistad, honestidad y cualquier otro bien con o sin dinero: no es ni más fácil ni más difícil. En principio, no influye; salvo en casos extremos: salvo que no haya nada o que haya demasiado.

Sin un mínimo de bienes materiales no suelen ser posibles los espirituales. Es muy difícil pensar en otros bienes cuando no se tiene qué comer o no se puede dar de comer a los que dependen de uno; cuando se vive desastradamente en medio de la suciedad y la miseria; cuando no están garantizados los mínimos de supervivencia. Sin una base material, es prácticamente imposible llevar una vida humana digna, educar a los más jóvenes y controlar mínimamente el propio estilo de vida. La miseria material suele ir acompañada, generalmente, de otras miserias humanas: suciedad, desarraigo, marginación, irresponsabilidad, degeneración de las estructuras personales, familiares y sociales, corrupción, etcétera.

Influye también el exceso, no el exceso de dinero -la cantidad aquí no es un criterio moral- sino el exceso de afición. Cuando la afición al dinero acapara, sustituye e impide el amor que el hombre tendría que poner en Dios o en los demás; cuando absorbe las aspiraciones y las capacidades sin dejar respiro para otras cosas; cuando se convierte en el centro de la propia existencia. Lo malo no es el dinero, sino el desorden con que se ama.



El amor al dinero tiene que ocupar su sitio en la escala de los amores. Como no es el bien más importante no puede ocupar el primer lugar. Es un desorden dedicar tanto tiempo a ganar dinero que no quede tiempo para los demás bienes: que no quede tiempo para la amistad, la familia, el descanso, la relación con Dios o la cultura.

Es un desorden poner al dinero por encima de otros bienes más altos (que lo son casi todos). Y esto puede suceder sin apenas advertirlo, porque la lógica del dinero va acompañada frecuentemente de esa sensatez equivocada y loca, que hace que parezca razonable lo que, en realidad, es un gran error. Es un desorden, por ejemplo, trabajar mucho para proporcionar bienes a los hijos, sin pensar que la compañía del padre o de la madre es uno de los bienes que más necesitan.

Otro ejemplo cotidiano: muchas, muchísimas familias han quedado destrozadas por el simple hecho de tener que repartir una herencia. Padres, hijos, hermanos, matrimonios llegan a separarse y odiarse porque se han peleado por unas acciones, por unas tierras, por una casa... hasta por un mueble. Y esto sucede todos los días y ha sucedido desde la noche de los tiempos. ¿Cuánto vale el amor de un hermano, de un hijo, de un marido...? ¿No vale más que un pedazo de materia? ¿No hubiera sido mejor ceder?

Tener mucho dinero no es ni bueno ni malo moralmente hablando; tiene ventajas e inconvenientes. Los inconvenientes son claros: más capacidad para adquirir bienes es también más capacidad para despistarse, para entretenerse, para perder de vista lo fundamental porque absorbe demasiado lo accesorio.

Es también más fácil corromperse: porque la corrupción está más a mano y se ofrece muchas veces por dinero. Es fácil caer en la tontería humana: dejarse llevar por la vanidad, sentir el placer de provocar en los demás la envidia, haciendo ostentación de lo que se posee; es fácil dejarse llevar por el capricho; es fácil concederse todos los gustos y no ponerse el freno que otros se ponen por necesidad, en el comer, en el beber... Si hay mucho amor al dinero, es fácil dejarse comprar, ser sobornados, corrompidos; dejarse llevar por el espíritu de lujo y el capricho de gastar, caer en la frivolidad, etc.

Son inconvenientes claros. No es fácil ser honesto y rico. Cristo lo advirtió con toda claridad cuando dijo que es más difícil que se salve un rico, que pase un camello por el ojo de una aguja. Dicho así, podría parecer que es sencillamente imposible (desde luego no parece posible que pase un camello por el ojo de una aguja, por más que se han querido buscar interpretaciones fáciles de este duro texto). El Señor lo afirma a continuación: «Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para Dios todo es posible». Lo que permite concluir, de momento, que para ser rico y buen cristiano, hay que pedir mucha ayuda a Dios.

Los inconvenientes de ser rico están hoy muy extendidos. En las sociedades industrializadas, se han introducido modos de vida que antes estaban reservados a unos pocos privilegiados. La vanidad, el capricho, el lujo, la frivolidad y la corrupción están al alcance de casi todas las fortunas.

Para muchos existe el peligro efectivo de dedicar su vida entera a poseer los bienes menos importantes; corren el grave riesgo de que su inteligencia esté permanentemente ocupada en planear lo que podrían tener y que, en su corazón, no quede espacio ni tiempo para otras cosas que las que se pueden ver y tocar. Es decir, corren el grave riesgo de que no les quede ni tiempo ni fuerzas para lo más importante.

Ser rico tiene también ventajas. Esto es evidente si nos fijamos en los bienes elementales: tener dinero permite cubrir sin apuros las necesidades primarias. Pero esta es la menos importante de todas las ventajas. Las más importantes se refieren al uso de la libertad. Estas son las ventajas importantes desde un punto de vista moral.

Ser rico significa tener muchos medios y por lo tanto mucha libertad para obrar bien. Es un talento y, por tanto, una responsabilidad. Solo los que tienen muchos medios pueden emprender grandes obras. El valor moral de la riqueza -y de quien la tiene- depende del fin al que la destina, porque el dinero solo es un medio. La clave de la riqueza es el servicio que presta.

Precisamente por el atractivo que el dinero tiene y por los inconvenientes que puede llevar consigo poseer mucho, se requiere

una actitud personal con respecto a él. Hay que tener un estilo de vida frente al dinero, para emplearlo bien y para no ser engañados por él. La moral invita a ponerlo en el adecuado orden de amores. No amarlo por sí mismo, sino como un instrumento; no buscarlo en detrimento de otros bienes que son mejores; y utilizarlo para procurarse y procurar a otros esos bienes mejores.

#### La mentalidad economicista

Los mismos criterios morales que hemos visto en relación al dinero, a nivel de personas individuales, sirven para el conjunto de la vida social. También allí el dinero no es lo más importante, aunque tenga su importancia. La vida de las sociedades no debe identificarse con la economía por más que esa tendencia es muy fuerte y se piensa que los Estados deben ocuparse casi exclusivamente del bienestar de sus súbditos, entendiendo este en un sentido llanamente materialista.

La economía es solo la ciencia de aprovechar los recursos y bienes materiales. Pero hay muchos más bienes que también es necesario aprovechar y difundir: los espacios inmensos de las relaciones humanas, familiares, de amistad, sociales, de convivencia; los ámbitos, también enormes, de la religión, la sabiduría, las ciencias, la cultura, las artes, la información, la técnica y la educación; etc.

Y, aun dentro de la vida económica, no se puede funcionar como si el dinero fuera el primer bien, por la sencilla razón de que es inseparable de los demás aspectos de la vida social. La economía influye en todo: en la vivienda, en el descanso, en las costumbres, en la cultura, en el gobierno. La vida económica la hacen hombres que necesitan de otros bienes además de los que la economía maneja.

A veces, resulta difícil tenerlo presente. La economía moderna se ha convertido en una disciplina sumamente abstracta y con un instrumento matemático muy desarrollado. El aparato matemático, por su propia naturaleza, tiende a disfrazar la realidad, porque solo puede tener en cuenta las cantidades medibles. Así, debajo de montones de cifras agrupadas en estadísticas, índices, variables, etc. se puede perder de vista que hay personas, relaciones humanas, necesidades culturales, religiosas, artísticas, etc. que no pueden

encontrar expresión matemática y que, por tanto, no aparecen, ni son tomadas en consideración.

Por otra parte, los modelos matemáticos tratan la vida económica como un enorme mecanismo, lleno de automatismos, y pueden hacer olvidar que debajo de los movimientos económicos hay decisiones morales; es decir, hay decisiones de personas libres, que afectan a otras personas. La complejidad de la vida económica dificulta que las decisiones económicas sean realmente morales, porque dificulta ver los bienes no económicos que están en juego y la repercusión real -no meramente económica- de esas decisiones.

De hecho, la economía liberal se asienta en dos grandes pilares que dificultan esa transparencia. Se trata de dos principios que se han difundido e impuesto en nuestra sociedad en una época histórica. No son principios necesarios: son convenciones legales, que han demostrado una eficacia grande para el desarrollo de la vida económica; por eso se han impuesto. Pero tienen sus defectos; conviene conocerlos porque conviene corregir sus efectos negativos sobre la vida social.

Uno de los principios es que el mercado debe funcionar por la ley de la oferta y la demanda. Y en ese mercado y con esa ley, concurren todos los elementos de la vida económica: es decir, las materias primas, la maquinaria, los productos manufacturados, transportes, servicios... y también -y aquí está lo delicado del asunto- la mano de obra, el factor humano. Claro es que la mano de obra no es una mercancía como las demás, pero el sistema económico lo trata como si lo fuera. Entre las cifras es solo un coste de producción, una mercancía que se ofrece y se paga en el mercado.

Por eso, en el ejercicio de la vida económica, se necesita corregir prácticamente esta deficiencia teórica. Los Estados intervienen: estipulan las condiciones de los contratos, imponen exigencias, protegen y controlan el mercado de trabajo: establecen subsidios de paro, atención a los accidentes laborales, etc. Todas estas medidas contribuyen a ordenar lo que en principio parecía desordenado: es decir, haber puesto a los hombres al mismo nivel que las cosas.

El otro principio también es bastante desconcertante desde el punto de vista moral. Se trata de un artificio jurídico: la sociedad anónima. Sobre esta fórmula se ha construido todo el entramado de la vida económica moderna.

El hecho de formar sociedades o entes morales no tiene nada de nuevo: han existido desde que hay hombres sobre la tierra. Pero lo nuevo y propio de las sociedades anónimas es que son unidades económicas donde el elemento fundacional más importante es el dinero, el capital social. Son anónimas, es decir impersonales. El sujeto fundamental no es una persona real; es como si este capital social interviniera directamente en la vida económica con personalidad propia, como si fuera un sujeto real, una persona. Este es probablemente el elemento que más despersonaliza y difumina la responsabilidad moral del sistema económico.

Naturalmente, detrás del capital social hay personas: unos propietarios, que son quienes se reparten las acciones, que son los títulos de propiedad del capital original. Son ellos -los accionistas- los propietarios reales de la empresa. Pero no son ellos propiamente los agentes de la vida económica: es el capital que han formado. Desde que lo forman, esa sociedad está sometida a leyes propias; es, en cierta medida, independiente de sus propietarios (en realidad, es mejor llamarles accionistas).

En las empresas de cierto tamaño, se contratan a administradores profesionales para que las dirijan. Y la relación del propietario con la empresa se hace sumamente tenue y anónima. En su mayoría, los propietarios se limitan a recibir periódicamente el rendimiento de su propiedad (dividendos del capital) y a tomar en consejo, muy de cuando en cuando, algunas decisiones importantes, como nombrar los administradores y aprobar su gestión.

La relación se hace todavía más tenue, si tenemos presente el papel del mercado de valores. Es el lugar donde se compran y venden las acciones, los títulos de propiedad de las sociedades anónimas. En un solo día, cambian de mano cientos de miles de acciones. Los valores son comprados y vendidos en ese mercado con criterios de rendimiento económico. Triunfan los valores que prometen más

beneficios y caen los que prometen menos, dando lugar a movimientos especulativos. Mucha gente juega a la Bolsa: compra unos valores y vende otros en un incesante cambio donde no importa para nada otra cosa que el tanto por ciento de beneficio: no importa si la empresa fabrica caramelos o tanques, si construye edificios bonitos o feos, si se preocupa de ofrecer a la sociedad un servicio o no: de todo esto nadie sabe nada y, en realidad, no importa: solo cuentan los indicadores económicos.

El accionista que posee un paquete de acciones de una empresa muchas veces no tiene la más ligera idea de los idearios, métodos de trabajo, objetivos y servicios de la empresa de la que es, en parte, propietario. Ha comprado esas acciones para obtener un tanto por ciento anual y eso es lo que espera del administrador de la empresa. Las otras cuestiones ocupan un lugar marginal.

Este esquema ejerce sobre los administradores profesionales, una presión enorme. Estos son actualmente los verdaderos agentes de la vida económica; pero están sumamente condicionados por lo que se espera de ellos: antes que nada y casi exclusivamente el rendimiento económico. Si tienen otros ideales o criterios, quizá pueden ponerlos en práctica, siempre que no afecten al criterio fundamental de rendimiento.

Todo esto hace que las sociedades anónimas intervengan en la vida económica como si fueran enormes mecanismos automáticos cuya única misión es generar beneficios. Da lo mismo producir tulipanes que organizar viajes de turismo; es equivalente explotar minas que criar pájaros. El criterio fundamental por el que una empresa entra en una explotación, es la relación inversión/beneficio esperado.

La vida económica parece un inmenso mecanismo que se mueve exclusiva y casi automáticamente por el criterio del beneficio. No tiene en cuenta ningún otro bien. Es ciego para cualquier otra cosa.

Existe una especie de control automático que proviene del mercado: una empresa solo triunfa cuando consigue agradar a sus clientes, con lo que los gustos de los clientes acaban dirigiendo en cierto modo la actividad económica. Pero estos gustos se pueden estimular y orientar mediante una publicidad bien llevada.

Claro es que resulta muy difícil intervenir en ese campo con criterios morales. No están previstos. Las legislaciones limitan el tipo de actividad de las empresas para que no sean delictivas. Los consejos de administración y las juntas de accionistas pueden re-coger criterios morales de los propietarios, aunque muchas veces con una acción en la mano no es posible saber si la empresa tra-baja en pornografía o en vendas de algodón (muchas veces lo hace en todo a la vez); si pagan sueldos miserables, o si sobornan gobiernos. También los administradores tienen un margen estre-cho de maniobra, para emplear, en la orientación de su activi-dad, otros criterios además del criterio económico fundamental.

Es lo que hay Quizá no es muy perfecto, pero es lo que hay. Los defensores del sistema ponen de relieve el enorme desarrollo a que ha dado lugar. Y tienen razón. Los detractores se quejan de que el dinero no es lo más importante; de que el concepto de de-sarrollo que está detrás es muy pobre, y que solo se propicia el desarrollo del consumo pero no del hombre; que el sistema ge-nera, muchas veces automáticamente, auténticas injusticias que no percibe; que está en la base de una explotación irracional de los recursos naturales... También tienen razón.

Sin embargo, para la mayor parte de los hombres, la discusión teórica sobre los beneficios y maleficios del sistema no aporta nada. Apenas tenemos capacidad para influir realmente en ese plano. Lo importante es obrar lo más honradamente posible. Para eso es imprescindible superar los automatismos econó-micos y enterarse, hasta donde sea posible, de las implicaciones morales de cada decisión.

El accionista tiene que procurar informarse sobre la actividad y criterios de la empresa de la que es propietario; el administra-dor tiene que ser consciente de su margen de maniobra; de que en la actividad económica los hombres son antes que las cosas, y de que el objetivo de una empresa no puede ser otro que prestar un servicio a la sociedad; etc. Le corresponde al Estado la tutela del bien común, el marco jurídico de la vida económica, la co-rrección de sus fallos y el castigo de los abusos.

De todas formas, la mentalidad economicista -que piensa que el primer valor de la actividad económica es el dinero- llega mu-cho más allá que el ámbito de actuación de las grandes empresas. Con frecuencia se oye decir que «los negocios son los negocios», dando a entender que en los negocios «hay que actuar fríamen-te» (como si no se tuviera corazón), sin dejar que se mezclen otros sentimientos que los económicos. Se piensa como si el ám-bito de los negocios fuera un ámbito especial de la vida humana. Pero esto es un error.

Para gobernar bien hay que tomar las decisiones «racional-mente», o «fríamente». Esto significa que la razón debe exami-nar y ponderar todos los factores que intervienen, también los que provienen del corazón, que muchas veces señalan deberes de humanidad inexcusables. Es absurdo pensar que somos per-sonas y tenemos que tratarnos como tales menos cuando hay di-nero por medio. Las decisiones económicas son también decisio-nes morales, y también hay que establecer en ellas el adecuado orden de bienes y deberes.

En concreto, como ha repetido incansablemente el Papa Juan Pablo II, las personas siempre están por encima de las cosas. Por eso es un desorden -una inmoralidad- tomar decisiones en ma-teria económica sin considerar de qué manera afectan a las per-sonas que intervienen. Los negocios son los negocios y las perso-nas son las personas.

## 7. AL PRÓJIMO COMO A TI MISMO

### Entre iguales

Los hombres vivimos entre iguales. Los demás son nues-tros iguales. No son iguales en la cara, el vestido, el hu-mor, la forma de pensar, su historia, o sus aspiraciones: son iguales en que son hombres como nosotros. En esta sencilla apreciación se basa ese mandamiento que es el resumen de la segunda parte del Decálogo: «Amarás al próji-mo como a ti mismo». Si son iguales a nosotros, es lógico que tengamos que amarlos como nos amamos a nosotros. La igual-dad básica entre los hombres es la base de la justicia: todos so-mos igualmente hombres; todos tenemos los mismos derechos en cuanto hombres; todos tenemos que tratarnos como iguales.



Pero el precepto no se limita a la declaración de que somos iguales, además dice que debemos amarnos. Esto representa una opción; porque no es la única posibilidad. Miradas las cosas des-de un punto de vista demasiado naturalista, se puede pensar que, precisamente porque somos iguales, también somos competidores: nos apetecen los mismos bienes, y los bienes son normalmente escasos. La otra posibilidad sería vivir sencillamente la ley de la selva, la ley del más fuerte (la de las ratas), que es la que rige en el mundo animal. Todos compiten por los mismos bienes y triunfa el más poderoso: ese es el que come primero y el que más come. Los demás vienen detrás y comen lo que pueden.

Para que los hombres no se destrocen unos a otros se establecen unas normas legales y así se garantiza que todos puedan comer un mínimo. Para esto se necesita una autoridad que realice el reparto y corrija los abusos. Es precisamente esta la función que se suele asignar al Estado.

Mediante instrumentos legales el Estado reconoce que todos los ciudadanos tienen unos derechos fundamentales. Después, en la medida en que tiene intención política y capacidad de imponer sus leyes y los ciudadanos tienen voluntad de obedecer, se consigue que todos los hombres, o por lo menos la mayoría, ejerzan efectivamente una serie de derechos que les dan acceso a bastantes bienes fundamentales. Así sucede en las sociedades desarrolladas.

Pero también en las sociedades desarrolladas rige a menudo la ley de la selva, especialmente en lo que queda fuera de los límites del marco legal; allí sucede con frecuencia que cada uno busca su propio provecho y el más poderoso se impone al más débil. Con esta mentalidad, los demás preocupan solo en la medida en que se puede obtener un bien o un mal de ellos: cuando son siervos, se les mira como un bien propio (a esto se le llama explotación); cuando son competidores, como un mal propio (a esto se le llama envidia).

Evidentemente, esto ya no se puede corregir a base de leyes. No se puede corregir a base de leyes el interior del hombre; no se puede conseguir por decreto que los ciudadanos amen a sus prójimos; la

caridad no se puede imponer desde fuera. Es una cuestión moral, que pertenece al ejercicio de la libertad de cada uno.

El precepto moral «amarás al prójimo como a ti mismo» va mucho más allá del mero respetar el marco legal y los derechos fundamentales de todos los hombres, aunque lo incluye. Amar quiere decir querer el bien para quienes nos rodean; no simplemente no molestarles o no hacerles daño. Se indica que hay que querer positivamente para los demás los bienes que queremos para nosotros. Se exige por tanto una efectiva solidaridad.

Cuando hemos hablado antes de las cosas que nos rodean, hemos dicho que es un principio moral fundamental que todas las cosas merecen respeto por el mero hecho de existir. Sin embargo, cuando se trata de iguales, no basta con el respeto, sino que se pide amor. Y es que el hombre tiene una calidad especial, que lo sitúa por encima de cualquier otra cosa. El respeto que merece el hombre es de tal grado que se le llama amor.

Amor significa siempre donación, o por lo menos disposición de donación: amar es -según la definición clásica- querer el bien para otro, disponerse a dárselo; en cierto modo, darse al otro. Las cosas no merecen nuestro amor: podemos tenerles afecto, pero no debemos entregarnos a ellas. Los hombres, en cambio, sí lo merecen: debemos amar a nuestros semejantes.

Y hemos de amarles por la razón fundamental de que son hombres. No porque sean altos o bajos, negros o blancos, pobres o ricos; no porque nos agrade algo de lo que tienen, sino por lo que son: porque son hombres. Esto quiere decir que hay que amar también a los que, por alguna razón accidental, resultan menos amables; los hombres incómodos, los débiles, los enfermos, los necesitados; también los hombres desagradables, los injustos, los maleantes. No es que haya que amarles porque son maleantes o injustos, sino porque son hombres. No hay que amar su maldad, sino su condición humana. Su maldad hay que odiarla: querríamos verla destruida porque les queremos bien.

Hay que acostumbrarse a mirar primero al hombre y después sus circunstancias. Esa es la educación que necesita el amor al prójimo.

Lo más importante en nuestro prójimo no es su forma de vestir, ni su aspecto, ni su raza, ni su pasado: lo importante es que es un semejante: uno como nosotros. Esa es la óptica correc-ta. El precepto cristiano no dice ama al que te cae bien, sino ama a tu prójimo y ámalo como a ti mismo porque es tu semejante. Basta con que, por una causa o por otra, se nos acerque, para que tengamos obligación de amarle así.

### Los bienes y males del prójimo

Amar al prójimo significa quererle bien, desearle los bienes y evitarle los males. ¿Qué bienes tenemos que desear para el prójimo y qué males debemos evitarle?

El principio cristiano del amor al prójimo es muy pedagógico a este respecto; hay que desear al prójimo lo que deseamos para nosotros y no desearle lo que nosotros no deseamos. Cada uno de nosotros tiene un sentido muy agudo para reconocer cuáles son los bienes que le van bien y los males que le dañan. Se trata de sacar de allí experiencia para tratar a los demás.

El primer bien que todos los hombres deseamos es la vida y la integridad física. Hay que querer para todos que la mantengan, y evitar lo que les puede dañar. Por eso, son gravemente inmorales los atentados contra la vida del prójimo; y también cualquier agresión que pueda dañar su salud: los golpes, malos tratos, mutilaciones, etc.

Solo en caso de defensa propia, podríamos hacer daño a la salud de un semejante, no por el deseo de hacer daño sino por el derecho que tenemos a conservar la propia vida o la integridad. Pero la respuesta debe ser proporcionada al ataque: no podemos tomar la iniciativa (atacar primero) y no podemos responder haciendo más daño del que podemos recibir. El que una persona nos haya dado un sopapo no nos permite pegarle un tiro. Todo lo que podemos hacer honradamente es defendernos. No es lícito, en cambio, vengarse: devolver el mal que nos han hecho. Se puede exigir al prójimo la reparación del mal, pero el mal no se repara haciendo un mal equivalente. La venganza no es nunca lícita: puede ser lícito, y hasta necesario, el castigo, porque a veces tiene un valor educativo, pero no la venganza. Además, el castigo compete, ordinariamente, a la autoridad; nadie puede tomarse la justicia por su mano.

Todos deseamos mantener nuestra salud y gozar de los bienes mínimos que nos permiten sobrevivir. Cuando se ha padecido necesidad, se sabe bien lo importantes que son estos bienes y cuánto se pueden llegar a ansiar. Por eso, no nos puede dejar indiferentes saber que mucha gente en el mundo está por debajo de los umbrales mínimos. Quizá en otras épocas no se era tan consciente de esto, porque las comunicaciones eran peores; pero hoy conocemos estas necesidades y hasta las vemos por la televisión. Por eso, aquellas personas, alejadas quizá física y culturalmente de nosotros, han pasado a ser nuestros prójimos. Las comunicaciones nos los han acercado. No podemos vivir despreocupados: conocer sus necesidades nos obliga a hacer lo que esté en nuestra mano para remediarlas.

Suele ser difícil hacer algo realmente práctico en ese sentido, pero hay que hacer lo que se pueda. Se puede y se debe ayudar a tantas organizaciones que intentan paliar estos problemas. Se puede y se debe colaborar para que las naciones desarrolladas adquieran conciencia del servicio que deben prestar a las naciones menos favorecidas. Es preciso fomentar la solidaridad entre las naciones como hay que fomentarla entre las personas. A veces, es posible también prestar un servicio personal, dedicando unos años a servir en las distintas organizaciones de voluntariado. Y en todo caso, la pobreza de otros parece imponernos un estilo de vida.

Pero los pobres no solo están lejos: también están cerca. En las sociedades desarrolladas se suelen crear bolsas de pobreza, que son rincones de la sociedad donde se depositan los individuos inadaptados: personas sin formación, emigrantes, nómadas, etc. Se van quedando marginados del flujo de la sociedad como se decantan los restos en las orillas de los ríos. Suelen ser problemas muy difíciles de resolver porque haber vivido marginados de la sociedad trae consigo la carencia de muchos hábitos de convivencia, de trabajo, etc. Muchas veces la inadaptación -la diferencia de mentalidad y costumbres- es de tal calibre que la integración en una actividad social normal es prácticamente imposible. Ordinariamente se requieren organizaciones especializadas para tratar estos casos con eficacia. Muchas veces se ocupan los Estados con mayor o menor acierto. Pero alguien tiene que tomar la iniciativa. Puede suceder que nos toque

tomarla. En todo caso, no es posible permanecer indiferentes: no tener los medios para resolver un problema no nos permite ignorarlo.

En la medida de lo posible hay que procurar que todos los hombres, empezando por los que dependen de nosotros (o pasan a nuestro lado) tengan los medios para llevar una vida humana digna. La vida humana necesita de un mínimo de bienestar material: alimentación, vestido, cobijo, un medio de subsistencia, etc. Puede hacer falta sacrificio, esfuerzo e ingenio para procurar estos medios. Ya hemos dicho que la vida moral no es fácil.

Entre los bienes deseables para todo hombre está la propiedad. Quien vive justamente con lo necesario, vive sin margen, con la preocupación de que puede faltarle en el futuro lo que tiene en el presente. Poder disponer de bienes con cierta holgura (tener más de lo estrictamente necesario para sobrevivir) da libertad. Ser dueño de cosas aumenta el sentido de responsabilidad, realza la personalidad humana y proporciona autonomía; permite asegurar el futuro y obrar con más posibilidades en el presente.

Cuando advertíamos que el hombre ha sido puesto a la cabeza de la naturaleza para que la cuide y se sirva de ella, hay que tener presente que, para la fe cristiana, esa administración de la naturaleza corresponde a todos los hombres; este principio se llama destino universal de los bienes. Todo hombre, por el mero hecho de nacer, tiene derecho a participar en el patrimonio de bienes materiales y espirituales de la humanidad. El modo en que la propiedad está repartida, se debe a razones prácticas e históricas, que son variables y modificables. El derecho de propiedad no es un derecho absoluto: es un principio de orden que está por debajo del otro gran principio que es el destino universal de los bienes; por eso, en ocasiones puede tener que ceder. Sobre toda propiedad particular, grava lo que Juan Pablo II ha llamado una hipoteca social. Por eso, hay que hacer lo posible para que el reparto de los bienes materiales y espirituales sea equitativo.

Además es un beneficio para la sociedad que la propiedad esté repartida; es decir, que muchos sean propietarios de bienes. Cuando los bienes se concentran en pocas manos, se suele abusar de ellos y se

despilfarran, dándoles poco rendimiento. Cuando la propiedad se difunde, se cuidan mejor las cosas y se les saca más rendimiento.

Por estas razones, es deseable que todos puedan alcanzar con facilidad algunos bienes en propiedad: casas, campos, negocios, acciones, etc. A nivel general le corresponde al Estado procurar difundir la propiedad, pero cada uno puede procurarlo también para quienes dependen de él: parientes, subordinados, etc.

Y por esta razón, porque la propiedad es conveniente para el hombre, es un atentado contra la dignidad humana el robo. Es decir el privar a alguien de lo que es legítimamente suyo. Y exige restitución: es necesario devolver al que se ha robado lo que se le quitó o, por lo menos, su equivalente.

Al hablar de robo no hay que pensar solo en el ladrón que entra en la noche por la ventana para llevarse lo que hay en la caja de caudales. Esto es efectivamente un robo, pero hay muchos otros tipos. Es robo, por ejemplo, engañar a un cliente para quitárselo a otra empresa. Es robo copiar sin permiso una patente. Es robo conseguir un contrato mediante soborno, cuando se lo hubieran dado a otro. Y hay prácticas comerciales que son equivalentes al robo. Por ejemplo, cuando una empresa grande mantiene sus precios artificialmente bajos en espera de que se hundan las empresas pequeñas de la competencia y poder así establecer un monopolio y subir los precios. Es un robo no trabajar lo debido. Es robo no prestar el servicio contratado. Es robo no vender las cosas con la calidad o cantidad prometida o engañar de cualquier modo en los bienes que se venden o en el servicio que se presta.

En general, es bastante fácil darse cuenta de lo que es bueno o malo en relación con los bienes materiales y por eso no hace falta insistir demasiado. Pero no son los únicos. Cada hombre tiene también un patrimonio de bienes inmateriales al que puede hacer daño. Y muchas veces no se le da importancia, y Cada persona tiende a respetarse a sí misma y espera que los demás le respeten. Ese respeto que espera de los demás -y al que tiene derecho- se llama honra u honor. Es algo muy sutil, pero muy importante, porque afecta muy directamente a la dignidad de la persona. Todos tienen derecho a ser

tratados como personas; es decir, a que no se les grite, a que no se les avergüence delante de los demás, a que no se les insulte, se les humille o se les ultra-je. Esto exige tratar a todos con consideración y delicadeza, aun-que a veces parezca que no lo merecen.

Con todos se han de vivir las normas de buena educación que están en vigencia en nuestra sociedad, y ser corteses. Es la forma de manifestarles el respeto que nos merecen. Esas prácticas son, con frecuencia, fruto de una rica experiencia humana; por eso, hay que valorarlas y usarlas con todos: pedir las cosas por favor, agradecer los servicios prestados, dirigirse a todos en tono amable, prestar atención a lo que nos dicen, etc. No se debe hacer pasar a nadie un mal momento o un sofoco sin motivo. Hay que evitar lo que puede humillar o hacer que alguien se sienta muy violento o desgraciado o en mal lugar.

Esto se ha de cuidar de manera especial con los subordinados. Por el hecho de que una persona esté a nuestro mando o a nuestro servicio, no deja de ser persona, ni deja de tener dignidad. No pierde el título por el que tenemos que tratarla con respeto. No es un motivo para gritar, maltratar o humillar. Al contrario: siempre hay que tratar a los demás como nos gustaría que nos trataran. Y es muy práctico ponerse en su lugar.

Otro importante bien inmaterial -que no se ve- de una persona es la buena opinión que los demás tienen acerca de ella: es decir, la buena fama. Es inmoral dañarla sin motivo. Es inmoral hablar mal de alguien por manía o por odio, pero también lo es cuando se hace por entretenimiento o por frivolidad; por chismorrería (no saber callar) o simplemente por mala costumbre. Murmurar es una fea manera de robar al prójimo la buena fama a la que tiene derecho. Incluso si las cosas que se dicen son ciertas, es también inmoral. No se debe revelar, sin motivo, lo que el prójimo ha hecho mal. A esto se le llama difamación. Y si lo que decimos es falso, la inmoralidad es mayor; se le llama calumnia y es más grave que el robo, porque la fama vale más que el dinero.

A veces, es necesario hablar mal de alguien; por ejemplo, cuando tenemos obligación de informar. Puede ser necesario denunciar a una

persona, poner de manifiesto un comportamiento incorrecto a quien lo puede corregir, decir quién es más apto para una función o quién no es apto, etc. En todos estos casos en que estamos obligados a hablar, hay que decir la verdad aunque no sea positiva, pero debemos tratar a los demás como nos gustaría ser tratados. En general, es mejor preferir la explicación que les deja mejor y que salva sus buenas intenciones. Muchas veces es necesario comprender la debilidad del prójimo. Y la comprendemos mejor si tenemos presente la nuestra. Los fallos del prójimo se ven con distinta luz cuando se recuerdan los propios.

Todavía hay más bienes que debemos desear a nuestros prójimos. Por ejemplo, hay que desear para todos los grandes bienes: la formación humana, la cultura, el trabajo; el conocimiento de la verdad, especialmente de las verdades que iluminan el sentido de la vida; hay que desear para todas las relaciones humanas de amor y de amistad, que dan hondura a la vida humana y la hacen dichosa; hay que desear también el encuentro con Dios, que es el mayor bien de la vida humana. Parte importante de nuestra vida -incluso toda- debería orientarse en este sentido: procurar bienes a los demás, desde los más altos a los más bajos.

Para concluir este apartado, vamos a recoger un resumen de las buenas obras que se deben vivir con respecto al prójimo. Son las obras de misericordia. Durante siglos los cristianos han aprendido en el catecismo un pequeño resumen de las buenas obras que podían vivir con sus prójimos. Se dividían en dos grupos de siete para recordarlas fácilmente. Algunas tienen un grato sabor de cosa añeja, pero todavía hacen pensar y pueden servir de guía.

Las primeras siete se llaman corporales y las segundas espirituales. Las corporales están inspiradas, en parte, en un pasaje de los Evangelios -el juicio final-, que más adelante veremos:

1. Visitar y cuidar a los enfermos.
2. Dar de comer al hambriento.
3. Dar de beber al sediento.



4. Dar posada al peregrino (ayudar a los que van de peregrinación: antiguamente, con frecuencia eran viajes de penitencia y las gentes caminaban con lo puesto).

5. Vestir al desnudo.

6. Redimir al cautivo (pagar los rescates de las personas capturadas como prisioneros o esclavos).

7. Enterrar a los muertos (no permitir que el cadáver de un hombre quede abandonado, sin enterrar dignamente).

Algunas de estas pertenecen a épocas pasadas. Vestir al desnudo, por ejemplo, ya no significa lo mismo que hace siglos, cuando todos los bienes eran caros y escasos y muchos vivían durante años cubiertos con los mismos harapos. En cambio, otras siguen teniendo la misma o incluso más actualidad. Hoy sigue habiendo enfermos y muchos, muchos, ancianos solitarios...

Las obras de misericordia espirituales han sufrido menos el paso del tiempo y tienen prácticamente la misma vigencia que han tenido durante siglos.

1. Enseñar al que no sabe (transmitir el saber es un gran servicio).

2. Dar buen consejo al que lo necesita.

3. Corregir al que yerra (saber ayudar a los demás a superar sus errores, defectos y limitaciones).

4. Perdonar las injurias (pasar por alto las ofensas que se han recibido, procurando olvidarlas enseguida).

5. Consolar al triste.

6. Sufrir con paciencia los defectos del prójimo (especialmente de las personas con las que convivimos: esos defectos que se repiten y se repiten...).

7. Rogar a Dios por los vivos y difuntos.

Con los más próximos

Hay circunstancias en la vida que hacen que el prójimo se haga más «prójimo»; es decir, que el próximo se acerque más. Es-to sucede, por ejemplo, cuando se establece algún lazo especial.

El hombre es un ser capaz de establecer compromisos; puede disponer de su futuro porque es dueño de sí mismo y es capaz de comprometerse en un pacto: a esto se le llama dar la palabra. Cuando hemos entregado nuestra palabra, cuando nos hemos comprometido con alguien a algo, nacen unos deberes reforza-dos. Y se llama fidelidad a cumplir la palabra dada. El hombre fiel es el hombre de palabra, el que es capaz de realizar aquello para lo que se ha comprometido.

En la vida hay pactos de muchos tipos. Hay pactos comercia-les, donde se compra o se vende algo; hay pactos donde lo que está en juego no son cosas sino la actividad de las personas: su trabajo; y hay pactos especiales donde lo que está en juego son las personas mismas, como sucede en la amistad o en el matri-monio.

Del pacto nace un deber peculiar que viene medido por las condiciones en que el pacto se ha hecho: hay que cumplir lo acordado, a no ser que la otra parte no cumpla. Si he prometido pagar tal cantidad por un trabajo, quedo obligado a pagarla des-de que ese trabajo se realiza. Y es una obligación de justicia.

En principio debe haber equidad en los pactos. Equidad quie-re decir equilibrio: una cierta correspondencia entre lo que se da y lo que se recibe. Esto se basa en que los hombres somos igua-les. Por eso, no es moral aprovecharse de un mal momento del prójimo para imponerle condiciones desventajosas. Sería inmo-ral, por ejemplo, comprar una casa por una miseria solo porque el dueño está muy necesitado de dinero y se ve obligado a ven-derla a cualquier precio. También sería inmoral contratar a una persona por un jornal abusivo porque tiene necesidad, o porque se le contrata en el mercado negro. Y es inmoral incluso cuando la otra parte está conforme. Nadie tiene derecho a despojarse de su dignidad de hombre.

Los pactos que se refieren a personas son, lógicamente, mu-cho más delicados que los que se refieren a cosas. La contratación del trabajo es mucho más delicada que la venta o el intercambio de

productos. Una persona no es nunca un objeto; por eso hay que tener un cuidado especial para tratarla con el respeto que merece, también en los contratos.

Cuando se contrata un trabajo y se supone que el que trabaja va a vivir de ese trabajo, la remuneración tiene que permitirle vi-vir dignamente. Si no, no habría realmente equidad; es decir, se-ría una injusticia: digan lo que digan los precios del mercado, las leyes o las costumbres locales. En este caso el que contrata no puede limitarse a cumplir los términos del acuerdo, sino que debe asegurarse de que lo estipulado es digno de una persona y de que permanece digno cuando pasa el tiempo.

Hay otros acuerdos donde lo que se compromete no son co-sas, ni tampoco la actividad de una persona, sino las personas mismas; así sucede con la amistad y el matrimonio. Son peculia-res compromisos entre personas que las unen muy estrechamen-te y que dan origen a deberes de fidelidad muy serios.

Ordinariamente la amistad no nace de un pacto explícito. El compromiso de la amistad se crea y refuerza a medida que los amigos comparten su intimidad. Aunque nunca se haya hecho explícito, el pacto existe realmente y hay obligaciones de fide-li-dad. Hay una fidelidad peculiar al amigo que consiste en saber estar cerca de él cuando lo necesita, ayudarle, defenderle ante quienes le atacan, hablar siempre bien de él, etc. Cualquier le-sión a esa fidelidad, destruye la amistad. No es amigo fiel el que se avergüenza de su amigo, el que no sabe dar la cara por él, el que no impide que se le denigre, el que cuenta sin discreción lo que se le ha confiado en la intimidad, el que desaparece en la hora mala.

Los compromisos entre personas, si son auténticos, exigen siempre entrega: no basta dar cosas, hay que dar algo de uno mismo; hay que sacrificarse. No hay autenticidad cuando se hace depender la amistad de lo que se recibe de ella. Eso no sería una relación entre personas, sino un trato interesado: en estos casos, no se quiere al amigo como persona, sino que se quiere algo del amigo: lo que nos resulta útil o agradable; su simpatía, su dinero, su influencia, etc.

La verdadera amistad no está basada en ningún interés material; por eso, no se destruye con los reveses de la fortuna. Al contrario: son los momentos en que se prueba y se refuerza. La amistad se basa en lo hondo de la persona: en lo que el amigo es, no en lo que tiene. Por eso los malos momentos son la ocasión para reconocer las verdaderas amistades.

Algo parecido sucede en el matrimonio aunque es una relación personal mucho más compleja. Trataremos de ella en el próximo capítulo. Aquí nos basta señalar que también es un compromiso entre personas.

Las relaciones entre padres e hijos, entre hermanos, entre parientes, son relaciones especialmente estrechas. No se puede hablar de amor al prójimo sin considerar que, ordinariamente, los primeros prójimos, los hombres más cercanos, son estos con los que estamos unidos por lazos de sangre o de parentesco.

A estas personas es a las primeras que debemos desear bienes y evitar males. Otra cosa sería un desorden. Y todo el mundo sabe y ha experimentado que esto tiene su dificultad. Precisamente porque los tenemos más cerca, y porque los conocemos mejor, estamos más cansados de su modo de ser, de su conversación, de sus ideas o de sus defectos. Y muchas veces los tratamos peor que a los que tenemos más lejos. A veces, precisamente porque hay confianza, se les trata de un modo que sería extraño y completamente inaceptable en la vida social. Muchos maridos se dirigen a sus mujeres, muchas mujeres se dirigen a sus maridos y muchos hijos se dirigen a sus padres, en un tono que nadie más les aceptaría. Hay que saber mantener el respeto por cualquier persona, que es un principio fundamental de la moral, superando la prueba especial que impone una excesiva proximidad.

Es frecuente que una persona encantadora en la vida social resulte insoportable para su familia. La cuestión es que es fácil brillar un momento y ser amables y educados en un rato de conversación, pero es difícil ser educados y amables con quien estamos todos los días muchas horas. Exige un esfuerzo continuo: pasar por alto las cosas que pueden ser molestas, quitándoles importancia; reprimir continuamente ese extraño afán de «chín-char»; esas pequeñas puyas

que se lanzan donde hay demasiada confianza; esas pequeñas críticas con las que se ataca incesante-, mente un pequeño defecto de la otra persona; esos comentarios levemente hirientes, ese suponer que el otro hace las cosas para ponernos nerviosos; el tono sarcástico o desagradable, la pequeña sátira despiadada, la susceptibilidad. Si no se combaten esas malas hierbas, hacen la convivencia insostenible y convierten en un suplicio una relación humana que debería ser fuente de felicidad.

Se exige un empeño, continuamente renovado, de quererse bien, de perdonarse, de pasar por alto las tonterías y los pequeños roces, de pensar siempre que ha habido buena intención; de olvidar los pequeños agravios, sin hacer una lista con ellos para recordarlos amargamente a cada paso. En resumen, es una cuestión de confianza y de entrega: hay que estar dispuestos a ceder y a amar, incluso sin esperar correspondencia. Es la única manera de amar en serio. Si todos lo hacen así en una familia, aquello es una bendición. Pero aun cuando todos no fueran capaces, no hay otro modo de vivir honradamente.

A veces les toca a unos poner el amor que a los otros les falta. No se ha inventado otro modo de ser felices. El amor exige siempre sacrificios. Y lo único que hace felices a los hombres es el amor, incluso el amor no correspondido. El que ama mucho siempre es feliz, aun cuando se mezclen motivos de amargura.

### Amor a Dios y al prójimo

El cristianismo tiene mucho que decir en lo que se refiere a las relaciones con el prójimo, sobre todo porque piensa que todos los hombres somos hijos de Dios.

Por eso, hay que amar a todos los hombres. Por esa misma razón, no se puede considerar a nadie como enemigo, y nunca se adquiere el derecho de maltratar o despreciar a alguien. Puede suceder que alguien se considere enemigo nuestro, pero nosotros no debemos considerar a nadie como enemigo. Así se explica que el Señor mande amar a los enemigos y hacer el bien a los que persiguen y calumnian.

Así se lee en el Evangelio de San Lucas (6, 27-38): «Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen, bendecid a

los que os maldicen y orad por los que os calumnian... Tra-tad a los hombres como os gustaría ser tratados.... Sed misericor-diosos porque vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; absolved y seréis absueltos. Dad y se os dará: una medida buena, prieta, llena, abundante será derramada en vuestro regazo. La medida que con otros uséis, esa se usará con vosotros».

La lógica de Dios es bastante distinta a la de los hombres. Dios quiere vencer con la fuerza del amor, no con la violencia. No se quiere vencer a los enemigos destruyéndolos, sino amán-dolos. Se espera que así se den cuenta de su error, aun sabiendo que algunos no se darán cuenta nunca...

San Juan de la Cruz escribió: pon amor donde no hay amor y sacarás amor. Es el modo de hacer de Dios. «Él nos amó primero» - dice San Juan-. Cuando el cristiano intenta amar a los ene-migos imita ese amor de Dios. No ama solo a los hombres que le hacen bien, sino a todos los hombres, porque quiere que sean buenos. Esto puede parecer una locura y, ciertamente, lo es para que el no ha penetrado en la lógica cristiana.

Al que no ha penetrado en esta lógica, le parece que con este sistema todo saldrá mal, que en el mundo no se puede ser inge-nuo, que si uno se descuida un poco, enseguida abusan de él. Y es verdad. Pero le falta considerar una cosa. Si todos pensamos así y obramos así, el mundo seguirá siendo egoísta para siempre. Hay que cambiar de lógica. Naturalmente, esto puede suponer a veces perder algo. Es natural: una cosa tan importante no se pue-de lograr sin que cueste un poco, incluso mucho.

Hay que ver en el prójimo a un hijo de Dios; lo es aunque al-guna vez no lo parezca. Y aprender a amar con el amor de Dios. Es lo que Cristo pidió a sus discípulos cuando se estaba despidien-do de ellos: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros. Como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os te-néis amor entre vosotros» (Jn 13, 34-35). El cristiano tiene que aprender a amar a su prójimo con el amor de Cristo, que es el amor de Dios.

En la religión cristiana no se puede separar el amor a Dios del amor al prójimo. San Juan lo explica con mucha claridad en su primera carta: «Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor» (1 Jn 4, 8); y agrega un poco más adelante: «Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él... si alguno dice "amo a Dios" pero aborrece a su hermano es un mentiroso, pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de El este mandamiento: que quien ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Jn4, 16-21).

Amar con el amor de Dios quiere decir amar también con el amor que Dios nos da porque el hombre sin la ayuda de Dios se-ría incapaz de amar así. Por eso, es necesario pedir humildemente ese amor: pedirle a Dios su amor, para amar con el amor de Dios. Esto no se cree hasta que no se experimenta. Pero la Iglesia tiene una experiencia muy rica de lo que es el amor a Dios y el amor al prójimo.

Durante siglos, a lo largo de toda la historia, ese amor al prójimo ha sido signo distintivo de los verdaderos cristianos. Es verdad que ha habido muchos cristianos en la historia que no se han comportado como tales. Eso no puede extrañar a nadie. Basta darse cuenta de que hoy también sucede; también hoy muchos que se llaman cristianos, y muchos más que han sido bautizados, que no viven como cristianos porque no saben o no quieren. Lo que sucede hoy ha sucedido siempre.

Pero también es cierto que la historia está surcada por un rastro innegable de luz: ¡cuántos hombres han sacrificado sus vidas, oscuramente, sin ningún brillo, por amor al prójimo! ¡Cuántos millones de religiosos y religiosas, por ejemplo, han gastado sus vidas atendiendo enfermos, ocupándose de niños abandonados, recogiendo a los más miserables que nadie quería! ¡Cuántos millones de cristianos corrientes han sabido sacrificarse, por amor, en el seno de una familia, atendiendo enfermos ancianos, niños, sopor-tando a veces condiciones humanas durísimas! ¡Cuánto heroísmo se descubre cuando se penetra un poco en las almas de tantas personas normales que están cerca de Dios! Entonces se aprecia que es cierto que sobre la tierra hay muchos que aman con el amor de Dios. Esto solo se comprueba por experiencia personal, y es un testimonio patente de la

bondad del cristianismo: basta acercarse para comprobarlo. Y quien se acerque más todavía, podrá llegar a vivirlo, que es el único modo de darse cuenta del alcance real que tiene este modo divino de vivir sobre la tierra.

El cristiano que conoce bien su fe, sabe que encuentra a Dios en cada hombre, porque cada hombre es imagen de Dios y especialmente lo encuentra en los más necesitados. Hay un texto asombroso de los Evangelios donde el Señor, con un lenguaje más o menos figurado, explica cómo va a ser el Juicio Final; es decir, con qué criterios van a ser juzgados los hombres. Si no conocemos bien la moral cristiana, quizá nos quedaremos asombrados. La escena se desarrolla así según San Mateo:

«Serán congregados todos los pueblos. Él (Cristo) separará unos de otros como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá a las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: "venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme"...».

Si nos fijamos un momento advertiremos que estas son precisamente las obras de misericordia que hemos mencionado en este capítulo, al hablar de los bienes y males del prójimo. Pero las palabras del Señor parecen sorprender a los justos que le oyen, pues el texto evangélico sigue así: «Entonces los justos le responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te acogimos; o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?"».

Se quedan desconcertados porque no recuerdan que hayan hecho nada de esto con el Señor. Pero el Señor sigue de este modo tan impresionante: «El Rey les dirá: "en verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis"» (Mí 25, 32-40).

## 8. TRANSMITIR LA VIDA



### La verdad del sexo

Nos toca entrar ahora en un tema esperado: la moral sexual. Por alguna razón se tiende a considerar la moral sexual como si fuera el aspecto más importante, si no el único, de la moral. En realidad, la sexualidad no es el quicio de la moral, aunque es un tema muy importante. No es diferente de otros, ni necesita tampoco reglas o leyes especiales. Se trata de oír la voz de la naturaleza; la voz de las cosas que nos dicen lo que son.

Pero es un tema difícil de tratar porque existe confusión. Y la confusión impide percibir con claridad los términos del problema. Existe confusión porque hay demasiado ruido: demasiadas cosas que gritan: demasiados razonamientos, demasiados tópicos, demasiados conceptos, que impiden contemplar las cosas con seriedad. Hay que pararse un momento a meditarlas. Aquí trataremos del sexo en sentido ascendente; es decir, subiremos desde el aspecto físico del sexo hasta sus aspectos personales y sociales.

De entrada conviene advertir dónde está el principal motivo de la confusión. En el hombre, como también en los animales, el instinto sexual es una inclinación fuerte. Y este instinto se refuerza porque el ejercicio de las facultades sexuales produce un placer específico.

Es evidente que esta es una de las razones que más confunden, porque introduce un elemento fuertemente pasional. Si el sexo no produjera placer, todo sería distinto. Como también sería distinto todo si, por ejemplo, proporcionara placer comerse los dedos del prójimo. Nuestra sociedad sería radicalmente distinta si a todos nos apeticieran irresistiblemente los dedos del prójimo. Sería una gran suerte llegar a ancianos con todos los dedos en su sitio. Afortunadamente la idea de comerse los dedos del prójimo no resulta nada atractiva y, por tanto, no es necesario tomar ninguna precaución especial, ni entrar en consideraciones morales sobre si es lícito o no y cómo y cuándo comerse los dedos del prójimo. No apetece nada y con esto se ha acabado el asunto. En cambio, el uso del sexo produce placer y esto confunde la situación y da trabajo a los moralistas.

El problema no es, como muchos parecen creer, que el placer sea malo. Como ya hemos visto antes, en la moral los bienes son bienes y

el placer es un bien. El mal aparece solo cuando no se respeta el orden de bienes y deberes que es necesario guardar. El sexo es una realidad muy rica: además del placer, entran en juego bienes y deberes muy altos de la persona y de la sociedad. El problema del sexo es que el placer, por ser fuerte, tiende a acaparar la atención y a producir desórdenes que son graves por los bienes que están en juego.

El placer sexual es un tipo de placer peculiar, no reducible a otros. Se trata de un placer físico (una sensación); no es un placer estético (el que produce contemplar un paisaje), ni un gozo espiritual (el que proporciona el cariño), ni es, ciertamente, la felicidad. Nadie puede confundir la felicidad, que es un estado de plenitud humana, con el ejercicio del sexo que, todo lo más, proporciona momentos de placer físico más o menos efímeros.

Al ser un placer físico, está sometido a todas las leyes de lo corporal: es limitado, es transitorio y depende de muchas circunstancias incontrolables. Además, como todos los placeres físicos, tiende a un rendimiento decreciente. La primera vez que

se come un plato exquisito, se experimenta un impacto enorme; a medida que se va repitiendo, el impacto es menor; si se pierde el sentido de la medida, al final se come por comer, sin que se produzca realmente placer, sino solo la satisfacción transitoria de una ansiedad. Y algo parecido sucede con el sexo. No es de mal gusto recordarlo, porque sería malo esperar del sexo más de lo que puede dar. Y no se puede esperar que un placer físico proporcione más.

De todas formas, la cuestión principal no es esta. Si nos hemos referido por un momento a la cuestión del placer, es porque fácilmente enturbia la comprensión de la moral sexual. La primera clave de la moral sexual no es el placer, sino la función natural de la sexualidad. Es necesario constatar una verdad muy sencilla: la función sexual está ordenada a la transmisión de la vida. No se puede hablar del sexo sin tener presente esta verdad biológica tan elemental y tan controlable: la función sexual sirve para transmitir la vida. El sexo es una realidad muy rica, en la que hay que tener en cuenta también muchos otros aspectos que más adelante veremos, pero la base es esta.

Los órganos sexuales del hombre y de la mujer son complementarios y están dispuestos para facilitar la reproducción. El ejercicio de la función sexual suele tener este efecto natural, independientemente de la voluntad de los que lo ejercen. Simplemente, dejando obrar a la naturaleza, se llega a eso. La atracción sexual es como un mecanismo biológico que facilita la conservación de la especie. Y el placer sexual es como un adorno de esa función que la hace más atractiva.

Toda moral sexual se basa en esa verdad biológica que no importa repetir: el ejercicio de la función sexual se ordena, por su propia naturaleza, a transmitir la vida. El bien del placer, que es un bien individual, está ordenado al bien de la especie. Aquí está la primera clave de la moral sexual: esta es la verdad del sexo; esta es la voz de la naturaleza.

Si el sexo ocupa más a los moralistas que la digestión es, principalmente, por ese pequeño detalle que es el placer sexual, o si se quiere, la atracción sexual con ese refuerzo del placer. Es esto lo que trastoca los términos. No existe moral de la digestión, porque no plantea ningún problema. A nadie se le ocurre tratar del tema porque no vendería ningún libro: todo el mundo obra de acuerdo con lo previsto por la naturaleza. La cuestión sexual no resultaría tan difícil si no fuera porque la fuerza de la inclinación sexual actúa como elemento perturbador. Esto es lo que da lugar al excepcional interés que produce esta función biológica: la abundancia de literatura, de enciclopedias, de cursos, de conferencias, de expertos, etc. Todo se fundamenta en ese pequeño detalle.

Lo sexual se ordena a la transmisión de la vida, como lo digestivo se ordena a la digestión. Entonces, la primera gran cuestión de la moral sexual es si es lícito separar estas dos cosas que están unidas por naturaleza: el placer sexual y la transmisión de la vida. Es decir: si es razonable buscar el placer sexual sin respetar su ordenación a la transmisión de la vida: cosa que puede suceder si no se desarrolla el acto sexual como está ordenado por la naturaleza o si se impide, por algún medio, que se produzca la nueva vida. La cuestión es si es lícito separar placer y función biológica: ¿es digno del hombre que busque

el bien del placer, sin respetar el bien que la naturaleza busca con la función sexual?

Precisamente porque la literatura es tan abundante y el ruido tan intenso, la cuestión se resuelve con más claridad si se traslada al campo de la digestión. Cuentan que, en las épocas más decadentes del Imperio Romano, entre las clases más pudientes se extendió la costumbre de organizar grandes banquetes. La cantidad y diversidad de los manjares era tan grande, que los invitados se llenaban hasta no poder comer más. Entonces se introdujo la costumbre de vomitar para poder seguir comiendo y probando nuevos y exquisitos alimentos. De este modo, separaban el placer natural que proporciona el comer de la función biológica que es alimentarse: comían buscando el placer, pero dejando sin sentido la función biológica; buscaban el bien del placer pero desordenado del bien que es alimentarse. ¿Es esto moral, es decir, digno del hombre?

El planteamiento de comer y vomitar para seguir comiendo, resulta tan repugnante a nuestra sensibilidad moderna -es tan feo-, que fácilmente se entiende que es un desorden. Hay algo de degradante en manipular la función con la que el hombre ha sido dotado por naturaleza para provocarse un pequeño placer. El placer que la comida proporciona -que es un bien- queda sin sentido al hacer violencia a la función de alimentarse, al que ese placer se ordena. Es evidente que es inmoral separar aquí placer y función biológica.

Pues algo semejante sucede en el ejercicio de las funciones sexuales. El planteamiento no cambia solo porque el placer sexual sea más fuerte que el de comer. Es inmoral separarlo de su función biológica natural, aunque a la sensibilidad moderna no le resulte tan repugnante, quizá porque está harta de verlo.

Es inmoral procurarse el placer sexual fuera de las relaciones conyugales entre un hombre y una mujer, y es inmoral también el uso de la sexualidad entre un hombre y una mujer cuando se le priva de su orientación natural a la transmisión de la vida: cuando se usan medicamentos o instrumentos para impedir la concepción, etc., es como comer y vomitar. El hombre está hecho así.

El tabú sexual

Hay que dar un paso más: hay que subir otro escalón. Sobre la base de la verdad biológica del sexo hay que hablar ahora de los aspectos humanos y sociales, que dan una enorme importancia a esta función.

La función sexual no es una función biológica cualquiera, sino que es precisamente, el modo de transmitir la vida a nuevos hombres. Así se comprenderá fácilmente un razonamiento que está implícito en todas las grandes religiones y culturas del pasado y que F. J. Sheed ha expresado con gran acierto: «La vida debe ser sagrada, el sexo debe ser sagrado y el matrimonio debe ser sa-grado» (Sociedad y sensatez, 9, 3). La vida humana es sagrada, por tanto el sexo, que es la fuente de la vida humana, es sagrado; por tanto el matrimonio, que es el lugar donde se ejerce esa función, es sagrado.

A ese respeto religioso hacia lo sexual, que se manifestaba en reglas morales muy precisas y graves, se le ha llamado tabú. Lo sexual ha sido efectivamente para todas las religiones algo sagrado, un tabú. Esto quiere decir solo, independientemente de las distintas concreciones culturales, que es algo que debe ser tratado con mucho respeto; que no es una cosa como las demás, sino que requiere una atención particular.

Nuestra cultura ha perdido mucha sensibilidad en este terreno. No ha sabido comprender el carácter profundamente sabio del tabú sexual y lo ha entendido como si fuera una represión de la libertad, cuando en realidad era una gran protección de la dignidad de la vida humana. Ha perdido el respeto al sexo. Le ha quitado su carácter sagrado y lo ha convertido en objeto de consumo barato y abundante, en una vulgaridad. En la misma medida, se ha esfumado, también, el carácter sagrado del matrimonio y el carácter sagrado de la vida humana.

Urge recobrar una visión profunda de la sexualidad, como también urge adquirir la debida sensibilidad para todas las grandes realidades de la vida humana que están amenazadas por la mentalidad consumista, que solo valora lo que se puede acaparar, devorar y gastar: el sentido de la amistad, de la belleza, de la sabiduría, de la vida serena; de tantos otros valores intangibles, que son delicados y no se ven, pero que son los más valiosos del universo humano. La moral, que es precisamente el arte de vivir bien, no tiene por misión reprimir

el sexo, sino protegerlo y ha-cerlo valorar. Y para valorarlo hay que contemplarlo en todo su esplendor, en todas sus dimensiones.

El ejercicio de la función sexual está en la base de la institu-ción social más importante de todas, que es la familia. Está ligado a dar origen a nuevas vidas y está ligado a las profundas relacio-nes matrimoniales que crean un hogar: es decir, el ambiente hu-mano adecuado para que crezcan y maduren nuevos hombres.

El sexo está en la base de las relaciones humanas más fuertes: las relaciones entre los esposos; las relaciones entre padres e hi-jos; las relaciones entre los hermanos, etc. Es, por eso mismo, una parte importante de la plenitud y la felicidad humanas; ya que la felicidad tiene mucho que ver con el amor, y los amores más fuertes de un hombre suelen provenir de los vínculos familiares.

Y es el modo ordinario de integración de los nuevos ciudadanos en el entramado de la sociedad. Es parte también muy importan-te del orden social. La familia es el ambiente humano normal donde los que han recibido el don de la vida reciben los medios de subsistencia, pero sobre todo el lugar que les permite desarro-llarse como hombres, aprender a vivir como hombres e integrar-se en la sociedad.

La función sexual esta en el núcleo de la vida familiar y en el centro de la vida social. Afecta a todo. Es un punto neurálgico: una fibra particularmente sensible de todo el entramado de la existencia humana. Es la columna vertebral de las relaciones hu-manas. Por eso se entiende perfectamente que todas las civiliza-ciones sabias hayan hecho del sexo un tema tabú. No un tema prohibido (esto sería absurdo), sino un tema sagrado al que hay que acercarse con enorme respeto. Esto es pura sabiduría de la vida: la moral se fundamenta en el respeto a la realidad.

Todas las culturas sanas se han exigido una disciplina sexual; es decir una regulación cuidadosa del ejercicio de la función se-xual: relaciones matrimoniales, edad para casarse, etc. Y es cono-cido desde muy antiguo el daño que la indisciplina en esta mate-ria hace a una cultura. La indisciplina sexual es uno de los signos de decadencia de las civilizaciones históricas. Precisamente por-que toca las fibras centrales de la vida personal y social.

La indisciplina sexual deshace las familias; rompe los lazos humanos más delicados y que son fuente de felicidad; crea marginación; multiplica el número de personas que no han podido madurar bien, ni prepararse para integrarse en la sociedad; interfiere en la vida económica al destruir una de sus unidades, que es la familia, y al multiplicarse la inadaptación y marginación; es causa de multitud de pasiones incontroladas, amargas, celos, odios, violencias que deterioran el orden social; y genera una infinidad de sufrimientos.

Esto es tan evidente y la experiencia histórica tan rica que se-ría innecesario recordarlo. Pero las componentes pasionales son tan fuertes que este tema nunca está del todo claro y es necesario volver sobre lo esencial. La indisciplina sexual es como la caja de Pandora, donde estaban guardados todos los males. Solo cuando se ve «demasiado cerca», desde un punto de vista emocional y subjetivo, se dejan de apreciar los males enormes que causa en las personas y en las sociedades.

Por eso no tiene nada de extraño que la moral sexual sea tan clara, tan sencilla y tan severa: intenta proteger y hacer respetar una realidad tan importante como el sexo. Consiste en respetar lo que la naturaleza impone al hombre, en respetar la realidad del sexo. Si el hombre se hubiera hecho a sí mismo, si hubiera podido prever y disponer todas las condiciones que hacen posible y buena la vida social e individual, hubiera podido preparar una moral a su gusto. Pero no se ha hecho a sí mismo. Por eso no puede cambiar, sino que tiene que descubrir y respetar, las leyes físicas y morales que regulan su buen funcionamiento. No puede modificar a su gusto ni las leyes de la inteligencia, ni las de la digestión, ni las de la felicidad. Tampoco puede modificar las leyes del sexo. Lo único que está en su libertad es vivir o no de acuerdo con esas leyes, respetar o no su condición de hombre, vivir como es propio de un hombre o no.

La moral es la sabiduría de la vida que permite a los individuos alcanzar la felicidad que aquí es posible, y a las sociedades funcionar bien. La moral es el arte de vivir bien, también de vivir razonablemente todo lo que se refiere al sexo. Sería irresponsable no tomar nota de que es un tema serio.

## Sexo y familia

La sexualidad es mucho más que el funcionamiento de los órganos genitales. Basta considerar que las diferencias sexuales no son solo diferencias que existen entre los órganos sexuales masculino y femenino; afectan a lo más hondo de la personalidad. Ser varón o ser mujer son dos modos distintos de ser hombre. Pero son dos modos muy distintos: es distinta la sensibilidad; es distinto el modo de situarse ante la vida y de comportarse; es distinto el modo de pensar. No es mejor uno que otro, sino que son distintos. Esas diferencias tan profundas revelan que la sexualidad afecta a todos los estratos de la persona, hasta los más profundos.

Por eso, no es un tema que se puede tratar superficialmente. Y no se puede tampoco usar superficialmente. Un uso esporádico de la sexualidad sin contexto, movido únicamente por el deseo de placer o por la ansiedad, resulta sin sentido y, en realidad, produce insatisfacción: la insatisfacción de una expectativa no cumplida. Porque el sexo, precisamente por ser una realidad tan rica, promete siempre algo profundo; pero usado superficialmente, solo proporciona una satisfacción efímera y, después, frustración.

Y es que el sexo es, efectivamente una realidad profunda. No es algo epidérmico, superficial, sino vertical. No es solo fisiología, cuerpo, sino también: sentimientos, emociones, amor, compartir la intimidad, dar lugar a nuevas vidas, amarlas, educar-las... Es como una pirámide de realidades, de bienes, donde lo fisiológico -lo corporal- ocupa la base. Una sexualidad madura requiere la integración de todos los aspectos.

La sexualidad no es solo fisiología, porque ser hombre o ser mujer no es solo y exclusivamente tener órganos sexuales de un tipo o de otro. Las diferencias sexuales entre un hombre y una mujer tienen una misteriosa complementariedad, que va mucho más allá.

El hombre busca, quizá sin ser consciente de ello, algo en la mujer, que él no tiene y que le resulta atractivo: busca delicadeza, ternura, belleza, amor a los detalles, comprensión. Y la mujer busca en el hombre decisión, seguridad, fortaleza, acogida. No es que la mujer no tenga fortaleza, ni el varón ternura, pero hay una ternura que es propia



de la mujer, que es la que el varón busca, y hay una fortaleza que es propia del varón y que la mujer aprecia.

Por eso, en el enamoramiento, hay siempre algo de sorpresa, de descubrimiento de dimensiones humanas en parte insospechadas, aunque anheladas en el fondo. El fenómeno de enamorar-se manifiesta claramente que el sexo es mucho más que el uso de los órganos sexuales. Pues, aunque estos ejercen efectivamente un atractivo, se quedan solo en un plano inferior; no son, ni mucho menos, el centro de la pasión romántica. El deslumbramiento que causa el amor es de toda la persona, no de sus atractivos sexuales. La belleza o el atractivo corporal ocupa un lugar secundario: al enamorarse, lo que cautiva es la persona entera.

La relación entre un hombre y una mujer es mucho más que una relación de cuerpos. Atraen los aspectos complementarios de la personalidad. Y entran en juego todos ellos: sentimientos, afectos, amor. Cuando se habla de relaciones íntimas para referirse delicadamente a las relaciones sexuales genitales, se está empobreciendo el término íntimo. Lo íntimo de una persona no son sus órganos sexuales. Es verdad que hay un pudor instintivo hacia ellos; es decir, una especie de cuidado de no ofrecerlos indiscriminadamente. Pero la intimidad de una persona es, sobre todo, sus experiencias, sus sentimientos, sus ideas, sus deseos, sus aspiraciones y es eso lo que desea compartir en una relación íntima.

De hecho, cuando se llega una verdadera relación personal entre un hombre y una mujer, es eso lo que se comparte. Cada uno tiene interés en penetrar en lo que el otro siente, piensa y desea; quiere compartir sus inquietudes y sus anhelos. Es eso lo que se valora y lo que se busca. Y esa relación «íntima» (aquí sí tiene sentido esta palabra) crea una amistad peculiar, que tiene que ver con la sexualidad.

Las relaciones entre un hombre y una mujer suelen tener siempre una inclinación, más o menos fuerte, más o menos velada, hacia el trato sexual, aunque este no es necesario, como no es necesario comer siempre que uno se siente atraído por los alimentos. El hombre es capaz de guiarse por la razón, dominarse y controlar sus impulsos. De hecho en la vida social se entablan multitud de relaciones entre

hombres y mujeres -comerciales, de amistad, de vecindad, de trabajo, de parentesco, etc.-, donde este aspecto no llega a manifestarse, ni tiene por qué hacerlo.

Pero entre un hombre y una mujer hay un tipo de amistad peculiar donde sí interviene; hay un modo de compartir la intimidad, de transmitir sentimientos, de buscar comprensión, en definitiva, de buscar complementariedad, que tiene una plenitud particular y donde hay un trasfondo sexual.

Y lo propio de esa amistad es que tiende a ser exclusiva: es decir, que no se ve con buenos ojos que la misma amistad se mantenga con otra persona. La media naranja solo se complementa con otra media naranja: no hay sitio para más.

Cuando un hombre y una mujer se enamoran y se reconocen mutuamente en esa situación, queda sobreentendido un pacto. Y es que los sentimientos que tienen el uno por el otro son excluyentes, no se pueden tener hacia nadie más.

En su libro *Los 4 amores*, C. S. Lewis lo ha expresado muy bien. En los demás tipos de amistad, la exclusividad no está presente. Más bien al contrario. A una persona normal le alegra que sus amigos sean amigos entre sí. En cambio, cualquier hombre o mujer se sentirían traicionados si se dieran cuenta de que la persona que aman y que dice amarles está enamorada de un tercero. Y es que si realmente está enamorada de un tercero, se intuye que no hay sitio para el segundo. Este amor, en el que intervienen tantas dimensiones, es así. Por eso no se tolera un tercero: todo lo que el tercero recibe es en detrimento del segundo. A esa reacción típica pasional ante un tercero, se le llama celos. Y es la reacción ante la herida que causa el sentirse traicionados. Se intuye que la otra parte ha roto un pacto que quizá nunca se ha expresado en palabras, pero que se ha sentido. Se trata de una reacción completamente natural y espontánea, que revela un tipo de amistad excluyente.

Cuando se reduce la sexualidad a lo corporal, y cuando se busca únicamente satisfacer una ansiedad, no es necesaria esa relación exclusiva. Entonces el sexo está fuera de su contexto y el modo como se satisface la ansiedad es secundario. Entonces, la relación entre

personas no tiene importancia; basta con la fisio-logía (con lo corporal). Pero cuando la sexualidad permanece en su contexto, con toda su riqueza, entonces hay una relación peculiar entre personas que exige ser exclusiva. Cuando la sexualidad está integrada en todas sus dimensiones afectivas y personales, tiende a la exclusividad. La intimidad sexual requiere la intimidad personal y al revés.

El enamoramiento correspondido crea un pacto y cuando ese pacto se formaliza, cuando un hombre y una mujer se comprometen a compartir todo de manera estable, nace una nueva realidad: surge un matrimonio: se crea un hogar, se forma una familia. De ese modo, la sexualidad humana se integra en una rica y compleja relación entre personas, y la función biológica de la fecundidad se inserta en una institución natural, con sus leyes propias, que es el matrimonio.

Entonces deja de ser una relación privada; ya no afecta solo a los dos; afecta a toda la naturaleza humana porque esa relación está basada en ella; y afecta también a la organización social porque allí han de surgir y han de ser incorporados a la sociedad las nuevas vidas. Cuando un hombre y una mujer se unen en matrimonio no están haciendo algo que ellos hayan inventado; no crean ellos las leyes internas del matrimonio, por lo mismo que no crean ellos las leyes internas de la sexualidad. No han creado ellos los resortes misteriosos que les han llevado a descubrirse, a enamorarse, a buscarse, a quererse. Realizan en ellos algo que pertenece a la naturaleza humana. Por eso, no pueden cambiar esas leyes a su gusto, como tampoco pueden cambiar las demás leyes fisiológicas que rigen su cuerpo, ni las leyes intangibles por las que se rigen los sentimientos y la felicidad humana.

Entre los esposos se da una relación íntima y exclusiva que les lleva a compartir la intimidad, a ayudarse y a sostenerse mutuamente. Esa donación esponsal está muy reforzada por elementos afectivos y pasionales y es una escuela de humanidad: los esposos aprenden a darse, a sacrificarse, a pensar antes en el otro que en sí mismos; se preparan, sin saberlo, para poder aceptar y amar otras vidas. Con el sacrificio, el vínculo se fortalece y los esposos se compenetran. En el Evangelio, Jesucristo habla de que marido y mujer forman «una sola

carne», aludiendo a esa profunda unidad desde los aspectos más corporales hasta los más espirituales.

La relación sexual expresa, prolonga y refuerza la amistad y entrega mutua de los esposos. Y, efectivamente, les ayuda a en-tenderse y quererse. Así resulta que el mismo acto que expresa y refuerza el amor de los esposos, es el modo previsto por la naturaleza para transmitir la vida humana. Para vivir bien la sexualidad, hay que respetar esa ley. En palabras que ha popularizado el Papa Juan Pablo II: no se puede separar el significado unitivo (la unión de los esposos) del significado procreador (la transmisión de la vida).

Esto no quiere decir que los esposos tengan que tener siempre la intención de transmitir la vida; basta con que respeten el modo de ser del acto conyugal. En cambio, es inmoral deformar ese acto o poner medios artificiales que impidan la posible concepción de una nueva vida (DIU, preservativos, espermaticidas, anticonceptivos, etc.) o la supriman (píldoras con efecto abortivo, etc.).

La plenitud de la sexualidad humana integra estos elementos: la unión conyugal de los esposos, con todos sus aspectos (ternura, placer, etc.); la exclusividad de la donación sexual y afectiva; la realización personal de amistad y entrega mutua; la generosidad para abrirse a la transmisión de la vida humana y la educación de los hijos.

Es evidente que las cosas no siempre son ideales: ni en lo fisiológico, ni en la relación de los esposos, ni en la educación de los hijos. Los esposos no son ideales, ni en el cuerpo ni en el espíritu, y los hijos tampoco. Esto da lugar a multitud de problemas. Por eso, vivir bien la vida matrimonial puede exigir -y siempre exige en algún momento- heroísmo. Vivir bien, respetando las leyes íntimas de la sexualidad -respeto por la verdad biológica del sexo, fidelidad mutua, entrega a los otros- puede resultar duro en ocasiones. Pero muchos y muy importantes bienes de las personas y de la sociedad dependen del respeto a esas leyes de la naturaleza, que, en definitiva, son de Dios. Hay que convencerse de que no se puede encontrar la felicidad de otro modo que en la plenitud.

Esa relación íntima y exclusiva da lugar, ordinariamente, a la formación de nuevas vidas y es también el mejor ámbito para

acogerlas. Si el hogar es estable, los hijos encuentran un ámbito humano cálido, de comprensión y cariño, y también una unidad económica que les permite crecer como hombres, ser atendidos y educados.

Son varias, pues, las razones de la naturaleza que apuntan a que el matrimonio es una relación exclusiva y estable; es decir la relación permanente y exclusiva de uno con una. La moral cristiana no hace más que reafirmar esa realidad que está incoada por la naturaleza: el matrimonio de uno con una y para siempre.

En este momento se pueden plantear objeciones: ¿y si no se entienden?, ¿y si se cansan de vivir juntos?, ¿y si uno de ellos se enamora verdaderamente de otro o de otra?, ¿y si no tienen hijos? Responder bien a todo llevaría bastante tiempo y trabajo.

Pero lo malo es que apartaría la atención del centro de la cuestión.

Hay dos maneras de abordar la cuestión del matrimonio: una es desde las dificultades, la otra desde su plenitud. Es experiencia común que en la vida matrimonial se presentan frecuentemente dificultades. Es cierto que muchos no llegan a quererse o que, después de un tiempo, dejan de quererse; es cierto que hay matrimonios de conveniencia que acaban fracasando (aunque también es cierto que hay matrimonios de conveniencia que triunfan); es cierto que se pueden llegar a dar situaciones insufribles, etcétera. Sin embargo ninguna de estas cosas hace que el matrimonio deje de ser lo que es; ninguna de estas cosas cambia las leyes de la sexualidad y de la felicidad humana.

Sería un tremendo error destruir la idea de lo que es el matrimonio, porque, en algunos casos, da lugar a dificultades. Es como si despreciáramos las leyes de la visión, porque algunos han tenido la desgracia de perder la vista. Perderíamos el centro de la cuestión; es decir, el único punto desde el que se pueden resolver realmente las dificultades. Más bien habría que razonar al revés: justamente porque el matrimonio es algo delicado y puede plantear dificultades, es más necesario poner todos los medios a nivel personal y social para que triunfen.

No se puede tratar el tema de una manera desenfadada. Hay que recordar que están en juego las dimensiones más profundas de la personalidad humana, que están en juego las relaciones humanas más fuertes y delicadas, que está en juego la felicidad personal, que está en juego la educación de las nuevas vidas, que está en juego el entramado de la sociedad.

Es evidente que una persona que quiera ser feliz ha de hacer todo lo posible para triunfar en este aspecto tan vital de su existencia. El éxito en la vida matrimonial es mucho más importante que el éxito profesional o social, y exige mucho empeño. Tiene que conseguir que su matrimonio sea un éxito; es decir, que se realice el ideal: que sea de uno con una y para siempre; y la sociedad debe hacer lo posible para ayudarle a conseguirlo. Está en juego la felicidad personal y la salud de la sociedad. Cambiarían mucho las cosas si se dispusieran seriamente los medios para que los matrimonios triunfaran.

¿Y si fracasa? Pues si fracasa, habrá que pensar en lo que se puede hacer: no se pueden dar normas generales. La única norma general es que el triunfo del matrimonio consiste en la unión de uno con una y para siempre. Hay que contar con los fracasos, pero no se debe plantear el matrimonio desde los fracasos, sino desde su triunfo. Precisamente porque las dificultades son frecuentes es por lo que se necesita tanto énfasis en el ideal; lo contrario es resignarse a ocupar de entrada el papel de perdedor.

Esa es la norma, y hay que hacer lo posible para que sea el caso general. Los demás, los casos difíciles, hay que estudiarlos y resolverlos en concreto, porque no se pueden resolver de otra forma. Sucede como con las enfermedades, aunque hay tratamientos conocidos, no se pueden usar indiscriminadamente: hay que estudiar a cada enfermo, porque cada enfermo es, en parte, un caso distinto. Lo mejor es, sin embargo, disponer las cosas para que el matrimonio goce de buena salud. La mejor medicina es la preventiva. Los fracasos ordinariamente tienen mala solución. Hay que tomarse en serio la disciplina sexual y el matrimonio: no es un juego.

El amor familiar

Cuando la moral cristiana habla de sexo, está hablando de familia. Son bienes inseparables, porque el sexo tiene su ejercicio natural en el matrimonio y allí surgen nuevas vidas, que se incorporan a la relación íntima de sus padres. La sexualidad sin esta referencia, que es su contexto natural, está desordenada y fuera de lugar; pierde su sentido humano y solo puede proporcionar experiencias efímeras, huecas y, en definitiva, frustrantes.

La familia es el ámbito principal de los amores humanos. Y es una realidad que se construye precisamente a base de amor. La funda el amor de los esposos, la hace crecer el amor y la fidelidad que estos se guardan, la realiza el amor que vierten hacia los hijos que tienen, y se completa cuando los hijos son educados en el amor, cuando aprenden a querer a sus padres, a quererse entre sí y a querer a todos los hombres.

Quien no haya tenido experiencia propia de lo que es una familia que ha cuajado como tal, de una familia que ha llegado a su plenitud, donde el amor es una realidad, no puede hacerse una idea de la calidad de este bien y de hasta qué punto tiene que ver con la felicidad humana. Las realizaciones mediocres o fracasadas del amor matrimonial no pueden reflejarla.

Al hablar de amor en la familia, no hay que pensar en situaciones idílicas, que solo pueden existir en la imaginación o en las películas más o menos cursis de otra época. Se trata del amor real que crece en las circunstancias más ordinarias de la vida: entre las pequeñas dificultades, los trabajos de todos los días, las incomodidades, las cosas que salen bien y las que salen mal, los problemas de salud, los apuros económicos, los cansancios, los enfados pasajeros, etc.

El amor es una realidad difícil de tratar, porque es intangible: no se ve y no se toca. No se puede medir y, en consecuencia, no es fácil detectar cuándo crece y cuándo disminuye. Puede suceder que algo lo esté dañando y no se advierta. Pero no es solo cuestión de sentimientos. Produce sentimientos y, en parte, nace de sentimientos, pero el amor no es un sentimiento.

No hay que confundir el amor matrimonial con el enamoramiento de los primeros momentos. El enamoramiento es una situación

sentimental ordinariamente pasajera. Tiene algo de auténtico y tiene algo de falso, porque deslumhra. La persona que se ha ena-morado queda como cegada por el resplandor de algunos aspectos del otro que se le aparecen con un brillo extraordinario. Y ese brillo tapa todo lo demás: sus mediocridades, sus defectos.

Con el trato, el brillo fulgurante desaparece y, a medida que se conoce al otro, se ve la realidad tal como es. Se le conocen sus aspectos positivos y también sus defectos. Se percibe que no todo era tan magnífico como se había creído al principio. Sin embargo, si hay trato y confianza, se empiezan a compartir la intimidad y se tiene como propio lo del otro. Así el enamoramiento deja paso al afecto y, después, cuando se empiezan a tener las cosas de otro como propias, al cariño. El enamoramiento es como la llama de la hoguera que da lugar al rescoldo del fuego. Primero son las grandes llamas brillantes, porque primero arde el material más ligero; después, con ese calor y un poco de tiempo, van prendiendo los materiales más pesados, dando estabilidad al fuego.

El cariño crece en la medida en que los dos están más unidos, en la medida en que comparten más, en la medida en que tienen más en común. Pero para que se comparta más hay que dar. Dar es la clave del amor. El amor lleva a dar y a darse y crece precisamente así. Amor significa siempre entrega, perder algo de lo propio en beneficio del otro. Cuando se quiere a alguien, se le desea el bien y uno se siente movido a procurárselo. Esto supone muchas veces sacrificio: hacer lo que no apetece, o no hacer lo que apetece; acomodar los propios gustos y pensar en la satisfacción del otro antes que en la propia.

Solo a base de sacrificio se mantiene el amor mutuo. Porque hay que aprender a pasar por alto los defectos, a perdonar unavez y otra, a no devolver mal por mal: a no tener en cuenta una frase molesta, una respuesta airada, un signo de impaciencia, una manía mil veces repetida, un mal momento. Y esto no una vez, sino continuamente, un día tras otro. Si no hay preparación para ese sacrificio, no es fácil de llevar. Las dificultades se agigantan, las incomprensiones crecen; se guardan y se echan en cara los agravios mutuos, no se toleran las manías, y la convivencia se hace insoportable.



El amor tiene como propio excederse. No llega a cuajar si no se está dispuesto a hacer más de lo justo. Si ambos trazan una línea divisoria de derechos y obligaciones y no están dispuestos a pasar de allí, el matrimonio ya ha fracasado. Porque es imposible que ambos respeten siempre ese límite. Un día él estará cansado, el otro ella estará nerviosa, y si cada uno exige estrictamente sus derechos sin ceder en nada, será imposible que no se enfrenten continuamente. Pensar en otra cosa es desconocer cómo es el co-razón humano. En cuanto uno se descuide un poco o le venza la debilidad, cometerá una ofensa que el otro no querrá perdonarle. Así no irán muy lejos.

Solo si ambos están dispuestos a excederse, a hacer más de lo que les tocaría en justicia, el amor es posible. Porque así se crea una amplia franja intermedia, donde se resuelven la mayor parte de los problemas. Y esto no solo una vez, sino permanentemente. El matrimonio solo triunfa cuando ambos -o por lo menos uno de ellos- están dispuestos a sacrificarse siempre.

El sacrificio es la garantía de que hay amor verdadero y, además, lo hace crecer y lo mejora. El sacrificio tiene un enorme valor educativo para el amor: le da realismo y lo hace patente. Y paradójicamente, es compatible con la felicidad. Porque la mayor felicidad del hombre en la tierra consiste precisamente en el amor: no tanto en ser amados, sino, principalmente en amar. El que ama se siente feliz, incluso cuando no es correspondido. Ciertamente, el saberse correspondidos da plenitud al amor y también a la felicidad; pero una riquísima experiencia humana enseña que se puede ser feliz incluso cuando el amor no es correspondido. Aunque, en este caso, felicidad y dolor vayan paradójicamente mezclados.

Nadie se lamenta de haber amado demasiado, porque el amor es lo que más ennoblece al hombre. Siempre hay calidad humana en un hombre que ha sabido amar. Pero no hay que confundir el amor con el sentimentalismo, ni tampoco con la pasión afectiva. La diferencia está en que, en el auténtico amor, se quiere siempre primero el bien del otro; mientras que los amores sentimentales o pasionales, son amores posesivos, donde se quiere al otro porque es un bien para uno mismo; con lo que, al final, pueden ser manifestaciones de egoísmo.

El matrimonio, si se sabe vivir bien, es una gran escuela de humanidad porque es una gran escuela de amor. Se aprende a sa-crificarse realmente por el otro. Y esto es lo que da calor al hogar. Es necesario quemarse un poco, sacrificarse un poco, para que haya calor. Por eso, el matrimonio es un lugar adecuado para re-cibir nuevas vidas.

Si hay amor y sacrificio, el hogar tiene calor, y las nuevas vi-das que vienen, encuentran un ambiente humano cálido y acoge-dor. Es necesario sacrificarse mucho para sacar un hijo adelante. Si los padres no están acostumbrados a sacrificarse, maltratarán a sus hijos y no los sabrán criar. En el seno de la familia es donde se realiza, en primer lugar, el precepto de amar al prójimo como a uno mismo y es donde primero se aprende. Por eso es una gran escuela de la vida social.

Sin todo este riquísimo contexto humano la sexualidad queda sin sentido, como una realidad esperpento, como un espejismo que promete mucho y apenas puede dar. Pero integrada en él es una realidad maravillosa: origen de las relaciones humanas más fuertes y con tareas llenas de belleza, como es la de amarse ple-namente y la de transmitir la vida humana: la vida del cuerpo y la vida del espíritu.

La moral, no lo olvidemos, tiene mucho que ver con la belle-za. Pero para apreciar la belleza, hay que ver las cosas en todo su esplendor. Para entender la moral sexual hay que saber lo que es una familia; hay que tener experiencia de este bien tan inmen-samente importante para la vida personal y social. Solo cuando se descubre la grandeza de ese bien, se entiende que le estén su-bordinados tantos otros, y, en particular, el placer sexual.

## 9. LAS RAÍCES DEL HOMBRE

### Un ser enraizado

Si las cosas se desarrollan bien, cada hombre nace en un hogar. Es decir, en un lugar acogedor, donde es recogido y cuidado. Se le alimenta, se le educa y se le trata con cari-ño. Esto es lo natural y lo deseable para todo ser humano. A veces no sucede así. Son muchos los que nacen sin hogar, bien porque sus padres no fueron capaces de formarlo, bien por-que otras circunstancias de la vida lo hicieron

imposible o lo deshicieron. Sean las que fueren las causas, el hecho de nacer fuera de un hogar es una carencia, un defecto espiritual que hay que lamentar, como también habría que lamentar haber nacido sin un brazo o sin una oreja. Ciertamente, esa carencia no hace a un hombre menos digno o menos valioso que otros. No tiene culpa de ella y no debe sentirse menos ni peor que otros. Pero es una carencia. La sociedad tendrá que procurar paliar las consecuencias y mejor aún hubiera sido prevenirlas.

La criatura humana nace muy desvalida y necesita muchas atenciones. Es evidente en el terreno físico, porque el bebé tiene que ser alimentado, protegido del frío y de posibles agresiones (es indefenso por completo). También requiere muchas atenciones en el plano espiritual: hay que educarlo: es decir, enseñarle a vivir como un hombre: enseñarle a andar como andan los hombres (erguidos); enseñarle a comer como un hombre, y a comportarse con sus semejantes como es propio de un ser humano.

Además, es necesario enseñarle a hablar y ayudarle a comprender el mundo que le rodea.

Y hay una tendencia natural a procurarle esa protección y ese cuidado. Los niños pequeños inspiran al adulto normal un fuerte sentimiento de ternura y de protección. Y mucho más fuerte todavía a su madre. La naturaleza ayuda así a cumplir gustosamente con ese deber.

La primera enseñanza recibida marca mucho a una persona. En los primeros años, cuando la inteligencia empieza a despertar, las vivencias penetran en la personalidad con una hondura especial. De un lado, quizá, porque es lo primero que se recibe y destaca más, como destaca más el primer signo que se escribe sobre un papel en blanco. De otro, porque el tiempo interior transcurre muy lentamente y parece como si las impresiones tuvieran mayor margen para quedar grabadas.

Se crean vínculos muy fuertes con las personas y con las cosas. Si tiene una relación normal, el niño llega a querer intensamente a sus padres o a los que le cuidan, y se siente muy dependiente de ellos. También se crean vínculos muy fuertes con las cosas y los ambientes

familiares: con los objetos, con las habitaciones, con los lugares, con los paisajes; con los olores, con las comidas, con las costumbres...

Haber nacido y vivido en un lugar, haber sido acogido y cuidado por unas determinadas personas marcan para siempre. Todo ese conjunto de vivencias forman parte de la definición de un hombre, de su identidad, de su modo de ser, de su retrato interior. Son un punto de referencia para toda su vida. Si la infancia ha sido normal, es un conjunto de cosas amables, y por eso mismo asumidas y queridas; si no, son motivo de complejos e inadaptaciones.

Las cosas de la infancia se recuerdan como si fueran anclajes firmes y seguros de la historia, como si las cosas hubieran empezado a cambiar entonces, como si antes todo hubiera sido eterno. Las cosas y los ambientes que un día fueron lugar seguro y acogedor, lo siguen siendo cuando pasa el tiempo, aunque de un modo impreciso. Se tiende a volver inconscientemente a ellos cuando se experimentan dificultades en la propia vida. Y cuando llega la ancianidad, se hace más vivo el impulso de dirigirse hacia los lugares que se han querido en la infancia (si todavía perduran). Se quiere volver a lo que se vivió como si se quisiera volver al cálido seno materno que nos acogió por vez primera.

El hombre es un ser enraizado. De la misma manera que las plantas echan raíces que las fijan al suelo y de las que se alimentan y crecen, el hombre se vincula a cosas y personas. Necesita vínculos afectivos para desarrollarse y sostenerse como hombre. Esos vínculos son como la tierra para una planta: le alimentan, le hacen crecer y le sitúan en el mundo. El hombre sin raíces, que vaga de un sitio a otro, que no se siente ligado afectivamente ni por lugares, ni por personas, que no tiene nada que le sea realmente familiar, es, en cierto modo, inhumano. Es como si le faltara bagaje o profundidad o definición.

Entre esas raíces, hay unas muy visibles, como son los lazos con personas, cosas y lugares; y otras menos. Por estar vinculado a una familia, nos encontramos injertados en la historia de un grupo humano y en una tradición cultural/ cuyos orígenes se pierden en la noche de la historia. Estas raíces invisibles son mucho más fuertes, complejas y extensas de lo que podría parecer en un principio.

Con la educación, se reciben modos de pensar y de actuar, costumbres y usos sociales, conocimientos, hábitos y técnicas de trabajo; un patrimonio espiritual que es un enorme conjunto de riquezas humanas, un tesoro de experiencias, que nos insertan en una tradición humana. El que las recibe no tiene, ordinaria-mente, ni la capacidad ni la perspectiva suficiente para darse cuenta de esto. Se recibe -la hemos recibido todos así- como si fuera algo natural y obligado.

Nadie se para a pensar, por ejemplo, en el tesoro que es la lengua aprendida casi sin esfuerzo; que nos permite expresarnos y co-municarnos con los demás; que nos une a nuestros antepasados; que nos capacita para leerlos, aprender de ellos. Sin embargo, la lengua, como todos los elementos de la cultura (como los conocimientos, las costumbres, las técnicas, etc.) es algo vivo, que cambia y fluye día a día con la contribución de todos. La que hemos recibido tiene el peso de todas las generaciones de nuestros antepasados. Lleva las huellas de sus intereses y de sus esfuerzos; de su sensibilidad y de sus gustos; de sus preferencias y de sus prejuicios... Y todo esto se recibe con ella casi sin advertirlo.

El bachiller que asiste con más o menos interés a una clase, teniendo sobre la mesa un libro de texto, lleno de esquemas y dibujos, no sabe, ni probablemente puede apreciar, cuánto han costado los conocimientos que allí están sencillamente expuestos y qué distinta sería su vida si esos conocimientos no existieran.

Quien se incorpora a una sociedad, quien empieza a vivir en una comunidad humana, ordinariamente no sabe que el hecho de que existe un orden social y unos servicios ha costado mucho en trabajo y en tiempo. Todo lo que ve le parece natural, como si existiera desde siempre o hubiera surgido espontáneamente. Algo aparentemente tan simple como que un semáforo dirija la circulación, un policía vigile el orden, un funcionario pú-blico tramite una instancia, un juez estudie un caso, un maestro reco-miende un libro de texto, una enfermera cuide a un enfermo, un jubilado cobre su pensión mensual, son enormes conquistas hu-manas, que existen gracias a que muchos hombres se han empe-ñado en ello durante mucho tiempo. No han surgido solas.

Las sociedades humanas son sujetos colectivos que tienen una historia y un patrimonio espiritual vivo que crece y se alimenta con las aportaciones de cada uno de sus miembros. Gracias a esto, los que vienen detrás encuentran un ambiente humano enriquecido por sus antecesores, en el que pueden desarrollarse mejor. En el fondo, si hoy podemos vivir más humana-mente, se lo debemos a muchos que han vivido peor antes que nosotros, y han trabajado para que mejoraran las condiciones de vida de sus descendientes.

Entre los muchos bienes que han dejado los que vivieron antes que nosotros está precisamente su historia. En la historia viva de una comunidad humana, se recogen los hechos, pero no de una manera fría y objetiva, sino también con su significado humano. Por eso, en la historia de una sociedad, ocupan un lugar importante los héroes y los hechos ejemplares que proporcionan una identidad, un modo de ser propio a todos los miembros de esa sociedad y les facilitan ejemplos que imitar: una manera de situarse en el mundo y un enfoque ante la vida.

Antes de que un niño haya podido desarrollar su personalidad, ha recibido muchas cosas que le caracterizan como miembro de una familia y de una comunidad histórica, y que van a ser el sustrato de su personalidad. A cada uno de nosotros nos distingue el hecho de haber nacido en esta familia, de haber vivido en esta ciudad, de pertenecer a esta nación y a esta cultura. Todo ello es parte integrante de nuestra fisonomía espiritual. Y es una parte mucho mayor de lo que tendemos a imaginar. Lo que cada uno de nosotros tiene de particular y propio - lo que, por así decir, ha hecho por su cuenta - es poquísimos en comparación al caudal enorme de cosas que hemos recibido, que son fruto de un esfuerzo de siglos y aun de milenios; en realidad, de toda la historia humana.

Esto nos ayuda a comprender hasta qué punto el hombre es un ser enraizado, vinculado a una tierra, a una familia, a una ciudad o a un pueblo, a una noción y a una cultura. Lo sacamos de allí y nos quedamos prácticamente con nada.

Por eso, son tan dolorosos los fenómenos de desenraizamiento. Cuando un hombre es arrancado de su familia, de su sociedad, de su

cultura, de su ámbito humano. Algo aparentemente tan inocuo como trasladarse a vivir unos cientos de kilómetros más lejos, puede llevar consigo una tragedia humana. Puede significar entrar en un mundo donde no se conocen la lengua y las costumbres, donde no se entienden los modos de pensar y los valores, donde no se encuentran puntos de referencia conocidos y acogedores, donde se es ajeno y extraño, o lo que es lo mismo, extranjero.

Ciertamente, en todo hombre hay capacidad de adaptarse a un medio nuevo. Como en las plantas, en el hombre hay cierta capacidad para echar raíces nuevas; por eso puede ser trasplantado y enraizar en otro lugar: aprende la lengua, las costumbres, entabla relaciones de amistad y parentesco, etc.

Las relaciones humanas son, ordinariamente, el medio de enraizarse en otra sociedad y el mejor modo de integrarse en las nuevas costumbres y modos de pensar; también es el mejor cauce para aprender la lengua; porque motivan el aprendizaje y ayudan a comprender y amar como propias las cosas de la geografía, la historia y la cultura del nuevo entorno.

Si se crean pronto relaciones humanas, el trasplante resulta menos traumático; si no se logran, el hombre puede sentirse profundamente mal: solitario y fuera de lugar. La formación cultural aumenta la capacidad de adaptarse porque ayuda a comprender la nueva cultura, pero siempre es una experiencia costosa.

Todo lo que hemos visto nos ayuda a comprender hasta qué punto el hombre es un ser enraizado. Necesita echar raíces en un suelo humano, en una sociedad, donde vive rodeado de otras personas y donde se alimenta del humus cultural que han dejado sus antecesores.

#### La madurez y el bien común

Cada hombre ha recibido mucho y es un deber moral valorarlo. A esto se le llama agradecimiento.

En la mayor parte de los casos no es posible devolver el equivalente a lo que hemos recibido. Por más que procuremos portarnos bien con nuestros padres, nunca haremos bastante para devolverles el don de la vida, ni tantos cuidados como nos han dado

desde pequeños. Algo parecido sucede, aunque en menor grado, con las demás personas que han contribuido a educarnos: nos han transmitido bienes que no somos capaces de compensar. Y lo mismo sucede en relación al conjunto de la sociedad: hemos recibido de ella una multitud de bienes inma-teriales y materiales, que han sido posibles gracias al ingenio y al trabajo de muchos hombres a lo largo de la historia. Solo po-demos agradecer.

Y el primer paso para agradecer los bienes recibidos es reco-nocerlos y apreciarlos. Después, como ordinariamente no es po-sible recompensar a quienes nos los han dado, el agradecimiento debe orientarse a ayudar a los que vienen detrás como nos han ayudado a nosotros.

Llegar a la madurez humana significa superar la mentalidad del niño, que siempre está esperando recibir de sus mayores, y adquirir conciencia de las propias responsabilidades, es decir ad-quirir conciencia de que se es mayor, de que se tiene un papel que jugar entre los mayores, y de que hay que preocuparse de los que vienen detrás. Al adulto -al mayor- le corresponde precisa-mente dar para que los que vienen detrás puedan recibir. Por eso, el haber recibido mucho, de la familia, de los educadores, de la sociedad, funda también la obligación de contribuir mucho. Llegar a adulto supone, inevitablemente, asumir las cargas -los trabajos- que lleva consigo el mantenimiento de la vida social.

Adulto, humanamente maduro, es el que supera el egoísmo in-fantil y se da cuenta de que no puede vivir pendiente de sí mismo, sino que debe vivir preocupado de los demás. En una sociedad, grande o pequeña, corresponde a los miembros maduras y sanos ocuparse de que la sociedad funcione, y atender a los miembros que no pueden valerse por sí mismos: ancianos, enfermos, niños.

Esto es patente a quien vive en una sociedad pequeña. Allí todos se conocen y saben por experiencia que necesitan unos de otros. En sociedades mayores es más difícil de ver. En una ciudad grande, por ejemplo, se puede dar el caso de que una persona pase la vida ocupándose exclusivamente de sí misma, sin que se note demasia-do y sin que él mismo caiga en la cuenta de su error.



La vida de quien está centrado en sí mismo acaba manifestándose absurda, sin sentido, sin razón de ser, porque el hombre está hecho para vivir en sociedad. La felicidad humana no puede concebirse aisladamente. El hombre necesita comunicarse y compartir, y se siente obligado a participar en las tareas comunes. Vivir en sociedad, para un hombre maduro, no es solo la materialidad de vivir junto a otros, o de aprovecharse de los servicios comunes para poder subsistir; es también relacionarse con otros, darse a los demás y contribuir al bien de todos.

Ningún adulto sano y normal puede disculparse de servir a la sociedad en la que vive, aunque nadie se lo reclame. Es un deber que nace de la naturaleza. Cuando se llega a adulto, a uno le toca representar ese papel en la sociedad y no el de un niño. Lo mucho que ha recibido de ella le obliga a contribuir al bien común de la sociedad en cuanto puede y en la medida en que puede.

¿En qué consiste el bien común de una sociedad? Se trata del inmenso conjunto de bienes materiales y espirituales que forman el patrimonio de una sociedad. Forman parte del bien común de un país, por ejemplo, su geografía, sus paisajes, sus aguas, sus riquezas naturales; su nivel de vida, su capacidad de producción, sus infraestructuras (carreteras, medios de comunicaciones, edificios públicos, etc.), los sistemas de educación y de salud; su patrimonio artístico y monumental, su historia, su lengua, su literatura, sus costumbres, su folclore, etc.

Otros aspectos son menos aparentes, pero también forman parte muy importante del patrimonio espiritual de una sociedad, por ejemplo, el nivel de organización y de educación; el orden público; la eficiencia y honestidad de las instituciones; la moralidad pública; el nivel cultural y de conocimientos, etc.

Y también forma parte del bien común el que esté bien reparado; es decir, que todos los miembros de la sociedad participen de los bienes materiales y espirituales que la sociedad tiene: esto quiere decir, por ejemplo, que la propiedad esté difundida, que haya facilidades para acceder a la educación y a la cultura, que exista

igualdad de oportunidades para obtener trabajo e intervenir en la vida pública, etc.

Estos y muchos otros bienes constituyen el bien común de una sociedad. Y cada uno de los miembros adultos tiene serias obligaciones con respecto a ese bien común, aunque nadie se lo haga ver ni se lo exija. Tiene obligaciones respecto al cuidado y crecimiento del patrimonio de la sociedad, de su geografía, de su riqueza, de su cultura, y tiene obligaciones respecto a los otros miembros de la sociedad, especialmente respecto a los más débiles. Son obligaciones que nacen del mismo ser de las cosas: no es cuestión de gustos ni de opiniones políticas.

Todos los miembros de una sociedad tienen el derecho de gozar de los bienes comunes en la medida en que lo necesitan. Y los miembros adultos de esa sociedad tienen obligación de contribuir al bien común en la medida en que pueden. Además, los adultos tienen que aportar proporcionalmente más de lo que reciben, precisamente porque otros miembros (niños, ancianos, enfermos) pueden aportar menos.

Esto no es una injusticia, sino precisamente lo contrario. La justicia social exige que quien puede dar más dé más porque otros no pueden. Y tampoco debe considerarse como una desventaja. No se-ría honrado aspirar a vivir siempre como un niño; llega un momento en que se adquiere la madurez física y moral, y es necesario comportarse como un adulto responsable; es decir, responsable del bien común, también del bien de los que menos pueden.

Y estas obligaciones, que a veces son duras y pesadas, no hacen infeliz a un hombre, sino al contrario: dan sentido a su vida. Precisamente, el sentido de la vida de un hombre maduro es servir a los demás, contribuir al bien común y sostener a los que no pueden valerse tanto por sí mismos. Una vida que aspirase a quedarse encerrada en sí misma quedaría sin sentido. El sentido de la vida humana es gastarse en servir a los demás.

El modo ordinario de contribuir al bien común es desempeñar bien el trabajo que se ha escogido o se ha recibido. Todos los oficios, si son honestos, contribuyen al bien común, porque cooperan en el bien

orden y desarrollo de la sociedad. Además se contribuye al bien común cuando cada uno cuida de las personas que están a su cargo: familiares y amigos; y se ocupa de la atención de sus enfermos y de la educación de los más pequeños. Porque no hay que olvidar que el primer bien de una sociedad son sus propios miembros. Por eso es ya un servicio a la sociedad atender a los que cada uno tiene a su cargo.

También se contribuye al bien común, cuando se ayuda a conservar o hacer crecer cualquiera de los bienes materiales o espirituales que lo componen. Y esto se puede hacer individualmente asociándose con otros ciudadanos. Se contribuye al bien común, por ejemplo, cuando se promueven, se fomentan o se sostienen asociaciones culturales, deportivas, entes educativos: parvularios, colegios, universidades; fundaciones de beneficencia o para el progreso de la investigación, de la técnica, de la industria, de la cultura, del deporte, etc. Una sociedad se enriquece cuando surgen estas iniciativas, porque así son muchos los miembros que piensan y trabajan activamente en favor del bien común.

El empeño por contribuir al bien común, es uno de los componentes de la madurez humana. Un hombre que no tuviera esa inclinación, tendría un defecto, como también lo tendría si no hubiera desarrollado su capacidad de pensar, el gusto estético y su modo de hablar o de comportarse.

Cada hombre tiene que desarrollar sus talentos personales en tres planos distintos. En el plano individual, mediante la educación, la adquisición de una cultura, el despliegue de sus gustos y opiniones. En el plano de las relaciones interpersonales: a través de los lazos familiares y de amistad. Y en el plano de su vida social, asumiendo con ilusión las cargas que le tocan respecto al bien común, especialmente en aquellos campos hacia los que siente inclinación o está mejor dotado.

Un hombre maduro tiene que ser un ciudadano responsable y tiene que sentir como propios cada uno de los aspectos que forman parte del bien común. El que otros no vivan así no es una disculpa. Al contrario tiene que ser una llamada a la responsabilidad.

El papel de la autoridad

El bien común no se puede lograr espontáneamente mediante la simple suma de los esfuerzos de los individuos y de las sociedades que estos libremente promueven. Si todos se limitaran a aportar al bien común lo que les gusta, les apetece o se les ocurre, se produciría un gran desorden: sobraría gente que se ocupa de los aspectos más simpáticos y en cambio estarían descuidados los más antipáticos y costosos. Es muy importante que todos los miembros de una sociedad tengan iniciativas para mejorar el bien común, pero no basta. Además hay que regular y coordinar esas iniciativas para aprovechar mejor los recursos, que siempre son escasos.

Para eso existe la autoridad pública. Es una función necesaria de la sociedad. Debe cuidar ordenadamente del bien común y regular la contribución de todos para que prospere. A la autoridad le compete repartir las tareas y los bienes entre todos; de tal manera que al que más pueda contribuir se le pida más y al que más necesite se le pueda dar más. Esta es la justicia propia de la sociedad. No es una justicia de dar a todos lo mismo y pedir de todos lo mismo, porque todos no son iguales. Es la justicia de pedir más al que puede dar más y dar más al que más necesita. Ese es el cometido principal de la autoridad y ese es el criterio de su justicia.

El reparto de tareas y de beneficios, aunque se haga con toda justicia, no puede ser a gusto de todos. Por un lado, los bienes son limitados; por eso no se puede dar a todos lo que desean. Por otro, es necesario afrontar las tareas ingratas y esto hay que repartirlo también. Repartir con equidad, con esa justicia que es desigual, es la parte más difícil del gobierno.

A veces el bien de todos exige el sacrificio del bien particular de algunos o incluso de muchos. Es inevitable. No se puede construir una carretera sin que pase por algún campo, ni tomar medidas para favorecer, por ejemplo, un sector del comercio sin que otro salga perjudicado. La justicia pide únicamente que el reparto sea equilibrado y que se haga con criterios objetivos y controlables, pero es evidente que no se puede dar satisfacción perfecta a todos.

Si el gobierno no tiene autoridad -capacidad de mandar- no puede gobernar con justicia: porque no puede repartir los bienes y las cargas,

como sería justo. Cuando la autoridad es débil, los más fuertes se imponen y tienden a buscar, consciente o inconscientemente, su propio beneficio. Por eso es un bien que quienes gobiernan gocen de autoridad. Y en consecuencia hay que proteger su prestigio y mantenerles el debido respeto.

Sorprende encontrarse en las Cartas de san Pablo que ruega a los primeros cristianos que recen por el Emperador. Y en el momento en que Pablo escribe, el Emperador era Nerón, que acabaría persiguiendo a los cristianos e incluso haciendo morir a Pablo. Pese a que, en muchos aspectos, Nerón era un tirano, el cargo que tenía era tan importante para el buen funcionamiento de la sociedad, que Pablo pide que se rece por él, como pide que se rece y se respete a cualquier autoridad legítimamente constituida.

Cabe una crítica honesta y constructiva a la autoridad. Pero hay que hacerla sin debilitar la función que desempeña, porque se perjudicaría mucho a la sociedad. Hay que distinguir la función, de la persona que la ejerce. Y tener presente que, a veces, se daña la imagen de la función cuando se ataca demasiado o con demasiada frecuencia a las personas.

El gobierno debe gozar de autoridad y hay que establecer los medios para dársela. Para que exista el orden social, debe gobernar y ser obedecido. Y como siempre habrá quien se resista a obedecer, debe tener fuerza coactiva; es decir capacidad de imponer por la fuerza (por una fuerza legítima y moderada) las decisiones que afectan al bien común. Lo ideal sería que todos los miembros de la sociedad obedecieran de buen grado las disposiciones que regulan el reparto de cargas y beneficios, pero como es imposible que todos quieran obedecer, la justicia exige corregir a los que se desvían. Esto debe hacerlo la autoridad. Necesita la fuerza coactiva para asegurar la obediencia a las leyes, reprimir el crimen y controlar las conductas antisociales.

Pero la autoridad es limitada. El gobierno no es el propietario de la sociedad y no puede hacer con ella lo que le venga en gana. La autoridad debe guiarse por criterios razonables de justicia, que puedan ser explicados a los ciudadanos. La autoridad ha de tener presente que

gobierna seres inteligentes y que, por tanto, deben ser gobernados inteligentemente. A las sociedades humanas no se les puede gobernar como se gobiernan los rebaños. Los súbditos deben entender, en la medida de lo posible, por qué se hacen las cosas: por qué se reparte de este modo o de este otro, por qué se reprime esta conducta o esta otra; deben saber qué se les exige y qué se les prohíbe; cuáles son sus derechos y cuáles sus obligaciones.

Otra cosa es arbitrariedad; es decir, cuando la autoridad decide en cada caso según se le antoja, sin que se conozcan o sin que existan criterios de decisión. La dignidad de la persona humana exige que las sociedades humanas (la sociedad civil, pero también cada una de las sociedades intermedias) se gobiernen mediante leyes y normas escritas y mediante costumbres que, aunque no estén escritas, puedan ser conocidas y respetadas por todos. De este modo cada miembro de la sociedad puede situarse en ella inteligentemente y contribuir conscientemente al bien común.

Por razón del orden social, es evidente que hay obligación de respetar las leyes, normas y costumbres de una sociedad; lo mismo que hay obligación de respetar a la autoridad que las dicta. Solo sería lícito desobedecer una ley cuando es injusta. Pero habría que estar bien seguro de esto, porque se trata de una cuestión importante y no puede cada uno obedecer o desobedecer a su antojo. Hay que tener presente que el prestigio de la autoridad y el respeto de las leyes son parte importante del bien común; no sería razonable atacarlo por cualquier cosa: en ocasiones, el bien de todos exige padecer incluso alguna pequeña injusticia, para no perjudicar un bien mayor.

#### El principio de subsidiaridad

Hay que evitar el error frecuente de identificar el Estado con la sociedad. El Estado es solo el órgano rector de la sociedad; le corresponde regular y ordenar la actividad social, pero no le corresponde desempeñar por sí solo la actividad social. También sería un desorden si ejerciera tal control sobre ella que la ahogara. No se puede gobernar una sociedad como si sus miembros fueran tontos o inútiles o como si fueran ladrones, necesitados siempre de vigilancia y represión.

En principio, quienes gobiernan son ciudadanos como los de-más: tan inteligentes, tan preocupados por el bien común y tan honrados como los demás. La mentalidad de dirigismo estatal, aparte de fundamentos ideológicos ya caducos, se suele susten-tar en la desconfianza y por tanto, en el falso supuesto de que quienes mandan son mejores y más honrados que los demás. Pero a los ciudadanos hay que suponerles, por lo menos, un ni-vel de honradez semejante al que tienen los que gobiernan; por tanto, no merecen ni más vigilancia ni menos libertad que los que gobiernan.

La mentalidad de sospecha y desconfianza es siempre un error en cualquier tipo de gobierno, pequeño o grande; y favore-ce la arbitrariedad y la tiranía, porque proporciona la excusa. Suele acabar corrompiendo la misma función del gobierno, pre-cisamente porque quienes gobiernan se sienten dispensados de las reglas de honradez que exigen desconfiadamente a los demás. Y es un error evidente: no se puede esperar de los hombres de gobierno lo que ellos no esperan de sus ciudadanos. Entre unos y otros hay hombres honrados y hombres que no lo son; a unos y a otros les tientan las mismas cosas. La única diferencia es que quienes gobiernan suelen tener menos controles y más facilidad para delinquir. El problema final de todo estado basado en la desconfianza es quién controla a los controladores.

A pesar de ser un bien tan grande, no hay reglas mágicas para conseguir la honradez de una sociedad. Lo cierto es que no se puede conseguir solo a base de leyes. Con elaborar una constitu-ción en la que se diga en el primer artículo «hay que ser buenos» no es bastante. Primero hay que saber en qué consiste ser buenos y después hay que querer efectivamente ser buenos. Lo primero es más fácil de tratar mediante la educación y teniendo presente el fuerte papel educativo que tienen las leyes.

Lo segundo es lo más difícil. ¿Cómo puede contribuir un go-bierno a que los ciudadanos quieranser buenos? Es un problema de conciencia. Un gobierno solo puede ayudar desde fuera: pre-miando el bien y reprimiendo el mal, y conservando por todos los medios el justo orden social. Cuando en una sociedad no hay jus-ticia, las conductas honradas resultan castigadas y las deshones-tas premiadas.

Para fomentar la honradez, hace falta que todo ciudadano esté seguro de que viviendo honradamente tiene ante el Estado las mismas oportunidades y los mismos derechos que los demás. Si resulta que obtiene más beneficios el que hace violencia o, lo que es más frecuente, el que soborna, se fomenta rápidamente la corrupción. Y si esto llega a ser generalizado, la situación es desesperada, porque entonces ser honrado resulta heroico. Por esta razón, la honradez de la función pública, y en particular que esté a salvo del soborno que es la plaga antigua y moderna de esa función, es vital para la salud de cualquier sociedad.

El papel del Estado en la sociedad es fomentar el bien común, pero no lo puede hacer solo. Se trata de estimular y orientar la actividad de la misma sociedad en favor del bien común. Con la experiencia de siglos, la moral social cristiana ha fijado un principio teórico que regula muy bien las relaciones entre autoridad y sociedad. Es el principio de subsidiariedad.

La palabra subsidiariedad viene de «subsidio» que significa «ayuda». El principio de subsidiariedad podría expresarse sencillamente así: «lo que puede hacer una sociedad o un ente menor no lo debe hacer una sociedad o un ente mayor». Es un principio de economía social. Se trata de respetar la iniciativa y de aprovechar las energías y las capacidades de los distintos componentes de la sociedad. Hay que partir de la iniciativa de las personas y de los grupos pequeños; los grupos más grandes y el Estado intervienen en un segundo momento, precisamente como ayuda, cuando las personas o las sociedades menores no tienen volumen o capacidad suficiente para resolver una cuestión.

Podemos imaginarnos la sociedad como una pirámide. En la base, tenemos los miembros de la sociedad organizados por vínculos familiares. A un nivel superior están las pequeñas sociedades que estos individuos forman para conseguir diversos fines: clubes, empresas, etc. Por encima hay otras sociedades mayores y así hasta llegar a la cumbre de la pirámide donde está el Estado, que gobierna el conjunto de la sociedad civil.



En principio, cada individuo y cada sociedad pequeña tiene su iniciativa, su energía y capacidad de obrar. Además, ordinaria-mente en ese nivel más bajo, se conocen mejor las necesidades, se facilita la especialización y se trabaja con más eficacia para conseguir los fines. Por ejemplo, un pequeño pueblo sabe mejor qué carreteras vecinales necesita pavimentar que un enorme ministerio centralizado, donde esa carretera pasa completamente inadvertida ante la multitud y la complejidad de los problemas pendientes de solución. El que ve todos los días la carretera, to-dos los días recuerda que hay que arreglarla; en cambio, al que solo ve papeles que hablan de miles de pequeñas carreteras, le da lo mismo una carretera que otra.

Pero también puede suceder que ese municipio carezca de capacidad técnica para arreglar su carretera, o que no tenga sufi-ciente presupuesto. Necesita, entonces, la ayuda de un órgano superior.

En la medida en que se baja hacia la base de la pirámide, se gana en adaptación: se está más cerca de los problemas y se mul-tiplican las iniciativas particulares, aunque con una visión más parcial y fragmentaria. En la medida en que se sube hacia el vér-tice, se tiene mayor perspectiva sobre los problemas y mayores medios económicos y técnicos para resolverlos; pero la cantidad y variedad de cuestiones dificulta la eficacia, crea problemas de organización y fomenta la burocracia.

El principio de subsidiariedad indica que, en la medida de lo posible, hay que estimular, fomentar y proteger la iniciativa de los entes inferiores; es decir, de la base de la pirámide. Y que los órga-nos superiores deben intervenir para ayudar; es decir, cuando los entes inferiores no tienen capacidad para resolver las cuestiones y en esa medida. Se trata de ayudar a esa iniciativa pero no supri-mirla. Solo debe sustituirla cuando no existe, y hay que procurar crear las condiciones para que exista. De esa manera se consigue que muchas cabezas, muchas iniciativas y muchos esfuerzos co-laboren en el fomento del bien común.

Naturalmente este principio no es matemático. No existen so-luciones exactas para los problemas sociales. Lo exacto solo se da en el ámbito de las matemáticas. Es un principio prudencial, es decir,

una regla que se basa en la dignidad de la persona humana y que sirve de orientación para tomar decisiones.

Como todo hombre tiene inteligencia, tiene el derecho y el deber de contribuir inteligentemente al bien común. Pertenece a la autoridad superior ordenar esta contribución; limitarla cuando exagera, suplirla en lo que falta y promoverla cuando no existe.

## 10. CON TODAS LAS FUERZAS DEL ALMA

Porque Dios existe

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas». Este es, como hemos visto, el Primer Mandamiento, el más importante. No es que los demás no tengan importancia, sino que no tienen la importancia que este tiene. Cada cosa en su sitio.

Como la moral se basa en descubrir y respetar el ser de las cosas, se comprende fácilmente que Dios ocupe un lugar muy especial. Dios no es una cosa más: es el ser más importante, del que todo lo demás depende. Se exige amarle «sobre todas las cosas» sencillamente porque está sobre todas ellas. Es el orden de los amores. La moral sigue sencillamente el orden de la realidad. Pero en esta parte se puede plantear una cuestión previa y es que no se puede amar a Dios sobre todas las cosas si antes no se cree que existe. La existencia de Dios se cuestiona con cierta frecuencia en nuestro tiempo. Para la inmensa mayoría de nuestros antepasados y para el conjunto de las culturas que han existido sobre la tierra, la existencia de Dios era obvia. A nadie -o a po-quísimos- se les ocurría ponerla en duda. Les parecía evidente: se sentían rodeados de los signos de la presencia y de la acción de Dios.

Hoy, en cambio, muchos se plantean esa cuestión; y otros se conforman con permanecer en la duda. Se puede decir que se han debilitado los signos de su presencia o por lo menos lo que antes se tenía por signos. Hay más dificultad para ver la mano de Dios en los acontecimientos de la historia y en las fuerzas de la naturaleza. En cierto modo, el mundo se ha desacralizado. Mucha gente, sin haber reflexionado demasiado, tiende a pensar que todo lo que le rodea es materia; incluso creen que ellos mismos y los demás son solo

materia. Evidentemente, no se puede encontrar a Dios cuando se tiene ese prejuicio materialista, Pero el problema no está en Dios, sino en ese prejuicio indemostrado e indemostrable.

El cristianismo defiende que Dios es creador de todo y por eso cree también que está en todas partes. Tomás de Aquino -y junto con este famoso teólogo medieval muchos otros- explica que Dios está donde actúa; y por eso está en todas las cosas, porque actúa en todas ellas cuando las crea y las mantiene en el ser.

Por eso, se pueden encontrar reflejos de la acción de Dios en la naturaleza: en la belleza de los paisajes espectaculares, en el esplendor del cielo estrellado, en la majestad de los horizontes despejados, en la serenidad de los desiertos y de los bosques, en la brillantez de las tormentas, o en el fragor de las tempestades marinas. En todas las cosas donde hay una esplendorosa manifestación de poder o de belleza, se puede intuir la mano de Dios.

Pero, sobre todo, a Dios se le encuentra en la intimidad del espíritu humano. Y no se le encuentra en otra parte si antes o al mismo tiempo no se le encuentra aquí. Porque, de todo lo que podemos experimentar, lo más cercano a Dios es precisamente las honduras de nuestro propio espíritu.

Dios está especialmente presente en lo que la Biblia llama el «corazón del hombre». Con esto la Biblia no se refiere a esa víscera muscular que impulsa nuestra sangre por el sistema arterial y que se puede trasplantar con ciertas dificultades técnicas, sino al centro del hombre, al núcleo de su intimidad, al lugar de su conciencia y de sus amores.

Y no es una presencia superficial, sino profunda: está en lo más íntimo: «Es más íntimo a mí que yo mismo», dice San Agustín. Y esto es así porque también nosotros somos criaturas de Dios: Él está actuando dentro de nosotros y causa nuestro ser. Si existimos es precisamente porque Dios quiere que existamos. Es como si desde dentro nos estuviera diciendo: «quiero que existas». Por eso, donde tenemos a Dios más cerca es en lo más íntimo de nuestra conciencia, aunque no lo sintamos.

Se le encuentra en los paisajes, en las tormentas y en las mareas cuando se le ha encontrado antes o al mismo tiempo en el corazón. El corazón lo intuye tras las manifestaciones grandiosas de belleza y de potencia, porque entra en resonancia con estas manifestaciones de Dios: encuentra fuera el reflejo de lo que lleva dentro.

Pero, como hemos dicho, hay un modo de mirar la naturaleza que reduce todo a materia. Por ejemplo, hay quien contempla una puesta de sol y en lugar de dejarse traspasar por su belleza, piensa en la difracción de la luz, que es la causa física del colorido del horizonte; y hay quien ve estallar las olas del mar y solo piensa en el movimiento ondulatorio. Así no puede percibir su belleza, ni desde allí elevarse a Dios. Tampoco puede captar la hermosura de una melodía quien está pensando en sus relaciones matemáticas, ni la de un cuadro si se piensa en la composición química de las pinturas empleadas, ni la de una poesía si se está pendiente del tipo de métrica. La belleza está en otro plano que la materia, más alto o más profundo, como se quiera, y se esfuma cuando queremos reducir todo al plano de la materia.

Con unos ojos demasíadomaterialistas es difícil ver la belleza y es más difícil todavía ver a Dios. Se puede intuir a Dios bajo la belleza pura y espectacular de las teorías físico-matemáticas que describen la intimidad material del universo; pero se requiere no quedarse en la superficie de la descripción, sino contemplar la teoría en su conjunto, mirar detrás de la multiplicidad de los fenómenos, superar el plano material y físico.

En realidad los términos «detrás» o «debajo» son aquí bastante relativos. También se podría decir por «encima» o «más arriba». No es una cuestión de posición en el espacio. No se quiere indicar que Dios esté realmente en una posición más alta o más baja que la materia, sino, sencillamente, que está en otro plano de la realidad. Supone el reconocimiento de que la realidad tiene muchos planos, de que no es plana.

Las ciencias positivas, tienen un modo propio de ver las cosas que consiste en despiezarlas. Tratan de saber cómo están compuestas o construidas; cuáles son sus materiales y componentes y de qué modo se estructuran. Por eso tienden a pensar que cada cosa es simplemente

la suma de sus materiales: reducen el todo a sus partes y pueden impregnar de una visión materialista a quienes se dedican a cultivarlas. Esta visión es útil en muchos aspectos, pero en otros resulta un estorbo. Dificulta obtener la visión del todo, impide ver que, con frecuencia, el todo no se reduce a las partes y, además, no sabe qué hacer con las cosas que no se pueden despiezar.

Por ejemplo, no se puede descomponer la belleza de un paisaje en piezas, ni se puede decir que la hermosura de una poesía sea la suma de unos componentes. Un paisaje o un poema tiene belleza en cuanto tal, todo entero, y no se puede despiezar. Para contemplar la belleza de las cosas, hay que situarse en un plano distinto del de la construcción material. La visión materialista destruye la belleza: no está preparada para tratarla.

Tampoco se pueden despiezar la dignidad del hombre, la justicia, la verdad, la amistad o el amor, y tantas profundas realidades que existen realmente, aunque de manera diferente a como existen las piedras, y que ocupan un lugar muy relevante en la vida humana. Están en un plano distinto del de las piedras.

Es como si el universo tuviera muchos planos, como si fuera una pirámide de planos diversos, unos encima de otros, diferentes, aunque profundamente unidos entre sí. La materia ocupa la base de la pirámide, pero la pirámide no es solo la base, ni se puede explicar recurriendo simplemente a la materia: la explicación material solo proporciona despieces pero no alcanza la lógica profunda de los todos, del orden del universo y de cada una de sus partes (¿por qué la ley universal de atracción de masas es como es?).

Quien cree en Dios, sabe que está en el vértice de esa pirámide y que es la explicación profunda de todo ese espacio no únicamente material que se capta desde el «interior» del hombre. Dios da plenitud de sentido al mundo de la belleza, de la verdad y del amor, a todo el inmenso universo de las cosas significativas.

Quien piensa que el universo solo es materia y que solo puede ser explicado materialmente, con esa técnica de despiece, es muy difícil que vea la pirámide. Con ese método, solo alcanza a ver el plano inferior, y en ese plano es difícil encontrar las huellas de Dios. Dios

no es una cosa y no tiene huella física. No está entre las cosas y no actúa sobre ellas a la manera en que actúan las cosas en-tre sí. Difícilmente se podrá deducir que una variación del campo magnético, por ejemplo, se debe a una cosa que se llama Dios. No es que Dios no pueda variar el campo magnético -puede hacer mi-lagros- sino que sencillamente lo deja funcionar. Sería poco serio crear unas leyes para luego cambiarlas continuamente.

La belleza se capta en otro nivel del que se capta el campo magnético, y Dios se capta todavía en un nivel más profundo o más alto (como se quiera) que la belleza.

Por eso, al que no cree en Dios, fácilmente se le queda el mundo plano. La pirámide se aplasta y todo se viene abajo. Fácilmente tiende a tratar todo como si fuera material, y desaparece de su vista una inmensa parte de la realidad. Otros no son tan reduccionistas; creen en las realidades que capta nuestro espíritu: en la estética, en la verdad, en el sentido, y levantan algo la pirámide, pero si no sitúan a Dios en su vértice, dejan la pirámide troncada, como una construcción incoherente; una acumulación de materiales nacida por casualidad y, por tanto, sin sentido global.

Para que la pirámide tenga plena coherencia hay que situar a Dios en su vértice. Entonces todo va a su sitio y se puede intentar comprender las sutiles relaciones que se dan entre los distintos planos de la realidad: Dios, la verdad, la belleza, el bien... Este orden de la realidad, en cuyo vértice está Dios, es también el fundamento del orden moral, del orden de los amores.

#### Dios y la voz de la conciencia

A Dios se le encuentra y se le trata en otro plano que a las demás cosas, y también en un plano distinto que a nuestros semejantes, los demás hombres. Dios no es un compañero como los demás. Es nuestro creador, que nos da el ser, y que sabe cómo nos ha hecho y para qué nos ha hecho. Por eso, la relación que tenemos con Él es completamente distinta de las otras relaciones.

La revelación cristiana nos dice que hemos salido de él y que estamos hechos para amarle. Es decir, que nuestra estructura interna

está pensada y preparada para amar a Dios. Por eso, el man-damiento de «amar a Dios sobre todas las cosas», no es una im-posición externa, sino que, en cierto modo, es la ley más íntima y fundamental de nuestro ser: estamos hechos precisamente para eso y no podríamos realizarnos como hombres, ni ser felices de otro modo. San Agustín lo ha expresado con una frase inmortal: «Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en Ti».

Esto significa que nuestra vida, nuestros fines, y nuestra felicidad no pueden ser planteados al margen de esa relación con Dios. La historia de nuestra vida, querámoslo o no, lo advirtamos o no, es, en su sentido más profundo, la historia de nuestra relación con Él. Una relación que entra en juego en todo lo que hacemos, aun-que quizá no nos damos cuenta. Al final, el éxito de nuestra vida consiste en llegar a amar a Dios sobre todas las cosas, que es lo que nuestra psicología desea en su fondo más íntimo.

Al decir que «amar a Dios sobre todas las cosas» es un man-damiento, podría parecer que hay que hacerse violencia para amarle así; cosa extraña, porque no se puede amar nada a la fuer-za. Y efectivamente no se trata de eso. A Dios se le ama en la me-dida en que se le conoce. Por eso la manera de cumplir con ese mandamiento no es hacerse violencia para amarle, sino procurar encontrarle y tratarle. No se logra de un golpe amar a Dios como merece ser amado. Es un proceso. A medida que se le descubre, atrae hacia sí las fuerzas del corazón y de la mente. Los mejores amores humanos, que también tienen gran fuerza de atracción, son reflejos del amor infinito que Dios merece, y pueden darnos una idea de lo que sucede.

Pero conviene recordar que se trata de una relación: es decir, que hay un interlocutor. No se trata solo de pensar cómo que-remos amar a Dios, sino también de descubrir cómo quiere Él que le amemos. Y eso se descubre en la intimidad de la conciencia.

Cuando se es fiel a lo que la conciencia dicta, se intuye vivencialmente que Dios está allí presente de algún modo y que la conciencia es un eco de su voz. Obedecer a la conciencia es, en el fondo, obedecerle, y rechazar la voz de la conciencia es rechazar-le, porque Él es el fundamento del orden moral que la conciencia

descubre. De ese modo la vida moral llega a convertirse, efectivamente, en una relación con Dios. Ningún asunto, por pequeño que sea, queda al margen: todas y cada una de nuestras decisiones libres son tomadas frente a Él, en su presencia.

Entonces la moral adquiere su sentido más pleno. Por eso decíamos al principio que la moral no es simplemente un conjunto de normas, ni de prohibiciones. La moral es un estilo de vida basado en nuestra relación con Dios. Moral es, en definitiva, el arte de crecer en el amor de Dios.

Y esto diferencia la moral de la ética. La ética es el resultado de una reflexión filosófica. Intenta fijar mediante un análisis del hombre y de su entorno, los principios por los que el hombre tiene que actuar y los aplica a cada situación. El hombre ético trata de ser fiel a unos principios, el hombre moral, en cambio, trata de ser fiel a Dios, ve a Dios detrás de los dictados de su conciencia. La perfección de la vida moral no consiste, por eso, en el mero cumplimiento de unas normas y mandatos, sino en la relación personal con Dios que lleva a amarle sobre todas las cosas.

Pero no hay dos morales, una de mandamientos y otra de amor, sino que la segunda incluye, plenifica y supera la primera. Desde luego cometería un ridículo error quien llegara a considerarse por encima de los mandamientos. Dios no se contradice y lo que nos dice en la conciencia no puede entrar en colisión con las normas morales - los mandamientos - que ha querido revelar. Tampoco puede entrar en colisión con los principios éticos que una sana inteligencia descubre. Al contrario, la moral absorbe e incorpora toda verdadera ética humana.

Dios ha querido darnos principios y mandamientos morales porque son necesarios para educar la conciencia, la orientan cuando duda, y sirven de pauta externa para comprobar que juzga rectamente. De hecho cuando se ha recibido una buena formación moral y cuando se procura vivir con rectitud, la conciencia se mueve espontáneamente dentro de ese marco, sin hacerse violencia; y no considera ese marco como un impedimento, sino como una ayuda para su actividad.



Dentro de ese marco hay muchísimo espacio. Dios ha querido dejar un margen muy amplio a la libertad de los hombres. Las normas morales señalan, por un lado, lo que no debemos hacer. Por otro, proporcionan un orden de valores y proponen los objetivos supremos de nuestra conducta, que son los mandamientos del amor a Dios y del prójimo. Dentro del marco y con la orientación de esos objetivos, el espacio para la creatividad es inmenso. Cada uno debe decidir cómo va a orientar su vida; cómo va a realizar los grandes mandamientos del amor de Dios y del prójimo; cómo va a buscar los grandes bienes del amor, la amistad, la cultura, etc.; y cómo va a atender a las distintas voces de los deberes que le reclaman para que se preocupe de las cosas, de las personas y de la sociedad. Pero cada decisión es tomada delante de Dios, presente en la conciencia.

En la plenitud de la vida moral se hace verdad lo que decía San Agustín en otra célebre expresión: «Ama y haz lo que quieras». El principio máximo de conducta, el principio en el que se puede resumir toda la moral acaba siendo el amor. Pero hay que entender este conocido dicho como es. No dice «haz lo que quieras y ama», sino «ama y haz lo que quieras». Primero ama a Dios sobre todas las cosas, y después haz lo que quieras. Porque si amas a Dios sobre todas las cosas, harás en cada instante lo que Dios quiere. Guiada por el amor de Dios la conciencia aprende a poner el orden justo en todos los amores. Quien ama a Dios sobre todas las cosas, vive con la máxima perfección toda la moral.

### Veneración y ofensa

Es claro que, a medida que respondemos a lo que Dios pide en la conciencia, lo amamos más y descubrimos más fácilmente lo que quiere de nosotros. El amor a Dios lleva a conocerle profundamente y a tratarle como merece.

Esto es una sorpresa. Solo cuando nos acercamos a Él, cuando empezamos a tratarle, caemos realmente en la cuenta de lo que significa que El es Dios. En el mundo exterior, Dios permanece como oculto. Es verdad que ha hecho el mundo y que, de algún modo, lo manifiestan las maravillas de la naturaleza. Pero lo manifiestan de un modo velado. La naturaleza -como le gustaba repetir al cardenal

Newman- es ambigua: revela pero también oculta a su creador: porque le separa de Él una distancia infinita: nada es capaz de representar adecuadamente lo que Dios es. Solo en las profundidades del espíritu humano, en el centro del cora-zón, se le llega a intuir veladamente.

Este es quizá el misterio más profundo del mundo. Estamos hechos para Dios y, sin embargo, Dios no se nos presenta de una ma-nera patente, hay que buscarlo. Se podría pensar que no quiere presentarse tal como es para no obligarnos. Dios quiere nuestro amor, pero no se impone. Las cosas están hechas de tal modo que si le queremos buscar y amar, lo encontramos y amamos; pero si no queremos, no. Están preparadas como si se quisiera garantizar la perfecta libertad del hombre, la perfecta libertad de nuestro amor. Así que depende enteramente de nuestra libertad amarle como merece y, en esa medida, alcanzar la meta de nues-tra existencia.

Por ese modo de obrar de Dios, puede parecer que le hacemos un favor cuando nos ocupamos de Él o de sus cosas. Luego se descubre que, en realidad, es Él quien nos hace un gran favor cuando nos permite llegar libremente hasta Él.

De lejos, Dios está como oculto. Solo cuando nos acercamos empezamos a descubrir lo que realmente significa ser Dios y la inmensa veneración y amor que merece. Esto no lo puede com-prender el que no se acerca, porque no llega a hacerse cargo de la grandeza divina. Al tratar con intimidad a Dios surge un inmen-so respeto. En todo amor verdadero surge ese respeto, pero en el caso de Dios mucho más; porque a Dios solo se le conoce a me-dida que se le ama.

El respeto inmenso que Dios merece se extiende también a todas las cosas que dicen relación a Él: el culto, los objetos, las personas y los lugares que se dedican al culto, etc. Entonces adquiere realismo el principio de que «hay que tratar santamente las cosas santas». Y se descubre la relación que tiene el amor de Dios y esa peculiar veneración que, a veces, la Sagrada Escriturallama el «santo temor de Dios».

Cuando se ha llegado a un cierto conocimiento vivencial de lo que es Dios, se entiende en profundidad lo que prescriben los tres primeros

mandamientos del Decálogo: En el primero, «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas»; en el segundo, «No tomarás el Nombre de Dios en vano», es decir ni jurarás, ni bromearás, ni, por supuesto, blasfemarás injuriando el santo Nombre de Dios o las cosas de Dios; en el tercero, «Santificarás las fiestas», es decir, sabrás dar a Dios el culto que merece, dedicándole tiempo y atención.

Acercarse a Dios supone exponerse al contraste infinito entre su maravilla y nuestra poquedad. Por eso, todo auténtico descubrimiento de Dios va unido a un nuevo conocimiento de la propia debilidad, de la propia indignidad y también de los muchos dolores que se han recibido de Él. Es un conocimiento que lleva de rechazo a conocer la verdad más profunda de la propia condición; y, por tanto, a la humildad verdadera, a la súplica confiada y a la acción de gracias. Poner a Dios en su sitio nos lleva a ponernos en el nuestro. Conocer a Dios es, por eso, lo más opuesto a la soberbia, al excesivo amor de uno mismo; como también sucede lo contrario: que la soberbia es el mayor impedimento para descubrir realmente quién es Dios.

Junto con el propio conocimiento, cuando nos acercamos a Él se abre ante nuestros ojos el abismo de otra realidad insospechada: el misterio del pecado. Solo quien ama a Dios percibe un poco de lo que esto significa: el misterio de que nuestros fallos y debilidades, no son simplemente errores superficiales, sino que son realmente ofensas a Dios.

Es otra diferencia muy clara entre la moral y la ética. Cuando en el horizonte de la conducta, solo tenemos principios y normas, los fallos -el haber obrado mal- se tratan como incoherencias entre la vida y los principios, o como transgresión de las normas. Así sucede en la ética. Pero en la moral es distinto. Como se fundamenta en una relación personal con Dios, los fallos afectan a esa relación: son, en realidad, rechazos de lo que Dios quiere de nosotros.

Para el hombre ético, la transgresión de la norma o la incoherencia con los principios es solo un error que daña únicamente al que los comete, sin alterar la norma ni el principio. Para un cristiano, en cambio, obrar mal es pecar: ofender a Dios, maltratar su amor, huir

de Él. No es simplemente un error, sino una ofensa; como también es una ofensa no corresponder a la petición de un amigo. Lo que está en juego es una relación personal, no un principio teórico.

El hombre ético lamenta sus errores, y si es recto, se propone evitarlos en el futuro. Pero el cristiano se sabe obligado a pedir perdón a Dios, como el amigo pide perdón al amigo que ha ofendido.

Una amistad auténtica no se mantiene si las faltas de delicadeza, los abandonos, las pequeñas o grandes injurias no se reparan. Cuando un hombre ha ofendido a la mujer que ama o a su amigo, se siente obligado a pedirle perdón y a reparar de algún modo la herida causada. El amor exige un arrepentimiento sincero, tanto mayor cuanto la ofensa haya sido más grave. Y exige también compensar las ofensas: tener manifestaciones de cariño inequívocas; es decir, claramente auténticas; hacer algo extraordinario para demostrar que, a pesar de todo, se ama realmente. Son exigencias del amor sin las que no sobrevive, porque no hay amor que resista la indiferencia.

Con Dios pasa exactamente lo mismo. Pero se ve más claro en la medida en que el amor de Dios es más grande. Por eso el sentido del pecado crece cuando avanza la vida moral y apenas existe cuando la vida moral es pobre. Paradójicamente, tienen más sentido del pecado los que están cerca de Dios que los que están lejos, a pesar de que, por decirlo así, aquellos «pecan menos».

Las personas que apenas tienen vida moral, tienen un pobre sentido del pecado: Si están muy lejos, la misma noción del pecado les resulta profundamente ajena, extraña y absurda: no les dice nada. Cuando hay alguna sensibilidad, se entiende que el pecado es una transgresión de la norma moral, y se puede aceptar teóricamente que existe una ofensa a Dios, aunque esto apenas tenga repercusión vital, es decir, aunque no se sienta. A medida que la vida moral avanza, es precisamente ese aspecto -el haber rechazado a Dios- el que se considera en primer lugar. Duele haberle rechazado y se siente la necesidad de dar muestras auténticas de arrepentimiento y de compensar de algún modo.

De todas formas, es oportuno hacer una pequeña aclaración: arrepentirse, no significa necesariamente «sentir» un dolor muy

intenso. Arrepentirse es más bien una decisión que un sentimiento: es querer volver, querer pedir perdón, querer renovar la amistad que se ha maltratado. Ese querer es lo importante. Los sentimientos pueden acompañar o no. Nuestra vida psicológica es compleja y está sometida a factores incontrolables. Unas veces estamos inspirados y llenos de sentimientos y otras no. Hay que contar con esas limitaciones también en nuestro trato con Dios.

### El compromiso del amor

Cuando entendemos el sentido del Primer Mandamiento, entendemos la coherencia de la moral cristiana cuya meta es el amor de Dios. Pero es una ascensión comprometida. Dios no es una idea, ni un principio, ni una norma: las relaciones con Él comprometen personalmente.

Quien ha llegado a conocerle, ya no puede vivir como si no le conociera, no puede prescindir de Él en su vida. Cuando se ha llegado a querer de verdad a una persona, surgen obligaciones mutuas. No cabe dejar de querer a un amigo porque se ha puesto enfermo o porque le van mal las cosas o porque a otros les cae mal. Al contrario, la amistad obliga a estar más cerca en los malos momentos. Toda amistad genera compromisos. Los lazos personales crean obligaciones de lealtad, que son las primeras que un hombre honrado se siente urgido a respetar. Algo semejante sucede con Dios. Acercarse a Dios es también comprometerse con Él.

Tres Evangelistas -San Marcos, San Mateo y San Lucas- recogen en sus Evangelios una escena que manifiesta muy bien esto. San Marcos, en el capítulo 10, cuenta que se acercó a Jesús un joven y le dijo: «¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?». Jesús le respondió: «Ya sabes los mandamientos», y le explica «no matarás, no adulterarás, no robarás...», etc. Él le respondió: «Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud». Entonces -sigue el Evangelio de San Marcos- «Jesús, poniendo los ojos en él, le miró con cariño y le dijo: "Una cosa te falta: ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme". Ante estas palabras se le oscureció el semblante y se fue triste porque tenía mucha hacienda».

Aquel joven había vivido cerca de Dios, era amigo de Dios y esto le puso a las puertas de un compromiso mayor. Sucede siempre así: quien se acerca a Dios, es llamado por Él Según se ve, a Dios le gusta apoyarse en quienes quieren amarle. Es la lógica de Dios que queriendo ser débil en el mundo, quiere sostenerse en la debilidad de quienes le aman.

Conocer y amar a Dios compromete. Y conocer mucho y amar mucho a Dios compromete mucho. Pero es un estupendo compromiso: el hombre está hecho precisamente para eso: para ocuparse de las cosas de Dios, para participar de sus intereses. Nada hay que tenga más belleza, y nada que pueda proporcionarle más alegrías. Y este amor es compatible con todas las circunstancias de la vida humana, con todo lo que sea verdadera-mente humano, porque todos los bienes se ordenan a Dios.

Esto que fácilmente se comprende en teoría, requiere valentía para intentarlo vivir. No olvidemos lo que acabamos de leer: «Al oír estas palabras, se le oscureció el semblante y se fue triste por-que tenía mucha hacienda». Y hay que prestar atención al comentario que hace el Señor al contemplar la escena: «Mirando en torno suyo, dijo Jesús a sus discípulos: ¡Qué difícil es que entren en el reino de Dios los que tienen mucha hacienda!», y añadió: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos».

Sin duda, con esas duras palabras, quería alertar a sus discípulos sobre lo fácil que es despistarse. Aquel joven era recto: había vivido bien, había buscado a Dios en su vida, había ascendido y había llegado a estar cerca de Dios. Pero en el momento más importante de su existencia, cuando Dios le quiere hacer de verdad su amigo, cuando le quiere dar lo mejor que hay en el mundo, que es su amistad, huye por el atractivo necesariamente pobre de unas riquezas pasajeras; prefiere su hacienda al amor de Dios: triste cambio.

Es un testimonio -uno más, pero elocuente- de la debilidad humana. Hay que tomar nota de la facilidad que tenemos los hombres para despistarnos incluso en los momentos más importantes. Es la contrapartida de la libertad con la que Dios ha querido que le

amemos. Por esa razón, importa mucho recordar que la vida moral no puede ir adelante si no es con mucha ayuda de Dios.

Hay que pedirla. En el mismo pasaje que comentamos se lee que «los discípulos se quedaron asustados y se preguntaban: "entonces, ¿quién podrá salvarse?". Y el Señor, fijando en ellos su mirada, les dijo: "a los hombres es imposible, pero a Dios no"». Para Dios no hay nada imposible. Dios puede conseguir que le amemos sobre todas las cosas.

Dios llama: ese es el dato fundamental para cada hombre. Fuimos llamados por Dios desde el momento en que quiso nues-tra existencia y desde entonces nos busca. Dios nos ama tanto como somos y quiere que le amemos con todas nuestras fuerzas. Toda nuestra vida es responder o huir a esa llamada: un crecien-te compromiso o un creciente rechazo, o un estar a dos aguas, respondiendo unas veces y negando otras. Por eso, al final el éxi-to o el fracaso de la vida moral se puede medir por el amor de Dios que se tiene.

Quien se acerca a Dios, lo trata primero, quizá, con la espe-ranza de obtener algún beneficio, pero después, si le trata mu-cho, el principal beneficio que obtiene, es que Dios descarga so-bre sus hombros el peso de sus intereses en el mundo. Convierte a quienes quieren buscarle en testigos de su amor.

La relación con Dios es un creciente compromiso. Es una amistad que va exigiendo al hombre, en todos los aspectos de su ser y de su obrar. Para tratar a Dios hay que irse elevando. Sucede como en las buenas amistades humanas, como con los buenos amores. Los amigos que se quieren y también los esposos, mejo-ran con su relación mutua. Cada uno exige del otro que mejore.

No es una exigencia dura y fría, sino una exigencia que realmente proviene del amor. Cuando se ama de veras a alguien, no nos acostumbramos a ver que está por debajo del ideal que ten-dría que ser: por eso, se le corrige, se le sugieren campos de me-jora, se le anima a mejorar. Esto no tiene nada que ver con la im-paciencia del que no es capaz de tolerar un error o un defecto. No se trata de que a uno le molesten los defectos del otro, sino que se le quiere tanto que nos gustaría que no tuviera defectos. Pero no hay que pedir

imposibles: mejorar cuesta tiempo y es-fuerzo; y nunca se acaba. El deseo de que mejore debe ir unido a la ayuda, a la comprensión y a la paciencia.

El que ama de verdad siente también la necesidad de mejorar para ser más digno del amor que recibe. El amor siempre ennoble-ce. Y esto se manifiesta desde los detalles más materiales hasta los más espirituales. Muchas cosas que uno no haría por sí mis-mo, llega a hacerlas porque entiende que les gustan a los demás. En un matrimonio que funcione, por ejemplo, los esposos se sienten obligados a conservarse bien, a vestirse bien, a presentar-se bien, porque entienden que son manifestaciones de aprecio para el otro.

Con el amor de Dios sucede algo semejante. Para ser dignos de un amor tan grande es necesario mejorar. Y esto no es solo un ra-zonamiento, sino que se llega a sentir como una necesidad. Dios es exigente con los que ama porque los quiere bien y quiere que sean mejores. Es un amor que con su relación corrige y mejora.

Todos los amores tienen una historia. Nacen en un momento dado y, después, crecen o se pierden. El amor es una realidad viva: no se puede llegar a una situación estable, o se avanza o se retro-cede; o madura o se marchita. Hay que cuidarlo como un tesoro, porque, verdaderamente, es el mayor tesoro de la vida humana; es lo único que da auténtica felicidad en esta vida. Cuando se comprende esto, se entiende que toda la moral tiene que ver con la tarea de construir el amor a Dios y al prójimo, de hacerlo posi-ble, de permitirle crecer, quitando lo que daña y lo que estorba. Y el mejor de los amores es el amor de Dios.

El amor de Dios suele conocer distintas etapas, que han des-crito muy bien los grandes místicos como Santa Teresa o San Juan de la Cruz. Ellos lo comparan con la ascensión a un monte. Es una imagen que tiene mucha tradición y que ya se utilizaba en los primeros tiempos del cristianismo. Para llegar a Dios hay que ponerse a subir. El camino sigue una pendiente ascendiente que pasa por distintos momentos.

La primera etapa es de descubrimiento, de enamoramiento, como también sucede en los amores humanos. El descubrimien-to de la



belleza del amor produce entusiasmo. Dios se sirve, ordinariamente, de la fuerza del entusiasmo para plantear las primeras exigencias. Y va mostrando en qué puntos debe ir cambiando el que le ama: qué aspectos de su conducta son incompatibles con su amor. Se descubre entonces aquellas manifestaciones más bastas de pereza, de egoísmo, de sensualidad, que estorban, deforman o hacen imposible el amor divino; la conciencia empieza a señalarlos y exige que se quiten.

Cuando el tiempo pasa, las cosas cambian un poco. Se pierde la ilusión de la novedad; el trato no da tantas alegrías; pasa el entusiasmo de la primera hora y se nota más la aspereza de la lucha por arrancar los defectos. La experiencia de las cesiones y derrotas lleva a ser realistas y calcular mejor las dificultades. Se comprende que la ascensión no es ni tan fácil ni tan rápida como parecía al principio. Pero hay que seguir adelante y el impulso ya no puede venir del entusiasmo sino de la fidelidad. Hay que mantenerse fiel al amor de Dios y responder a lo que pide en la conciencia: hay que seguir arrancando de la propia vida lo que se ve que es incompatible; y reparar con mucho amor las infidelidades. Lo peor sería acostumbrarse, en este punto del camino, a ser infiel.

Para mejorar al que ama, Dios se sirve también de las dificultades y dolores de la vida. El amor que espera crecer de Dios llevado solo por los gustos, se equivoca porque tiene mucho de egoísta. Dios se preocupa de purificar el amor, quitando gusto y haciendo que aparezcan las penalidades de la vida. Ordinariamente, no son penalidades grandes, sino las normales: las pequeñas complicaciones de salud, de trabajo, de las relaciones humanas; esas dificultades inoportunas o molestas que, a veces, hacen perder la paciencia o nos dejan desabridos o desentonzados. Pero hay que aceptarlas sin quejarse demasiado, y mejor sería no quejarse en absoluto. Hay que ser fieles a Dios también cuando no proporciona tantas satisfacciones como al principio.

Se requiere entonces un amor más maduro, alimentado por un conocimiento mejor de Dios y por un trato más intenso con Él. Para eso es necesario dedicar un tiempo a la oración mental, esto es imprescindible si se quiere avanzar. La oración es un fundamento insustituible del trato con Dios. A Dios no se le puede ni comprender

ni seguir si no se tiene la costumbre de hacer ora-ción mental. Para entender mejor la lógica de Dios es necesario meditar lo que sucede, hacer examen de la propia vida, pedir lu-ces a Dios, mostrar las propias disposiciones. Para seguir, hay que dedicar un tiempo fijo a la oración mental. Dios puede hacer extraordinarios y conceder un amor muy fuerte a quien quiera; hay mucha experiencia de esto. Pero, ordinariamente, se necesi-tan esos tiempos de oración para llegar allí.

Desde entonces, la ascensión por ese monte se hará con una alegría más profunda que el entusiasmo de los comienzos y tam-bién más fuerte, aunque no tan aparatosa. Tampoco faltarán en este trecho épocas más difíciles de oscuridad, de dolor o de in-comprensión. Son parte de lo que San Juan de la Cruz llama la «noche oscura del alma». No hay que tenerles miedo, porque no hay que tener miedo a Dios, que es siempre un compañero fiel, con esas dificultades quiere mejorar al que ama; pero no le aban-dona, porque Dios nunca abandona si no se le quiere abandonar. Por ese camino se acercará, el que sea valiente y decidido, a amar a Dios sobre todas las cosas. Los místicos cristianos, como San Gregorio de Nisa, Santa Teresa, San Juan de la Cruz han señalado con gran belleza cómo son las etapas por las que se asciende. El que quiera saber más debe acercarse a ellos para conocerlas. Un bello resumen del itinerario se puede encontrar en la homilía Hacia la Santidad de San Josemaría Escrivá.

Este es un saber precioso y oculto. Es precioso porque es el sa-ber más importante de todos. Y está oculto no porque Dios no lo quiera mostrar, sino porque solo lo encuentran y comprenden los que tienen la valentía de subir por ese camino. A los demás, estas cosas les parecen invenciones locas que conducen a llevar una vida absurda. Sin embargo, Dios está presente en el mundo y este es el camino para encontrarle y amarle sobre todas las cosas. Como hemos dicho al principio, hay que empezar por buscarle dentro del alma.

### TERCERA PARTE. GRACIA

Este libro ha seguido varias etapas. En la Primera parte, he-mos estudiado los fundamentos de la moral. Analizamos lo que son bienes y deberes; dentro de ese marco, estudiamos el papel de nuestra conciencia y de nuestra libertad.

En la Segundaparte hemos visto separadamente los deberes que tenemos .hacia los distintos tipos de realidades: el mundo material, los demás hombres, la sociedad y Dios.

Para desarrollar esto, nos hemos basado principalmente en lo que podemos descubrir con la razón y solo de cuando en cuando hemos recurrido a la doctrina cristiana para apoyar algún punto o tomar una expresión acertada. Todo lo demás podría ser com-partido por muchos hombres, creyentes o no; y de hecho mu-chos hombres de buena voluntad lo comparten.

Al llegar al capítulo 10, nuestra exposición ha cambiado de tono. Al caer en la cuenta de que Dios es un ser personal que ha-bla en nuestra conciencia, nos hemos situado en el plano religio-so, que es el plano propio de la moral. Entonces han aparecido elementos que no se dan en la ética: la necesidad del trato perso-nal con Dios, el valor de la conciencia como voz de Dios, el sen-tido del pecado como ofensa a Dios, el arrepentimiento como re-conciliación con Dios y el desarrollo de la vida moral como un creciente compromiso personal con Dios. Nos hemos basado en estas ideas para desarrollar ese capítulo. También podríamos en-contrar muchos no cristianos que creen en Dios y que piensan como nosotros en esos puntos.

No hemos llegado todavía, por tanto, a lo que es propio de la moral cristiana. Todo lo que hemos dicho está en la moral cris-tiana, pero no es «lo propio» de la moral cristiana. Todo lo que hemos dicho era necesario decirlo, pero no es suficiente; queda lo más importante. Si no lo hemos dicho antes es porque, para entenderlo, se requiere cierta preparación.

Pues bien, lo esencial de la moral cristiana, la última palabra, la clave de todo, es Cristo. La esencia de la moral cristiana, como bellamente supo exponer Romano Guardini, no es un conjunto de principios ni de normas morales, sino una persona real e histó-rica que ha vivido en esta tierra: Jesús de Nazaret.

Por eso, no podemos limitarnos a estudiar los principios éti-cos que la razón puede alcanzar, ni las motivaciones religiosas que dan vigor y sentido a la conducta. Además, hay que hablar de ios misterios de la

vida de Cristo y explicar porqué Cristo es el centro de la moral cristiana.

En la Terceraparte de este libro, trataremos del misterio de su persona y de su muerte (El Misterio Cristiano); después hablaremos de la inserción mística de cada cristiano en su vida (El Cuerpo de Cristo); y finalmente, estudiaremos las manifestaciones vitales de la unión con Cristo (El Espíritu de Cristo). Al final del libro veremos que la moral cristiana se puede definir como «el arte de vivir en Cristo».

## 11. EL MISTERIO CRISTIANO

### La Unción de Cristo

En una ocasión, el Señor preguntó a sus Apóstoles sobre lo que pensaba la gente acerca de Él. Pedro le contestó. Lo que la gente pensaba entonces, es muy parecido a lo que piensa hoy: unos creían que Jesucristo era un profeta, un hombre de Dios, como tantos que habían existido en la historia de Israel; otros lo tenían por un maestro, como una doctrina de elevada sabiduría moral; otros pensaban que estaba loco o que era un farsante. Pero esto último Pedro no lo quiso decir. Entonces, el Señor les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

Pedro respondió. Quizá no era del todo consciente del alcance de lo que decía, pero su respuesta expresa perfectamente la fe que la Iglesia tiene en Jesucristo: «Tú eres el Mesías, el hijo del Dios vivo». «Mesías» es una palabra hebrea que significa lo mismo que «Cristo», que es una palabra griega. «Mesías» y «Cristo» quieren decir «ungido». Jesús de Nazaret es el Ungido, el Mesías, el Cristo. Por eso, cuando utilizamos la palabra Jesucristo, hacemos una confesión de fe: Jesús de Nazaret es el Cristo, el Mesías de Dios esperado por Israel.

Y ¿qué significa esto? Para explicarlo bien, habría que penetrar muy hondo en la historia y en la mentalidad de Israel. Nos llevaría lejos. Basta saber que el Mesías era una figura anhelada; en él se iban a cumplir plenamente las promesas de Dios a Israel.

Esa figura significaba la salvación y exaltación que Israel esperaba de su Dios; por eso, el Mesías es también «el esperado».

Y ¿por qué «ungido»? En Israel, como en otras culturas, se ungía y consagraba con aceite especial a los hombres que habían de desempeñar una misión importante. La unción era la señal externa de la elección de Dios para desempeñar una tarea especial y también la garantía de que Dios daría las dotes y las energías necesarias para llevarla bien. Por eso se ungía y consagraba con aceite a los Reyes, a los Sacerdotes y a los Profetas.

La figura del Mesías, se anuncia como totalmente singular. No va a ser un ungido más, sino «el ungido»: a la vez, sacerdote y profeta y rey. Su unción no va a ser simbólica, sino real: no va a recibir solo la garantía de la ayuda de Dios, sino que, en los textos proféticos, especialmente de Isaías, se anuncia que el Mesías será ungido nada menos que con el mismo «Espíritu de Dios». Es decir, tendrá toda la fuerza y la energía de Dios: la misma intimidad divina por la que Dios es Dios.

El misterio de Cristo, Ungido por el Espíritu de Dios, se manifiesta a lo largo de su vida, cuando Jesús de Nazaret, con su palabra y con sus obras, muestra que es verdaderamente el Hijo de Dios, que participa plena y eternamente de la intimidad divina; y que por eso está lleno del Espíritu de Dios o Espíritu Santo.

El misterio de Cristo, Mesías e Hijo verdadero del Dios verdadero, está expresado en el simbolismo de una escena muy bella, que recogen los cuatro Evangelistas: el Bautismo del Señor. Cuentan los Evangelistas que, estando un día Juan el Bautista bautizando junto al río Jordán, se le acercó Jesús de Nazaret, y le pidió que lo bautizase. Juan el Bautista se negaba porque se sentía indigno, pero ante la insistencia de Jesús, lo hizo. En ese momento, escuchó una voz que le decía: «Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias, escuchadle». Y al ver Juan el Bautista, en ese momento, una paloma sobre Jesús, entendió que se le estaba manifestando el misterio del Mesías, pues la paloma representaba el Espíritu Santo. De ese modo, al oír la voz del Padre y entender la unción del Espíritu Santo, se le manifestó el misterio de Jesús, Mesías e Hijo de Dios.

Esta es la fe de la Iglesia en Jesús de Nazaret, y se puede expresar en las palabras de Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». La Iglesia entiende que en Jesús de Nazaret se cumplen las promesas de alianza, salvación y plenitud que Dios había hecho a Israel y que Jesucristo es Hijo verdadero de Dios, «Nacido del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero», como recitamos en el Credo.

En el precioso prólogo del Evangelio de San Juan, se resume a la vez el misterio de la persona de Cristo y de su misión: «Vino a los suyos y los suyos no le recibieron, pero a cuantos le recibieron les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios... El Verbo (la Palabra de Dios, el Hijo de Dios) se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria, gloria como hijo unigénito del Padre».

Con el misterio de Cristo la moral cristiana recibe unas dimensiones completamente nuevas: Dios se ha hecho hombre para que los hombres pudiéramos llegar a participar de la vida divina. En la Biblia el nombre simbólico del Mesías, es el «Enmanuel» (en castellano, Manuel), que significa «Dios con nosotros». Dios ha querido vivir entre nosotros. Pero no solo cuando hace dos mil años vivió en Israel. El misterio de la moral cristiana es que Cristo, «Dios con nosotros», se mete en la vida de cada cristiano. La vida cristiana consiste en identificarse con Cristo; en vivir en él, con Él y por Él.

Cada cristiano también es ungido por el Espíritu Santo y convertido en hijo de Dios. Está llamado a que su personalidad se realice en la persona de Cristo. Y está llamado también a participar en su misión salvadora.

Hemos visto que el pecado es la razón última de las incoherencias humanas y la razón última del mal en las sociedades y en el mundo. La misión de Cristo va a ser mucho más universal y definitiva de lo que Israel imaginaba. Cristo va a manifestar lo que es el pecado y va a disponer el camino para vencerlo, con su muerte y resurrección.

Con el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, Dios va a darnos la oportunidad de reparar nuestros pecados y de convertirnos en hijos suyos. En esto consiste la moral cristiana. En participar de ese

gran don, de esa gracia, que Dios liberalmente ha querido darnos con la muerte de su Hijo y la participación de su Espíritu Santo.

Después de haber tratado ahora de la persona de Cristo, en los apartados siguientes hablaremos de su misión. Primero veremos que la Cruz manifiesta la verdadera dimensión del pecado; después veremos que con ella se da un sentido nuevo al sufrimiento humano; finalmente, trataremos de la Resurrección de Cristo y veremos que da también un sentido nuevo a la muerte.

En esta parte del libro, tenemos que cambiar el modo de expresarnos: no estamos en el terreno de la ética, sino en el de los misterios de Dios. El lenguaje de la ética es un lenguaje de conceptos, de principios, de formulaciones abstractas; el lenguaje de los misterios de Dios, en cambio, es el de las palabras y gestos de Cristo, llenos de simbolismo. Necesitamos descubrir el sentido de los hechos principales de su vida, especialmente, de su muerte y de su resurrección.

### El pecado y la Cruz

Acostumbrados ya a contemplar la Cruz como símbolo principal del cristianismo, no nos llama la atención. La vemos coronar los edificios de culto y colgar en los muros de las habitaciones o sobre el pecho de los cristianos, y no choca en nuestra mirada como un símbolo horrible y desconcertante. No nos resulta insoportable, pese a la terrible paradoja que encierra: Dios crucificado. El Hijo de Dios hecho hombre y crucificado.

«Vino a los suyos -dice el evangelista San Juan- y los suyos no le recibieron». No solo no lo recibieron, sino que lo persiguieron y no pararon hasta darle muerte. No debemos acostumbrarnos a este hecho tan fuerte y tan dramático: Dios que se hace hombre -Dios con nosotros-, que quiere vivir entre los hombres y compartir con nosotros nuestras alegrías y nuestras tristezas, y que es brutalmente rechazado y puesto en el patíbulo.

Y no se trató de una casualidad, no fue un accidente, no fue la reacción imprevista de unos locos o de unos fanáticos. Lo llevaron a la Cruz los responsables del pueblo de Israel, el pueblo elegido por

Dios, con quien Dios tenía una alianza. El pueblo que esperaba un Mesías, un enviado de Dios, lo rechazó porque no coincidía con la idea que se habían hecho de él.

Este tremendo error -ese tremendo pecado- sucedió una sola vez en la historia. Pero sería resolver las cosas demasiado rápido pensar que ese horrible rechazo de Dios afecta solo a los que en ese momento rodeaban al Señor. No; en el misterio de aquella tremenda injusticia, de algún modo estamos implicados todos los hombres.

Quienes mataron a Dios no sabían que era Dios. Creían que era un hombre cualquiera, solo que particularmente molesto. Quizá no podían o no querían creer que era Dios. Desde luego no coincidía con la idea que tenían de Dios. Si hubieran sabido que era el Hijo de Dios, no se hubieran atrevido a hacer lo que hicieron. Pero no por eso, deja de ser horrible. No es necesario maltratar físicamente a Dios, dándose perfecta cuenta de que es Dios, para cometer una brutalidad. No es necesario desear matar a Dios para pecar. Eso, en realidad, es imposible: excede por completo las posibilidades de la psicología humana. Los hombres no tenemos una capacidad de mal tan grande: solo somos criaturas limitadas para el bien y para el mal.

Nadie se atrevería a rechazar a Dios si lo viera con todo su poder y su grandeza. Nos sentiríamos abrumados. Pero ¿cómo trataríamos a Dios, si no le tuviéramos miedo, si se pusiera realmente a nuestro alcance? Esto es lo que ha sucedido en la historia de Cristo. Por eso, no está fuera de lugar pensar en el papel que hubiéramos jugado en aquellas horas tristes en que fue apresado, juzgado, condenado y llevado al patíbulo. Seguramente habríamos jugado un papel semejante al que jugaron los hombres de entonces: habríamos perseguido, o aprobado, consentido en la conducta, o, por lo menos, lo hubiéramos abandonado por miedo.

Pero nos puede faltar realismo a la hora de representarnos aquellas escenas. En realidad, es suficiente con representarse las escenas de todos los días. Porque allí también pasa Dios, aunque no sea fácil reconocerle: allí también le perseguimos, le rechazamos y le abandonamos. Todos los hombres rechazamos y huimos muchas veces del Dios que habla en nuestra conciencia, del Dios que se insinúa, que



pide suavemente, que apenas se deja entre-ver. A este Dios que se acerca -Dios con nosotros-, fácilmente lo maltratamos.

Dios nos busca en el fondo de la conciencia, y nos busca en el hombre que pasa a nuestro lado. No se debe olvidar alegremente el «realismo» misterioso de aquellas palabras del Señor sobre el juicio final: «Apartaos de mí, malditos (¡qué sorpresa oír a Cris-to hablar, al final, en ese tono!), porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber... Y le pregun-tarán: pero Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o...?». Y esto sucede con las omisiones, no digamos nada si lo que hubiéramos hecho fuera insultar, calumniar, maltratar, hu-millar, engañar, abusar...

«Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron». En el hecho histórico del rechazo de Cristo, están expresados todos los pecados humanos, todos los rechazos al Dios que se acerca, al Dios real, al Dios que habla en el fondo de la conciencia, al Dios que se presenta en nuestros hermanos, los hombres. En el misterio de la Cruz, se revela lo que es el pecado, lo que es el rechazo de Dios que se acerca. La Cruz es el símbolo de todos los pecados,

Todos los pecados no son iguales. Tampoco todos los que par-ticiparon en la muerte de Cristo en la Cruz, participaron de la misma manera: unos le abandonaron por miedo, otros dejaron hacer con indiferencia y otros lo persiguieron con saña. Hay también pecados de abandono, de debilidad y pecados de mali-cia: hay momentos donde nos olvidamos de Dios por atolondra-miento; hay momentos donde huimos de Dios porque nos resul-ta incómodo; y puede haber momentos incluso en que nos irrite y le rechazemos.

Es muy difícil llegar a tener odio a Dios, entre otras cosas, por-que cuando nos alejamos de Él, no lo encontramos en las cosas ni en la voz de la conciencia que se apaga. Sin embargo, hay una manifestación característica del rechazo de Dios, que es la aver-sión o repugnancia a los hombres buenos. No se odia a Dios por-que no se le ve, pero se odian las manifestaciones de su gracia. Es una señal evidente de que algo extraño sucede en el corazón del hombre y de que el pecado es algo más que un simple error teórico o técnico.

En cualquier grupo humano se da el mismo fenómeno. En una fábrica, en un cuartel, entre un grupo de estudiantes, quizá hay un hombre realmente bueno y no simplemente débil o tímido, sino realmente bueno, honrado y justo; que cumple con perfección su deber, que trata a los demás con afecto verdadero, que está siempre de buen humor. Basta un poco de experiencia humana para imaginar con seguridad qué extrañas reacciones suscitará entre sus compañeros.

Unos lo admirarán sinceramente, aunque quizá no se vean con fuerzas para imitarlo; otros lo mirarán con cierta lástima porque pensarán que es un modo de ser demasiado ingenuo. Pero es seguro, y al mismo tiempo una terrible paradoja, que habrá otros a quienes la simple presencia de aquel hombre irrite: solo porque es bueno y no por otro motivo. Existe toda una gama de rechazos, que va desde la broma ligeramente mordaz, hasta la manía patológica, que tienen ese origen inconfesable. Ante sus ojos, aquel hombre se irá recubriendo de una capa cada vez más densa de motivos para resultar insoportable.

La presencia real y ejemplar del bien enoja a quienes obran mal porque les echa en cara, aunque no lo pretenda, su conducta desviada. El que obra mal y no quiere reconocer su error se siente atacado: quizá ha conseguido callar la conciencia, pero no consigue extirpar del mundo el reproche que una sola conducta honrada echa sobre todas las conductas torcidas. Es una réplica incómoda que recuerda, inoportunamente para el que no quiere rectificar, que su conducta es mala, que son torcidos sus intentos de justificarse o de olvidarse.

Esta es la razón por la que, antes o más tarde, todos los hombres rectos padecen persecución. El mismo Cristo lo anunció; San Juan lo recoge en su Evangelio: «Si el mundo os odia, tened presente que me ha odiado a mí antes que a vosotros. Si fuéis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero, como no sois del mundo porque yo os escogí del mundo, el mundo os odia. Acordaos de lo que os he dicho: el siervo no es más que el amo. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os van a perseguir» (15, 18-20).

Esta es la razón por la que Cristo padeció. No es posible explicar de otro modo que el Hijo de Dios, que necesariamente sería el hombre más bueno que haya vivido en este mundo, haya sido odiado

hasta el punto de hacerle morir en la Cruz. No po-dían destruir al Dios que estaba lejos, pero ajusticiaron al que es-taba cerca.

No podemos representamos la muerte de Cristo como si no tuviera nada que ver con lo que hacemos todos los días, como si no tuviera relación con nuestros pecados. Todos los hombres han tomado y tomamos parte en el rechazo de Dios. Todos los hombres contribuimos a envenenar el mundo, a estropear la vida nuestra y la de los demás y la vida de las familias y de las socie-dades, porque huimos, rechazamos y maltratamos al Dios que habla en el fondo de nuestra conciencia. Todos los hombres par-ticipamos en el rechazo de la Cruz, en la muerte humillante del Hijo de Dios.

### El sentido del sufrimiento

El dolor tiene un papel en la madurez humana: los hombres ma-duramos al contacto con las dificultades, con los trabajos, con las penas, con los dolores. Ese contraste fortalece la personali-dad. Nada grande se hace en este mundo sin mucho sacrificio: lo requieren las grandes obras y también los grandes amores. Son inmaduras, en cambio, las personas que se han encontrado todo hecho, que no han tenido que trabajar para levantar nada, que no han sabido sacrificarse por un ideal o por un amor. El sufri-miento ennoblece al hombre; nos prueba, nos enreca y purifica nuestras debilidades; nos hace más comprensivos y más sabios.

Pero tiene un límite: hay sufrimientos que destrozan el espíri-tu y que quiebran la personalidad. Junto al dolor constructivo, que se asemeja al del deportista que necesita entrenarse para su-perar marcas, está un dolor destructivo, al que es difícil encon-trar sentido. Está el dolor insoportable de una enfermedad; el agobio instintivo ante la muerte; los desalientos y los fracasos profesionales, los reveses económicos, la derrota y la ruina. Está la amargura de contemplar la destrucción de nuestros proyectos y realizaciones; la angustia de ver sufrir o destruirse a la persona que amamos. Está el abatimiento que causa ver el triunfo de la injusticia, la humillación de los débiles y el sufrimiento de los inocentes. Está el horror de las torturas y de los medios espanto-sos que los hombres hemos encontrado para someter, manipular y vengarnos de nuestros semejantes.

Estos son los sufrimientos que nos abaten y a los que es difícil encontrar un sentido positivo. Estos sufrimientos nos ponen crudamente ante el misterio del dolor y nos hacen clamar a Dios, preguntando porqué. Pero mientras dura la historia, la respuesta de Dios al sufrimiento del mundo, es la Cruz.

La Cruz de Cristo revela un sentido nuevo para el dolor. Cris-to, el Hijo de Dios, colgado en la Cruz, comparte con todos los hombres el dolor físico, la soledad, el desprecio y la persecución injusta. El Hijo de Dios ha querido hacerse hombre y vivir las consecuencias de nuestra condición humana, hasta las más du-ras. Así todos podemos tener la certeza de que nuestro Dios nos comprende y está cerca de nosotros: comparte el dolor físico y el dolor moral: sabe lo que es sufrir, ser despreciado y morir.

Por eso, la Cruz es también el símbolo de la solidaridad de Dios con todos los que sufren, especialmente con los que sufren ino-centemente, injustamente. En la Cruz de Cristo están recogidos todos los sufrimientos de los hombres. Todos acompañan a Cris-to, en el misterio de la Cruz. Son, en cierto modo, como otros Cristos. Sin penetrar en el misterio de la Cruz de Cristo no pode-mos entender el sentido del dolor del mundo.

La Cruz da un nuevo sentido al sufrimiento que ha surgido del pecado. Cristo, que padece por ser justo, que padece precisa-mente por ser Dios, acepta el padecimiento y lo convierte en ora-ción y sacrificio. Ruega al Padre que perdone el pecado de los hombres: «Perdónales -dice-, porque no saben lo que hacen». Acepta el sufrimiento y lo ofrece a su Padre: como se ofrece un regalo, como un testimonio de amor. Despojado de todo, se ofre-ce a sí mismo: entrega el dolor de su cuerpo, el sufrimiento de su alma, y su muerte.

Desde entonces, el dolor humano puede adquirir ese sentido divino. Puede ser ofrecido a Dios, unido al de Cristo, como testi-monio de amor por Dios y de amor por todos los hombres. Nos purifica cuando lo sufrimos, pero también purifica todas las co-sas del mundo si lo sabemos unir al de Cristo. Siendo parte del de Cristo, contribuye a la pacificación del mundo, al triunfo de la justicia, a la conversión de todos los hombres.

Esto no quiere decir que haya que quedarse indiferentes ante el dolor, el sufrimiento, la injusticia y la muerte: hay que luchar contra ellos; hay que evitarlos cuando se puede; pero muchas veces no se pueden evitar, se presentan en nuestra vida sin que podamos hacer nada. Entonces, acordándose de Cristo, hay que aceptarlos con amor, unirse a la Cruz de Cristo y esperar con Él la resurrección. En la tremenda soledad que causa en nosotros el sufrimiento, el dolor y la muerte, encontramos la compañía inesperada de Cristo.

La Cruz es un misterio. Sin duda, los hombres hubiéramos elegido otro método para reparar el pecado del mundo: hubiéramos preferido la violencia: hubiéramos perseguido a los pecadores, y los hubiéramos castigado y destruido. Pero eso es porque no pensamos como Dios y porque no entendemos lo que es el pecado. Dios ha preferido la Cruz. Ha preferido mostrar en la Cruz lo que es el pecado, mostrar en la Cruz su amor por los hombres e invitar desde ella al arrepentimiento. Dios no quiere convertir al mundo por la fuerza sino por la Cruz.

La escena terrible en que Dios padece con amor el rechazo de los hombres, es una invitación al arrepentimiento y una garantía del perdón de Dios. San Lucas recoge en su Evangelio (23, 39), el precioso detalle de la conversión de uno de los malhechores que habían colgado en otra cruz, al lado del Señor. Viendo allí a Cristo padecer injustamente, se arrepiente, y le ruega que se acuerde de él; inmediatamente, Cristo le consuela, le perdona y le promete la vida eterna.

La Cruz es la norma que Dios ha querido dar a este mundo desquiciado por el pecado. La señal de la acción de Dios en el mundo no es el poder, ni la violencia, sino la Cruz. Mientras dure la historia, la Cruz es el símbolo, la bandera, el lábaro de Dios entre los hombres. Toda una lección sobre cuál es el método cristiano para arreglar el mundo.

### El Misterio Pascual

Es una utopía pensar que solo con medios humanos se puede arreglar el mundo. La causa más profunda del mal no es un error de planteamiento, ni un defecto técnico, es un problema moral: es el

pecado. En el origen de todos los males del mundo está la se-paración de Dios. Eso es lo que ha introducido e introduce conti-nuamente el desorden en el interior del hombre y de las familias y de la sociedad. Por eso, no bastan para arreglar el mundo ni las soluciones teóricas, ni las soluciones técnicas.

Las grandes soluciones teóricas para el mundo han resultado ser sueños peligrosos de la razón; a veces, verdaderas pesadillas. En nuestra época tenemos una triste experiencia de las utopías que creían poseer la fórmula para arreglar rápidamente los males del mundo. Basta pensar en los horrores nazis y comunistas; y en las barbaridades espantosas que han justificado con el intento de hacer un mundo mejor. Las fórmulas utópicas, siempre demasia-do sencillas, han escamoteado el problema del pecado. Hacen re-: caer la culpa de todos los males en algo (la propiedad privada, la ignorancia, etc.) o alguien (los judíos, las razas inferiores, los burgueses, etc.), olvidando que la causa de los males del mundo está en el fondo de todos los corazones.

Tampoco los avances técnicos logran arreglar el mundo. Los inventos de la inteligencia humana consiguen mejorar aspectos parciales, a veces muy importantes. Gracias a la técnica, por ejemplo, hemos podido salir de condiciones de vida miserables, se ha expandido la cultura; más hombres han tenido la posibili-dad de vivir dignamente; ha tenido un efecto enormemente be-neficioso. Pero todos los frutos de la inteligencia son ambivalen-tes: arreglan aspectos de la actividad humana, pero no llegan a arreglar el hombre mismo. No es la técnica la que hace al hom-bre, sino el hombre a la técnica. Por eso, todos los adelantos de la técnica y la civilización se pueden emplear para hacer más dig-na la vida humana y también para hacerla más indigna; para ha-cerlo más libre y para manipularlo más científicamente.

El esfuerzo del hombre por encontrar soluciones teóricas y técnicas a los problemas del mundo, es legítimo y necesario. Te-nemos una inteligencia para emplearla. Pero no hay que olvidar la raíz moral del mal del mundo. Las fuerzas humanas no son bas-tantes para arreglar el pecado; la ruptura más íntima del hombre es su separación con Dios. Y, como señala el mismo Jesucristo, es precisamente de allí, del centro del hombre, de su corazón, de donde nacen todas las injusticias

y los errores morales (cfr. Mí 15, 19). El fondo del corazón solo lo puede arreglar Dios... Y el modo que Dios emplea para eso, se nos escapa.

El mal en el mundo es una realidad escandalosa. Escandaliza ver el triunfo de la injusticia, el sufrimiento del inocente, la pre-potencia del mal. Cuando lo vemos, y cuando tantas veces nos sentimos impotentes (contra el mal que llevamos dentro -no lo olvidemos- y contra el mal que vemos fuera) sentimos el vivo deseo de protestar y pensamos que Dios debería hacer algo.

Pero las soluciones de Dios no se mueven al nivel teórico y técnico en que se mueven las soluciones de los hombres. Dios raramente interviene como haríamos los hombres: ordinariamente permite que la historia siga su curso; no castiga inmediatamente el mal, ni premia el bien. Si ser honrado comportara inmediatamente ventajas en esta vida, y el no serlo, penas, se viciarían los motivos de nuestra conducta: obraríamos bien solo por el beneficio que reporta y no porque es el bien. Para que haya verdadera libertad en la elección moral del hombre, las cosas tienen que ser así o por lo menos Dios ha permitido que así sean. Por eso, el obrar bien o mal, no es garantía ni de éxitos ni de fracasos en esta vida. Justos e injustos triunfan y fracasan, sufren y mueren igualmente.

A veces el que obra mal juega con ventaja porque cuenta con más recursos para triunfar. Esto nos rebela. Pero las cosas son así: en esta vida la justicia nunca se realiza de una manera plena. Ni el bien es plenamente reconocido y premiado, ni el mal corregido y castigado. Los hombres no somos capaces de implantar la justicia porque no llegamos al fondo de los corazones -ni siquiera del nuestro-, y Dios calla. Nosotros tenemos que hacer, en nuestro nivel, todo lo posible para que el bien triunfe (en nuestros corazones y en nuestras obras), pero hay que comprender que Dios obra en otro nivel y que sus razones no las entendemos hasta el final.

En realidad, no es posible hacer plena justicia en este mundo sin destruirlo; por eso Dios espera. Todo -también cada uno de nosotros- está herido por el pecado: no hay forma de separar lo justo de lo injusto, lo bueno de lo malo; todos somos en parte justos e injustos; no

hay nadie tan bueno que no tenga nada de malo, ni tan malo que no tenga nada de bueno. Por eso, no se puede hacer justicia plena sin destruir el mundo. Como ilustra una importante parábola del Señor, en este mundo crecen juntos el trigo y la cizaña: y la mezcla llega hasta los corazones de los hombres: no se puede resolver sin romperlos. Si Dios quisiera hacer inmediatamente justicia, tendría que acabar con el mundo.

Por eso Dios aparentemente calla. Espera el resultado de la historia: espera a que el trigo y la cizaña terminen de crecer. Y espera en la Cruz; que es el lugar donde Dios ha sido puesto por la injusticia del mundo. Cuando el hombre se siente inclinado a reclamar a Dios que haga justicia, no puede olvidar que Dios ha sido puesto en la Cruz, no puede olvidar que la Cruz es la mayor injusticia del mundo.

Mientras dura la historia, el método que Dios ha querido emplear para resolver el mal del mundo es la Cruz. Desde la Cruz, Dios obra misteriosa y pacientemente en los corazones de los hombres; los convierte y los acerca a Sí.

La Cruz da fuerzas a todos los hombres que dejan hablar a Dios en su conciencia y así, a través de los hombres que quieren escucharle, Dios obra en el mundo. No es una acción aparatosa, pero es una acción que atraviesa toda la historia e interesa a los corazones de todos los hombres. En cada corazón humano Dios quiere hacerse presente; y la historia personal de conversiones y rechazos, de oír o desoír al Dios que habla en la conciencia, va configurando la personalidad moral de cada hombre y, a través de la conducta de cada hombre, la fisonomía moral de las sociedades y todas las realizaciones humanas, ¡Esa es la verdadera historia del mundo, la que Dios va tejiendo desde los corazones de los hombres con la colaboración libre de quienes quieren escucharle. Nosotros no la vemos ni la comprendemos; solo sabemos que existe y, por eso, no acabamos de entender el sentido de los acontecimientos de la historia y nos quejamos, tantas veces, del triunfo del mal.

La historia tendrá un final como tuvo un principio. Empezó cuando el mundo salió de las manos de Dios y acabará cuando lo vuelva a tomar en sus manos. El final de la historia que hacemos los hombres



es la muerte. Pero el final de la historia que hace Dios es la Resurrección.

La Resurrección de Cristo, al tercer día de su muerte en la Cruz, anuncia que el mal, el pecado y la injusticia de este mundo han sido vencidos. Resuelve la mayor injusticia que hemos hecho los hombres, que es haber matado al Hijo de Dios. Y anuncia la Resurrección de todos los hombres que hayan querido unirse a la Cruz y vivir como Cristo. Su Resurrección es una promesa y una primicia de la victoria definitiva: es el signo de la victoria de la justicia de Dios sobre el pecado de los hombres.

Pero antes, todo tiene que pasar -como Cristo- por el umbral de la muerte. La muerte existe como un filtro por donde tiene que pasar el mundo para que se acabe de separar el trigo de la cizaña. Para que la injusticia de este mundo acabe, hay que purificarlo todo. Todo tiene que pasar a través de la Cruz por la muerte, para poder resucitar. Cada hombre necesita ser purificado de toda su injusticia; necesita un corazón purificado, capaz de amar a Dios sobre todas las cosas, antes de poder entrar en su presencia.

Se purifica en esta vida con el dolor y, especialmente con la muerte; pero antes de entrar en la otra vida, será juzgado para ver si todavía necesita purificarse. La muerte es una invitación a la autenticidad. No logrará atravesar esa barrera lo que no sea noble, puro y limpio. Ninguna de nuestras componendas, ni de nuestras debilidades, ni de nuestras flaquezas podrá pasar sin ser purificada. La muerte purificará especialmente las realizaciones que en esta tierra han servido para alimentar nuestra soberbia.

Al final de los tiempos, cuando Cristo vuelva glorioso, como se anuncia en los Evangelios, se completará lo que se ha iniciado con su Resurrección. La historia entera será juzgada y serán limpiadas de las consecuencias del pecado todas las cosas materiales y espirituales del mundo. Se realizará la resurrección de todos los hombres: de los justos, para compartir la vida eterna de Dios; de los injustos para la muerte eterna. El trigo será finalmente separado de la cizaña, en los corazones de los hombres, en las realizaciones humanas y aun en la

creación entera. Y todo lo bueno que se ha hecho en este mundo, pasará purificado a la vida eterna.

En el misterio de la Resurrección de Cristo se anuncia la victoria sobre el pecado y la renovación de todas las cosas. Es el paso definitivo de la muerte a la vida. Por eso al misterio de la muerte y resurrección de Cristo, se le llama Misterio Pascual. Y tiene un sentido muy profundo.

Pascua significa «paso» y era la fiesta judía más importante, donde Israel recordaba su «paso» desde la esclavitud de Egipto hasta constituir un pueblo, pactar una Alianza con Dios y entrar en posesión de la Tierra prometida. La Muerte y la Resurrección de Cristo coincidieron precisamente con la celebración de la Pascua judía. La Pascuacristiana es la celebración de la Resurrección de Cristo con todo lo que significa: el paso de la esclavitud del pecado a la vida de Cristo, la Nueva Alianza con Dios y la promesa de la vida eterna.

La Resurrección de Cristo encierra la promesa de la resurrección de todos los que viven en Él: el paso de la muerte a la vida, y de la injusticia del pecado del mundo a la justicia de Dios.

## 12. EL CUERPO DE CRISTO

### Unirse a Cristo

A partir del capítulo 14 de su Evangelio, San Juan recoge las palabras que el Señor dirigió a sus Apóstoles durante la Última Cena, horas antes de que fuera apresado y llevado a juicio. Y allí, precisamente en el capítulo 15, el Señor utiliza una misteriosa alegoría: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada». Dice a sus Apóstoles que, para seguir sus pasos, necesitan unirse a Él, participar de su vida.

La parábola de la vid y los sarmientos manifiesta una verdad muy importante: para dar frutos en la vida cristiana, es necesario insertarse en Cristo y recibir la savia, la vitalidad del mismo Cristo. Si no estamos insertados en Él, no tenemos ni capacidad, ni fuerza, ni impulso para vivir como Él; incluso se nos hace extraño y ajeno ese

modo de vivir. Solo unidos a Él, se comprenden y se viven los ideales de la vida cristiana.

La vida de Cristo se nos da con el Espíritu Santo. La acción del Espíritu nos transforma de un modo que no se puede medir, pero que es real: somos apartados del pecado y convertidos en hijos de Dios.

La acción del Espíritu Santo en el alma nos une al misterio de su vida y al misterio de su muerte y resurrección. En cierto modo, esos misterios se repiten en nosotros. Cada cristiano vence su condición de pecador, asociándose a la muerte y a la resurrección de Cristo, y es convertido en hijo de Dios -a semejanza de Cristo-, al participar de su Espíritu Santo.

La inserción en Cristo tiene unos momentos fuertes que son los Sacramentos, Los Sacramentos o misterios (que es lo que significa sacramento) son acciones que representan simbólicamente y, al mismo tiempo, realizan la unión con Cristo, a través de los misterios de su vida y de su muerte. Cada sacramento se compone de una acción simbólica o signo sagrado, y de unas palabras rituales que expresan el efecto espiritual que producen.

Los sacramentos son siete. Los vamos a dividir en tres grupos. Primero veremos los sacramentos que recuerdan especialmente la persona y misión de Cristo, el Ungido: Bautismo, Confirmación y Unción de los enfermos. En el siguiente apartado, veremos los sacramentos que expresan y realizan la particular unidad del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia: son la Eucaristía y la Penitencia. Después hablaremos de los sacramentos que preparan las distintas funciones que tiene el cuerpo de la Iglesia: el Orden sacerdotal y el Matrimonio. En el último apartado de este capítulo -Catolicismo-, hablaremos de la relación que tienen los misterios de Cristo con todos los hombres, tanto con los que llegan a conocerlos y participan conscientemente de ellos, como con los que no llegan a conocerlos.

El primer sacramento es el Bautismo. Este sacramento tiene un doble significado. Por un lado, su simbolismo expresa la limpieza del pecado. Al ser lavado físicamente, es limpiado el interior del que se bautiza de todas las manchas del pecado. De otro lado, este sacramento recuerda el bautismo de Cristo: y realiza lo que en aquel

bautismo se manifestó. Como hemos dicho antes, en aquel momento tan importante, se manifestó que Cristo era el Mesías, el Ungido, porque estaba ungido por el Espíritu Santo. Al bautizarse, cada cristiano es también ungido con el Espíritu Santo, y lo recibe en su alma. Así se asemeja a Jesucristo y se convierte en hijo de Dios.

Los dos efectos del Bautismo, regeneración de los pecados y unción con el Espíritu Santo, están unidos. La tradición de la Iglesia ha rodeado el Bautismo de varios ritos llenos de belleza y de expresividad, pero el núcleo central es el lavatorio. El cristiano que va a ser recibido en la Iglesia, después de confesar su fe, es lavado físicamente. El agua, que ha sido bendecida para la ocasión, corre por su pie, y, al mismo tiempo que lava físicamente la carne, recibe la presencia del Espíritu Santo, que limpia su espíritu del pecado, y lo convierte en hijo de Dios. El Bautismo cristiano no es solo con agua, sino que, como anunció Juan el Bautista, es «con agua y con el Espíritu Santo».

San Pablo, en el capítulo 5 de su Carta a los Romanos, habla de un nuevo nacimiento, que es el nacimiento a vivir en Cristo, a ser hijo de Dios. El que se bautiza es regenerado de sus pecados y pasa a ser un hombre nuevo: muere al pecado para recibir la vida de Cristo y resucitar con Él. Este simbolismo expresa lo que tiene que ser la tarea moral de un cristiano. Con la ayuda del Espíritu Santo, tiene que hacer morir en sí mismo lo que es viejo y caduco, todas las consecuencias del pecado, y esforzarse porque su vida refleje cada vez más la de Cristo, donde ha sido injertado.

Al morir al hombre viejo y resucitar al hombre nuevo, que es Cristo, se prepara la resurrección final. El cristiano sabe que si su vida ha sido transformada en Cristo, participará de su resurrección. Por eso, la muerte, aunque no desaparezca, pierde con el Bautismo su carácter fatal de destrucción del hombre y se convierte en el paso purificador que dará entrada a la vida definitiva. Cuando se bautiza, el cristiano empieza ya a participar de esa vida y recibe una prenda de la resurrección.

La unión del Espíritu Santo, que se recibe en el Bautismo es confirmada con otro sacramento, que se llama precisamente así: el Sacramento de la Confirmación.

Este sacramento se realiza cuando el Obispo o quien él delega impone sus manos y unge al creyente con un aceite especialmente consagrado. En este sacramento, se recibe un resello especial, una confirmación en el Espíritu Santo, para participar en la misión de Cristo. Fortalece la fe, ayuda a penetrar en los misterios de Dios y da fuerzas para anunciar la salvación de Dios a todos los hombres.

Esta confirmación en la fe y en la misión de Cristo, se realizó de manera espectacular, por vez primera, en la Fiesta de Pentecostés, a los cincuenta días de la Resurrección del Señor. Pentecostés era una fiesta judía, pero en ella se realizó un gran acontecimiento cristiano: la venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia. Desde entonces, es también una gran fiesta cristiana.

El día de Pentecostés, se cumplió lo que el Señor había prometido a sus discípulos en la Última Cena: recibieron con signos externos visibles el Espíritu Santo. San Lucas cuenta en el capítulo segundo de los Hechos de los Apóstoles, que estando reunidos los primeros cristianos, oyeron un viento impetuoso y vieron cómo se posaban sobre cada uno de ellos, unas como lenguas de fuego, que representaban la fuerza del Espíritu.

Hasta entonces, no se habían atrevido a manifestar públicamente su fe. Y andaban escondidos por miedo. La acción del Espíritu Santo los transformó: les llenó de luz y de ímpetu para anunciar decididamente el mensaje de Cristo.

Desde entonces, la Iglesia se sabe asistida por el Espíritu Santo. Sabe que, gracias a esa ayuda, puede conservar e interpretar con verdad, a través de todos los tiempos, el mensaje de Jesucristo. Sabe que el Espíritu no va a permitir que ese mensaje se pierda ni que se mezcle con el error; y siente su energía para vivirlo con autenticidad y para anunciarlo con vigor a todos los hombres.

Aquella confirmación que dio fuerza y valentía a la primitiva Iglesia, se repite, de algún modo, en cada cristiano cuando recibe este

sacramento. Por eso, la Confirmación, es el sacramento de la madurez cristiana, el momento de asumir con más responsabilidad la tarea de la Iglesia: vivir plenamente la vida de Cristo y dar a conocer su mensaje entre los hombres.

La Unción de los enfermos es el tercer sacramento que vamos a tratar aquí. Se da a quienes padecen una enfermedad grave, que les pone en peligro más o menos próximo de muerte y a los ancianos que, por su edad, ven cercano el momento de encontrarse definitivamente con el Señor. El sacerdote unge, con aceite especialmente consagrado, el cuerpo del enfermo y ruega a Dios por él.

Antiguamente se usaba aceite para suavizar las heridas. Ese alivio forma parte del simbolismo del sacramento. Al ungir a los enfermos con un aceite especialmente consagrado, la Iglesia pide a Dios que sane al enfermo o que le dé fuerzas para llevar cristianamente la enfermedad y la muerte. El sacramento puede producir el efecto de aliviar y sanar físicamente al enfermo; la Iglesia ruega para que así sea y muchas veces sucede.

El sacramento recuerda también la misión del Mesías (el Ungido), realizada en la Cruz. Recuerda la unción que Cristo recibió de manos amigas en Betania, antes de padecer la agonía del Huerto de los Olivos y los sufrimientos de su pasión y de su muerte. No hay que olvidar que la parte más importante de la misión del Mesías se realizó precisamente con su Muerte en la Cruz y con su Resurrección.

Con este Sacramento, se prepara al enfermo para asociarse a Cristo y participar en el misterio de su Cruz. Le ayuda a tener la misma disposición de Cristo en el Huerto de los Olivos: «Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya».

El sacramento le da fuerzas para aceptar y amar esas penalidades como purificación propia y como modo de identificarse con la misión de Cristo. Al ser ungido, el enfermo se convierte, en cierto modo, en un sacerdote; puede ofrecer al Padre, unido a Cristo, su propio sacrificio; puede convertir sus sufrimientos y sus angustias en oración por todos los hombres y en testimonio de amor a Dios.

En el momento de la muerte, que es un momento de máxima soledad, el cristiano encuentra en ese sacramento el consuelo de unirse a Cristo, de participar en su misión y de prepararse para resucitar con Él.

### La comunión con Cristo

Con el Bautismo y la Confirmación, los cristianos reciben el Espíritu Santo y se insertan en Cristo. Forman entonces una unidad muy peculiar. Todos los bautizados se hallan unidos en lo más íntimo porque han recibido el mismo Espíritu Santo que les transmite la misma vida de Cristo. A esa unidad íntima entre todos los bautizados, se llama comunión de los santos.

«Comunión» significa común-uniión, de todos con todos. Es el concepto clave para entender lo que es la Iglesia. Precisamente la palabra Iglesia significa eso: reunión o comunión. Y se dice que es comunión de los santos, porque es la comunión de todos los que han sido santificados por la unción del Espíritu Santo, que les ha insertado con Cristo.

En esa comunión, que es el vínculo más íntimo de la Iglesia, están unidos todos los cristianos; no solo los que ahora viven sobre la tierra, sino también los que ya han muerto y viven en Dios. En ella ocupan un lugar muy particular las personas más próximas al Señor - los santos- y especialmente, su Madre, la Virgen María.

La Iglesia que fundó Jesucristo es un misterio de comunión. Es un misterio porque no es una sociedad humana sin más. No es simplemente la reunión de un grupo de discípulos más o menos organizados. Sino que es una comunión en el Espíritu Santo. El vínculo más profundo de la comunión de la Iglesia es el mismo Espíritu Santo. Por eso, se suele decir que el Espíritu Santo es el «alma» de la Iglesia.

Para explicar lo que es la Iglesia, San Pablo utiliza la imagen de un cuerpo. Tal como San Pablo la define, la Iglesia es el Cuerpo de Cristo. No es una simple asociación de personas, sino una unión íntima y orgánica entre todos los cristianos, cuyo núcleo -«cabeza», le llama San Pablo- es el mismo Cristo. Todos los cristianos están

insertados en Cristo y entre sí, misteriosa e invisiblemente, por el Espíritu Santo que llevan en el alma, y por otros vínculos que les asocian a la institución visible, real e histórica que es la Iglesia como Cristo la quiso. Así la Iglesia puede entenderse como un Cuerpo que está vivificado por el Espíritu de Cristo.

La presencia del Espíritu Santo actúa en cada cristiano y en el conjunto de la Iglesia como Cuerpo. El Espíritu vivifica el Cuerpo de la Iglesia y lo impulsa para que continúe con eficacia la misión de Jesucristo. Con esa ayuda, la Iglesia predica su palabra y hace presente, en todo el mundo, el misterio de su muerte y resurrección. En ella todos los hombres pueden encontrar el mensaje de Cristo y los Sacramentos para unirse a Él.

En este apartado vamos a tratar de dos sacramentos que se refieren muy directamente a la Iglesia, como comunión de los santos: el sacramento de la Eucaristía y el de la Penitencia. En el apartado siguiente estudiaremos otros dos sacramentos que se refieren a la organización del Cuerpo de la Iglesia: el sacramento del Orden sacerdotal y el del Matrimonio.

La Eucaristía es el más importante de todos los sacramentos: es también el que tiene un simbolismo más rico. En él se hace presente el misterio pascual: el misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo; y es el sacramento que expresa y realiza la comunión de la Iglesia.

Repetiendo los gestos que el mismo Cristo hizo durante la noche en que iba a ser entregado, la Iglesia recuerda su muerte en la Cruz. Pero no se trata de una simple conmemoración histórica, sino que realmente hace presente la Muerte y Resurrección de Cristo, en todos los tiempos y en todos los lugares.

Eucaristía significa acción de gracias. Al celebrar este sacramento, la Iglesia agradece a Dios su amor por los hombres expresado en la Cruz y se une a la oración de Cristo en la Cruz; alaba a Dios; pide gracia para que todos vivan como hijos de Dios. Toda la Iglesia se une con Cristo para ofrecer al Padre el sacrificio del Hijo. Y también todos los sufrimientos, todas las penalidades de los hombres buenos y de los inocentes, están allí presentes.



El simbolismo de este sacramento es el mismo que utilizó Cristo en la noche del Jueves Santo. El Señor tomó el pan y bendiciéndolo declaró que era su Cuerpo que había de ser entregado por los hombres; y, al tomar el cáliz del vino, declaró que era su Sangre; la Sangre de la Nueva Alianza, del nuevo pacto entre Dios y los hombres, que iba a ser derramada para el perdón de los pecados. De esa manera expresó el significado de su muerte: un sacrificio de alianza y reparación por los pecados de todos. Después, pidió a sus Apóstoles que repitieran esa acción en su memoria. Desde entonces, la Iglesia obedece al Señor, y celebra la Eucaristía ininterrumpidamente, haciendo presente la muerte de Cristo y la Nueva Alianza con Dios, en todos los tiempos y en todos los lugares de la tierra.

En nombre del Señor, el sacerdote imita sus gestos y repite sus palabras sobre el pan y el vino, para consagrarlos como el Cuerpo y la Sangre de Cristo. La separación del Cuerpo y de la Sangre, del pan consagrado y del vino consagrado que están sobre el altar, significa y representa la muerte del Señor. La Iglesia cree firmemente, porque así lo indican las mismas palabras del Señor y la tradición que nos llega desde los Apóstoles, que el pan consagrado es realmente el Cuerpo de Cristo y que Cristo está allí realmente presente. Y lo mismo el vino, que se convierte en la Sangre de Cristo. Por eso, los trata con tanto cuidado y veneración, y conserva el Cuerpo para dar la comunión a los enfermos; y para que presida, en el sagrario, las iglesias cristianas.

En la Eucaristía, los cristianos son invitados a comer el Cuerpo y la Sangre de Cristo, como también lo fueron los Apóstoles en la Última Cena. Esto tiene un significado muy rico. Comer el Cuerpo entregado en sacrificio, significa la participación en el sacrificio, disponerse para recibir sus frutos. Comer y asimilar el Cuerpo de Cristo es un gesto muy expresivo de identificación con Él.

El cristiano necesita unirse a Cristo, por eso necesita comulgar. La Iglesia pide a todos los bautizados que, por lo menos, comulguen una vez al año, durante el tiempo pascual. Pero es bueno comulgar con frecuencia, debidamente preparados, en especial durante la asistencia a la Eucaristía dominical. La vida de Cristo en nosotros se alimenta así.

Comer el Cuerpo de Cristo significa también la unión de to-dos los cristianos en el único Cuerpo de Cristo, y expresa la realidad de lo que es la Iglesia. Al crecer la unión de cada cristiano con Cristo, crece también la unidad de la Iglesia. Poreso se dice que la Eucaristía expresa y a la vez edifica la iglesia.

Al comulgar, los cristianos expresan su unión con el Cuerpo místico y espiritual que es la Iglesia. Poresa razón, solo pueden acercarse a comulgar los que están realmente unidos a ese Cuerpo. Solo los que han sido bautizados, los que están vinculados a la Iglesia, y no han perdido su unión espiritual por causa del pecado. No deben comulgar los que no están unidos a la Iglesia, ni los que se han separado de ella, ni los que tienen conciencia de haber cometido un pecado mortal.

Los cristianos que han cometido un pecado grave o mortal, pierden la presencia del Espíritu Santo en sus almas y, por tanto, pierden su unión vital con el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. Pierden el vínculo más importante que los convierte en miembros vivos de la Iglesia, hijos de Dios que esperan la resurrección unidos a Cristo. Se convierten entonces en miembros muertos. Dejan de estar en esa comunión íntima con el mismo Cristo y con los demás cristianos. Por eso, no deben comulgar. Necesitan antes ser convertidos de nuevo en miembros vivos.

La conversión, el insertarse de nuevo en la vida de Cristo, se puede lograr en otro sacramento: el sacramento de la Penitencia, también llamado sacramento de la Reconciliación o Confesión.

Como el cristiano forma parte de un cuerpo, cada uno de sus pecados, como también cada uno de sus buenos actos, afectan a la totalidad de ese cuerpo. Por eso, aunque el pecado se realice en privado, en la conciencia de cada uno, afecta en realidad a toda la Iglesia. Ese es el misterio de la comunión de los santos. Todo lo que hacemos bien favorece a la salud de la Iglesia y de sus miembros y todo lo que hacemos mal repercute también en todo el cuerpo que es la Iglesia. Es lo mismo que sucede, efectivamente, en un cuerpo vivo: la enfermedad de un miembro afecta a todo el cuerpo. San Pablo utiliza esta comparación.

En el sacramento de la Penitencia, el cristiano que tiene conciencia de que ha pecado, acude ante un sacerdote que representa a la Iglesia y pide perdón a Dios. El sacerdote le perdona en nombre de Dios y lo reintegra a la comunión con el Cuerpo místico de Cristo. En la tradición cristiana las dos cosas son inseparables, porque nos unimos a Dios a través del Cuerpo de Cristo. Por eso, no basta pedir perdón a Dios privadamente, sino que, si es posible, tenemos que hacerlo a través de la Iglesia, donde encontramos nuestra unión plena con Dios.

Se debe acudir a este sacramento siempre que se tenga / conciencia de una grave ofensa a Dios, de un pecado grave. Pero también es bueno acudir para pedir perdón por los pecados normales que cometemos, por los rechazos relevantes o por lo que la conciencia nos dicta, aunque no sean graves. La Iglesia pide a todos los bautizados que tengan conciencia de pecado grave, que se confiesen al menos una vez al año, en peligro de muerte y si han de comulgar.

Este sacramento es un modo muy bello de expresar a Dios, también externamente, nuestro arrepentimiento y de reparar el daño que hemos hecho al Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia.

### Las funciones del Cuerpo

La Iglesia es un Cuerpo porque es una unión orgánica, es decir, porque tiene una distribución de funciones. Esas funciones sirven para cumplir su fin: prolongar la misión de Cristo en todas las épocas y en todos los lugares: transmitir su doctrina y su vida. Hay dos sacramentos que organizan el Cuerpo de la Iglesia. Son el sacramento del Orden y el del Matrimonio. Los vamos a ver ahora.

El sacramento del Orden sacerdotal prepara a algunos cristianos para ejercer públicamente en la Iglesia la misión de predicar en su nombre y proporcionar a los demás cristianos los sacramentos. Todos los cristianos participan de la misión de Cristo, por eso tienen el deber de anunciar su palabra. Pero algunos son elegidos y preparados para anunciar la palabra de Dios públicamente, en nombre de la Iglesia. El sacramento del Orden los consagra para esa misión, y les garantiza una especial ayuda del Espíritu Santo para entender, interpretar y transmitir con don de lenguas el mensaje de Cristo. Esa ayuda es tanto más importante cuanto que su función dentro de la Iglesia lo sea. La

máxima autoridad doctrinal de la Iglesia en cada diócesis la tiene el Obispo, y, para toda la Iglesia, el Papa y el Colegio episcopal (es decir, el conjunto de los Obispos de todo el mundo, presidido por el Papa).

La Iglesia se sabe asistida por el Espíritu para cumplir su misión de enseñar. Los cristianos creemos que la Iglesia, por la ayuda del Espíritu Santo, conserva y anuncia con verdad lo que Cristo ha dicho. Sabemos que no puede perder ni confundir el mensaje de Cristo. Estamos seguros de que encontramos la verdad del mensaje de Cristo cuando acudimos a lo que han creído siempre los cristianos, a lo que ha sido proclamado por los Obispos de todo el mundo, a lo que ha sido definido solemnemente por los Concilios Ecuménicos (la reunión de todos los Obispos del mundo), y por el Papa.

El sacramento del Orden lo realiza el Obispo con el gesto de imponer las manos sobre la cabeza del que va a consagrar. Con este sacramento, se adquiere el poder de predicar la palabra de Dios en nombre de Cristo y el de realizar los sacramentos.

Se recibe en tres grados: obispo, presbítero (que es el sacerdote normal) y diácono. Cada uno de ellos tiene misiones distintas: el diácono, predicar, bautizar y asistir a los matrimonios; el presbítero, además, celebrar la Eucaristía, perdonar los pecados y dar la Unción de enfermos; y el Obispo, todas. Es propio solo del Obispo, por ejemplo, el sacramento del Orden y la Confirmación, aunque para la Confirmación puede delegar en un sacerdote.

Solo puede realizar estas funciones sagradas el que haya sido ordenado: el sacramento le proporciona el poder y al mismo tiempo la ayuda de Dios para vivir de acuerdo con esa dignidad.

El séptimo y último sacramento, según los hemos presentado, es el sacramento del Matrimonio. Con este sacramento se bendice la unión conyugal entre dos cristianos. El sacramento santifica lo que es la institución natural y le da un sentido nuevo y más profundo.

Cuando una mujer y un hombre cristianos se reciben mutuamente como marido y mujer, crean un vínculo que no es solo una relación privada entre los dos, ni solo una relación jurídica ante la sociedad,

sino también un vínculo muy especial ante Dios y ante la Iglesia. Es la unión íntima entre dos bautizados, dos miembros del Cuerpo místico de Cristo: una unión, que es el Matrimonio, dentro de otra unión, que es la Iglesia. Y es una unión abierta, porque pueden incorporarse a ella otras vidas, las de los hijos. Por eso, cada familia cristiana es como una pequeña parte de la comunión de la Iglesia y se le llama, con una expresión muy antigua, «iglesia doméstica».

El Matrimonio se ordena naturalmente a la mutua comunión de los esposos y a la fundación de una familia. El sacramento re-fuerza la unión entre los esposos para que se comprendan, se respeten, se amen y se ayuden. Y bendice su fecundidad: no solamente traerán hombres al mundo, sino también hijos de Dios. Les da fuerza para que sepan educar cristianamente a sus hijos y les enseñen a vivir como hijos de Dios.

San Pablo compara la unión de los esposos con la unión mística que se da entre Cristo y su Iglesia. Al casarse ante Dios y ante la Iglesia, los esposos son unidos con un vínculo especial, que les proporciona la gracia necesaria para convertir su matrimonio y su familia realmente en una comunión cristiana, presidida por el amor de Cristo.

Estos son los siete Sacramentos: signos que realizan de diversos modos la inserción en la vida de Cristo y en la Iglesia, que es su Cuerpo. Tres se reciben una sola vez: el Bautismo, la Confirmación y el Orden sacerdotal en cada uno de sus grados. Dos se reciben en momentos muy especiales y se pueden repetir: la Unción de enfermos y el Matrimonio. Otros dos pueden y deben recibirse con frecuencia: la Eucaristía y la Penitencia, porque sostienen la vida cristiana.

Los Sacramentos son momentos importantes para la identificación con Cristo; es decir, para adquirir el modo de ser de Cristo, que es la esencia de la moral cristiana.

### Catolicismo

El Hijo de Dios se hizo hombre y murió en la Cruz para abrirnos el camino que nos libera del pecado, y para darnos la posibilidad de ser hijos de Dios. La mayor parte de su vida, unos treinta años, la

dedicó a hacer las tareas normales que haría cualquier hombre de su tiempo. Parece que fue, en un sentido amplio de la palabra, carpintero. Desempeñó un oficio manual y llevó una vida normal; con lo que todas las tareas humanas, incluso las más comunes, adquirieron la capacidad de contribuir a la tarea de redención que era la misión de Cristo.

Los tres últimos años -que llamamos vida pública- los dedicó a explicar su doctrina, reunir discípulos y prepararlos. Al final, después de los acontecimientos desconcertantes de su apresamiento, su juicio y su muerte, perseveraba a su alrededor un grupo de discípulos no muy numeroso -quizá, unos ciento cincuenta-.

A esos discípulos, después de su Resurrección, Cristo les pidió que continuaran su misión: «Id y predicad a todos los pueblos, enseñadles todo lo que os he dicho y bautizadlos en el

Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Y les prometió la ayuda del Espíritu Santo, que había de venir sobre ellos, precisamente en la fiesta de Pentecostés. Con esa ayuda, comenzaron enseñada a predicar valientemente el mensaje de Cristo y a incorporar nuevos discípulos a la Iglesia. Desde entonces, con muchas dificultades, con avances y retrocesos, la Iglesia se ha expandido por todo el mundo.

La Iglesia es universal por vocación. Por expreso deseo de Cristo está dirigida a todos los hombres, de todas las razas, de todos los lugares, de todas las culturas, de todos los tiempos. Es precisamente esto lo que expresa el título de «Católica». Católica es una palabra griega que significa universal; abierta a todos los hombres y a todas las realidades del mundo. Y afecta a todo el hombre, a todas las dimensiones del ser humano: al trabajo, al descanso, a las relaciones con la naturaleza, con los demás hombres, con la sociedad, con Dios; a los horizontes de la vida, a las ambiciones, a los deseos. Ser cristiano no es solamente hacer unas prácticas religiosas de cuando en cuando. El cristiano es un hombre transformado en Cristo, un hombre nuevo.

Para vivir con coherencia, es necesario adquirir la debida formación; conocer la vida de Jesucristo, y meditar en su doctrina para acomodar a ella consecuentemente su propia vida. Es necesario

también participar de los Sacramentos para tener la fuerza suficiente. El cristianismo lleva consigo una concepción del mundo basada en la doctrina de Cristo y lleva consigo también una conducta basada en la vida de Cristo.

El mensaje de Cristo afecta a todo el hombre y a todos los hombres. Por eso, la Iglesia siempre se ha preocupado de predicar el mensaje de Cristo y de ofrecer a todos la participación en su vida, mediante los Sacramentos. Y todos los cristianos tienen el deber de contribuir, según sus posibilidades, en ese esfuerzo por difundir el mensaje de Cristo.

Todos los hombres y todas las cosas necesitan recibir el influjo salvador de Cristo, porque todas las cosas han recibido la huella del pecado y necesitan ser renovadas y recapituladas en Cristo. No se trata, por tanto, solo de llegar a todos los hombres, sino que también hay que salvar todas las realidades del mundo: la cultura, la organización de la sociedad, incluso la naturaleza. Todo necesita a Jesucristo para llegar a su plenitud.

Pero el modo de llegar, el método de la salvación que la Iglesia realiza en nombre de Cristo, empieza por los corazones de los hombres. Al unir a los hombres con Dios, la Iglesia resuelve la raíz de todos los males del mundo, de todas sus quiebras: la causa de la ruptura interior del hombre, de la división entre los hombres e, incluso, del desorden del mundo natural. La acción salvadora de la Iglesia no se mueve en el plano de la organización de la sociedad ni de la configuración de la cultura ni de los medios técnicos. Estas pueden ser consecuencias del obrar cristiano. Pero la acción propia de la Iglesia es la que se dirige a resolver la raíz del mal, que es el pecado: el rechazo y la separación de Dios.

Como enseña el Concilio Vaticano II, en su Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, corresponde a los obispos y sacerdotes formar las conciencias cristianamente e ilustrarlas con el mensaje de Cristo, y corresponde a cada cristiano juzgar el medio como debe cristianizar cada una de las actividades que realiza.

Es evidente que la salvación plena no puede alcanzarse en la historia, tal como la conocemos. Por un lado hay limitaciones de tipo

físico: no es posible llegar a todos y a todas partes. Por otro, hay limitaciones de tipo moral que son las más graves: no es posible extirpar plenamente el pecado de los corazones de los hombres.

Los mismos cristianos, a pesar de la ayuda de Dios que nos convierte y nos transforma, somos todavía en este mundo, hombres pecadores; y manchamos con nuestros pecados la imagen de la Iglesia en la historia. Por nuestra culpa, a veces la Iglesia no brilla como lo que es: un signo de la presencia salvadora de Dios entre los hombres. Nuestros pecados ocultan, a veces, a los ojos de los hombres la verdad de la Iglesia. Poreso es tanta nuestra responsabilidad y tiene que ser tanta nuestra preocupación por ser cristianos coherentes, que se esfuerzan en vivir realmente -como hijos de Dios.

Solo, al final, cuando vuelva Jesucristo para juzgar y purificar todas las cosas, la Iglesia brillará en su plenitud y será reconocida por todos los hombres como el lugar de la salvación de Dios. Solo entonces se acabará de cumplir la misión de Cristo. Solo entonces, el pecado será plenamente vencido en nuestros corazones y en todas las realizaciones humanas. -Mientras, la acción de los cristianos es solo parcial y es como un signo, un anticipo y una preparación de lo que ha de ser la salvación definitiva. Y ¿qué sucede con los que no saben nada de Jesucristo, con los que no han tenido la suerte de conocer su iglesia? ¿Cómo podrán salvarse?, ¿cómo llegarán a conocer a Dios, a vencer el pecado, a convertirse en hijos de Dios?

Desde luego, Dios quiere que nosotros nos esforcemos en anunciar el Evangelio: «Id y predicad a todas las gentes, enseñadles todo lo que os he dicho y bautizadles en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Quiere que nos esforcemos para que los hombres que nos rodean tengan el gozo de encontrar a Cristo y de unirse a Él en su Iglesia.

Por su parte, Dios obra también de una manera que no podemos conocer. Nosotros solo vemos lo que sucede en la superficie de la historia. No somos capaces de conocer cómo actúa Dios en los corazones de los hombres y, a través de ellos, en todas las realidades humanas.



Sabemos, sin embargo, que Cristo es para todos los hombres, que el misterio de su Muerte y de su Resurrección es para todos.

Estamos seguros de que Dios no abandona a ningún hombre, que a todos quiere salvarlos y que a todos quiere insertarlos en el misterio de la muerte y de la resurrección de su Hijo. No sabemos cómo actúa, pero sabemos que actúa.

Sabemos que quienes no conocen a Cristo ni a su Iglesia pueden estar, sin embargo, realmente unidos a Él. Pueden recibir también -si son fieles a lo que Dios pide en la conciencia- el Espíritu de Dios en su alma. Y, por eso, pueden ser incorporados también, misteriosamente, a su Iglesia. Para designar esta situación se dice, figuradamente, que pertenecen al alma de la Iglesia, aunque no pertenezcan al cuerpo, porque no han recibido los Sacramentos.

También en ese sentido la Iglesia es católica. Como signo de la presencia de Dios en el mundo y como sacramento de su salvación, congrega misteriosamente a todos los hombres de todas las razas, de todos los pueblos, de todas las culturas y, en su seno, se renuevan también todas las cosas humanas.

### 13. EL ESPÍRITU DE CRISTO

#### La Buena Nueva

Si el Hijo de Dios no hubiera vivido entre nosotros, no sabríamos nada de la vida de Dios. «A Dios nadie lo ha visto nunca -se lee en el Prólogo del Evangelio de San Juan-, nos lo ha revelado el Unigénito que está en el seno del Padre». Cristo nos ha descubierto cómo es la vida divina al manifestarnos que Él es el Hijo verdadero de Dios y al hablarnos del Espíritu Santo, que es, al mismo tiempo, el Espíritu del Padre y el Espíritu del Hijo.

Así nos ha dado a conocer que en Dios hay tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo; y que la vida de Dios consiste precisamente en las relaciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Así hemos llegado a penetrar en el misterio de la intimidad de Dios, el misterio de la vida divina, el misterio de la Trinidad

Con nuestras palabras, solo podemos exponer la grandeza de este misterio de una manera muy pobre. Pero sabemos que nuestra expresión es verdadera y que, aunque apenas podamos vislumbrar lo que significa, es verdad que la vida de Dios consiste en esas relaciones, que son de conocimiento y de amor, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Confesamos que Cristo es el Mesías, el Ungido por el Espíritu Santo y el Hijo verdadero de Dios. El misterio de la moral cristiana consiste precisamente en que, a través de los misterios de su muerte y resurrección, somos también nosotros ungidos con el Espíritu Santo y convertidos en hijos de Dios. Cristo ha enviado el Espíritu Santo a nuestras almas y de ese modo podemos insertarnos en el Hijo y participar real y misteriosamente de la vida de Dios. «Mirad qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y que realmente lo somos», dice el apóstol San Juan en su Primera Carta (3, 1).

Esta es la Buena Nueva, la buena noticia que Cristo ha traído al mundo. Evangelio significa precisamente Buena Nueva. Y la Buena Nueva cristiana es ésta: que el pecado del mundo y la muerte han sido superados por Cristo y que mientras vivimos en este mundo, en Cristo podemos vencer el pecado y llegar a ser hijos de Dios.

La presencia del Espíritu Santo en el alma nos hace semejantes a Cristo, en la medida en que nos da a participar su vida. Por eso, la moral cristiana se puede definir como imitación de Cristo y también seguimiento de Cristo. Y es una buena definición, porque encierra además una enseñanza práctica: hay que aprender de Cristo, tal como nos lo muestran los Evangelios: imitar sus acciones, seguir sus consejos, meditar sus enseñanzas, procurar adquirir sus mismos sentimientos. Ante cualquier situación, hay que preguntarse qué haría el Señor si se encontrara en las mismas circunstancias; e intentar imitar al Hijo de Dios, para vivir como un hijo de Dios.

Pero la moral cristiana no es solo «imitación» o «seguimiento» externos: es verdadera repetición y asimilación de su vida. No es una teoría y ni siquiera una descripción de cómo hay que vivir: no es simplemente el relato de la vida de Cristo, sino realmente la

participación en su vida. Cristo se hace presente en el vi-vir y en el morir de cada cristiano. Por eso, Cristo es el centro de la moral cristiana.

La presencia del Espíritu Santo en la intimidad del alma, produce una transformación en el hombre, que es real: hace aparecer en el cristiano los rasgos espirituales de Cristo. En la medida en que somos fieles a los impulsos del Espíritu Santo, que se manifiestan en la conciencia, poco a poco vamos siendo transformados. No se trata solo de la huella que dejan nuestros buenos actos -las virtudes-, sino de una transformación que procede directamente de Dios y que mejora nuestro modo de ser sin que perdamos nuestra identidad.

Por eso, todos los santos, todos los hombres fieles a Dios, tienen rasgos comunes, aunque, al mismo tiempo, son personalidades muy diferentes. Todos se parecen a Cristo; todos se acercan a lo que hubiera sido Jesucristo si hubiera vivido en sus circunstancias. Es que realmente, por la acción del Espíritu Santo, de algún modo, Cristo vive en ellos.

Y a través de los hombres de Dios, el efecto transformador -santificador- del Espíritu Santo llega a todas las realidades del mundo. De esa manera, todas las realidades de la tierra, a través de la acción de los hombres buenos, se van acercando a Cristo. Ese es el modo principal como Dios obra en este mundo. Por eso, a veces, no se le ve y parece que no está en las realidades de este mundo; y sin embargo está, porque donde quiera que haya un hombre justo, está actuando el Espíritu Santo y se está realizando la salvación de Dios.

Al efecto de la presencia transformadora del Espíritu Santo en el alma, se le llama gracia santificante: «gracia» porque esa presencia es un regalo, un don maravilloso de Dios; y se le llama «santificante» porque nos santifica al hacernos semejantes a Cristo.

La moral cristiana no ofrece solo principios teóricos y motivaciones religiosas, sino que además proporciona un principio vital -la gracia santificante- que nos permite vivir como hijos de Dios. Por eso lo más característico de la moral cristiana no se puede exponer como se expone una ética: no es un conjunto de principios razonados que se puedan poner en lista y explicar. Es una vida que se transmite

uniéndose a Cristo. Por eso ha sido necesario hablar de los misterios de la vida de Cristo; por eso, hemos hablado también de los Sacramentos.

En los apartados que siguen, veremos algunos rasgos que son propios de la fisonomía espiritual de Cristo y que se repiten en cada cristiano. Primero hablaremos del trato con Dios: para los cristianos, Dios es nuestro Padre. Después hablaremos de las bie-naventuras, donde Cristo muestra y alaba algunos rasgos del ser cristiano. Finalmente, trataremos de la caridad, que es el im-pulso que tiene que dirigir todas nuestras acciones y que hace semejante nuestro obrar al de Dios.

### Padre nuestro

Los cristianos llamamos a Dios «Padre». Así nos lo enseñó Je-sucristo al explicarnos cómo teníamos que rezar. «Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo».

Y le llamamos Padre con todo derecho, pues verdaderamente somos hijos de Dios. Hemos recibido el mismo Espíritu de Dios, que Cristo tiene en plenitud. Por eso somos hijos no de una ma-nera simbólica, sino real. Le llamamos Padre, corno también le llama Cristo. Con la diferencia de que Cristo le llama Padre des-de toda la eternidad, mientras que nosotros solo desde el "mo-mento en que hemos recibido su Santo Espíritu.

Jesucristo es Hijo del Padre desde siempre y ha recibido la plenitud del ser de Dios desde toda la eternidad; mientras que nosotros somos seres creados en el tiempo, que solo pueden re-cibir la vida de Dios de una manera parcial y participada. Por eso explica San Pablo en su Caria a los Romanos, que nosotros somos hijos por adopción: «Cuantos obran por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios. Porque... recibisteis el Espíritu de adop-ción de hijos, por el que clamamos: Abbá, Padre. El mismo Es-píritu da testimonio con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos, coherederos con Cristo, si es que padecemos junto con Él, para ser con Él glorificados» (8, 14-17).

Es Él, y no nosotros, quien ha querido que las cosas fueran así. Es Él quien ha querido hacernos hijos suyos en Cristo. Él ha querido que fuéramos hermanos de Cristo, y algo más que her-manos puesto que somos identificados con Él. Por su iniciativa, \$,Él es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos.

Esto modifica lo que hemos dicho antes, en el capítulo 10, a propósito del trato con Dios. Allí decíamos que Dios merece nuestro amor pleno. Pero ahora matizamos: el amor que debe-mos a Dios es un amor de hijos. Esto da una tonalidad particular al Primer Mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios, con todo el corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas», como tam-bién da una tonalidad particular al otro mandamiento: «Amarás al prójimo como a ti mismo». Pues resulta que los demás hom-bres son hermanos nuestros.

Nuestro trato con Dios, aunque siempre lleno de respeto, tie-ne que ser un trato de hijos. Por ser hijos, buscamos que sea san-tificado su Nombre: es decir, que sean muchos los hombres que llegan a conocerle y amarle. Y nos preocupamos de sus cosas, de las cosas de la familia de Dios. Por eso, pedimos que venga su Reino: que se extienda por el Mundo el Reino de Cristo, que la acción salvadora de Cristo llegue a todas las cosas.

Y pedimos también que se cumpla su voluntad: «Hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo». Nos tiene que mover lo que nuestro Padre Dios quiere. Cristo llegó a decir: «Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre». Para un cristiano, identificado con Cristo, cumplir la voluntad de Dios tiene que ser también su alimento; esa voluntad que siente en su conciencia, que lee en los acontecimientos que le rodean, que escucha en la palabra que le dirige la Iglesia.

Debemos tratarle con confianza. Como somos seres necesita-dos y frágiles, enseguida nos sentimos inclinados a pedirle lo material y lo espiritual. Pedimos el pan de cada día -que no nos falte lo necesario para vivir-, y que nos libre de todo mal; pedi-mos que no nos deje caer en la tentación: que nos ayude en todas nuestras pruebas físicas y morales; y le pedimos también que perdone nuestras ofensas «como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden».

Sabernos hijos de Dios da una tonalidad nueva a lo que son nuestros pecados -«ofensas», decimos-. No es lo mismo maltratar a un ser lejano que a nuestro Padre. El misterio del pecado adquiere una profundidad nueva cuando conocemos su relación con la Cruz, y cuando sabemos que nuestros pecados son ofensa a Dios, Padre nuestro.

Este descubrimiento, por un lado, le quita al pecado el miedo de la venganza divina, que seguidores de otras religiones pueden sentir. Los cristianos sabemos que Dios, Padre nuestro, no se venga de nosotros; que no nos persigue ni nos maltrata cuando pecamos. Al contrario: en la parábola del hijo pródigo, Cristo nos ha dejado un ejemplo maravilloso de lo que es la misericordia divina; de cómo Dios está esperando al hijo que ha pecado; de cómo está dispuesto a perdonarlo; de cómo, en cuanto retorna a Él, lo acoge de nuevo como hijo y lo llena de su amor.

Dios no se venga del pecador, pero, desde la Cruz, espera su arrepentimiento. Los cristianos, si hemos penetrado en lo que es el misterio de la Cruz, el misterio del amor de Dios, tendríamos que sentirnos muchos más obligados a reparar. Nuestro arrepentimiento tendría que ser mucho más sincero y mucho más profundo del que, al arrepentirse, solo quiere evitar el castigo divino. Nosotros tenemos que arrepentimos como hijos que han ofendido a su Padre.

A Dios le basta mucho menos; de hecho, en la parábola que cuenta Cristo, el hijo pródigo vuelve porque en la casa de su padre vivía mejor, no por otros motivos. A Dios le es suficiente para perdonar. De hecho sabemos que, en la confesión, basta ese arrepentimiento por miedo al castigo o por la fealdad del pecado (que se llama atrición), para que nos perdonen. Pero a nosotros, si sabemos lo que es amar, no nos puede bastar. Es admirable ver hasta qué punto Dios respeta la libertad del hombre, hasta qué extremo quiere que nuestro amor por Él sera plenamente libre: amor de hijos y no de siervos.

Ahora, después de hablar de la paternidad de Dios, hay que hablar también, aunque sea brevemente, de otro misterio, que es la Maternidad de María

No están en el mismo nivel, porque María no es Dios, sino una criatura. Pero están misteriosamente relacionados, porque Cristo es Hijo de Dios y también hijo de María. En cuanto Dios, es Hijo verdadero de Dios desde toda la eternidad; y en cuanto hombre, es también hijo verdadero de María, en el tiempo. Como los cristianos nos identificamos con Cristo, somos hijos de Dios y también hijos de María.

La vida cristiana ha tenido siempre en María un punto de referencia. Es una consecuencia del instinto de la fe. Cualquiera entiende que Cristo ama a su Madre y que le agrada el cariño que por Ella sienten los cristianos. Es la lógica del amor que en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, no puede fallar.

Además, en María se da una realización perfecta de la misión salvadora de Cristo. Por eso, sirve de modelo para todos los cristianos. Ella ha sido, desde su concepción, salvada del pecado -concebida Inmaculada- y llena de la gracia de Dios. El Espíritu

Santo ha estado en Ella desde el principio y la ha llenado de sus dones -«llena de gracia, el Señor es contigo»-. Ella es la primera cristiana, la primera que ha creído en el misterio de Cristo, la primera que se ha puesto al servicio de su misterio de redención -«hágase en mí según tu Palabra»-; la primera también que ha pasado por la Resurrección de Cristo, al ser llevada al Cielo en cuerpo y alma.

La vida de María encierra una enseñanza muy valiosa. Ella, que ha sido entre todos los seres humanos, la más bendecida por Dios, la que más fielmente ha cumplido su voluntad, ha llevado, sin embargo, una vida completamente normal. Gastó su existencia en las pequeñas tareas del hogar; no hizo nada extraordinario, fuera de amar a Dios con todo el corazón, con toda la mente, con todas sus fuerzas, y de amar a todos los hombres, con el amor de Dios. Por eso, sirve de modelo para todos los cristianos y para todas las circunstancias de la vida. El mensaje de María es que la realización del Reino de Dios, de la misión salvadora de Cristo, no necesita de grandes ocasiones, se cumple en todas las tareas humanas, si están hechas con amor de Dios.

María tuvo un papel importante en los primeros momentos de la Iglesia, porque los primeros cristianos se congregaron junto a Ella,

antes de Pentecostés, cuando todavía temían anunciar el mensaje de Cristo. Y ha ocupado siempre un lugar importante en la historia de la Iglesia. María, en cuyo seno se formó el cuerpo físico de Cristo, cumple también un papel de Madre con respecto al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Poeso, el Papa Pablo VI, durante el Concilio Vaticano II, quiso declararla solemnemente Madre de la iglesia.

La piedad cristiana no se equivoca cuando ha sentido siempre cercana la presencia de María y cuando ha acudido a Ella para aprender a ser fiel a Cristo. Al amar a María, se repite en cada cristiano ese rasgo de la figura de Cristo.

### Los rasgos de Cristo

En el capítulo 5 del Evangelio de San Mateo se encuentra un espléndido discurso del Señor, que se suele llamar el Sermón de la Montaña. En él Cristo expone por extenso cómo tienen que , vivir sus discípulos, los que quieran imitarle y seguirle. El discurso empieza con unas preciosas alabanzas del Señor, que se llaman las Bienaventuranzas.

Bienaventuranza significa felicidad El Señor promete la felicidad, en esta vida y en la otra, a quienes vivan como hijos de Dios. Y señala algunos rasgos que tienen que tener. Esos rasgos reflejan el modo de ser de Cristo y se repiten en cada cristiano. Los mismos rasgos se pueden encontrar en la vida de la Virgen y en la vida de todos los santos, de todos los hombres que han querido vivir cerca de Dios y seguir las huellas de Cristo.

Aunque es un poco extenso, vamos a recoger el texto entero y luego lo comentaremos brevemente, punto por punto.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos; bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra; bienaventurados los que lloran, porque serán consolados; bienaventurados los que sienten hambre y sed de justicia, porque quedarán saciados; bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia; bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios; bienaventurados los que procuran la paz, porque serán tenidos por hijos de Dios; bienaventurados los que sean



perseguidos por causa de la justicia, porque el Reino de los Cielos es para ellos; bienaventurados se-réis cuando os injurien, os persigan y os calumnien por mi cau-sa: estad contentos y alegraos porque vuestro premio será grande en el Cielo».

Como se ve, cada frase tiene un ritmo parecido. Primero los llama «bienaventurados», es decir, «felices»; después dice a quiénes alaba, y, al final les promete un premio, que es siempre el mismo. Son felices porque les pertenece el Reino de los Cielos o porque heredarán la tierra, porque encontrarán consuelo y jus-ticia y misericordia, o porque verán a Dios y serán tenidos por hijos de Dios.

El Reino de los Cielos es el Reino de los hijos de Dios. El mun-do fue hecho para ellos y, cuando sea purificado del pecado, cuando se realice plenamente la justicia, les será entregado. Pero la felicidad no les vendrá simplemente de poseer el mundo, sino de contemplar a Dios. Todo es obra de la misericordia divina, que nos saca del pecado, nos hace anhelar la justicia y nos con-vierte en hijos.

El Reino ha venido desde que Cristo llegó a este mundo. Cris-to empezó predicando que el Reino llegaba y, a sus discípulos les advirtió que estaba ya dentro de ellos. Donde hay un hijo de Dios, donde se ha realizado la conversión y la inserción en Cris-to, allí está presente el Reino. Por eso la Iglesia es como un signo de la presencia del Reino de Dios y un anticipo de lo que será el final.

El Reino solo se realizará plenamente al final de los tiempos, cuando todas las cosas -empezando por los corazones de los hombres-sean purificadas del pecado. Mientras, el Reino se ex-tiende a medida que los hijos de Dios se dejan transformar por la gracia y, con su actividad, dan forma cristiana a todas las realida-des del mundo.

Del Reino hemos hablado ya en distintos momentos; lo que nos interesa ahora es comentar los distintos rasgos que alaba el Señor, porque ahí aparece dibujado el retrato espiritual del hom-bre cristiano, del hijo de Dios.

El Señor alaba a los pobres de espíritu y a los mansos, a los que lloran y sienten hambre y sed de justicia, a los misericordiosos y a los limpios de corazón, a los que trabajan por la paz y a los queson

perseguidos por amar la justicia y seguir a Jesucristo. Si queremos parecer a Cristo tenemos que ser así: pobres de espíritu, sufridos, enamorados de la justicia, hombres de paz y limpios de corazón. El Señor promete la felicidad a los que intenten vivir así. Y no se refiere solo a la felicidad del final de los tiempos, sino ya ahora. Vivir como Cristo da mucha felicidad.

Las palabras del Señor no son siempre fáciles de traducir, porque emplea un lenguaje cargado de resonancias que tienen que ver con la historia y la mentalidad de Israel. No es siempre posible buscar una palabra castellana equivalente, que exprese exactamente lo que el Señor quería decir, pero podemos hacernos una idea de conjunto bastante buena.

Ser pobre de espíritu significa vivir desprendido de los bienes de la tierra, no anhelarlos, no permitir que el corazón se apegue a ellos; evitar que la vida se consuma yendo en su busca, usarlos con sobriedad sin poner en ellos el corazón, preferir la sencillez. Es evidente que marca un contraste con la tendencia natural del hombre, que es acaparar. Estamos inclinados a pensar que cuanto más tengamos, mejor. Pero, como hemos visto, poseer crea vínculos mutuos: las cosas dependen de nosotros y nosotros acabamos dependiendo de las cosas. Paradójicamente, el poseer da libertad por un lado -podemos hacer más cosas-, pero por otro la quita, porque nos hace vivir pendientes de lo que poseemos. Y puede llegar a esclavizar. Para tener el corazón libre y amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como hijo de Dios, hay que ser pobre de espíritu. «No podéis servir a Dios y las riquezas», advierte el mismo Cristo un poco más adelante, en el mismo discurso.

Pobre de espíritu significa también humilde, que no se considere grande, ni por encima de los demás; que no avasalla, que no presume, que no desprecia, que no es vengativo; que tiene un corazón sencillo, como un niño, delante de Dios y de los hombres.

En ese sentido, se parece bastante a lo que significa ser «manso». Esta palabra no ha encontrado una traducción feliz en castellano. Expresa la dulzura propia de los hombres de Dios. San Buenaventura la veía reflejada, por ejemplo, en el carácter amable, acogedor y

cariñoso de San Francisco de Asís. Es un rasgo propio de todos los santos. Y también se ve en la conducta del Señor, que es accesible para todos: ama a los niños, acoge a los pecadores y perdona a quienes le quieren mal.

Son bienaventurados los que lloran; pero los que lloran sin rabia, mansamente. Los que padecen los sufrimientos de la vida y se unen, consciente o inconscientemente, al sufrimiento de Cristo en la Cruz. Contribuyen con su dolor a purificar sus corazones y sus obras; y a purificar el mundo, unidos a Cristo. Encontrarán el consuelo de Dios.

El Señor nos invita a sentir hambre y sed de justicia, a ser rectos, a desear que las cosas todas sean como deben ser. El concepto de justicia ha quedado restringido modernamente. Cuando se habla de justicia, se piensa sobre todo en las relaciones económicas y también en el castigo de los maleantes. Pero el concepto de justicia de la Biblia es mucho más rico. Justicia es casi lo mismo que santidad. Justo es el hombre recto, que está enamorado de Dios y que tiene como norte de su vida cumplir su voluntad. El justo sufre cuando ve que no se respeta la ley de Dios, que se maltrata de palabra o de obra al prójimo, que hay desorden en el amor a los bienes de la tierra, que se corrompe la santidad de la vida sexual, que en la sociedad predominan los intereses particulares y los egoísmos, que se maltrata el bien común, que se oprime a los débiles, que sufren los inocentes.

Y con mucha frecuencia, el justo es perseguido por causa de la justicia. Porque se hace molesto a los injustos. Les echa en cara, aunque no lo pretenda, su mal: no entra en componendas, no es cómplice de la injusticia; no colabora en el juego sucio y no cohonesto con su silencio el mal obrar de los demás; se siente obligado a protestar noblemente ante los abusos y a señalar lo que está mal. Los que quieren obrar mal encuentran en él un obstáculo molesto. Por eso lo persiguen.

Ya hemos hablado del sufrimiento del justo, ya hemos visto que es una ley inevitable de este mundo; que es el motivo por el que Cristo padeció y padece; por eso identifica con Él. En la persecución del justo, se descubre el pecado del mundo y también su remedio. El justo es la señal de contradicción que hace que se descubran los corazones:

unos porque se enfurecen contra él y se pierden; otros porque se sienten removidos y arrepienten. Por eso son «bienaventurados los que sienten hambre y sed de justicia, porque quedarán saciados;... bienaventurados los que sean perseguidos por causa de la justicia, porque el Reino de los Cielos es para ellos; bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y os calumnien por mi causa: estad contentos y alegraos porque vuestro premio será grande en el Cielo».

Todavía nos quedan tres bienaventuranzas: bienaventurados los misericordiosos, bienaventurados los que procuran la paz y bienaventurados los limpios de corazón.

Los limpios de corazón son los hombres rectos, que han hecho su corazón inocente como el de un niño. Esa limpieza de corazón se opone a la turbulencia de las pasiones, a las cesiones ante los bajos deseos, a los desórdenes de la avaricia, del comer, del beber; especialmente, se opone al descontrol de la sexualidad, cuando, por dar satisfacción al instinto, se atenta contra el orden natural de la función sexual. Todas estas cosas enturbian los ojos del alma y enrarecen el trato con Dios; se llega a mirar a Dios con malos ojos. La limpieza del corazón, en cambio, da una gran facilidad para el trato con Dios. Quienes no la hayan alcanzado en esta vida, necesitarán purificar su corazón en la otra, para adquirir la capacidad de amar a Dios sobre todas las cosas.

Como tienen pazpor dentro, los hombres de Dios comunican la paz; donde están, trabajan por la paz y la difunden. Saben llevar a los hombres a las fuentes de ese don divino: los acercan a Dios y los acercan entre sí. El pecado es lo que divide al hombre por dentro, lo que lo separa de Dios y lo que hace que los hombres no se entiendan. La paz es un don divino; llega cuando se resuelve el pecado, cuando se está dispuesto a rectificar, cuando surge el arrepentimiento; cuando se deponen las actitudes de soberbia, cuando se modera la avaricia, cuando se superan los rencores. La fuerza para vencer el pecado, que divide, viene siempre de la gracia de Dios, que repara el interior del hombre. La amistad con Dios es el fundamento de la paz.

Los misericordiosos son los que tienen el corazón sensible para los sufrimientos del prójimo; los que los sienten como propios, los que se

apiadan y sufren con los demás; los que tienen el corazón grande. En la grandeza de ese corazón, donde caben todas las miserias de los hombres, se refleja el corazón de Dios. El amor de Dios es un amor misericordioso, como hemos visto en la parábola del hijo pródigo. El cristiano que es misericordioso, que sabe apiadarse y que perdona, tiene ese rasgo divino. Los rencores están fuera de lugar en el alma de un cristiano.

Es evidente que en las bienaventuranzas el Señor quiere establecer un contraste. Es bendecido un modo de ser que, mirado con ojos demasiado humanos, más bien parecería una desgracia. Y es que, efectivamente, aunque la moral cristiana entronca y lleva a su plenitud lo que puede ser una moral natural, presenta, sin embargo, un contraste con lo que puede ser un modo espontáneo de vivir.

Si entendemos que la conducta humana se fundamenta en la espontaneidad de los instintos primarios, entonces tendremos una moral que refleja el mundo animal: dominada por el instinto de supervivencia y por el de reproducción. En esa moral, los principios serían el afán de dominio - subir, poseer, dominar- y la satisfacción más amplia posible de los demás instintos primarios. Carecerían de sentido la pobreza, la misericordia, la paz, la justicia y la limpieza de corazón. Pero la moral natural no es una simple prolongación de la conducta animal, porque hay un dato nuevo, que es la inteligencia. Y la moral cristiana tampoco es una simple prolongación de la moral natural, porque también hay un dato nuevo, que es la vida de Dios.

Las bienaventuranzas señalan cuáles son los rasgos de Cristo que aparecen espontáneamente en la conducta del cristiano. Esos rasgos son específicamente cristianos y son el fruto de la transformación que realiza en el alma el Espíritu Santo. Si se pueden manifestar en hombres que no son cristianos, es porque también en ellos, de modo misterioso, obra el Espíritu de Dios. Las bienaventuranzas son el modo de ser de Dios vivido entre los hombres; que es el modo de ser de Cristo, Dios y hombre verdadero.

Con el amor de Dios

Hemos dicho que la moral cristiana no es un conjunto de principios y normas, sino la misma vida de Cristo. Sin embargo, en el momento

más solemne de la Última Cena, cuando el Señor dio las últimas, instrucciones a sus discípulos, les habló de un «Mandamiento». Según nos relata San Juan en su Evangelio, Cristo dijo a sus discípulos: «Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado... Esto os man-do: que os améis los unos a los otros» (15,12.17).

El mandamiento de Cristo consiste, por tanto, en amar como Él mismo amó. No es otra cosa, sino la obligación de amar. Vi-mos que los Diez Mandamientos del Decálogo se resumían tam-bién en el deber de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Pero en el Mandamiento de Cristo» hay algo nuevo. No les pide simplemente que «amen al prójimo como a sí mismos» sino que amen «como Él les ha amado». Hay que amar al prójimo y a Dios con el mismo amor de Dios.

Esto que parece imposible, es posible porque la identificación con Cristo permite participar de su vida y, por tanto, de su amor. Por la Gracia de Dios, el cristiano puede participar del amor con que el Hijo ama al Padre, del mismo amor con que Dios ama a todos los hombres. Ese amor divino es llamado por San Pablo, caridad; en su Carta a los Romanos, señala que «la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Es-píritu Santo que se nos ha dado» (5, 5).

Como es un amor divino, es muy distinto de los amores huma-nos. Tiene otros criterios. El hombre tiende a amar lo que es bue-no, lo que le resulta amable. El amor de Dios, en cambio, es siem-pre un amor creador, un amor previo, un amor que hace bueno lo que ama. El amor de Dios es el amor que creó el mundo y el que hace que existan todas las cosas. Si el mundo y las cosas del mun-do existen es porque Dios los quiere. Propiamente hablando, no es que Dios ame las cosas que existen, sino más bien, existen precisa-mente porque Dios las ama. Por eso decimos que el amor de Dios es previo y creador, y que hace bueno lo que ama.

El mismo amor, gratuito y previo, lleva a Dios a intervenir en la historia de los hombres. Y llega hasta la Cruz. En la Cruz de-muestra Cristo cómo es el amor de Dios, capaz de padecer la in-justicia, de

perdonar a los hombres y de convertirlos en hijos de Dios. Es un amor dispuesto a la locura de la Cruz, dispuesto a ponerse al alcance de los hombres, para ser maltratado por unos y aceptado por otros, dispuesto a perdonar desde la Cruz.

Ese amor de caridad, creativo y previo, es el que Dios quiere para los que le siguen. El Señor quería que ese amor fuese la señal que distinguiera a sus discípulos: «En eso conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros». Cuando la vida cristiana madura y llega a su plenitud, se distingue precisamente por ese amor. La caridad es la manifestación de que se ha recibido el Espíritu Santo y la nueva vida en Cristo.

Ese amor es el que da fuerzas para seguir los pasos de Cristo, para hacerle presente en el mundo, para sufrir y para perdonar. San Pablo, en su Primera Carta a los Corintios, señala alguna de sus manifestaciones: «La caridad es sufrida, es benévola; la caridad no tiene celos, no presume, no se envanece; no es ambiciosa, no va a lo suyo, no se irrita, no piensa mal...» (13, 4-6).

Es un amor que no calcula, sino que está abierto a todos los hombres, aunque no siempre parezcan dignos de amor. El Señor pide a sus discípulos que amen incluso a sus enemigos y les pone como modelo, expresamente, el amor de Dios. En el Evangelio de San Lucas se recogen sus palabras: «Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os persiguen y calumnian..., y seréis hijos del Altísimo, pues Él es bueno con los ingratos y perversos. Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (6, 35-36).

La caridad que lleva a entregarse a los demás, sin esperar ningún beneficio, es exactamente lo contrario al egoísmo, que busca antes que nada el bien propio. Es un amor que no tiene en cuenta medidas humanas. Esto no quiere decir que haya que ser ingenuo y dejarse siempre engañar y pisotear. No se trata de ser ingenuo, sino de ser Cristo; no se trata de poner a los otros en la ocasión de hacernos daño, sino de buscar su bien, aunque, a veces, tengamos que sufrir.

El amor, también el amor de caridad, tiene un orden. Hay que hacer el bien a quienes nos rodean, empezando por los que tenemos más cerca, pero ha de estar abierto a todos. Inclina a pensar en los

demás antes que en el propio egoísmo; a disculpar antes que pensar mal; a perdonar antes que vengarse; a sufrir con todos, a comprender a todos, a ayudar a todos. En realidad, las manifestaciones de la caridad no se pueden codificar, porque son el fruto espontáneo de la presencia del Espíritu Santo en el alma. La moral antigua se podía codificar en el Decálogo, pero la moral de Cristo, aunque las respeta, supera todas las normas y, en realidad, no las necesita: las cumple sin advertirlo y hace mucho más. La nueva moral consiste en el impulso de la caridad. Se trata de seguir los impulsos del Espíritu Santo en la conciencia y amar, sin cálculos, a Dios y a los hombres.

Por eso, la moral cristiana, aunque asume los principios válidos de toda ética y de toda moral, va mucho más allá. La ética pone en el obrar humano el orden y la medida de la razón, pero no puede proporcionar la fuerza interior para vencer el pecado y vivirla. De modo que la tragedia de toda ética es que nos enseña lo que es bueno, pero no somos capaces de realizarlo. La moral de Cristo sana primero al hombre y le da un principio de actuación nuevo que es la acción del Espíritu Santo en el alma.

La caridad distingue la moral cristiana. La vida de los santos, de los hombres que han llegado a estar muy cerca de Dios, se distingue, precisamente, por ese amor. De ese amor está llena la historia de la Iglesia. Es verdad que junto a esa luz, ha habido también mucha mediocridad. Pero la mediocridad no tiene nada de sorprendente porque nos la encontramos en todas las realizaciones humanas. Lo sorprendente, lo extraordinario, es que, a pesar de las debilidades del hombre, se haya producido en la historia un testimonio tan extenso, tan abundante y tan universal del amor de Dios: hombres de todas las épocas, de todos los lugares, de todas las razas, animados por la fuerza de la Gracia, han sido capaces de vivir como hijos de Dios, de hacer presente a Cristo en sus vidas, y de amar como Él amó. Esto es un testimonio irrefutable de la validez de la moral cristiana.

Al comenzar este libro decíamos que la vida moral se origina cuando se empieza a vencer el egoísmo infantil, la tendencia instintiva a vivir centrado en las propias necesidades. Al terminar, decimos que la plenitud de la moral es un amor divino que lleva a darse sin medida. San Agustín, en un célebre pasaje de La Ciudad de



Dios (XIV, 28), compara dos ciudades simbólicas que re-presentan, en realidad, estos dos modos de vivir en la tierra: «Dos amores hicieron dos ciudades: el amor propio hasta el des-precio de Dios la terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de uno mismo, la celestial. Aquella busca la gloria de los hombres; para esta en cambio su máxima aspiración es Dios, testigo de su conciencia..., en la primera, los poderosos y sus súbditos están dominados por el afán de poder; en la segunda, todos se sirven en el amor mutuo.»

Esta es la moral cristiana: no una moral de mínimos sino de máximos; no una moral de negaciones sino de afirmaciones; no una moral de límites sino de plenitud; no una moral de esclavos sino de hijos. La moral cristiana es, en realidad, la vida de Cristo entre los hombres, y se podría definir muy bien como «el arte de vivir en Cristo».

#### 14. NOTA BIBLIOGRÁFICA

No he querido recargar el texto con referencias biblio-gráficas por varias razones: la primera porque así re-sulta más sencillo de leer; la segunda, porque tam-bién resulta más fácil de escribir: el estilo se hace más ágil y el vocabulario más simple y controlable; la tercera, porque podría dar la impresión de que la moral es algo complicado, y esta es una moral escrita para los que no son especialistas, a quienes la moral no interesa como objeto de especulación sino como un ideal de vida.

Sin embargo, me parece justo ofrecer al final algunas referen-cias, tanto para dar pistas al lector que se haya interesado y quie-ra saber más, como para declarar aquellos autores a los que este libro debe bastante si no todo.

La bibliografía sobre moral es inmensa, desigual e inabarca-ble. Aquí solo se recogen los títulos que recomendaría sincera-mente y en privado a un buen amigo mío. Una parte importante de los títulos recogidos ni siquiera tratan directamente de moral, pero ayudan a asomarse a la intimidad del hombre. Es una bi-bliografía, pues, sin otra pretensión que la de ofrecer algunas lu-ces y la de declarar algunas deudas.

El primer punto de referencia necesario y enormemente rico es el de la doctrina de la Iglesia. La moral está explicada en muchos documentos importantes. Juan Pablo II ha querido abordar los fundamentos de la moral cristiana en la Encíclica *Veritatis splendor*. Además tiene amplios desarrollos sobre temas morales en sus Encíclicas sociales, como *Laborem exercens*, *Sollicitudo rei socialis* o *Centesimus annus*. También se pueden buscar muchas sugerencias en otros documentos como, por ejemplo, su Carta a los jóvenes (1985), que contiene estupendos análisis sobre el uso de la libertad. Muchas opiniones interesantes de Juan Pablo II pueden encontrarse en el libro-entrevista preparado por A. Frossard, *No tengáis miedo*.

La parte tercera del nuevo Catecismo de la iglesia Católica es, sin duda un texto de referencia básico, que señala los núcleos fundamentales de la moral cristiana, con orden y en un lenguaje asequible. Por su parte, la Conferencia Episcopal Española publicó un acertado documento, con el título *La verdad os hará libres*, que contiene un interesante compendio de lo que es la moral cristiana. Es la parte III del documento.

Junto a esta indispensable referencia doctrinal, vale la pena acercarse a leer algunos autores que han tenido la virtud de exponer los contenidos de la moral cristiana con un estilo particularmente sugerente y ameno. Empecemos por lo más simple. C. S. Lewis, además de ser un gran profesor de literatura medieval, sabe presentar con una sencillez envidiable algunos fundamentos de la moral en *La abolición del hombre*, *Los 4 amores* y *El problema del dolor*. Se puede aprender mucho de su estilo y modo de exponer. G. K. Chesterton por su parte, enseña a hablar con brillante y simpática naturalidad de lo cristiano en su *Ortodoxia*, y también en *El hombre eterno*. En la misma línea de sencillez y claridad, E. E. Schumacher sabe atenuar excesos positivistas y abrir perspectivas al mundo del espíritu en *Guía para perplejos*; y hace pensar sobre el respeto que la naturaleza merece y sobre lo que tendría que ser una economía con dimensiones humanas en su libro *Lo pequeño es hermoso*. Siguiendo con ensayistas ingleses, vale la pena leer el precioso librito de Ch. Derrick, *La creación delicada*.

Si nos acercamos a los clásicos, hay que aconsejar una ojeada a La República de Platón, y a las éticas de Aristóteles: la Ética a Nicómaco y la Ética a Eudemo. De Séneca se lee con fruto y curiosidad sus Epístolas morales a Lucilio; y de Cicerón, su tratado sobre Los deberes (o Los vicios, según la traducción). Dan una idea de lo que puede ser una ética que todavía no ha conocido el cristianismo.

Del inmenso panorama de la literatura cristiana antigua, dos joyas. La primera, Los conversiones de San Agustín, donde al mismo tiempo que narra su conversión es posible hacerse una idea de lo que significa Dios en la vida moral del hombre. Existe una versión de Pedro Antonio Urbina (Ediciones Palabra) que, aligerada de consideraciones especulativas a las que Agustín es aficionado, puede resultar más fácil de leer.

Y de Tomás de Aquino, la Suma Teológica Es la obra más famosa de la historia de la Teología, y resulta especialmente significativa en el terreno del obrar moral. Recoge la sabiduría clásica y la conjuga con las grandes intuiciones cristianas. Ha tenido una influencia extraordinaria en el pensamiento cristiano. Vale la pena conocerla de primera mano, aunque no sea fácil de leer. En particular conviene ojear la parte I-II, en la que habla de cómo es el obrar humano: la voluntad, la libertad, lo que son los hábitos y las virtudes; y la II-II, donde trata, en concreto, de las virtudes más importantes: sobre todo la caridad, la prudencia, la justicia y sus partes (muy interesante las virtudes sociales), la fortaleza y la templanza. W. Farrefi ha hecho una versión ligera que quizá puede ayudar. Para la I-II pueden servir de introducción algunos capítulos muy sugerentes del libro del historiador de la filosofía E. Gilson, Elementos de filosofía cristiana. Para la II-II, puede servir la estupenda exposición del filósofo alemán J. Pieper, Los virtudes fundamentales.

Un autor del pasado del que siempre se saca fruto es Pascal: ojeando sus Pensamientos se aprende mucho de los límites y las grandezas del hombre.

D. von Hildebrand, filósofo de tradición fenomenológica, ejerce una influencia creciente y positiva, aunque todavía no suficientemente reconocida, en la moral actual. Constituye un

es-tupendo complemento de la tradición clásica, porque a través de él llegan ecos de un pensamiento cristiano que ha sabido asimilar críticamente la modernidad. Su noción de «respeto» me parece muy válida. Entre lo traducido, son interesantes Nuestra transformación en Cristo y Santidad y virtud en el mundo. Además está su Ética, sugerente, pero quizá difícil para los no iniciados.

Siguiendo en una línea filosófica, de R. Spaemann vale la pena leer Ética. Cuestiones fundamentales, que es una colección de pequeños ensayos muy inteligentes. En su reciente Felicidad y Benevolencia, ha querido hacer una síntesis entre la moral clásica eudomonista y la kantiana del deber; de lectura un poco difícil también para los que no sean especialistas. De Maritain siempre se aprende, pero está casi todo agotado. Se ha reeditado recientemente El hombre y el Estado; tiene muchas obras interesantes pero difíciles de encontrar, También es difícil de encontrar G. Marcel. Su estilo es algo caótico para el que le guste lo sistemático, pero ha dicho cosas definitivas en su libro Ser y Tener (la parte más importante de este libro, está traducida al castellano con el título Diario metafísico, que es confuso, porque existe otra obra anterior con ese título).

Viktor Frankl es otro estilo y procede de otra área de pensamiento. Pero el famoso psiquiatra judío vienes ha dejado páginas imborrables de lo que es el espíritu humano en su breve testimonio El hombre en busca de sentido y también en La presencia ignorada de Dios.

Del gran ensayista que fue R. Guardini, hay muchas cosas interesantes. Muy importante La esencia del cristianismo; estupendo, pero algo elevado: Mundo y Persona, también Cristianismo y sociedad, recientemente reeditado; un clásico su Pascal o el drama de la conciencia cristiana. Se puede aprender mucho de su estilo directo y brillante.

F. J. Sheed ha llegado a exponer con cordialidad y sin pretensiones, grandes cosas en su Persona y sociedad, especialmente en la parte que dedica al matrimonio. P. J. Villadrich tiene también páginas brillantes y muy acertadas sobre lo que es la familia en su ensayo La agonía del matrimonio legal Entre las muchas obras

interesantes de A. López Quintas, me gustaría destacar El amor humano.

A san Josemaría Escrivá le deben mucho estas páginas. En sus libros de pensamientos, como Camino, Surco o Forja, se contiene una enseñanza viva, penetrante y positiva de lo que es una vida moral. Se aprende mucho frecuentando sus puntos. También sus meditaciones contienen muchos puntos luminosos sobre los temas que aquí se tratan; por ejemplo El respeto a la persona y a su libertad, El matrimonio, vocación cristiana y La lucha interior, recogidas en Es Cristo que pasa.

Vale la pena hacer alguna incursión en el cristianismo oriental, que tiene una rica experiencia de las intimidades del espíritu humano y de su relación con Dios. La dificultad fundamental es que todavía hay poco traducido al castellano, aunque el interés es creciente y cabe pensar que pronto habrá una buena representación. Como testimonio puede valer el libro de O. Clement, Sobre el hombre; precioso también el de N. Cabasilas, Vida en Cristo. Estos son teólogos. En cambio, Dostoievski es un gran literato, pero también él tiene algo de teólogo y, en sus novelas más importantes, hay preciosas consideraciones sobre el pecado, la

Cruz y la comunión de los Santos; así por ejemplo en Crimen y Castigo y en Los hermanos Karamazov.

Es hora ya de citar algunos autores, que son propiamente moralistas. Hay muchísimos, pero me voy a fijar en cuatro. Aurelio Fernández ha hecho un intento muy consistente de presentar científicamente la moral cristiana en sus recientes tres volúmenes de Teología Moral. Me parece lo mejor que actualmente se puede encontrar en español. Quizá resulte un poco amplio para no especialistas, pero se lee bien. De J. Pinckaers vale la pena su En busca de la felicidad y Las fuentes de la moral cristiana. C. Caffarra ha hecho, por su parte, un nuevo intento de síntesis teórica, en su Vivir en Cristo; sugerente, aunque puede ser algo difícil para algunos. A R. García de Haro, le debo mucho por sus clases en las que se esforzaba en explicar una moral con sentido nuevo, positivo y brillante; se refleja en sus libros, La moral cristiana y La conciencia

cristiana. Mientras escribo esto acaba de ser publicado su manual de moral fundamental, *La vida cristiana*, un tratado amplio y con muchos desarrollos interesantes.

En relación a una lectura de la Sagrada Escritura, es un clásico todavía útil el trabajo monumental de C. Spicq, *Moral del Nuevo Testamento*. No es complicado, pero sí un poco largo para personas que empiezan. De todas formas, aprenderán mucho dándole un vistazo y leyendo lo que más les llame la atención.

Como manual para tener una visión panorámica de todas las cuestiones clásicas de la moral general, el *Compendio de Teología moral* de Aubert.

Esto es lo que yo recomendaría a un amigo que quisiera no solo saber algo, sino también vivir bien. Hay más, naturalmente, mucho más, pero es preciso elegir. Quizá lo que aquí se cita ya es demasiado, pero no he sabido poner menos.

#### PRÓLOGO DEL AUTOR

#### PRIMERA PARTE

#### VERDAD

#### QUÉ ES Y QUÉ NO ES LA MORAL

Lo que no es la moral

Lo que es la moral

La moral como arte

La moral cristiana

#### LA VOZ DE LA NATURALEZA

Un ser descentrado

Bienes y deberes

Del egoísmo al sentido del deber

Tres tipos de deberes

#### EL ORDEN DE LOS AMORES

Conjugar bienes y deberes

El juicio de la conciencia

Para que la conciencia acierte

El Decálogo

#### LA DEBILIDAD HUMANA

Experiencias de debilidad

Los tres frentes de la debilidad

Un esfuerzo de superación  
La huella del pecado original  
EL HORIZONTE DE LA LIBERTAD  
Vivir en la verdad  
ÍNDICE  
La libertad situada  
Las grandes elecciones  
Heroísmo y belleza  
SEGUNDA PARTE  
RESPECTO  
    ADMINISTRADOR, PERO NO DUEÑO  
Consumir o respetar la naturaleza  
Nuestra relación con las cosas  
El amor al dinero  
La mentalidad economicista  
    AL PRÓJIMO COMO A TI MISMO  
Entre iguales  
Los bienes y males del prójimo  
Con los más próximos  
Amor a Dios y al prójimo  
    TRANSMITIR LA VIDA  
La verdad del sexo  
El tabú sexual  
Sexo y familia  
El amor familiar  
    LAS RAÍCES DEL HOMBRE  
Un ser enraizado  
La madurez y el bien común  
El papel de la autoridad  
El principio de subsidiaridad  
    CON TODAS LAS FUERZAS DEL ALMA  
Porque Dios existe  
Dios y la voz de la conciencia  
Veneración y ofensa  
El compromiso del amor  
TERCERA PARTE  
GRACIA

**EL MISTERIO CRISTIANO**

La Unción de Cristo

El pecado y la Cruz

El sentido del sufrimiento

El Misterio Pascual

**EL CUERPO DE CRISTO**

Unirse a Cristo

La comunión con Cristo

Las funciones del Cuerpo

Catolicismo

**EL ESPÍRITU DE CRISTO**

La Buena Nueva

Padre nuestro

Los rasgos de Cristo

Con el amor de Dios

**NOTA BIBLIOGRÁFICA**

**ÍNDICE**